

Los moteros del *Midway* 2



Patricia Sutherland



Contenido

[Título](#)

[Dedicatoria](#)

[Temporada 2](#)

[Introducción](#)

[Episodio 1](#)

[Episodio 2](#)

[Episodio 3](#)

[Episodio 4](#)

[Episodio 5](#)

[Episodio 6](#)

[Episodio 7](#)

[Episodio 8](#)

[Episodio 9](#)

[Episodio 10](#)

[Episodio 11](#)

[Episodio 12](#)

[Episodio 13](#)

[Episodio 14](#)

[Episodio 15](#)

[Episodio 16](#)

[Episodio 17](#)

[Episodio 18](#)

[Episodio 19](#)

[Episodio 20](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

LOS MOTEROS DEL MIDWAY, 2

© 2018. Patricia Sutherland
Todos los derechos reservados.
ISBN-13: 978-84-944498-8-8 (ePub)
Versión 1.03.18
Ediciones Jera
Colección Jera Romance
Diseño de cubierta: Nune Martínez
JR09.2 - Los moteros del MidWay, 2
Extras Serie Moteros # 2
Ficción romántica
Nivel de erotismo: ♥♥(Sensual)

Los personajes y sucesos relatados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*A mis padres.
Siempre serán la luz que alumbra mi camino.*

*A todas mis lectoras y, de manera especial,
a las fans de la serie Moteros
con todo mi cariño y mi agradecimiento.*

Temporada 2

Introducción

He podido comprobar que en algunos dispositivos de lectura, el ebook se abre directamente al comienzo de la historia, obviando todas las páginas anteriores de información incluidas en el archivo. Dado que lo que viene a continuación son datos acerca de *Los moteros del MidWay* que me interesa que conozcas, he decidido volver a incluirla en esta segunda temporada por si acaso no has tenido ocasión de leerla en la primera.

Desde el principio, las fans de la Serie Moteros me pedían saber más de todos los personajes, no solo de los que han protagonizado sus propias historias. Me rogaban que no finalizara la serie sin darle a esos personajes su momento de gloria. "Aunque sea una historia cortita, por favor", era la petición más habitual.

Mi criterio es que un buen secundario no hace, necesariamente, un buen protagonista. En mi opinión, exceptuando a los encargados de protagonizar Moteros #5, la última novela de la serie, ninguno es capaz por sí mismo de soportar el peso de una buena historia... Pero ¿y juntos? Después de mucho tiempo dándole vueltas al tema, se me ocurrió que si los reunía en una mega-historia, sumando el atractivo que cada uno de estos grandes secundarios tiene y mezclando bien los ingredientes, quizás, la cosa podría funcionar; tú podrías leer los romances de esos personajes que tanto te gustan, y yo disfrutar escribiendo el tipo de historias que me gusta narrar. ¡Perfecto!

El resultado de cuatro años de ruegos es la serie de ficción romántica dividida en tres temporadas *Los moteros del MidWay*. Esta mega-historia es un extra de la Serie Moteros que retoma el hilo de los acontecimientos de

Lola Entre-Historias, durante la semana de Navidad de 2009, y su formato es parecido al de una serie televisiva. Es decir, está dividida en temporadas compuestas por episodios.

Algunas características de este formato son:

- El estilo de narración es diferente al que estás acostumbrada en mí. Es nuevo y, ya te adelanto, muy "enganchante".
- Hay varias tramas narrándose al mismo tiempo.
- Cada temporada resuelve total o parcialmente alguna/s trama/s, pero la resolución final de la trama principal sucede en la T3.

¿Qué puedo adelantarte acerca de *Los moteros del MidWay*? Poco. Ya sabes que me gusta sorprender a mis lectoras, pero voy a ser buena y te voy a dar una pildorita: los protagonistas de *Moteros #5* también toman parte de esta mega-historia. A ver si adivinas quiénes son :)

Te deseo una buenísima lectura.

Con afecto,
Patricia Sutherland

Episodio 1

Lunes 4 de enero 2010, por la tarde.
En un gimnasio.
Ciudadela, Menorca.

Cuando el móvil empezó a sonar, Andy lo miró con furia contenida. Si sus ojos pudieran emitir rayos, el bonito dispositivo que le había regalado su novio, habría quedado reducido a partículas en un instante.

Desde que el dueño del regalo se había marchado, la rabia de Andy tenía un segundo objetivo del que ocuparse. Si la intromisión de su tío y descubrir por accidente que los dos le habían mentado había empezado a calentarle la sangre, la facilidad con que Dylan se había retirado con aquel “como quieras”, le había puesto la guinda al pastel. ¿Quién reaccionaba de esa forma ante una monumental metedura de pata? Sólo se le ocurrían dos alternativas y ninguna de las dos eran buenas. O alguien muy culpable, o alguien que se cree demasiado hombre para que su novia veinteañera pretenda ponerle los puntos sobre las íes.

Descubrir que la llamada no era de Dylan no hizo sino revolverla aún más.

La muchacha exhaló un suspiro, se quitó los guantes de entrenamiento y tomó el móvil que había dejado en el suelo, junto a su toalla.

—*Chica, ya estaba a punto de colgar...* —oyó que Tina le decía.

—Sí, disculpa... —repuso Andy al tiempo que se sentaba en el suelo —. Es que estaba entrenando y no lo oía sonar...

—*Bueno, cuéntame cuáles son esas noticias que decías en tu mensaje.*

Andy dobló la rodilla y apoyó el codo en ella mientras sostenía la

cabeza sobre la palma de la mano. Se restregó el cabello como si esa acción instintiva tuviera el poder de clarificarle las ideas. No sabía qué responder. Estaba allí, aporreando una bolsa de arena, en un intento de rebajar su enfado a niveles tolerables para poder regresar a casa sin alarmar a su madre, y lo último que le apetecía era reflotar la rabia hablando de lo sucedido unas horas antes. Pero le había dejado a Tina el bendito mensaje y no podía dar la llamada por respuesta.

—Eran buenas, ya no tanto —dijo la muchacha.

—¿Cómo es eso?

Andy respiró hondo procurando no volver a perder los nervios.

—Cuando te llamé acababa de salir de casa de mi tío —empezó a relatar—. Fui a decirle que no pensaba seguir en Sa Badia para darle tiempo a buscar un sustituto. No le hablé de mi proyecto, por supuesto, y estaba muy contenta porque él se lo había tomado tan bien... Pero resulta que sólo me estaba haciendo la pelota. En cuanto me marché, fue volando a casa de Dylan y se encaró con él.

—¿Cómo dices? ¿Que hizo qué?

—¡Se encaró con él, como lo oyes, sí! Lo acusó de que la idea de dejar el restaurante era cosa suya y no mía. ¡Imagínate qué cara más dura!

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Tina, empezando a sentirse tan enfadada como Andy.

—Pues créetelo. Y no contento con eso, lo amenazó para que me hiciera recapacitar. ¡¿No te parece alucinante?! ¡Te juro que...! —Andy soltó el aire por la nariz como si fuera un toro a punto de embestir—. Mejor me callo.

La perplejidad de Tina hizo que el silencio fuera largo. El suceso le parecía alucinante, pero, realmente, no era inesperado. De Pau Estellés podía esperarse cualquier cosa. Lo que no lograba entender era que hubiera involucrado a Dylan. Era ridículo pensar que la idea provenía de él. Tanto como esperar que el irlandés se dejaría avasallar por el tío de su novia. Y, mal que le pesara admitirlo, Pau era lo bastante inteligente como para deducirlo él solito.

—¿Amenazarlo? Menuda estupidez. Perdona que te diga, pero tu “máquina” no me parece de la clase de hombre que se deja amenazar así como así... En fin, me gustaría decirte que me extraña, pero es tu tío. De él no me extraña nada.

—Sí, eso fue lo primero que pensé pero, por lo visto, sí que tiene con

qué amenazarlo...

—*¿Pero qué dices?! Será otras de sus maniobras, Andy. ¿Cómo va a tener razones para amenazarlo si apenas se conocen?*

Andy sacudió la cabeza. Cada vez que tomaba conciencia de lo estúpida que había sido, la invadían impulsos homicidas.

—Se conocían de antes, Tina. Resulta que mi querido tío fue a verlo a Niza donde, al parecer, intercambiaron amenazas en las que según creo también está metido el padre de mi exjefe... —Andy soltó un bufido. Sentía el rostro ardiendo y los ojos le quemaban por dentro—. Dylan me ha mentado, Tina. Ha estado mintiéndome todo el tiempo.

Tina se quedó en blanco, sin saber qué decir ni qué pensar sobre lo que estaba oyendo.

—*¿Y sabes lo más gracioso?* —continuó Andy, cada vez más furiosa—. Que cuando ha venido a verme después de que yo me fuera de su casa, y le he dicho que no quería hablar del tema, se ha limitado a responder “como quieras” y a largarse sin más. ¡¿Te lo puedes creer? Estoy que muerdo!

—*Nena, no entiendo nada... ¿Qué dices de que te ha mentado? ¿Cómo sabes tú eso? Explícamelo con calma, por favor...*

Durante los siguientes instantes Andy le relató a su amiga lo sucedido aquel día. Con cada palabra que oía, una parte de Tina se sentía cada vez más estúpida por haberle dedicado su atención a alguien que, evidentemente, no se lo merecía. Estúpida y crédula.

Pero la otra parte de Tina, la que llevaba entre los Avery muchos años y quería a Andy como si fuera de su propia sangre, no podía hacer algo distinto de lo que hizo; decirle lo que necesitaba oír.

—*Te estás precipitando, Andy. De lo de tu tío no voy a decir nada porque... Bueno, es tu familia y no quiero pasarme de sincera, pero no estás manejando bien el tema con Dylan...*

—*¿No?! ¡Suerte tiene de que me haya ido sin decir ni mu!*

—*Mira, no sé qué ha sucedido entre tu tío y él. No sé qué hay de cierto entre lo que has oído y lo que realmente pasó, pero lo que sí sé es que Dylan lo ha dejado todo y se ha ido a Menorca por ti. Y de que le importas, no creo que a estas alturas tengas dudas ni siquiera tú. Sé que estás cabreada, nena. Te ha mentado, o eso parece, y no lo soportas, pero se merece que le des la oportunidad de explicarse. Si no se lo merece él, después de todo lo que ha hecho para que podáis estar juntos, ¿quién, Andy?*

Mientras tanto, en Londres...

Niilo se despidió del dependiente de la joyería y volvió a guardar el móvil. Golpeó una vez más la puerta del piso de Conor sin obtener ninguna respuesta.

Después de acabar de trabajar, el motero había ido directamente a casa de su colega cuando el primer intento de llamarlo había dado por resultado que saltara el buzón de voz. Llevaba allí un buen rato, ya que al principio había pensado que él estaría dentro lamiéndose las heridas en privado y que por eso no abría. Pero ante la continua falta de respuesta, había llamado al MidWay. Así se había enterado de que no habían vuelto a verlo desde su discusión con Ike. Cada vez más alarmado, Niilo había conseguido el número de teléfono de la joyería y los había llamado. Estaba a punto de colgar, cuando atendieron; Conor no había acudido a su cita con ellos ni había llamado para cancelar.

Llegados a este punto, Niilo empezaba a estar seriamente preocupado. Pero se resistía a caer en el tremendismo. Lo más seguro era que su colega estuviera ahogando las penas en algún bar donde nadie lo conocía, y que no se hubiera dado cuenta, como era habitual en él, de que sus huidas en busca de soledad dejaban tras de sí a mucha gente preocupada.

Volvió a intentarlo con la puerta de su casa una vez más.

—¡Venga, Conor. Ya sé que no estás de humor, pero tío, así no puedes seguir! —exclamó al tiempo que pegaba su dedo al timbre.

Entonces, oyó que alguien le hablaba.

—Oiga, joven, me parece que su amigo no está —dijo la vecina que vivía en el piso de enfrente.

Niilo, algo incómodo, miró a la mujer que tenía pinta de saberse vida y obra de todos los habitantes del edificio.

—¿Está segura? Es que tampoco responde al móvil...

—Sí, estoy bastante segura de que no está, joven. Su amigo suele llegar más tarde y, perdone que le diga, no es precisamente silencioso —repuso la mujer, con una sonrisa de viejecita amable.

Tras agradecerle la información, Niilo entró en el ascensor. No se fiaba de Conor ni de su humor, pero aquella mujer daba la impresión de saber de lo que hablaba. Volvió a sacar su móvil para efectuar una nueva llamada.

Evel todavía seguía en su oficina aunque ya no estaba solo, Abby estaba con él.

—¿Qué hay Niilo?

—No sé qué decirte —repuso el motero sin molestarse en ocultar su preocupación. Evel frunció el ceño, extrañado de oírlo hablar así—. Conor no atiende el móvil. En su casa no está y tampoco ha acudido a la cita que tenía en la joyería...

Al dueño de Rowley Customs tampoco le daba buena espina que, de pronto, Conor pareciera haberse borrado del mapa, pero, al igual que Niilo, se resistía a pensar en lo peor.

—A lo mejor ha ido al MidWay...

—Acabo de llamar y según Maverick no ha asomado sus rastas por allí desde el sábado.

—¿Le habrá pasado algo?

El motero exhaló un suspiro.

—Tío, espero que no, pero ¿dónde coño se ha metido? ¿Tienes el teléfono de sus padres? A lo mejor ellos saben algo.

—¿Y si no lo saben? Vamos a ser más los que están de los nervios por la falta de noticias...

En eso tenía razón, pensó el motero, pero algo había que hacer.

—Bueno, si llamas tú quizás se preocupen, pero si llamo yo haciéndome el despistado, a lo mejor cuela... Podría intentarlo —ofreció Niilo.

Para entonces la lista de personas intranquilas había ascendido a tres ya que Abby seguía con atención la conversación de su marido. Lo vio negar con la cabeza y ponerse de pie.

—No, llamo yo —dijo Evel—. Ya se me ocurrirá alguna excusa.

Para los padres de Conor, sin embargo, no habría sido ninguna sorpresa recibir la llamada de Evel. Tras el accidente, la policía se había puesto en contacto con el número marcado para emergencias del móvil de su hijo. La llamada había pillado a Owen en medio de una reunión que él había convocado y de la que se marchó a toda prisa sin tiempo para explicaciones. Camino del hospital le había avisado a Susan quien había tomado un taxi. Prácticamente, habían llegado al mismo tiempo. Y ahora estaban allí, en una

sala atestada de gente que iba de un lado a otro esperando lo mismo que esperaban ellos, alguna noticia sobre su ser querido.

Susan apenas había hecho algún comentario, se la veía pendiente del ir y venir del personal sanitario y Owen sabía que era cuestión de tiempo que perdiera los nervios y empezara a exigir información a gritos. De modo que se acercó por cuarta vez al mostrador de información. Esta vez estaba dispuesto a no regresar con las manos vacías.

La conversación con la persona de turno se inició de la misma manera que las otras veces.

—Señor, ya le he dicho que en cuanto tenga alguna información se la daré. Lo están atendiendo, es todo cuanto puedo decirle.

Pero en esta ocasión no acabó igual, ya que sin que Owen tuviera tiempo para darse cuenta, la respuesta llegó desde algún punto, detrás de él, y no fue cordial.

—¿Pero qué clase de monstruo insensible es usted, señora?! Tienen a mi hijo allí dentro desde hace rato y nadie ha dicho ni pio. No sabemos nada. Ni detalles del accidente ni si está vivo o muerto. ¡Nada!

Susan gritaba y gesticulaba. Pronto, se vieron rodeados de varias personas reclamando que también se les negaba información, que se les atendía de mal talante, como si molestaran. A pesar de los intentos de Owen por calmar a su esposa, Susan continuó cada vez más ofuscada.

—¿Y que sepa que si usted no me responde, ahora mismo me pondré a abrir cada puerta de esta planta hasta dar con mi hijo y alguien que me explique lo que está pasando. Así que le recomiendo que empiece hablar ya mismo!

—¿Y lo mismo le digo yo! —intervino el hombre de una pareja de ancianos que llevaba horas esperando que le dejaran ver a su nieta. Y así se sucedió una queja tras otra hasta que la enfermera, resignada, tomó el auricular. Cuando colgó, miró a los padres de Conor muy seria.

—Están con él en este momento. Lo están atendiendo, señora. Me han dicho que su hijo estaba consciente cuando lo trajeron. Lo lamento mucho, no he podido averiguar nada más.

Para Susan aquellas palabras fueron el oxígeno que la devolvió a la vida. Se llevó las manos al pecho dándole gracias a Dios por esas mínimas noticias y muy pronto, las primeras lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

Owen la estrechó con fuerza.

—Tranquila, tranquila —le dijo al oído—. Tu hijo es fuerte, ya verás como todo sale bien...

En aquel momento, el móvil de Owen empezó a sonar. La primera de muchas llamadas que recibiría en las próximas horas cuando la noticia del accidente empezara a circular entre amigos y familiares. Él miró la pantalla del móvil y luego a su esposa.

—Es el jefe de Conor, cariño... —anunció, y se apartó a un rincón menos concurrido para poder hablar con tranquilidad.

Casa de Dylan Mitchell.
Cala Morell.
Ciudadela, Menorca.

“No quiero hablar del tema y tampoco quiero que vayas a mi casa”.
Claro, cómo no.

“Y de paso, si cae un rayo y te parte al medio, mejor. Así me ahorro el trabajo de hacerlo yo”.

Andy no lo había dicho, pero de que lo pensaba, Dylan estaba totalmente seguro. Apretó los dientes en torno al filtro del cigarrillo, lo encendió y exhaló el humo de golpe.

Que ella tenía su genio no era ninguna novedad, pero le estaba costando encajar su reacción.

Dejó el cigarrillo en el cenicero y añadió el tomate picado finamente a la sartén. Tras la no-discusión con su chica (¿o ya era *ex* chica por decisión unilateral?), se había puesto a desembalar las cajas de la mudanza que quedaban. Y dado que al terminar estaba tan cabreado como antes de empezar, se había refugiado en su santuario personal, a ver si el aroma de las especias obraba el milagro de siempre. Pero, de momento, tampoco estaba funcionando. Su mente seguía erre que erre martilleando el mismo clavo. Y lo peor, su enfado crecía con la misma insistencia.

¿Quién reaccionaba de esa forma? De pronto, había tenido la sensación de estar lidiando con una adolescente consentida y marcharse le había resultado casi una necesidad. Si se quedaba, habría acabado diciendo en voz alta lo que pensaba y eso habría empeorado las cosas. En ese momento le había parecido lo mejor, pero ahora...

Dylan soltó un bufido. Dio otra calada al cigarrillo y lo aplastó con fuerza contra el cenicero de cristal. Sacudió un poco la sartén. Lo único que le faltaba era que se le estropeará el plato por estar pensando en mujeres adultas que tienen pataletas como si fueran jodidas crías de quince años.

¿Acaso pensaba que él había mantenido la boca cerrada porque le tenía miedo al mafioso de su tío? ¿Que había estado tramando algo a sus espaldas? ¿Que intentaba manipularla? Ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse, joder.

Pero claro, “una mentira es una mentira para una amante de la verdad absoluta”. Hay que joderse con los arranques de cría, pensó rabioso.

El olor a quemado vino a completar el cuadro. Dylan arrojó la sartén dentro del fregadero haciendo que parte del contenido salpicara las relucientes superficies metálicas de la ultra moderna cocina.

Tomó su cazadora y avanzó por el pasillo con la actitud de un ejército en plena carga.

¿Quieres verdades? Muy bien, tendrás verdades.

Abrió la puerta con fuerza y se encontró con Andy al otro lado. Ella intentó disimular su sorpresa apartando la vista. Retiró la mano con la que sostenía la llave y se la puso en el bolsillo. Cuando el silencio se le hizo insoportable, alzó la mirada. Pudo comprobar que él estaba tan enfadado como ella. Las pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían negros y no grises. Nunca la había mirado con tanta dureza.

A Andy le pesaba esa mirada y deseó que nada de todo aquello hubiera ocurrido, pero había ocurrido.

Y no era ella quien había mentido.

Los ojos de Andy mostraron tanta dureza como los de Dylan cuando rompió el silencio.

—¿Podemos hablar?

¿Así que esas tenemos? Fue como si Dylan lo hubiera dicho en voz alta.

—*Por favor* —repuso el irlandés. Tras lo cual retrocedió al tiempo que abría la puerta del todo para dejarla pasar.

Episodio 2

Lunes 4 de enero de 2010.
Casa de Dylan Mitchell.
Cala Morell.
Ciudadela, Menorca.

En medio de su rabia, Andy fue consciente de dos cosas. Primero, había un cierto tufillo a quemado que provenía de la cocina. Segundo, el salón adonde él había conducido, lucía bastante diferente que en días anteriores: al fin había acabado de desembalar sus pertenencias y las últimas cajas de cartón vacías estaban en un rincón, plegadas y listas para reciclar. Ambas cosas en conjunto confirmaban su primer pensamiento al verlo: Dylan estaba enfadado.

Pero ella lo estaba aún más.

Se detuvieron al llegar al centro del salón y permanecieron de pie, mirándose con ojos tormentosos. Si Andy había esperado algún tipo de sentimiento de culpa por parte de él o algún intento de suavizar las cosas, ver cómo transcurría el tiempo sin que él hiciera el menor ademán de iniciar la conversación, volvió a confirmarle que, con razón o sin ella, el enfado de Dylan alcanzaba niveles históricos.

—¿Vas a decirme de motu propio lo que te traes entre manos con mi tío, o voy a tener que interrogarte?

—Yo no me traigo entre manos nada con nadie.

—¿Ah, sí? Pues no es esa la impresión que me dio esta mañana cuando os escuché hablando. Algo debéis traerlos entre manos desde el momento que puede venir y amenazarte en tu propia casa. Y que sepas, que me parece

increíble que no hayas sido capaz de decírmelo tú mismo.

Dylan respiró hondo. A sabiendas de que ella detestaba verlo fumar, agarró la cajetilla de tabaco que había sobre la mesilla, sacó un cigarrillo y lo encendió. La miró a los ojos.

—Tu tío cree que puede amenazar a todo el mundo, pero yo no soy todo el mundo. A mí me la trae floja su gran apellido y sus muchos recursos. Y tú lo sabes.

—¿Y entonces, ¿de qué estabais hablando? ¿De la última película de Quentin Tarantino?! Dylan, no me fastidies. Quiero la verdad y la quiero ahora mismo.

Él volvió a darle una calada rabiosa al cigarrillo. Se quitó la cazadora con la misma furia y volvió a mirarla.

—Pues espero que puedas aguantar la verdad, guapa, porque no pienso guardarme nada.

Por supuesto que podía con la verdad. Andy alzó la barbilla, en el fondo, herida por su comentario. Dylan continuó.

—Tu tío no me puede ver ni en pinturas, eso ya lo sabes. Y no, no solamente se ocupó de no darte mis recados, también se presentó en Niza. Montó un espectáculo y me amenazó con dejarme sin trabajo si se me ocurría la idea de volver a verte.

—¿Por qué?

Dylan dio otra calada furiosa al cigarrillo.

—¿Porque está loco? ¡Y yo qué sé! Será que no le gustan mis tatuajes...

—Hablo en serio, Dylan.

Él la fulminó con sus ojos de pupilas dilatadas que le daban aspecto de felino.

O de diablo, según las circunstancias, y aquellas no eran buenas.

—Yo también —espetó.

Andy bajó la mirada y se cruzó de brazos. Sentía como si una corriente eléctrica le recorriera el cuerpo, impidiéndole quedarse quieta. De hecho, a pesar de ser consciente de que golpeaba el suelo con el tacón de su bota, no podía dejar de hacerlo.

Él soltó el aire en un suspiro.

—No sé por qué se presentó en Niza. Ni por qué me dijo todo eso. Yo ya había renunciado al puesto y le había comunicado mi decisión a Clinton Rowley dos o tres días antes.

Vio que ella lo miraba con el ceño fruncido, pero decidió ignorarlo y continuar. Quería acabar con ese tema de una vez.

—Me tomó por sorpresa, sí. Pero como el mundo está lleno de locos, no me preocupé. Cuando se enteró de que yo estaba en Menorca contigo, me llamó. Fue cuando tú estabas con la abuela de Evel y yo salí a atender una llamada.

Andy asintió y continuó mirándolo atentamente. No podía creer que mientras ella estaba caminando por la séptima nube, su tío y él estuvieran fraguando cosas a sus espaldas.

—Tu tío estaba histérico. Me cabreé. Le dije que si no se calmaba le iba a colgar y eso fue lo que sucedió. Lo que viene después, ya lo sabes. Fue al hospital, se enfrentó conmigo creyendo que yo utilizaría su comportamiento para ponerte en contra de él y ya sabes lo que respondí porque estabas ahí.

Dylan dio varias caladas al cigarrillo. Guardó silencio. Nunca había tenido intención de hablar del tema y seguía resistiéndose a hacerlo. Quizás, con un poco de suerte, con lo dicho hasta el momento fuera suficiente para calmar las aguas, pensó.

Pero no fue así. Andy había dicho muy en serio que quería toda la verdad.

—¿Y qué más? Algo más tuvo que haber para que él pueda seguir amenazándote.

El irlandés sacudió la cabeza, contrariado.

—Clinton Rowley no se creyó mis razones para abandonar el proyecto. Mandó a sus investigadores que, lógicamente, destaparon el asunto de Niza, y como estamos hablando de muchos millones y de accionistas importantes, nada dados a aguantar gilipolleces, se presentó en Menorca, en tu casa. Quería comprobar si la razón de que me fuera tenía algo que ver con que tu tío se hubiera presentado en Niza. Lo negué, pero él me dijo que ya había presentado la queja al Consejo. En realidad, más que para hablar conmigo, vino a Menorca para asegurarse de tener toda la información bien atada antes de hablar con los accionistas españoles, o sea los Martí. A nadie le interesaba que esa queja siguiera adelante, así que negocié con él para que parara el proceso. Le dije que pusiera el precio y él lo hizo.

La realidad cayó como un cubo de agua helada sobre Andy que miró a Dylan perpleja.

—Que siguieras en el proyecto... —murmuró.

Él asintió.

—Después de eso hablé con tu tío. Le dije lo que había pasado y volví a asegurarle que ni pensaba decírtelo ni pensaba hacer nada al respecto. Pero él, como has visto, no me creyó. Me tiene por un diablo vestido de motero. La peor opción posible para ti, y hagas lo que hagas, siempre pensará que yo estoy detrás. Por eso vino hoy. Por eso pasó lo que pasó.

Andy lo miraba con los ojos desorbitados. Porque ya no se trataba solamente de que le hubiera mentido, había mucho más. La tortura de vida que llevaban desde el principio de la relación era culpa de Pau Estellés. ¿Y todo por qué? ¿Porque Dylan no le gustaba como candidato? Le parecía indignante que alguien que se suponía que la quería bien, hubiera estado tejiendo semejante trama a sus espaldas.

—Me siento como una completa idiota. Te juro que no sé si reírme o llorar. ¿Hemos estado viviendo este calvario de vernos a cuentagotas por mi tío? Me lo voy a cargar. ¡Me lo voy a cargar! —Pero no solo a Pau, para Dylan también tenía lo suyo. Andy alzó la vista—. ¿Sabes qué es lo que más me alucina de todo? Que no pensaras que esto me concernía lo bastante como para decírmelo. Mi propio tío, con quien yo he seguido bromeando todo este tiempo, como si nada hubiera pasado.... Me costó días recuperarme de la última bronca, pero es mi familia, y está mi madre de por medio, e hice el esfuerzo de contemporizar, ¿y resulta que él viene saboteando mi relación contigo desde el principio? ¡¿Cómo puedo confiar en alguien que sabe todo esto y aún así se lo calla?! —Y rubricó el momento de furia, soltando un bufido.

—Si estás esperando que me justifique, no va a pasar. No tengo porqué. Hice lo que consideré oportuno, lo sigo considerando oportuno, y si no te gusta, lo lamento.

—¿Lo dices en serio?! ¡Eres increíble!

Dylan sacudió la cabeza. Desde el principio había tenido claro que no sería capaz de morderse la lengua y ahora había llegado el momento.

—Exacto. Y esto que te voy a decir también lo digo completamente en serio: no estoy acostumbrado a los arranques de adolescente, Andy, y no me gustan.

—Pues si esperas que me justifique, lo lamento, tampoco va a suceder. La inmadurez también forma parte del paquete —repuso herida doblemente por una observación que provenía de alguien que conocía perfectamente sus circunstancias.

—No me vengas con esas. Has manejado mal las cosas y ya está.

—¿Esperas que me disculpe por tener 23 años?! ¡Era lo que me faltaba por oír! —exclamó ella, airada.

—Espero que seas coherente.

—¿Y eso qué es lo que quiere decir? ¿Que echemos un tupido velo? ¿Que dé por bueno que hay mentiras que son necesarias, y lo deje correr? ¡Odio la mentira, odio que me mientan, y tú lo has sabido desde el principio!

—Soy tu hombre, Andy. Si estás cabreada conmigo, plántame cara. Tranquila, que lo soportaré. Y si, como espero, estás cabreada con tu tío, trágate el enfado y conviértelo en algo de provecho. Eres inteligente, Andy, y él la ha cagado; aprovecha esa ventaja. Es lo que hacen las personas inteligentes. *Esto es lo que quiero decir.*

—Así que quieres que te plante cara... —repuso ella, al tiempo que recortaba la distancia que los separaba, situándose a un palmo de su rostro—. No. Vuelvas. A. Mentirme.

—*No vuelvas a ignorarme* —repuso él, sin arredrarse.

Se miraron largamente a los ojos, y como siempre les había sucedido cuando estaban en las distancias cortas, la magia volvió a suceder. A pesar del enfado, de la desilusión de la primera discusión de pareja, a pesar de lo que implicaban todas las verdades que habían puesto sobre la mesa, lo que sentían el uno por el otro se ocupaba de equilibrar la balanza, y la enorme química que siempre había existido entre los dos, se ocupó del resto.

Él se acercó a sus labios. No los besó, pero el calor de su aliento empezó a derretir la fortaleza de Andy.

—Tontita...

—Mentiroso.

—No te mentí. Sólo elegí callar lo que no tenía ningún sentido decir —murmuró él y empezó a jugar con sus labios, rozando los de Andy, tanteando la situación. Cuando creyó que ella estaba receptiva, intentó besarla. Ella no se dejó. Capturó el labio inferior de Dylan entre los dientes y apretó la mordida sin dejar de mirarlo a los ojos. Presionó lo bastante para provocarle dolor.

Pero ese mínimo dolor no hizo sino encenderlo. Para él era el fin de un día eterno cargado de tensión y de vacío. Porque no tenerla lo dejaba así, vacío y ansioso. Forcejearon, ella todavía se resistía a ceder. Más por rabia que por falta de deseo. Pero él se impuso con su cuerpo, avanzó obligándola a retroceder de espaldas hasta que la pared les impidió continuar, y él colocó las manos a cada lado de ella, cerrándole el paso.

—¿Y ahora? Diría que estás a mi merced.

—Lo que estoy es cabreada.

—Conozco un método infalible para eso. Lo usé contigo la noche que zurraste a Conor. Y creo que te funciona a las mil maravillas. —Se inclinó sobre ella y rozó sus labios con la punta de la nariz—. ¿Quieres probar? Igual funciona otra vez. Soy mucho mejor que la bolsa de arena.

Los recuerdos de aquella noche tórrida, en la que ella había utilizado a Dylan para liberar la frustración por otro hombre del que entonces creía estar enamorada se situaron en la mente de los dos, haciendo que la temperatura se disparara hasta salirse del termómetro. Era la primera vez que un hombre le daba el control de la situación, aún a sabiendas de que no era él con quien deseaba estar en esos momentos.

—Esta vez no sé si funcionaría.

—Probemos... —susurró Dylan, y para entonces, ya se había adueñado de su boca.

Andy se dejó besar y, a su debido tiempo, también se dejó llevar. Para ella también había sido un día largo, y más allá de las diferencias que hubieran podido tener sobre este tema, lo amaba y estar entre sus brazos otra vez volvía a poner su mundo del derecho.

Se besaron largamente, acariciándose sin límites, y cuando ya habían empezado a desnudarse, ella cayó en la cuenta de que llevaba todo el día fuera de casa, evitando las llamadas de su madre. Si seguían allí, haciendo las paces, no volvería a su casa hasta el día siguiente. Con suavidad, empezó apartarlo. Dylan la miró interrogante, con los ojos ardiendo de deseo.

—Llevo todo el día dándole excusas a mi madre. Estará preocupada. Tenemos que ir para casa.

Él dejó caer la cabeza hacia atrás, cargado de frustración.

—Me vas a matar...

—Bueno, la verdad, ganas no me faltan... —dijo ella, demostrando que todavía quedaban restos de enfado removiéndole la sangre.

—Claro que quieres matarme, a polvos —repuso él, volviendo a atarse la camisa con desesperación.

—¿Sabes? Te lo tienes muy creído tú.

—Porque es cierto —volvió a decir él con desparpajo.

Se miraron y, de pronto, desaparecieron las sonrisas.

—No vuelvas a mentirme, Dylan. Va muy en serio.

Él la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su cuerpo con cierta

brusquedad disfrazada de pasión que Andy no se creyó. En él también quedaban restos de enfado removiéndole la sangre.

—No vuelvas a ignorarme, Andrea. Va muy en serio.

Los dos se mantuvieron las miradas, sumando tensión a un momento de por sí muy tenso. Al fin, fue ella la que rompió a reír, contagiando a Dylan.

—¿Andrea?! —repitió poniendo voz de hombre y enseguida siguió partiéndose de risa—. ¡Ni mi madre me llamaba así cuando se enfadaba! ¡Qué rebuscado!

Entonces, el móvil de Dylan sonó anunciando que había recibido mensaje. Un instante después recibió otro y así hasta tres veces. El irlandés fue hasta la cazadora que había quedado en el suelo a mitad del salón, sacó el móvil del bolsillo y miró el primero los mensajes. Frunció el ceño.

—Es de Evel —dijo—. Conor está en el hospital. Ha tenido un accidente.

Estudio de tatuaje de BBCox,
Soho, Londres.

Amy recogió su abrigo y su bolso. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que todo estaba en orden. Hacía un buen rato que Gabs se había marchado e incluso le había dado tiempo para poner las cosas al día con Harley, quien también acababa de marcharse. Y Niilo seguía sin aparecer. Le resultaba raro porque si algo tenía claro era el interés del motero por volver a verla, pero estaba bastante segura de que le había dicho sobre las ocho y media, y de eso hacía ya un rato. Amy se encaminó a la salida apagando las luces y cerró la puerta de la tienda aplicando los cierres de seguridad. Pensando en si llamarlo o marcharse a casa y esperar a ver qué sucedía, se abotonó el abrigo y se puso el bolso en bandolera. Fue en aquel momento cuando oyó el característico sonido del motor de una Harley Davidson, y se volvió a mirar. Él se levantó el visor del casco y ella se dirigió hacia él con una sonrisa.

—Ya pensaba que me ibas a dar plantón —bromeó. Él se quitó el casco

—Sí, disculpa el retraso, pero...

Amy lo miró extrañada. Aquel rostro habitualmente sonriente, de pronto, estaba inusitadamente serio.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí, bueno, vengo del hospital... No te preocupes... Es que Conor se ha dado un castañazo con la moto... Bueno, en realidad no sabemos muy bien qué ha pasado, pero lo han llevado al hospital.

—Vaya manera de empezar el año... Qué mal, cuánto lo siento —dijo Amy que lo último que esperaba como razón de su tardanza era algo tan preocupante.

—La verdad es que no lo acabó muy bien, ya sabes, asuntos el corazón... Pero esto... Qué mala suerte.

El motero se mostraba preocupado y esto era nuevo para Amy.

—Bueno, ¿se sabe algo?

Niilo negó con la cabeza.

—Nada. Su madre está histérica. Y su padre aguanta la tensión como buenamente puede.

—Entonces será mejor que vayamos para allí cuanto antes. En esos momentos, aunque la gente diga que prefiere estar sola, no hay que hacerle caso. Lo sé por experiencia.

Niilo la miró sorprendido. Ella sonrió al ver que su rostro parecía recobrar vida.

—¿Qué, prefieres que...? —propuso Amy, en realidad, sin acabar de formular la pregunta. No se le había cruzado por la imaginación hasta aquella cara de sorpresa que quizás el motero no quisiera que su noche de cita se convirtiera en una noche en vela en un hospital londinense.

La sorpresa de Niilo, sin embargo, no tenía nada que ver con eso. Realmente, no había esperado que ella se sumara a acompañarle por las buenas. Mucho menos que fuera ella quien lo propusiera.

—¿En serio quieres venir?

—¿Cómo voy a dejarte sólo en un momento así?

El motero sintió unas ganas tremendas de abrazarla. Y de besarla. Y de todas las cosas que podían hacerse con una mujer por la que cada vez estaba más loco, teniéndola a veinte centímetros de su cuerpo. Una sonrisa traicionera apareció en su rostro y consciente de que sus pensamientos podían llegar a ser demasiado evidentes para el momento y la circunstancia, volvió a intentarlo con algo que se le daba muy bien; la broma.

—¿Tan mal estoy? —dijo con cara de desolación.

—Nada que no arregle un buen rato en compañía de tu chica favorita —repuso ella al tiempo que le frotaba el hombro cariñosamente.

Niilo le dio un casco extra que llevaba en la moto, ella montó de paquete y la pareja puso rumbo al hospital.

A pesar de todo lo sucedido aquella tarde, del malestar y la duda, del temor a que su mal presentimiento hubiera resultado ser real, y el temor por el bienestar de Conor, Niilo iba en su moto, pero, a la vez, no estaba allí. Estaba en un plano diferente, en el que era consciente de que la mujer que llevaba a la grupa era alguien que le quitaba el sueño desde hacía muchos meses. Consciente de la proximidad, de que eran sus brazos los que le rodeaban la cintura, de que era su voz la que hablaba animadamente a través del intercomunicador...

Era casi como tocar el cielo con las manos.

Mientras tanto, en el hospital...

El rostro de Susan enrojeció al reconocer la figura fornida y rubicunda que avanzaba con paso rápido por el corredor. Seguían sin saber nada de Conor y ya se sentía lo bastante descompuesta de los nervios para andarse con cortesías. Fred Campbell era un buen hombre, el único al que soportaba de toda aquella de familia de “finolis”, pero no entendía qué hacía allí y, desde luego, lo último que deseaba era tener que atenderlo.

—Ya que ha sido cosa tuya llamarlo, Owen, serás tú quien lo atienda porque yo no pienso hacerlo. Conor y Nikki ya no están juntos y me juego la cabeza a que esa niña caprichosa tiene mucho que ver con el estado de ánimo de mi hijo de los últimos días. Este señor no tiene nada que hacer aquí.

—Cariño, cómo dices eso...

—Diciéndolo. No pienso atenderlo.

Dicho lo cual, dio media vuelta y echó a andar en la dirección contraria, haciendo imposible que Owen intentara disimular. Incómodo, fue al encuentro de Fred, quien a pesar de haberse dado cuenta de que su presencia no era bienvenida, le ofreció una sonrisa compasiva.

—Lo siento mucho, Owen. Qué mala suerte. ¿Sabéis algo, cómo está?
—se interesó el padre de Nikki, estrechando afectuosamente la mano de su consuegro.

Él lo animó a que se apartaran un poco del gentío para conversar con más tranquilidad.

—Gracias por venir, Fred. Y disculpa a Susan... Sólo sabemos, y no ha sido nada fácil conseguir que nos lo dijeran, que cuando llegó al hospital estaba consciente. No es mucho, pero nos animó bastante. Conor es un chico duro y si siguió consciente a pesar de todo, quizás...

Owen sacudió la cabeza. Era aferrarse a un clavo ardiendo con tal de no ceder a la desesperación. Pero cada minuto que pasaban sin noticias, la brecha entre la esperanza y la desesperación se acortaba peligrosamente.

—Bueno, eso es más de lo que crees, Owen... Si estaba consciente, quiere decir que el accidente no ha sido tan grave... ¿Sabéis que pasó, cómo fue?

Él negó con la cabeza.

—Cuando me llamaron, estaba en medio de una reunión y fueron bastante parcos en explicaciones. Sólo sé que tuvo que hacer una maniobra brusca porque un coche lo encerró, que una mancha de aceite en el asfalto hizo que acabara de perder el control de la moto... Y que está aquí —y rubricó la frase con una mueca de disgusto.

—Bueno, amigo mío, lo importante ahora es mantener la calma. No precipitarnos. Y no pensar cosas que no nos van a ayudar. Hay que confiar y mantenerse lo más sereno posible.

Owen asintió repetidas veces con la cabeza. Eso intentaba, pero cada vez le costaba más.

—Tengo que decírselo a Nikki —comentó Fred.

El tono había sonado casi a una disculpa, como si tuviera que disculparse por hacer algo que era consciente que traería consecuencias. Unas consecuencias que no serían bienvenidas por parte de ninguna de las familias. Owen pensó que tenía gracia que aún en aquellos momentos, el interés por ayudar a la pareja a resolver sus conflictos siguiera presente, y que fueran precisamente los hombres de la familia los que hicieran de celestinas.

—Claro, por supuesto. Debe saberlo. Da igual lo que opinen nuestras esposas.

Fred abandonó la sala de espera mientras el número de su hija sonaba sin que nadie atendiera. Cortó y esperó unos momentos mientras sacaba un café de la máquina y lo bebía haciendo tiempo. Hablaban a diario. Nikki no estaba llevando bien la ausencia de su familia. Lo último que habría

imaginado era que la segunda llamada que hacía aquel día a su hija, sería para darle una noticia tan mala. La pobrecilla ya tenía suficiente con su corazón partido y con su nuevo trabajo en otro país, lejos de los suyos.

Volvió a intentar el número, otra vez sin éxito.

A muchos kilómetros de Londres, Nikki silenció el móvil. Llevaba desde primera hora de la mañana en entrenamientos para personal recién incorporado. Sólo habían parado media hora para comer, y vuelta a empezar. Tenía la cabeza como un bombo y la agenda llena de notas, pero su ilusión crecía cada hora que pasaba, así como crecía la certeza de que estaba en el lugar correcto. Algunos sueños resultaban ser perfectos solo en la imaginación, pero este no había sido el caso.

Cuando el móvil se iluminó por tercera vez, Nikki decidió enviar un pequeño mensaje a su padre para que dejara de insistir. Aprovechó un momento que el instructor se giró de frente a la pizarra electrónica, para teclear rápidamente un mensaje diciéndole que lo llamaría tan pronto acabara el curso en el que estaba.

Fred estuvo tentado de dejarlo correr y esperar a que el curso terminara, ya que sabía que Nikki le devolvería la llamada de inmediato. Pero la noticia que tenía entre manos no era de las que podían esperar para darse.

Así pues, se puso a escribir.

El instructor hablaba de los fallos habituales en las sesiones de interpretación que causaban momentos embarazosos, y en cómo salir al paso de ellas. Las doce nuevas incorporaciones reían, deseando interiormente que eso no les pasara jamás. Nikki tenía momentos como esos de su propia cosecha, eran inevitables, y también rió. Entonces, vio que la pantalla de su móvil volvía a iluminarse y prestó atención.

Las nueve palabras del mensaje entraron como una lanza, abriéndole la carne, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Volvió a comprobarlas, deseando intensamente haber leído mal.

"Conor ha tenido un accidente. Estoy en el hospital".

No había ningún error. Mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor, Nikki se puso de pie, mareada por las náuseas, y salió a toda prisa de la sala.

Episodio 3

Lunes 4 de enero de 2010, por la tarde.
Piso de Pau Estellés.
Ciudadela, Menorca.

Pau había regresado a casa tras su discusión con Dylan y se había sumergido en el trabajo. Que Andy los hubiera oído había sido lo peor que podía suceder. Conociendo el genio de su sobrina, su reacción era imprevisible.

Se había puesto a hacer llamadas a las distintas agencias de empleo con las que trabajaba el grupo con la idea de empezar a entrevistar candidatos para sustituir a Andy. Estaba bastante seguro de que ahora, más enfada que nunca antes, era perfectamente capaz de dejarlos tirados sin preaviso, y eso era algo que no podían permitirse.

Pero en medio de la actividad en la que intentó sumergirse, Tina siguió siendo un pensamiento recurrente. No haber podido hablar con ella lo tenía en vilo. La razón podía ser el trabajo, pero también podía deberse a que hubiera hablado con Andy, estuviera al tanto de todo, y ya no quisiera verlo ni en fotos. Estaba acostumbrado a hacerle frente a las situaciones por más duras que fueran, lo que no toleraba era la duda. Volvió a tomar el móvil, esta vez para hacer una llamada de naturaleza personal.

Nadie respondió.

Pau cortó y volvió a dejar el móvil sobre la mesa. Dio un sorbo a su *espresso* e hizo un gesto de disgusto. Estaba helado, pero era el tercero del día y no habría un cuarto. El menorquín exhaló un suspiro y continuó trabajando.

En Londres, Tina cerró la puerta de casa y se quitó el abrigo. Sacó el

móvil y al ver de quién se trataba, dudó por un instante. Desde que había hablado con Andy, las ganas de decirle al más alfa entre los alfas lo que pensaba de él crecían imparables. Pero la conciencia de que era el tío de su mejor amiga y de que tenía que intentar evitar que la sangre llegara al río, crecían igual de imparables.

El sentido común volvió a ganar la mano. Tina dejó el móvil sobre la mesilla y siguió a lo que estaba.

En la casa de las hermanas Estellés, la familia estaba reunida en el salón. Incluso la más pequeña estaba allí, jugando con Danny en el sofá.

Anna, sin embargo, no se sentía del todo a gusto. Andy se había marchado por la mañana y desde entonces no habían vuelto a verle el pelo. La había llamado varias veces, pero sólo había conseguido hablar con ella en dos ocasiones y en ambas su hija le había dado vagas razones que a Anna le habían sonado a excusas. Volvió a echar un vistazo a la hora, y suspiró. Neus, que no había dejado de seguirla con atención, consciente de que algo le preocupaba y bastante segura de saber de qué se trataba, intervino.

—Estará con Dylan, Anna. Ya sabes que cuando el señor de los tatuajes está en la isla, tu hija se deja ver muy poco por aquí.

—Lo que no sé si es bueno o malo —intervino Roser.

—Calla, mujer, que si de ti dependiera, la niña no saldría a la calle hasta que encontrara a su príncipe azul, uno rico, educado, y por supuesto, menorquín. No te hagas ilusiones, no sé por qué me da que tendrás que conformarte con que su príncipe azul sea un armario tatuado y, encima, irlandés —dijo Neus, riéndose de buena gana del disgusto de su hermana.

—Yo no tengo tan claro que esté con Dylan. Él también me llamó, preguntaba por ella, y ahora que lo pienso, que no supiera que Andy iba camino de su casa, me resulta tan sospechoso como no haberle visto el pelo a mi hija en todo el día —repuso Anna. Y esta vez ya no sonreía.

—Que no, mujer, no seas tan dramática. La niña se lo está pasando en grande. Tú piensa eso y deja de preocuparte —sentenció Neus—. ¿No es cierto, Danny?

El joven, que hasta ese momento había estado abstraído jugando con la pequeña, alzó la cabeza y miró a su tía con cara de no entender.

—Seguro que Andy está con Dylan pasándoselo bien —repitió Neus

mientras su ojo izquierdo repetía el guiño haciendo parecer como si tuviera un tic.

—Y qué sé yo. Mi hermana es más rara que un perro verde y él... Bueno, no hay más que verlo.

—Gracias, Danny. No sé qué haríamos sin tu ayuda —dijo Neus, reprendiendo a su sobrino de mentirijillas.

No sería su hijo, ni sus hermanas lo que consiguieran distraer a Anna, sino una llamada telefónica.

—*¿Cómo está la mujer más hermosa del mundo?* —oyó que Jaume le decía.

—Hola, qué sorpresa...

—*Dije que te llamaría* —repuso él.

—Hombre, acabas de marcharte...

La sonrisa de Anna era tan grande que Neus tocó el hombro de su hermana Roser indicándole con un gesto de la cabeza que la acompañara, e hizo otro tanto con Danny, quien tomó a Luz en brazos. Pronto todos abandonaron la habitación

La sonrisa de Anna se hizo más grande al escuchar sus risas.

—*Bueno, el que avisa no es traidor... Venga, cuéntame cosas...*

Ella se arrellanó en el sofá y se cubrió bien con la manta, pensando en lo agradable que resultaba escuchar su voz, grave y pausada.

—*¿Que te cuente cosas?* —Y se echó a reír contagiando a Jaume—. No me ha dado tiempo a tener cosas nuevas que contarte...

—*Entonces, cuéntame qué estabas haciendo.*

—No mucho, estoy aquí en mi sillón favorito, con mi manta favorita, y hasta hace un momento estaba acompañada. Pero, por lo visto, debe haber alguien regalando millones en la calle porque todos se han ido de repente, y me han dejado sola. Estaba leyendo. ¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido con tu familia?

—*No ha estado mal. Se alegraron de verme, claro. Pero cuando les hablé de mi proyecto, como siempre, intentaron disuadirme. Les expliqué en qué consistía, les conté que tengo socios capitalistas y que el tema del dinero no sería un problema, pero no sé... Creo que están divididos, la facción más joven parece dispuesta a dejarse convencer. La facción menos joven no quiere saber nada del tema.*

—Te refieres a tu padre y a tus tíos...

—*Sí, y si te digo la verdad, contaba con eso. Habría sido bonito escucharles decir “¡adelante con eso, Jaume!”*, que por una vez me

animaran a sacar los pies del tiesto y hacer algo por mi cuenta, pero para los Mayol la empresa es mucho más que una forma de ganar dinero. No conciben que un miembro de la familia pueda tener otros planes que no pasen por el astillero. Ya no hablemos si además se trata de crear otro astillero con un proyecto completamente diferente. En fin, no ha sido una sorpresa... ¿Y tu precioso patio? Imagino que ya estará acabado.

—Sí, ha quedado fabuloso... Ese hombre es un manitas. ¿Sabes que puedo controlarlo todo desde mi móvil? ¡Estoy como una niña con zapatos nuevos! Ahora solo falta que instalemos la climatización en el patio y ya se podrá usar todo el año...

—*Cuánto me alegro, Anna. Y me alegro también mucho por tu hija, él me parece un buen hombre, alguien sólido, ya sabes... Quizás te dé la impresión de que me estoy anticipando, porque realmente la conozco hace muy poco, pero a pesar de su juventud, no me imagino a Andy con uno de estos muchachos de ahora, más preocupados por su atuendo o su corte de pelo... Necesita un hombre de verdad y ese señor irlandés lo es de los pies a la cabeza. Me cae muy bien, no puedo negarlo.*

La sonrisa de Anna daba dos vueltas enteras a su cabeza. Era lo que sucedía cuando alguien halagaba a alguno de sus hijos, y a Andy en especial, porque por cosas del destino, era de sus tres hijos quién había soportado la mayor carga. Y también le gustaba lo que decía de Dylan. Desde el primer momento había tenido la sensación de estar frente a un buen hombre, a pesar de su apariencia y de las habladurías, y le agradaba que Jaume opinara lo mismo.

—Sí, lo es. Tienes razón en cuanto a Andy, no ha tenido muchos novios... Al menos, que yo conociera. Ha tenido sus amigos, claro, y yo creo que ha intentado llevar una vida normal, rodearse de gente de su edad, pero es como si, sin proponérselo, siempre acabara con gente mayor. Fíjate en Tina, es su mejor amiga. Hablando de Andy, imagino que debe estar pasándoselo muy bien porque se ha ido por la mañana y todavía no ha vuelto...

—*Seguro que sí. ¿Cuándo se marcha Dylan a Niza?*

—El domingo, es increíble lo rápido que pasa el tiempo...

—*Suenas preocupada. ¿Estás bien?*

—Sí... Bueno, es que me resulta raro que lleve tantas hora fuera de casa... Estoy mal acostumbrada. Desde que llegamos a Menorca, con eso de que todo está tan cerca, me he acostumbrado a que entre y salga a cada rato.

La he llamado varias veces y me ha contado que está bien, que está en el gimnasio con no sé qué cosas pero, no sé, si está en el gimnasio no está con Dylan, y eso me resulta más raro todavía...

—*Venga ya, mujer* —la voz de Jaume le llegó suave y hasta cierto punto tierna. Él estaba sonriendo al hablar—. *Seguro que sabes lo que está sucediendo...*

—Pues no...

—*Habrán reñido. Es lo normal.*

Anna se quedó cortada.

—¿Reñir? No sé... Si siempre están acaramelados... —Y enseguida se dio cuenta de que lo que acababa de decir no tenía ningún sentido. Por supuesto que podían haber reñido. Y por supuesto que sería normal si eso hubiera sucedido—. Vaya, claro... No se me había ocurrido pensar en eso. Es que siempre parecen tan a gusto el uno con el otro... No puedo imaginarlos discutiendo.

—*Pues ahí lo tienes. ¿Ves? En algo te he aliviado llamándote, te he dado una explicación en la que no habías pensado. Seguro que tendrá que ver con algo de eso y tu hija, muy inteligentemente por cierto, ha preferido darte excusas para que no te preocupes. Todas las parejas tienen riñas aunque a ti te parezca tan raro. Hasta nosotros las teníamos, ¿recuerdas?*

Después de un buen rato conversando, Jaume se despidió con un “hasta mañana”. Si de él hubiera dependido, se habría quedado hablando el resto de la noche, pero tampoco quería resultar un pesado.

—¿Vas a llamarme mañana otra vez?

—*Claro. ¿Te parece bien?*

Una sensación extrañamente agradable invadió a Anna y una sonrisa apareció en su rostro. Agradeció estar sola y que nadie la viera porque, de otra forma, las bromas no tendrían fin. Le gustaba la atención que Jaume le brindaba y no porque no se sintiera atendida, todo lo contrario. Pero la suya era una clase diferente de atención, la de un hombre hacia una mujer con la que tenía una historia en común, y le resultaba tremendamente reconfortante.

—Sí, es muy agradable saber que mañana hablaremos otro ratito —admitió.

En la isla vecina, Jaume no pudo evitar un gesto de victoria. Cada pasito que lo acercaba a ella era importante y este era un gran paso; que Anna admitiera que veía de buen grado que la llamara a diario era una forma de admitir que deseaba que él siguiera dándole atenciones. Un gran paso, sin

duda.

—*Me encanta oír eso. Hasta mañana, entonces. Te mando un beso.*

Poco después de que Anna acabara su conversación con Jaume, como por arte de magia, todos los que habían huido del salón, regresaron. Y a renglón seguido, la razón de sus desvelos hizo su aparición triunfal acompañada de su príncipe azul, repartiendo besos y carantoñas.

Anna los observó con disimulo. Parecían los mismos de siempre, habían entrado tomados de la mano, después de los saludos y las gracias a la pequeña Luz, se habían sentado uno junto al otro. El brazo de Dylan reposaba sobre el borde del sillón, y la mano de Andy, como era habitual, descansaba sobre la rodilla masculina. Todo parecía como siempre, pero había algo diferente en el lenguaje corporal, que le confirmó que Jaume estaba en lo cierto. Habían reñido. Le provocó cierta ternura pensarlo, pero como no quería parecer la típica suegra metomentodo, apartó la vista con disimulo y volvió a centrarse en lo que decía Andy en aquel momento.

—¿Sabéis de lo que nos hemos enterado? Parece que Conor ha tenido un accidente... ¿Te acuerdas de él, mamá?

—Ay, pobre... ¿Y cómo está? —dijo Anna

—No sabemos nada, porque nos enteramos a raíz de un mensaje que mi ex jefe le envió a Dylan, pero no hemos conseguido hablar con él —repuso Andy buscando la confirmación con Dylan.

—No —dijo él—. Su móvil no deja de comunicar, le envíe un mensaje pero todavía no ha respondido.

—¿Pero fue un accidente de moto? —quiso saber Anna.

—Imagino que sí. Aunque lo único que sabemos es que lo han llevado al hospital... Esperemos que esté bien.

—¿Conor es ese muchacho...? —dijo Neus, y no completó la frase porque enseguida se dio cuenta de que hacerlo habría sido una metedura de pata. Pero su sonrisa la traicionó.

—Sí, a tu sobrina no le gustan normales. O están cubiertos de tatuajes como si fueran *yakuzas* o llevan esas trenzas en el pelo que sólo de verlos me da repelús... —intervino Roser.

Dylan soportó el comentario estoicamente. Que Conor hubiera tenido un accidente le preocupaba y también le preocupaba no tener noticias, pero

nunca lo había querido como tema de conversación. Además, aunque eso que las parejas llamaban “hacer las paces” estuviera en curso, todavía seguía teniendo un regusto amargo por lo sucedido. A pesar de que habían aclarado posiciones, a pesar de que Andy ya no estaba dando la callada por respuesta, él no se había quedado a gusto. Consciente de que la atención de todas las mujeres estaba sobre él, decidió que lo mejor era quitarse de en medio.

Dylan se puso de pie. Andy lo miró algo sorprendida.

—Hoy mi lado chef ha salido a relucir, así que, con vuestro permiso, me voy a cocinar para las damas.

—Pero si la cena ya está hecha... —intervino Roser que al instante se ganó un codazo de parte de su hermana.

—Claro, Dylan... Aduéñate de la cocina y maravilla nuestros paladares. Las damas estaremos encantadas —dijo Neus.

—Uy, qué bien... ¿Podemos saber lo que vas a hacer? —lo animó Anna, siguiéndole la corriente a Neus.

Dylan, que ya estaba en la puerta, se volvió con una sonrisa que le costó más de lo esperado poner.

—Lo siento, señoras. Tendréis que esperar para averiguar eso.

Cuando él desapareció de la estancia, todas las miradas se volvieron hacia Andy. Lo hacían con disimulo, pero a ella no le preocupaban las miradas. Le preocupaba él.

La muchacha también se puso de pie.

—Bueno, parece que me toca trabajar... Un chef siempre necesita ayudantes —dijo Andy sin mirar a nadie, y se fue tras él a la cocina.

Se detuvo junto al marco de la puerta sin decir nada. Después de atarse el delantal, Dylan disponía los utensilios aparentemente concentrado en lo que hacía. Para Andy aquel había sido un mal día. Y más allá de la responsabilidad que su tío tuviera en el asunto, tenía que reconocer que, en parte, también había sido suya. Sentirse defraudada, saber que él se había callado cosas... Seguía sin gustarle que hubiera procedido así, pero ahora, varias horas más tarde, no sólo podía entender que lo hubiera hecho, también tenía que reconocer que ella misma lo hacía constantemente. ¿Cuántas cosas no le había dicho a su madre sólo por protegerla, sólo por evitarle sufrimiento?

Andy avanzó hasta él en silencio y le rodeó la cintura con los brazos. Apoyó la mejilla contra su espalda y cerró los ojos, sintiendo cómo la invadía un sentimiento de paz. Dylan, que no la había oído entrar, se sorprendió, pero

enseguida respondió a sus muestras de afecto, acariciando las manos que se entrelazaban sobre su estómago.

—No te oí llegar —susurro él.

—Perdí los nervios y lo siento muchísimo, Dylan.

Él respiró hondo. De pronto, se sentía ligero, a gusto, relajado. Volvía a tener la sensación de que su vida era completa y no pudo evitar pensar en lo importante que esa mujer menuda, que apenas le llegaba al pecho, se estaba volviendo para él.

—Lo sé. Pero gracias por decírmelo.

Él se volvió despacio y puso los brazos de Andy alrededor de su propio cuello, la estrechó fuerte, y buscó su mirada.

—Estoy loco por ti. Totalmente loco.

Ella le obsequió la mejor de sus sonrisas.

—Lo sé. Pero gracias por decírmelo —repuso con sensualidad.

Y un beso de película rubricó el momento, confirmando que la pareja había hecho las paces.

Dado que no podía quitársela de la cabeza aunque quisiera, Pau volvió a intentarlo con Tina. Y otra vez acabó dialogando con su buzón de voz, tras lo cual dejó el móvil sobre la mesa con brusquedad y se sirvió el cuarto *espresso*.

Aquel asunto empezaba a enervarlo porque desde que había conseguido hablar con ella, habían pasado varias horas y que ni siquiera respondiera a sus mensajes, no le gustaba. Pero entonces, el aparato volvió a sonar. El corazón de Pau se aceleró cuando vio el nombre que parpadeaba en la pantalla y, de pronto, se sintió como un flan. Atendió con una sonrisa.

—Hola, Tina, parece que no nos encontramos hoy... —Fue todo lo que consiguió decir antes de que ella empezara a hablar.

—*¿Y que no haya respondido a tus mensajes ni a tus llamadas no te parece todo un mensaje en sí mismo? Mira, no sé qué bicho te ha picado conmigo. Porque, que yo recuerde y tengo muy buena memoria, llevas años pasando por mi lado sin prestarme atención. Y está bien, oye, lo entiendo. Que sea la mejor amiga de tu sobrina no implica que yo tenga que gustarte. Claramente, no doy el tipo.* —Tina enseguida se arrepintió de haberlo dicho y continuó hablando aún más rápido que antes—. *Lo que no entiendo es que, de*

pronto, parece que no puedas vivir sin mí. Es evidente que tampoco eres como el común de los mortales, ya que no entiendes el mensaje implícito en que alguien no responda a tus llamadas, así que te lo voy a decir claro: somos dos personas totalmente diferentes. Para ti, todo vale cuando se trata de tus intereses. Para mí, importan las personas. No somos compatibles. Esto quiere decir que ni he atendido tus llamadas ni atenderé las que hagas en el futuro. No sé si me he explicado con claridad...

Pau tardó unos segundos en recuperarse del shock.

—Escucha, Tina... Somos mucho más compatibles de lo que tú crees, y en cualquier caso lo que dices no es correcto. Hay decisiones que tomo como empresario, y muchas otras que tomo como persona. En cualquier caso, ninguna de ellas está en tela de juicio ahora, ¿o sí? Me interesas, creo que te lo dejé claro cuando estuviste aquí y...

—No, escucha tú. Me dan igual tus razones y me da igual lo que digas. Para que haya una relación es necesario dos personas interesadas en mantenerla y yo no tengo ningún interés en mantener una relación contigo. Del tipo que sea. Ningún interés, ¿me explico?

Como si las cosas no estuvieran ya lo bastante mal, en medio de su confusión y de su disgusto, Pau vio que su hija entraba corriendo en la cocina con su habitual “¡hola, papi, papi, papi, ya estoy aquí!”, seguida por uno de sus abuelos. Concretamente, su madre, por lo que además ese momento tan sumamente incómodo, sería público.

—Tina, no estás siendo razonable... —intentó decir, pero no consiguió acabar la frase ya que su interlocutora volvió a tomar la palabra y esta vez fue definitiva.

—Y tú parece que no me estás escuchando. Así que te lo voy a decir una última vez. No quiero que me llames. No voy a atender ninguna de tus llamadas. Y cuando yo digo que no es no. —Tras lo cual, cortó la comunicación.

El rostro del menorquín pasó del rojo al violeta en fracción de segundos. Y como no tenía ningún sentido fingir que no sucedía nada, se limitó a dejar el móvil sobre la mesa y puso su atención en la pequeña, que ahora se abrazaba a sus piernas alegremente.

—¡Hola, preciosa, ¿te lo has pasado bien con los abuelos?! Qué bien que ya estés en casa con papi... —exclamó tomándola en brazos.

Muy pronto, padre e hija conversaban, aparentemente ajenos al mundo. Pero no estaban solos, Lucía Oriol estaba allí, contemplando la escena

muy interesada. Desde el principio había tenido la sensación de que la conversación que su hijo mantenía, aunque ignoraba con quién, no era una conversación relajada. Al entrar en la estancia tuvo claro que su interlocutor llevaba la voz cantante en lo que fuera que estuvieran discutiendo. Y si ya le resultaba extraño pensar que, por una vez, no era su hijo quien llevaba la voz cantante en una conversación, descubrir, cuando él la llamó por el nombre, que se trataba de la amiga de Andy, le pareció sumamente curioso. Que ella le interesaba, a Lucía le había resultado evidente en Nochevieja. Sabía perfectamente que el tiempo que Pau le había dedicado a la joven de rasgos exóticos, no tenía nada que ver con ser el anfitrión. Lo sucedido en días siguientes, aunque él no hubiera hablado del tema ni ella se lo hubiera preguntado, no había sino confirmado el interés de su hijo por ella. Por último, la discusión, que no se suponía que ella hubiera escuchado, le decía alto y claro algo que como madre llevaba esperando desde la adolescencia de su hijo: Pau había encontrado la horma de su zapato.

En Londres...

Nikki no había dejado de llorar en ningún momento. Sin embargo, no parecía dispuesta a cambiar la decisión que había tomado en su momento y Fred acabó despidiéndose de ella sin añadir más leña al fuego.

—¿Siguen sin decir nada? —le preguntó a su consuegro, aunque la expresión de su rostro había respondido a su pregunta hacía ya rato.

Lo vio afirmar con la cabeza y su preocupación le resultó incluso dramática. Cada minuto que pasaba, la tensión crecía en relación inversamente proporcional a la esperanza.

—¿Has podido hablar con Nikki? —Fred asintió con la cabeza—. ¿Y, cómo están las cosas?

La verdad era que a pesar de su llanto, Nikki no le había dado la impresión de estar dispuesta a mover ficha. No podía culparla, ya que razones no le faltaban, pero, de alguna manera, había albergado la esperanza de que este suceso volviera a reunirlos. Por desgracia, no había sido así. Nikki estaba destrozada, pero no había dicho que vendría.

—Está complicado, Owen.

—¿Lo dices en serio? ¿No va a venir?

Fred sacudió la cabeza contrariado.

—Te entiendo, créeme. Pero también entiendo a mi hija. Por lo visto, las últimas palabras que guarda de él no son buenas.

Cuando Fred pronunció en voz alta las palabras del mensaje que Conor le había enviado a su novia, la reacción de Owen fue echarse las manos a la cabeza.

Ni en un millón de años lograría entender que alguien que amaba a una mujer pudiera hacerle semejante regalo de despedida. Ni que decir que ese alguien fuera Conor.

Episodio 4

Lunes 4 de enero de 2010, por la noche.
En un hospital londinense.

A las diez de la noche, en la sala de espera del hospital la lista de gente preocupada no paraba de crecer. Los amigos del club de moteros Los MidWay Riders y compañeros de Conor estaban allí: Dakota, Evel, Niilo con sus respectivas acompañantes. Incluso Ike, el secretario de los MidWay Riders, que había llegado solo. Formaban corrillo e intentaban animarse mutuamente con sus típicas conversaciones de moteros. La madre de Conor seguía tan afectada por la falta de noticias que pasaba de la gente y era Owen quien se ocupaba de las cortesías. Fred se había presentado como el padre de la novia de Conor y había soportado estoicamente algunas miradas reticentes, uniéndose a la conversación con el mejor ánimo posible.

—Yo, con perdón de los moteros aquí presentes, debo decir que odio las motos y en días como estos mucho más —comentó Fred, de buen talante.

Owen ratificó lo dicho por su consuegro.

—Ya somos dos. Si de mí dependiera, hace mucho tiempo que le habría prendido fuego a esa Harley.

Evel que estaba junto a Owen, palmeó su hombro afectuosamente. También había escuchado ese tipo de comentarios muchas veces.

—En su defensa, diré que encima de una moto sabe lo que se hace —intervino Dakota para calmar los ánimos con su estilo macarra—. Es en lo único, porque en lo demás no se encuentra el ombligo en el medio de la panza, pero en la moto sí. Es un campeón. Además, es de los que no van ni hasta la esquina sin ponerse el equipo completo. Es un tío listo.

El comentario de Dakota fue muy bien recibido por todos los presentes,

arrancó una sonrisa al padre de Conor, lo que no era poco dadas las circunstancias, y Fred también asintió, dándole la razón.

—Ya lo creo —confirmó Evel.

—Es cierto. Conduce con cabeza y hoy llevaba el equipo completo, como siempre —intervino Niilo, que de pronto se sintió aliviado al tomar en cuenta esos puntos que sumaban tanto en los accidentes de moto.

Owen miró al compañero de trabajo de su hijo, de quien él le había hablado innumerables veces, y asintió con la cabeza.

—Gracias, Niilo. Tienes razón. Qué alivio.

En momentos como aquel todo contaba. Cualquier observación, cualquier detalle, cualquier cosa que aportara un poco de esperanza era de agradecer y a Niilo le gustó saber que su comentario había contribuido a eso.

Entonces, por fin apareció un médico y todas las miradas se centraron en él.

—¿Señores Finley?

—Sí, somos nosotros. ¿Como está Conor? —dijo Susan.

—Acompáñenme, por favor.

Los padres de Conor se habían ido con el médico, y de eso ya hacía un buen rato. Las conversaciones se reiniciaron poco después, más como una forma de combatir el nerviosismo que por interés de cháchara. Fred Campbell se había alejado para hacer unas llamadas, y el tesorero de los MidWay Riders aprovechó para hacer la pregunta que a todos les rondaba por la cabeza.

—¿La novia de Conor sabe que él está aquí?

—Sí, creo que su padre ha estado hablando con ella... —dijo Evel mirando a los demás en busca de confirmación.

—Yo no tengo ni idea —respondió Dakota—, pero si su viejo está aquí, lo normal es que le haya avisado.

—Tanto como normal... —intervino Ike nuevamente—. Porque si ella lo sabe y no está aquí... Lo normal sería eso ¿no?

—No, eso sería meter las narices en donde no debemos —repuso Evel—. Quizás está en camino. O quizás se han peleado y no viene. No es asunto nuestro.

—Hombre, por lo que sé llevan juntos desde que eran niños. Si no está

aquí es para matarla —dijo Ike—. Aunque, ahora que lo dices, la última vez que vi a Conor no estaba nada bien.

Dakota y Evel intercambiaron miradas. Ver a Ike y estar bien eran opuestos irreconciliables. Evel no pensaba decir tal cosa, pero Dakota no se cortó.

—Y seguramente tú tendrías algo que ver en eso, ¿no te parece? No le caes bien a la gente, tío —dijo Dakota haciendo que Tess se sonrojara y mirara para otro lado incómoda por esa sinceridad de la que siempre hacía gala en los momentos menos oportunos. Dakota la apretó contra sí cariñosamente.

—¿Qué? Es la verdad —se defendió.

Tess miró a Ike y comprobó que no le había gustado nada aquel comentario.

—Ya, cariño, pero no hace falta que lo digas.

—Ya lo creo —intervino Evel, y no se explayó porque con Maverick habían acordado no decirle a Dakota que Ike había vuelto a aparecerse por el MidWay en compañía de Chelsea, y no quería delatarse.

—Bueno, no sé, si saliera con una chica y me pasara algo, esperaría verla junto a mi cama de hospital al despertarme. Y no creo que Conor sea tan diferente a mí.

Niilo había presenciado en silencio el intercambio de opiniones sobre un tema que claramente no les incumbía. Pero ya estaba bien.

—Y digo yo, ¿qué os parece si dejáis el tema, tíos? —intervino—. ¿A qué hemos venido aquí? Lo que importa es que Conor se recupere. Ya se encargará él de resolver sus asuntos sentimentales cuando esté en condiciones.

—Vale, vale, tío... Era un comentario —se defendió Ike.

—Sí, un comentario fuera de lugar —sentenció Niilo.

Evel intervino para calmar los ánimos.

—Bueno, venga, tranquilos todos. Por favor, no añadamos más historias a este momento.

Por suerte, las chicas se habían ofrecido a traer café para todos y pronto regresaron repartiendo pequeños vasitos.

—Toma, aunque supongo que ahora te vendría mucho mejor un vodka doble —dijo Amy entregándole a Niilo su café.

Él sacudió la cabeza incrédulo por cómo se estaban desarrollando las cosas. No sólo por Conor, también por Amy y él. No podía creer que un día

de cita hubiera acabado de esa forma.

—Tienes razón. No estoy en mi mejor día y no sabes cuánto lo lamento... Conor es un buen tipo y me jode muchísimo lo que le está pasando —admitió el motero.

Amy lo miró con cariño y cierta admiración. Le gustaba ir descubriendo lo que se escondía detrás de aquel rostro supermasculino.

—No lo lamente por mí. Te lo digo en serio. Es en momentos como este cuando las personas muestran de qué madera están hechas y la tuya, chico, es de primera. Tú sí que eres un buen tipo —repuso Amy.

Niilo se quedó cortado. Agradablemente cortado.

—Mmm, no sé yo si ese es el mejor calificativo para decirle a un hombre en una primera cita.

La pareja intercambió miradas pícaras y Amy acabó riendo. En realidad, se reía de sí misma, porque él acababa de dar en el clavo otra vez. En otros tiempos, probablemente no habría sido un buen calificativo. En esas épocas, Amy no buscaba un “buen tipo” sino un buen candidato con quien tener una noche loca. Ahora las cosas eran muy diferentes. Y él, definitivamente, le gustaba.

Amy frotó el brazo del motero en lo que a él le pareció una caricia encubierta que le puso el corazón a latir aceleradamente.

—Segunda cita —lo corrigió.

Y fue ese tono de voz, a mitad de camino entre un flirteo y un avance sensual, lo que le confirmó a Niilo que el contacto físico había sido, en efecto, una caricia.

En un barrio exclusivo de Londres.

Harley se llevó una sorpresa al ver el sitio que Brandon había escogido para la cena. Ubicado en el corazón de un barrio caro de la ciudad, el local mezclaba modernidad y lujo dado que tenía aparcacoches y portero. Pensó por un momento en cuánto le gustaba Londres y cuánto había llegado a detestar estar allí. Pero, en muchos sentidos, lo echaba de menos.

Cuando ya había llegado a la puerta del restaurante y el portero le estaba abriendo amablemente la puerta, una limusina negra se detuvo frente al local y de ella emergió, cual estrella de cine, un rubio alto y fornido,

completamente vestido de negro. Harley lo recibió con una sonrisa y una observación.

—Llegas tarde —le dijo con guasa.

Sus varoniles labios realzados por un carmín de color burdeos oscuro, casi negro, se curvaron en una sonrisa galante.

—Tú también —repuso él.

Ambos rieron y ella continuó.

—Aunque, que yo recuerde, tú eres bastante irritante con eso de la puntualidad. ¿Esto no será una cita y yo no me he enterado todavía? —soltó Harley con toda su espontaneidad.

—¿Quieres decir que ese tremendo escote que llevas no es para mí? —repuso él, siguiéndole el juego.

—¿Tú qué crees?

Los dos intercambiaron miradas cargadas de picardía. Él le ofreció su brazo con galantería.

—Convengamos en que sería un poco... perturbador —dijo BBCox mientras la miraba sonriente—. Que yo recuerde me tienes por gay.

La pareja conversaba mientras se dirigía hacia la mesa dispuesta para ellos, acompañados del metre. Harley rió al recordar la observación que databa de hacía años.

—Cierto. También recuerdo que pensaba que era una auténtica putada —Harley sonrió con sensualidad y añadió—: *Es*.

BBCox asintió caballeroso al cumplido. Interiormente, su corazón acusó recibo lanzándose a latir como un loco.

El lugar estaba concurrido. La media de edad rondaba los treinta y el tipo de público era diverso.

Dado que los dos miembros de la pareja eran llamativos, varios ojos seguían con atención lo que sucedía en la elegante mesa situada junto a uno de los ventanales.

Harley siempre llamaba la atención. No sólo tenía que ver con su aspecto, también con su carácter y con la energía que fluía de ella; la sensación de sentirse a gusto consigo misma que hacía inevitable que repararan en ella.

Brandon Baxter-Cox era un personaje en sí mismo, daba igual si vestía de persona normal o, si como hoy, sacaba del armario al famoso tatuador. Su cuerpo fornido y su cara rabiosamente varonil atraía todas las miradas femeninas. El personaje que había creado para sí, el que se hacía llamar

BBCox, con su indumentaria mezcla de gótico y *steampunk*, su cabello rubio enlazado en una coleta baja sujeto con una cinta de terciopelo negra, y su rostro íntegramente maquillado, cautivaba a hombres y mujeres por igual.

Ajenos al interés que despertaban, Harley y BBCox conversaban animadamente. Después de un breve intercambio de información acerca de cómo les habían ido las cosas mientras él estaba en Estados Unidos y ella a cargo de su estudio del Soho, Brandon dirigió la conversación hacia el punto de interés.

—Hablemos de negocios, ¿te parece bien?

Harley se pasó la servilleta por los labios, bebió un buen sorbo de vino con actitud teatral y volvió a dejar la copa. A continuación, apoyó los codos sobre la mesa y lo miró con una sonrisa.

—Soy toda oídos.

Durante los siguientes minutos, Brandon le explicó que debido a cuestiones familiares que no detalló, necesitaba tomarse uno o dos años sabáticos. Entendiendo por sabático, reducir sus actuaciones internacionales. No podía deshacerse de todos los compromisos adquiridos, pero en algunos era posible que otra persona tomara su lugar.

—Como te imaginarás, no puedo proponer a cualquiera, pero he pensado que tú podrías encajar... Si te interesa, claro. Tendrías que dejarte ver conmigo en los círculos europeos primero, quizás yendo juntos a un par de festivales. Ayudándome en las actuaciones. —Brandon alzó la vista para verificar qué aceptación tenía la idea y le encantó descubrir que ella no sólo lo escuchaba atentamente, sino que además sonreía—. Tú como invitada mía, por supuesto, no sueñes con que vas a tocar mi máquina.

—No puedo prometerte que no lo vaya a intentar —repuso ella, riendo.

Y no sólo reía porque estaba feliz ante la perspectiva económica que se abría ante ella, sabiendo que llegar a fin de mes ya no sería un problema, también le encantaba la propuesta. Siempre habían conectado muy bien. Tanto a nivel artístico como a nivel personal. A pesar de que eran dos personas con carácter fuerte y en más de una ocasión chocaban, él la inspiraba. Siempre la había ayudado a crecer profesionalmente. Él parecía haberse recuperado del disgusto por el estúpido error que ella había cometido con aquel patrocinador, la historia parecía haber quedado atrás y lo que se abría ante sus ojos era un año de bienestar económico y éxito profesional. Mejor imposible.

—Sonrías, así que supongo que mi propuesta es de tu agrado, pero me

gustaría oírtelo decir.

—Me encanta tu propuesta, Brandon. Poder colaborar contigo es un honor para mí. Esto ya lo sabes, pero te lo repito porque sé que te encanta que te halaguen —repuso ella con su tono sensual habitual.

Notó que él la miraba con cara de hombre vanidoso al que acaban de alegrar la noche, y no pudo evitar echarse a reír.

En efecto, Brandon había recibido con gran satisfacción sus alabanzas. Y no sólo porque fuera de la clase que agradecía ese tipo de cumplidos, también porque venían de ella. Harley siempre había sido alguien especial para él.

—Muy bien. Entonces, tenemos un acuerdo. Y como también me gusta halagarte los oídos porque sé que te encanta, te diré que esta noche estás espectacular. Algo de lo que, evidentemente, no sólo yo soy consciente —dijo varonil al tiempo que le señalaba con la mirada al treintañero de la barra que no le quitaba los ojos encima.

Harley echó a reír al tiempo que sacudía la cabeza ligeramente.

—Que va, Brandon. Esta vez, el tanto es todo tuyo —repuso ella. Y señaló con sus ojos a un Adonis moreno con pinta de modelo de Armani que estaba devorando al tatuador con los ojos.

Brandon se quedó cortado. Un agradable cosquilleo lo recorrió de la cabeza a los pies ante algo que fue como una especie de revelación. Recordó que la primera vez que ella había insinuado algo parecido, él lo había tomado a broma. Ahora, sin embargo, después de siete años y toda el agua que había corrido bajo el puente, estaba claro que no se trataba de ninguna broma.

Invadido por una renovada energía, BBCox levantó su copa y tocó la de Harley.

—¡Por un feliz y próspero 2010, princesa!

Mientras tanto, en la sala de espera del hospital...

Tras hablar con el médico, Owen dejó a Susan en la planta esperando que le permitieran ver a su hijo, y regresó para informar de las novedades a los amigos y familiares allí presentes.

—Bueno, al fin tenemos noticias y son mucho mejor de lo esperado. Fred expresó el gran alivio que sentía abrazando a su consuegro.

—Qué buena noticia. No sabes cuánto me alegro. Ahora sólo se trata de que Conor se recupere...

—¿Pero cómo está, está bien? —intervino Niilo

Owen comenzó a explicar lo que les había dicho el médico.

—Está bien, bueno... No fue nada para lo que podría haber sido, pero necesitará quedarse aquí unos cuantos días. Además, quieren tenerlo en observación —reconoció, aliviado—. Hay una herida abierta en el muslo izquierdo que se hizo al chocar contra la marquesina, golpes por todo el cuerpo y muchas abrasiones, especialmente en los brazos y en la pierna derecha porque parece que recorrió varios metros sobre ese costado del cuerpo contra el asfalto. Pero le han hecho una resonancia y, de momento, no han encontrado nada más.

El alivio era tal que podía sentirse en el ambiente. Hubo risas, abrazos y pronto comenzaron las bromas.

—¿Y por qué tardaban tanto en dar noticias? —preguntó Evel.

—Por lo visto, la herida en la pierna afectó la arteria femoral y tuvo un gran hemorragia. Perdió mucha sangre... El equipo de emergencia que lo trajo dijo que Conor había tenido mucha suerte de que un motorista que se detuvo al ver el accidente, se acercara a ayudar. Era médico y le dio los primeros auxilios.

—Es que esa es la suerte que tenemos los moteros —intervino Niilo animado, bajo la mirada de Amy—. Somos un colectivo muy solidario y si vemos a un colega en problemas, no nos acercamos a curiosear, vamos a ayudar. Ya lo creo que ha sido una suerte, seguro que, de otra forma, las cosas habrían sido muy distintas... ¡Si es que ser motero es lo mejor del mundo! —exclamó de pura alegría. Y enseguida se sumaron varias manos que chocaron los cinco con Niilo, tan alegres como él de que lo de Conor hubiera quedado en unos cuantos golpes y una cicatriz.

En medio de la algarabía, Evel reparó en la joven vestida de negro con gafas oscuras que acaba de entrar en la sala. Codeó a Niilo.

—¿Esa no es Nikki?

Pálida bajo la luz de los fluorescentes, con su cabello plagado de mechas sujeto en una coleta, y su inconfundible estilo de vestir ultramoderno y muy femenino era la mismísima Nikki Campbell en persona.

—Sé de un motero que va a salir de la anestesia en tiempo récord —repuso Niilo con una sonrisa.

—¡Nikki, cariño...! —exclamó Fred al verla.

Un instante después, padre e hija se fundieron en un abrazo.

Episodio 5

Lunes 4 de enero de 2010, por la noche.
En un famoso horno de Brick Lane,
Londres.

Dado que el paciente no podía recibir visitas, los moteros se marcharon del hospital. Demasiado tarde para casi todo, Niilo le propuso a Amy una cena sorpresa. Los dos llevaban a café desde el mediodía, y el cuerpo les pedía algo de combustible para seguir funcionando. Sentada de copiloto en su Harley Davidson, lo vio atravesar media ciudad y detenerse en Brick Lane, frente a una tienda atestada de gente. *Beigel Bake* permanecía abierto las veinticuatro horas desde su fundación, en 1974, y allí podían degustarse beigels horneados al estilo tradicional judío con distintos rellenos. Era el punto de encuentro de noctámbulos, taxistas y, cómo no, turistas. Amy recordaba haber estado allí apenas un par de veces en toda su vida, ambas cuando era adolescente, y le pareció increíble que él lo hubiera escogido como opción aquella noche.

Él pidió un beigel relleno de salmón y ella uno de carne con pepinillos y mostaza, y mientras se los comían de pie, no paraban de reír y de coquetear, cada cual a su estilo.

—No puedo creer que me hayas traído a este sitio. ¿Eres judío?

—No, soy un motero hambriento —repuso él, muerto de risa.

Amy bebió un sorbo de su refresco de lata. Estaba feliz de estar allí, ese lugar le traía tantísimos recuerdos.

—Creo que tenía dieciséis años la última vez que estuve aquí —admitió ella.

—Pues yo no hace ni un mes... No siempre me apetece una cena en

toda regla, ¿sabes? A veces, me gusta circular por Londres de noche, me encanta esta ciudad después de que se encienden las farolas, y cuando me entra hambre, vengo aquí.

—Me parece una idea fenomenal. Me encantan los beigels y es justo lo que me apetecía comer.

—Entonces, me alegro de haber acertado... Ha sido un día complicado. Me alegra que por lo menos el final, que es lo que recordarás, te pille con el estómago lleno y una buena sensación en el cuerpo.

Amy le obsequió una sonrisa y no dijo lo que estaba pensando en ese momento porque no quería adular su vanidad demasiado pronto. No había sido una típica cita. En realidad, hasta el momento, nada había sucedido estando con él de la forma que había sucedido cuando estaba con otros. “Lo típico” parecía no tener cabida cuando se trataba de Niilo y eso le gustaba. Amiga de fiestas desde la adolescencia, tenía que reconocer que estos encuentros empapados de realidad de Niilo la cautivaban porque él se mostraba sin filtros, permitiendo que lo conociera de una forma que jamás había llegado a conocer a ninguno de los hombres que habían pasado por su vida. Y lo que descubría, le gustaba muchísimo.

—No sólo me alegra, estoy alucinada. Me alucina pensar que mi segunda cita contigo tiene lugar en una panadería comiendo una cena de tres libras. Chico, eres un campeón —dijo Amy, y consiguió que Niilo sintiera que aquel día espantoso, al fin de cuentas, acabaría por resultar uno de los mejores de su vida en lo que al tema romántico se refería.

Tras su cena, Niilo la había conducido hasta el aparcamiento en el Soho donde ella había recogido su Mini y se habían despedido, esta vez con un abrazo.

En el fondo, no era como ninguno de los dos habría esperado que aquella noche acabara, pero, por otra parte, la experiencia de los momentos que habían compartido les había dejado con la sensación de que aquello había sido mucho más que una cita, que habían compartido cosas importantes.

Pero cuando Amy aparcó frente a su casa, lo vio detener su moto junto a ella. Sin bajarse ni apagar el motor, Niilo levantó el visor del casco y empezó hablar al tiempo que se reía.

—No te preocupes, no pasa nada...

—No acostumbro a traer hombres a mi casa en la segunda cita, motero —dijo ella, risueña.

Los dos rieron. Amy porque mentía. Con descaro, además. Niilo de

pura incredulidad ante lo que acababa de hacer.

—Me lo imagino —repuso él—, pero aunque no lo creas, y que conste que no te culparía si no lo haces, he venido para asegurarme de que llegabas a casa sana y salva. No suelo ser así, pero lo de Conor me ha trastocado un poco, y creo que no soportaría otra mala noticia esta noche. No me lo tengas en cuenta, ¿vale?

Amy se quedó mirándolo con curiosidad. Normalmente, no le habría creído. Si eso lo hubiera dicho cualquier otro hombre del universo, ella se le habría reído en su cara. Pero no era cualquiera otro hombre, era él, el Caballero Jedi. No se había bajado de la moto, no había apagado el motor, ni siquiera se había quitado el casco. No hacía el menor ademán de intentar que ella, aunque fuera por gentileza, lo invitara a su casa. ¿Hasta qué punto era realmente así?, pensó.

—¿No quieres subir conmigo? —ofreció ella, tanteándolo con desparpajo.

Niilo soltó una carcajada.

—¡Claro que quiero, ¿estás de broma?! No sabes las ganas que tengo... —hizo una pausa y miró hacia otra parte—. Me encantaría subir, esa es la verdad. Y cualquier otro día aceptaría tu invitación corriendo... Qué digo corriendo... ¡Volando! Pero hoy... Hoy soy medio hombre, apenas rozo el cincuenta por ciento de mí, y tú te mereces el cien... Los dos nos lo merecemos... Si me dices que me lo tendrás en cuenta, subiré. Pero me encantaría que me dijeras que no te importa que hoy me vaya.

La pareja permaneció mirándose. Él, intentando capear su propia desazón como mejor podía. Ella, alucinando cada vez más. La verdad era que Amy también se moría por que él subiera. La verdad era que desde hacía cuatro días él se las había arreglado para ocupar un espacio cada vez mayor en sus pensamientos. *La verdad era que cada vez que él había movido ficha, la había dejado más cautivada, más interesada, más convencida de que de verdad era tan único y tan especial como le había parecido.* Y ahora, con su declaración de intenciones, y a pesar de lo frustrante de la situación, había conseguido hacerla sentir la Octava Maravilla del Mundo.

—No me importa, Niilo. —El motero exhaló un suspiro de alivio, haciéndola sonreír.

—Gracias, te lo compensaré con creces. Te lo prometo.

Amy se acercó. Apoyó su mano sobre la pierna del motero y alzó la vista hasta él.

—Si te quitas el casco, puedo darte un beso de despedida. Ya sabes, para animarte en el viaje de regreso.

El estremecimiento de Niilo fue grande y evidente.

—Si me quito el casco, no me iré —repuso él.

Y esta vez quien se estremeció fue Amy.

Madrugada del martes 5 de enero de 2010.

En un hospital de la ciudad.

Londres.

Aún era noche cerrada cuando Nikki reapareció en el hospital acompañada de su padre. Solamente un familiar podía permanecer en la UCI y Susan estaba tan alterada, que el padre de Conor y su propio padre la había convencido de que lo mejor para evitar problemas era que viera a Conor en el turno de Owen. En otras palabras, que lo viera a escondidas. De esa forma, todos ganaban y ella podía pasar un rato sin sobresaltos con él antes de regresar a Ginebra en el vuelo de las 7:00 de la mañana.

Así que Nikki había regresado a casa donde la esperaban su madre y su abuela con los brazos abiertos y un millón de preguntas que no deseaba responder. Apenas había probado bocado y aunque se había retirado a su cuarto relativamente temprano, tampoco había conseguido pegar ojo. No hacía más que dar vueltas en la cama pensando en Conor, en cómo estaría... Quería ser racional, después de todo él lo había dejado, no ella. Pero la noticia del accidente la había conmocionado y allí estaba, otra vez en Londres. La razón de semejante locura volvía a ser el mismo hombre que la había defraudado una y otra vez a lo largo de diez años.

Nikki apartó ese pensamiento de la cabeza y se estiró a saludar al padre de Conor, que los esperaba en la cafetería del hospital.

—¿Cómo está? —preguntó ella tras los saludos.

La sonrisa de Owen anticipó la naturaleza de su respuesta, arrancándole un suspiro de alivio.

—Está bien... Ahora duermo, los efectos de la anestesia ya han pasado. Despertó en mitad de la noche, así que ya ha recuperado la conciencia.

—¿Despertó? —preguntó Nikki sorprendida. Y se volvió a mirar a su padre. Habían quedado en que él la llamaría para avanzarle cualquier

novedad. Fred se encogió de hombros.

—No, Nikki, no he querido llamar a tu padre... Sabía que ibas a venir y me pareció inoportuno despertaros en mitad de la noche... Además, apenas estuvo despierto un par de minutos y siguió durmiendo. Pero está bien, eso es lo que importa, y ahora mismo vas a comprobarlo con tus propios ojos.

Los tres se pusieron en marcha hacia el área de cuidados intensivos mientras Nikki sentía como el estómago empezaba a anudársele de los nervios. Había esperado poder verlo y comprobar que estaba bien, y luego, marcharse sin ser vista. No estaba preparada para hablar de nada, tampoco para que él la viera.

—¿Pero ahora está despierto?

—No, cuando bajé a acompañar a Susan a tomar un taxi, hace un cuarto de hora, dormía profundamente... No creo que se haya despertado.

Nikki asintió. Eso la tranquilizó un poco, quizás todavía su plan tendría alguna ocasión de salir bien. Entrar en la habitación, ver que seguía estando de una pieza, pasar un par de minutos a su lado porque siempre había sido una adicta a él y llevaba una semana con el síndrome de abstinencia, y luego marcharse, sin más.

—¿Pero ha dicho algo al despertar? —preguntó Fred.

Una sonrisa divertida apareció en el rostro de Owen.

—Sí, cuando Susan le preguntó cómo estaba, él hizo un gesto raro con la boca y murmuró “como si me hubiera estampado contra una marquesina”.

—Eso quiere decir que recuerda lo que le ha sucedido. Es bueno —apuntó Fred.

Cuando llegaron frente a la puerta de la habitación, Owen tomó a la joven por los hombros.

—Te agradezco que estés aquí, y sea lo que sea lo que haya sucedido entre vosotros, sé que lo solucionaréis. Te quiero como si fueras mi hija, Nikki.

El brillo en los ojos de la muchacha denotó que las palabras de Owen la habían emocionado. Se limitó a asentir con la cabeza y cuando él abrió la puerta, ella echó una última mirada a su padre, respiró hondo y entró.

Como la mayoría de las personas en el mundo, Nikki detestaba los hospitales. Odiaba ese olor a desinfectante y el sonido de las máquinas que volvían tan real la línea que separaba la vida de la muerte. Conor tenía los párpados cerrados y su torso estaba desnudo, cubierto por una ligera sábana y todo lo que estaba a la vista era un conjunto de hematomas sanguinolentos y

abrasiones.

Parte de las quemaduras estaban al descubierto y esa era la razón de que hiciera tanto calor en la habitación. Nikki se quitó el abrigo, avanzó despacio junto a la cabecera de la cama. Se sentía descompuesta. Verlo cubierto de heridas estaba resultando más duro de lo que había esperado. Porque, de pronto, había tomado conciencia de lo real que resultaba todo aquello: él podría haber muerto mientras ella estaba a miles de kilómetros. La sola idea le resultó insoportable. Tuvo que sentarse un momento. Pasó del calor a los escalofríos y las náuseas se adueñaron de ella. Apretó los párpados en un intento de apartar aquella sensación de su cuerpo, y recuperarse. Tras unos minutos, volvió a abrir los ojos y decidió no apartar la vista del rostro de Conor. Siempre le había parecido hermoso, tremendamente atractivo y varonil. Excepto por unos moretones que tenía en la frente y en los laterales de la cara, era de lejos lo que estaba en mejores condiciones.

Él podía haber muerto, y ella seguía sin entender cómo habían llegado hasta ese punto. De caminar por la séptima nube, a vivir separados por miles de kilómetros. La vida jugaba sus cartas de manera muy extraña, pensó. Y a pesar de todo, ella seguía allí, con su desilusión a cuestas, sintiendo por él lo mismo que había sentido siempre. En su corazón nada había cambiado.

Permaneció en silencio contemplándolo hasta que al fin él movió una mano. Nikki saltó del asiento. Si despertaba, la vería, y no estaba preparada para eso. Procurando hacer el menor ruido posible, Nikki volvió a ponerse su abrigo, agarró el bolso y se acercó a la cama.

“Deseo que te recuperes pronto y que puedas seguir con tu vida, Conor”. Puso todo su corazón en ese pensamiento que no formuló en voz alta. Sin animarse a tocarlo, se alejó de la cama dispuesta a marcharse, pero, al fin, retrocedió. Acarició los dedos lastimados que descansaban sobre la sábana de forma casi imperceptible.

Susan se había dejado convencer por su marido porque, en el fondo, sabía que él también quería pasar tiempo junto a Conor y ella lo estaba acaparando. Pero la idea de que su hijo despertara y ella no estuviera allí, le resultaba insoportable. De modo que a mitad de camino, le había pedido al taxista que regresaran al hospital. Pero al llegar y abrir la puerta, se dio de bruces contra una realidad que no le gustó. Por lo visto, su marido había insistido tanto en que ella se marchara porque había planeado que esa otra mujer pasara un rato con su hijo, y no él.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —exigió, a quemarropa, al tiempo

que abría la puerta de par en par.

Nikki la miró sobresaltada.

—Oh, Susan, hola... He venido a ver a Conor... —atinó a decir. Algo que resultaba estúpidamente obvio, pensó un segundo después de haberlo dicho.

—Pero vamos a ver, Nikki, ¿es que tú te crees que puedes venir e irte cuando te dé la gana? Ya no sois niños, ya no hay lugar para tantas dudas y tantos cambios de opinión. Si lo habéis dejado, lo habéis dejado.

En aquel momento, Conor abrió los ojos. No supo qué lo había despertado, porque lo primero que notó fue que le dolía todo, pero en medio de las oleadas dolorosas que lo recorrían de arriba abajo, supo que no estaba solo. Había más gente allí. Se esforzó en centrar la vista. Todo estaba borroso.

—¿Mamá?

Las dos mujeres volvieron la cabeza para mirar al enfermo. Susan corrió junto a la cama de su hijo y se acercó a besarlo.

—Conor, cariño, sí, soy yo... Qué bien que te hayas despertado...

Él se quejó varias veces. Cada movimiento de su madre, cada caricia, le provocaba un dolor insoportable.

—Llama a la enfermera... Me muero de dolor...

—Ya voy yo —dijo la muchacha.

—¿Es Nikki? ¿Está aquí? —murmuró Conor entre quejidos, y sus ojos ya la buscaban por la habitación.

Ella no se quedó a aclarárselo, salió a prisa en busca de una enfermera. Fue Susan quien se ocupó de responder la pregunta de su hijo.

—Sí, es Nikki. Pero ahora, en lo que tienes que concentrarte es en ponerte bien para poder salir de aquí lo antes posible.

A Conor se le disparó el corazón. Era gracioso, pensó, que la mitad de su mente se revolviere, agitada por el dolor mientras a la otra mitad todavía le quedaba energía suficiente para ponerle el corazón en fuga haciéndole tomar conciencia de que Nikki había venido de Ginebra para verlo.

La enfermera entró unos instantes después.

—Qué bien, si nuestro príncipe Rastafari ya ha regresado al mundo de los vivos... —dijo mientras habilitaba el suministro de analgésico de una de las vías—. Me alegro mucho de verte despierto. Y sé que ahora tú no te alegrarás tanto, porque te debe doler hasta la raíz del pelo. En un rato empezarás a sentirte aliviado. Y no sufras, cuando veas que vuelve el dolor,

me avisas y volvemos a darte otra dosis, ¿de acuerdo?

Conor no estaba atento a la enfermera. La miró brevemente, pero todo su interés estaba en que la mujer despejara su campo visual para poder comprobar si Nikki aún seguía allí. Dado que ella se estaba tomando su tiempo, Conor estiró el cuello, intentando alcanzar con su vista la puerta. Entonces, la enfermera frunció el ceño y al darse cuenta de lo que sucedía, se apartó con un movimiento ostensible.

—Que sí, que sigue aquí, mírala qué guapa está... —Y fue en ese momento cuando sus ojos volvieron a entrar en contacto, que se dio cuenta de que ella, en efecto, seguía allí, con cara de pajarito que se había caído del nido. Le estrujó el corazón pensar que llevaría horas preocupada y, al mismo tiempo, un intenso alivio se adueñó de él; que ella estuviera allí quería decir que todavía quedaban esperanzas.

—Ven, acércate, está demasiado dolorido para tocarte, así que no corres peligro —dijo la cuarentona haciéndole una seña con la mano—. ¿Cómo te llamas, preciosa?

Quien respondió fue Conor, sin apartar los ojos de su chica.

—Nikki por Nicole, el nombre más bonito del mundo —repuso él, haciendo pausas para respirar hondo y aliviar su dolor.

Susan puso los ojos en blanco. Qué rabia le daba que él siguiera suspirando por la misma mujer que sólo veía en él lo criticable, los errores, lo malo. Qué injusto.

—Bueno, hijo, eso es cuestión de gustos...

La enfermera, que captó al instante que las relaciones entre suegra y nuera no eran felices, sonrió a Conor con picardía.

—Mientras te guste a ti, y está claro que te gusta, no hay ningún problema. Bueno... Yo he acabado aquí, así que te dejo con Nikki —dijo la enfermera con picardía.

Y acto seguido, empujó suavemente a la muchacha para que tomara su lugar junto a la cabecera de la cama.

La pareja intercambió miradas, entonces Conor desplazó sus ojos hasta su madre.

—Déjanos solos, mamá, por favor... —Y al ver que ella lo miraba de mala gana insistió—: Por favor.

Susan abandonó la habitación y la pareja volvió a quedar a solas, esta vez con Conor en uso de todos sus sentidos. Sólo con pensarlo Nikki se sentía como un flan.

—Hola... —dijo él—. Abrir los ojos y verte aquí es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo...

—Qué exagerado. Me viste hace una semana.

—¿Y te parece poco? —Conor cerró los ojos. Apretó los párpados y se movió ligeramente intentando encontrar una posición en la que el dolor de la pierna se aliviara—. No sé cuánto tiempo estaré despierto, así que quiero decirte algo...

Tanteó con cuidado en busca de la mano de Nikki y cuando la encontró, la rozó suavemente con la yema del único dedo que no estaba en carne viva. Un escalofrío recorrió Nikki que no hizo ningún intento por apartarla.

—No hace falta que digas nada, Conor. No estoy aquí para hablar.

—Sí, supongo que lo que querías hacer era entrar a hurtadillas para asegurarte de que seguía vivo y volver a marcharte sin decir ni hola. Muy típico de ti.

Conor volvió a rozar la mano femenina con su dedo, suavemente.

—Me hace mucho bien que estés aquí... Pensé que no querrías volver a verme en tu vida...

Ella lo miró con fingida ironía.

—Teniendo un cuenta tu último mensaje, yo creo que era precisamente al revés...

Conor apretó los párpados, y esta vez no era el dolor físico sino el recuerdo del contenido del mensaje que le había enviado a modo de despedida.

—De eso, justamente, quería hablar... —Sus ojos buscaron los de Nikki—. Lo siento. Por favor, perdóname.

—Conor, no he venido a hablar. Sólo quería saber que estabas bien. Y no ha cambiado nada.

Él asintió.

—¿Te quedarás un rato?

—Solamente si no hablamos de lo nuestro.

—Tenemos que hablar, Nikki —rogó él.

—Tendríamos que haber hablado hace mucho. Ahora lo que tienes que hacer es recuperarte. Lo demás no importa.

—Sí que importa —Conor hizo una pausa cuando una dolorosa puntada lo atravesó de parte a parte, apretó los párpados y respiró hondo. Volvió a abrirlos cuando el dolor empezó a ceder—. Lo demás eres tú y me importa.

Nikki soltó un suspiro.

—No sé si alguna vez querré hablar de este asunto, Conor. Lo que sí sé es que ahora no es ese momento —dijo, definitiva.

Conor volvió a asentir. De pronto, era como si lo más importante fuera hablar con ella y resolver la situación. Durante una semana había estado sumido en una rabia infernal que se lo estaba comiendo vivo. Al parecer, había necesitado estrellarse contra una marquesina para darse cuenta de lo que verdaderamente le importaba. Pero ella no estaba dispuesta hacerlo de momento y prefería tragarse lo que sentía, a sacrificar esos minutos en su compañía.

—Vale, pero prométeme que te quedarás hasta que me duerma —pidió él en un susurro. Volvió a rozar la mano femenina.

—Te lo prometo.

Él cerró los ojos. Los analgésicos habían empezado a hacer efecto y la conciencia lo abandonaba lentamente. Un instante antes de ceder al sueño, pensó en lo reconfortante que resultaba volver a tenerla cerca, saber que la mano que rozaba era la suya. Esta vez no sería fácil volver a llevarla a su terreno, pero que ella estuviera junto a su cama de hospital quería decir que aún lo amaba. Y si todavía estaba enamorada de él, entonces, había esperanza.

Episodio 6

Madrugada del martes 5 de enero de 2010.
Casa de BBCox, en un barrio exclusivo.
Londres.

Tan pronto BBCox puso un pie en su casa, vio aparecer la cabeza del mayordomo al final del pasillo.

—Buenas noches, Sigfried. Lamento haberte despertado —dijo el tatuador.

—No se preocupe, señor... Se le ve muy animado, por lo visto ha ido bien su noche...

Brandon pasó a su lado con una sonrisa que comunicaba que, en efecto, su noche había ido muy bien.

—Sí, gracias, pero vuelve a la cama, por favor. Es tarde.

—¿No necesita nada, señor?

Brandon lo descartó con un gesto de la mano y el cincuentón que llevaba a su servicio desde que Brandon había regresado a Londres, hacía siete años, hizo una reverencia cortés y desapareció de la misma manera silenciosa que lo hacía todo.

Había sido una noche agradable, de las que hacía mucho tiempo que no pasaba en buena compañía. Últimamente no hacía más que trabajar, y cuando no estaba ocupado en el trabajo, su mente no dejaba de darle vueltas al tema de Hugo y a cómo ayudar al pequeño a salir a flote de la situación tan dura en la que lo había puesto la vida. Esta era la primera vez desde noviembre, que Hugo había llegado a Londres, que realmente tenía una noche para él. Un noche sin preocupaciones.

Brandon abrió la puerta de la habitación de su ahijado con sigilo y asomó la cabeza. La luz de emergencia continuaba encendida. El niño todavía seguía necesiéndola para poder dormir. Su cabeza rubia, tan clara que casi parecía albino, reposaba sobre la almohada mientras el pequeño respiraba rítmicamente.

Volvió a cerrar la puerta sin hacer ruido y se encaminó al salón quitándose la elegante chaqueta *steampunk* que había estrenado aquella noche, aunque hacía meses que su sastre se la había entregado. Sus ojos buscaron la acostumbrada nota de su madre y no tardaron en hallarla, sobre la mesa ratona, pisada por la figura abstracta de cristal que decoraba el centro de la misma. Con su característica brevedad, a su madre le habían bastado dos líneas para informarle de que el pequeño estaba ansioso por el viaje que emprenderían la mañana siguiente, que le había dejado un trozo de su pastel favorito en la nevera por si volvía con hambre, y que ella estaría de regreso a las siete de la mañana, lista para unirse a la aventura. Brandon se repantigó a gusto en el sofá. A continuación, sacó el móvil para hacer una llamada.

—*Dichosos los oídos que te escuchan, amigo mío* —lo saludó Lau, en Holanda.

—¿Es que tú no duermes nunca?

—*Qué más quisiera yo que poder dormir por las noches, pero se ve que esto no es lo que me toca en esta vida. Por cierto, qué animado te oigo. Imagino que eso quiere decir que has tenido una cita y que te ha ido muy bien.*

—Yo lo llamaría reunión de negocios. Y sí, ha ido muy bien —repuso BBCox

—*¿Era hoy que habías quedado con Harley? Que bien. Pues fíjate que justamente hoy, he estado con Jana.*

—¿Y qué has averiguado?

—*Averiguar, lo que se dice averiguar, no mucho. Pero me he encontrado a una Jana muy distinta de la última vez. Estaba muy animada, oye, tan animada como tú, ahora que lo pienso, y la tienda también estaba cambiada... Había movimiento, bastante género... Como en los viejos tiempos, vamos. Me comentó que estaba muy contenta con la nueva colección en la que está trabajando. Estará lista antes de primavera. Me la estuvo mostrando y, la verdad, son unas prendas preciosas...*

A Brandon todo eso le parecía muy bien, pero no era lo que realmente quería saber.

—¿Ha aceptado tu ayuda o no?

—*No seas impaciente, hombre... Eso iba contarte ahora. No, la ha declinado muy amablemente y me ha explicado que le acaban de devolver un dinero que no esperaba, así que todo parece estar en orden...*

—¿Un dinero que no esperaba? ¿Se refiere a que ha prestado dinero cuando no tenía ni para mantener la tienda? —dijo Brandon.

—*Amigo mío, si la tienda está en orden y una de sus dueñas dice que le han devuelto un dinero que ha prestado, como comprenderás, no había razón para seguir hablando. Te recuerdo que son asuntos privados. Además, si este bienestar es solo temporal, no tardaremos en averiguarlo.*

Brandon exhaló un suspiro. No le gustaba la idea de tener más sobresaltos sobre ese tema, pero tampoco había mucho más que pudieran hacer por el momento.

—¿Y dices que la tienda vuelve a tener stock?

—*Que sí, hombre... De hecho, parece otra tienda. Nada que ver con lo que me encontré cuando estuve allí antes de Navidad. Y ella también parecía estar muy bien... No desconfíes, Brandon. Ya sé que es un tema que te preocupa, pero tú piensa que Jana y Harley son amigas, y que Jana es buena gente. Si hubiera algún problema serio, seguro que acabaríamos enterándonos.*

—Sí, supongo —concedió Brandon.

—*Claro que sí, hombre... ¿Y tú, qué tal? Cuéntame qué tal te ha ido con Harley...*

—He seguido tu consejo y le he propuesto que se ocupe de algunos eventos comprometidos en mi lugar, y le ha parecido perfecto. Estaba encantada, cosa con la que ya contaba, claro.

—*Tan encantada como tú, imagino, aunque no vayas a admitirlo en voz alta.*

Brandon no pudo evitar un gesto irónico que agradeció que su buen amigo Lau no pudiera ver.

—Tienes una imaginación hiperactiva. Para mí solo son negocios.

—*Sí, claro... —apuntó Lau y al percibir el silencio se apresuró añadir—. Creo que es la mejor solución. Tú necesitas tiempo para tus asuntos. Y ella necesita rehacerse en su profesión, y el dinero, por supuesto, que nunca viene mal. Me alegro mucho de que me hayas hecho caso. Suelo darte buenos consejos —añadió con una sonrisa.*

—Eso debo admitirlo. Y agradecértelo. Bueno, mañana me toca

madrugar para salir de viaje con mi ahijado, así que la cama me reclama... Oye, Lau, por favor, sigue atento al tema de Jana, ¿de acuerdo?

—*¿Sin que se entere Harley?*

—Por supuesto —respondió BBCox.

Lau sacudió la cabeza.

—*Eres un benefactor de lo más humilde, amigo mío, y en este caso, no tengo claro que sea algo bueno. Son asuntos personales de Harley, Brandon, y no creo que vaya a verlo con buenos ojos si se entera.*

—Doble razón para que no lo haga, ¿no te parece? —sentenció el tatuador.

Mientras tanto, en el corazón del barrio londinense de Bloomsbury...

Hacía un rato que Harley había regresado de su cita con BBCox. Estaba apenas achispada, lo cual era en sí mismo todo un acontecimiento, ya que no recordaba la última vez que había pasado un tiempo en Londres sin tener que acudir al alcohol para dormir por las noches. Todavía no acababa de creer la propuesta que él había hecho y cada vez que el pensamiento regresaba a su mente, se descubría celebrándolo como una loca feliz.

Esa conversación que había tenido lugar entre bocados apetitosos y bebidas exquisitas, había sido muy importante para ella. No sólo por la cantidad de problemas económicos que le permitía resolver, sino por las perspectivas profesionales que le ofrecía. Desde que había abandonado Londres apresuradamente, llevaba siete años luchando por abrirse paso nuevamente en el mundo del tatuaje en un lugar donde salir adelante era aún más difícil que en Londres. Las penurias financieras le habían obligado a tener que centrarse en abrirse camino localmente, y era complicado volver a tomar parte en eventos internacionales sin contar con la ayuda de un buen padrino, o un colchón de dinero lo bastante grueso para soportar los gastos de ir por libre. BBCox acababa de ponerle esa oportunidad en bandeja. Más aún, aparecer en su compañía como alguien en quien él había puesto sus ojos profesionales, le abriría las puertas de inmediato. Sencillamente, no podía creer que estuviera sucediendo.

Ya se había metido en la cama cuando al revisar su móvil vio que tenía un mensaje en el que Jana le decía que la llamara en cuanto pudiera. Lo hizo

de inmediato y ella atendió tan despejada como si fueran las cinco de la tarde y no las tres de la mañana.

—*¡Hola, Harley... ¿Cómo estás?!*

Jana sonaba como siempre, pero su situación no era la de siempre. De hecho, era la primera vez que hablaban desde la discusión.

—Yo muy bien, ¿y tú? ¿Todo bien por ahí?

—*Sí, fenomenal... Oye, siento mucho lo que pasó el otro día.*

Discúlpame. Lo estaba pasando mal por asuntos personales y la tomé contigo.

—Eso no me preocupa y lo sabes, lo que me preocupa es otra cosa —respondió Harley.

—*Mira, no voy a entrar en detalles porque son asuntos míos, pero tenías razón... El problema lo causé yo gestionando mal nuestros recursos, y te pido que me perdones. Pero te llamo porque creo que hemos empezado el año fenomenal...* —Jana hizo una pausa esperando que Harley añadiera algún comentario, pero el silencio continuó y ella reanudó su explicación—. *Tengo una colección nueva para primavera, y estoy deseando mostrarte los diseños porque estoy segura de que te van a encantar. Y como si esto fuera poco, ¿sabes qué ha pasado? ¡Me han devuelto un dinero con el que no contaba! Tenemos suficiente para cubrir parte de las deudas y para sacar adelante la nueva colección, ¿qué te parece?*

—¿Un dinero que no esperabas? —Harley no lo dijo en voz alta, pero fue como si al final de la frase hubiera dicho “¿has estado prestando dinero mientras yo me partía la espalda buscando trabajo en otros locales para cubrir las deudas?”.

—*Es una larga historia, muy vieja, por eso ya no contaba con ese dinero. ¡Pero me lo han devuelto!* —explicó Jana.

—Espero que no me mientas. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. No voy a dejarte tirada, pero somos amigas además de socias, y la confianza es fundamental para seguir adelante. Si te cargas mi confianza, se acabó...

—*Que no, Harley, ¿cómo puedes pensar eso? Soy una tonta, me encariño con la gente, y abusan de mí. No es una historia nueva y tú lo sabes mejor que nadie, pero jamás te haría daño a conciencia. Jamás te engañaría. Tienes que creerme, porque si no me crees, entonces nada de lo que hacemos juntas tiene sentido...*

Harley respiró hondo. Jana era una buena persona, y una buena amiga.

Era cierto que por ser tan buena, nunca le habían faltado interesados que se aprovechaban, pero también lo era que ella siempre se había hecho cargo de sus responsabilidades, y había ido de frente. Quizás estuviera llevando las cosas demasiado lejos dudando de su honestidad.

—Vale, Jana. Vale. Me alegro mucho de que volvamos a tener pasta... ¡No sabes cómo me alegro!

El momento de distensión fue recibido con alivio y carcajadas por parte de Jana. De pronto, las dos amigas volvieron a recuperar sus antiguas conversaciones, y lo bien que siempre lo habían pasado estando juntas.

—*Bueno, y ahora cuéntame cosas, ¿qué tal te ha ido con tu tatuador favorito?*

—Muy pero que muy bien —fue la explícita respuesta de Harley que hizo reír a Jana.

—*¡Eso ha sonado a muchísima pasta!*

Y tanto. En el sobre blanco que el tatuador le había entregado durante la cena, había más dinero del que había ganado en el último mes de trabajo y eso no era nada comparado con lo que vendría cuando empezara a asistir en su lugar a los distintos eventos de los próximos meses.

—Ya lo creo que sí. Pero además ¿sabes qué? Por cuestiones personales no va a poder asistir a algunos eventos a los que ya se había comprometido, y como no puede cancelarlos, me ha propuesto una colaboración. ¡Una colaboración con BBCox! ¡Imagínate, estoy que no toco tierra desde que me lo dijo! —exclamó Harley, exultante como sólo podía mostrarse con su mejor amiga.

—*¡Esa es mi chica! ¡Si es que eres buenísima en lo tuyo y él lo sabe! Y ahora nadie va a poder ponerlo en duda, ¿te lo imaginas? ¡Vas a tener al mundo entero a tus pies!* —celebró Jana, sinceramente feliz de que a su amiga las cosas empezaran a irle tan bien.

No era solamente que se mereciera salir adelante porque desde el principio había trabajado muy duro, *era buena*. Realmente buena. Se merecía volver a brillar. Se merecía volver a recuperar todo lo que se había visto obligada a dejar atrás al abandonar Londres. Y ahora, estaba al alcance de su mano.

—Gracias Jana, no sabes lo bien que le hace a mis oídos escucharte... ¡Se avecinan buenos tiempos!

—*Y yo me alegro de que sea así, Harley. Te lo mereces.*

—Oye, he pensado que ya que será un buen dinero y que tener que

asistir a estos eventos me obligará a ausentarme de la tienda varios días, lo suyo sería que el treinta por ciento de lo que gane lo deje para las cuentas comunes. ¿Te parece bien?

A Jana se le llenaron los ojos de lágrimas. Si había algo que la hacía sentir culpable era saber lo mal que había tratado a alguien que siempre se había portado como una amiga con ella.

—*Me parece perfecto, Harley. Gracias.*

Las dos amigas se emocionaron. Estar enfadadas se les daba muy mal, pero Harley no deseaba otra cosa que celebrar su buena estrella de aquella noche.

—Te habría encantado ser un pajarito hoy... Me llevó a un sitio de locura, y entre lo que comimos y lo que bebimos, que estaba todo buenísimo, y escucharlo proponerme algo que llevo tanto tiempo esperando que suceda... ¡Te juro que no lo podía creer!

—*Y será genial para tu carrera, Harley, porque además tiene una doble ventaja.*

—¡Qué dices, tiene muchas más que dos...!

—*¡Noooo, tonta! A lo que me refiero, es a que te dará relieve que el tatuador mejor pagado de Europa te tome como ahijada artística, y además, como las tías no son lo suyo, tú no acabarás jodiéndolo todo mezclando trabajo y placer como haces siempre... ¡Más perfecto, imposible!*

Las dos amigas se rieron a carcajadas.

De una u otra forma, la actitud despreocupada de Harley hacia las relaciones sexuales siempre se había ocupado de fastidiar sus planes profesionales. Porque por más independientes y liberales que parecieran los hombres del mundo del tatuaje, en realidad, no lo eran tanto.

—Sí, en este caso no voy a poder meter la pata —concedió Harley.

—*Lo cual, si lo piensas, es una putada...* —añadió Jana, tronchándose de risa—. *¿Por qué los mejores tíos tienen que jugar para el equipo contrario? ¡No es justo!*

“¡Cuánta razón tienes, pequeña!”, pensó la tatuadora.

Episodio 7

Martes 5 de enero de 2010.
Casa familiar de los Estellés,
Ciudadela, Menorca.

Cuando Dylan, que había vuelto a quedarse a dormir en casa de Andy, despertó, notó que estaba solo. Se puso los pantalones y una camiseta y fue a su habitación. Tampoco estaba allí. Se asomó al salón y vio a Danny acunando a Luz.

El joven alzó la vista hasta el grandullón calvo que su hermana tenía por novio e hizo un gesto divertido con la boca.

—Te diría que buenos días, pero tienes pinta de estar hecho polvo...

—Acabo de despertarme, ¿qué esperas?

—Especialmente si no duermes... —dejó caer sin mirarlo al tiempo que se ponía de pie y empezaba a andar por la habitación para que Luz se durmiera. Los dientes le habían dado una mala noche.

Dylan miró a Danny con una ceja alzada.

—Que tengas claro, chaval, que todavía eres muy niño para hacerme según qué bromas —repuso el irlandés en plan de burla y como no quería el asunto de sus noches allí como tema de conversación antes de haberse tomado un café, continuó—: ¿Has visto a tu hermana?

—¿Qué, ya la estás echando de menos? Según me dijo —continuó, sin darle tiempo a que alzara su ceja otra vez—, después de entrenar se iba a casa de mi tío. Ha quedado con él.

—¿Dices que ha ido a ver a tu tío Pau?

—¿Es que acaso tengo muchos otros tíos? Sí, mi tío Pau. Ese que a ti te cae tan bien... —añadió, ganándose otra mirada de advertencia por parte de

Dylan.

En realidad, le gustaba que el muchacho se sintiera lo bastante a gusto en su presencia como para bromear con él como lo hacía con el resto de su familia. Pero en aquel momento, no tenía tiempo de ocuparse de eso.

Dylan regresó a la habitación junto a la despensa. Llamó a Andy y con creciente ansiedad esperó los cinco timbres que ella demoró en atender.

—*¡Buenos días!* —lo saludó ella, anticipándose.

—Sí, buenos días y todo eso... A ver, Hermosa, ¿tengo que preocuparme de que hayas ido a ver a tu tío?

—*No, el que tiene que preocuparse es él.*

Genial. O sea que iba a verlo para ponerle los puntos sobre las íes y esperaba que él no se preocupara.

—¿Sabes? Eso que has dicho no tranquiliza nada al señor Bola de Billar.

Andy, que estaba guardando el casco en la alforja de su moto cuando el teléfono empezó sonar, sonrió y puso rumbo a la casa de su tío.

—*Tranquilo, ya sé que puedo contar con el señor Bola de Billar para lo que necesite, pero él sabe que yo sé arreglármelas solita, ¿no?*

Dylan sacudió la cabeza. A veces le encantaría no tener una novia tan perspicaz.

—Lo sabe.

—*Genial. Entonces no hay de qué preocuparse. En cuanto acabe, te llamo.*

—Si quieres voy llamando a la ambulancia... —dejó caer Dylan en un tono fingidamente festivo.

—*Bueno, quizás no sería una mala idea...* —repuso la muchacha antes de colgar.

Pau no había demorado nada en atender. Estaba claro que la esperaba. Abrió la puerta para dejarla pasar y apenas intercambiaron saludos. Al volver a verlo, Andy se dio cuenta de que todavía estaba tan enfadada con él que le costaba mantenerle la mirada. Las cosas no pintaban bien.

—¿Te apetece un café o algo?

—No, gracias. Estoy bien.

Los dos estaban de pie en medio del salón. Pau le señaló el sofá, pero

ella también declinó sentarse.

—No estaré mucho tiempo. Intentaré ser breve.

Pau se encogió de hombros y fue a sentarse sobre el apoyabrazos del sillón que estaba justo frente a su sobrina.

—Antes de que empieces a ponerme verde, ¿puedo decir algo? — preguntó. En realidad, lo que intentaba, era calmar los ánimos. Conocía a su sobrina lo bastante para saber que esos ojos tormentosos traerían cola.

—¿No te parece que es un poco tarde para decir algo?

—Ya sé que doy la impresión de saberlo todo y de controlarlo todo. Pero también soy humano y, a veces, me equivoco.

—¡Vaya! El Gran Pau Estellés reconociendo que ha metido la pata hasta el fondo. ¡Esto es de récord Guinness!

El tono de Andy crecía en ironía y en enfado cada minuto que pasaba.

—Claro que me equivoco, como cualquiera. El problema es que cada vez que yo me equivoco es el fin del mundo.

Tenía gracia que después de haberse comportado como un mafioso a sus espaldas ahora viniera a quejarse de que quizás el castigo era demasiado gordo.

—¿Y eso no te dice nada? Vives como si las personas que quieres fueran de tu propiedad y el resto del mundo intentara arrebátartelas.

—Vivo como si mi familia fuera importante para mí y estuviera dispuesto a hacer todo lo que hace falta para evitar que sufran.

—¿Y cómo encaja eso que dices con que después de haber venido a contarte, de buena fe, que pensaba dejar Sa Badia para encontrar mi propio camino, hayas acabado amenazando a mi novio? ¿Cómo cuadra eso que dices con haberme enterado de que lo tienes en el punto de mira desde hace mucho? A mis espaldas, claro. Entre lo que dices y lo que haces hay una gran distancia.

—No me gusta Dylan.

—Dime algo que no sepa —repuso Andy, irritada—. ¿Y qué? No tiene que gustarte a ti. Y que no te guste no lo convierte en una mala persona.

Pau respiró hondo.

—Si no es una mala persona, ha vivido como alguien a quien todo le importa un carajo y no se ha tomado la menor molestia en disimularlo. ¿Qué sabes tú de su pasado?

—¿Y qué te importa a ti su pasado? —escupió Andy.

—Me importa y mucho. Porque lo que uno es va con uno a todas

partes. No es posible ser un impresentable la mitad de tu vida y de pronto, por arte de magia, convertirte en un buen samaritano. No funciona así en la vida real, Andy. Y en la vida de Dylan hay muchas zonas oscuras...

Andy lo miró alucinada. ¿Lo había estado investigando? Al instante, se dio cuenta de que, en efecto, debía saberse vida y obra de Dylan. Desde mucho antes, incluso, de que ella se hubiera enamorado de él.

—¿Te refieres a su pasado pendenciero, a que no se habla con su padre? —La mirada de Andy se tornó iracunda cuando añadió—: ¿O a esas acusaciones de haber dejado embarazada a una adolescente?

Pau apartó la mirada y no respondió, lo cual fue suficiente respuesta para Andy.

—Lo único inaceptable de todo esto es que, en nombre de un amor que no me creo, hayas tenido el atrevimiento de investigar en la vida de una persona, solamente por el hecho de que esa persona está conmigo. Que en nombre de ese mismo amor, te arroges el derecho a decidir cómo han de hacerse las cosas. Escúchame bien, tío Pau: nada de lo que hagas va a alterar el hecho de que yo estoy enamorada de Dylan y él lo está de mí. Déjanos en paz.

—Que tú estás enamorada de él, no lo dudo. Lo demás...

—No es asunto tuyo —lo interrumpió Andy— y no quiero que vuelvas a intervenir. Lo que has hecho me parece inaceptable. *Lo que ha sucedido entre Dylan y tú me parece inaceptable.* Y que conste que no se lo he dicho a mi madre, no por ti, lógicamente, pero no voy a tolerar más interferencias, tío Pau.

—¿Es esto lo que has venido a decirme? —preguntó, molesto.

—No. He venido a decirte que quiero que hables con tu madre porque quiero que en la reunión que va tener Dylan con los árabes, los Martí y los Oriol apoyen ese proyecto.

Pau la miró sorprendido. De las acusaciones y el enfado por sentirse herida, a la coacción. ¿Esto también sería influencia de la buena persona que decía tener por novio?

—No es mi empresa, no puedo influir en los resultados de esa negociación.

—¿En serio? Pues sí que has podido influir, según tú, para que Dylan se quedara con ese puesto en Niza y así apartarlo de Londres y de mí...

Pau sacudió la cabeza. Estaba claro lo que había sucedido; Andy se había largado sin enfrentarse a Dylan, y él para recuperarla, se lo había

contado todo. A pesar de jurar y perjurar que no lo haría, lo había hecho. Para salvar su propio culo.

—No es mi empresa.

—Pero es tu madre. Te venera, escuchará lo que le digas e intentará darte el gusto como hace siempre. ¿O crees que no sé que no traga a Dylan por solidaridad contigo? No soy tonta. *Quiero* que hables con ella y con tus tíos, porque *quiero* que ese proyecto salga adelante y Dylan pueda seguir teniendo su trabajo ideal aquí, en Baleares. Conmigo.

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

Andy esbozó una sonrisa irónica. Habían llegado al meollo de la cuestión y empezaba a disfrutar anticipadamente de la cara que se le quedaría cuando supiera que intentando fastidiar a Dylan, se había fastidiado a sí mismo.

—Porque me lo debes —sentenció Andy—. Y porque lo tienes muy difícil con Tina.

Andy se deleitó viendo como el rostro de su tío Pau subía de color hasta tornarse rojo.

—¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Hay algo que no te dije. Y no lo hice por razones muy distintas a las que tú crees. Verás, dejo Sa Badia porque voy abrir un gimnasio en la isla. ¿Adivinas a quién le he pedido que se asocie conmigo?

Pau se quedó sin habla. Mirándola, sin acabar de entender lo que acababa de oír. Andy sacudió la cabeza.

—Crees que me conoces, pero no es así. Que haya sido camarera todos estos años era simplemente una forma de ganarme la vida. Y a mucha honra, porque siempre he sido capaz de ayudar a mi familia. Pero tengo aspiraciones, aunque tú, evidentemente, no lo crees, y ahora estoy junto a alguien que me anima a hacer esas cosas con las que antes solo podía soñar. No te hablé de esto porque tenía claro que en cuanto abriera la boca, iba a dejar de ser mi proyecto para convertirse en el de toda la familia. Y no es que me importe, pero quería disfrutar de tener esta idea sólo para mí durante un tiempo más. Así que esto es lo que hay. Ella te interesa, eso está claro. Y la has cagado bien, eso está mucho más claro todavía. Pero resulta que Tina es mi mejor amiga. Si me ayudas, te ayudo. ¿No es así como funcionan las cosas en tu mundo?

En el hall de entrada, Francesc Estellés hizo gesto de aprobación con la boca.

Bien dicho, pensó.

Cuando su padre apareció en el salón, Pau apartó la mirada. Lo que le faltaba.

Andy fue a darle los buenos días de inmediato.

—Hola, abuelo, ¿cómo estás? —dijo, poniéndose de puntillas para besar su mejilla.

El hombre se tomó su tiempo para analizar la situación. Andy estaba como siempre, con la mirada quizás algo revuelta, pero nada más. Su hijo, en cambio, tenía el aspecto de alguien a quien acababa de salirle el tiro por la culata. Lo cual sumado a la conversación que había escuchado sin ser visto, confirmaba el diagnóstico: su hijo había cometido un gran error, y ahora era presa de las consecuencias.

—No tan bien como tú, pequeña, pero marchando, que a mi edad no es poca cosa —repuso el menorquín.

—Que va, abuelo, estás estupendo. —Andy echó un vistazo a la hora un poco por formulismo. Podría haber seguido poniendo verde a su tío el resto de la mañana, pero ya no estaban solos, y no quería avergonzarlo delante de su padre.

—Bueno, quedamos en eso ¿no, tío Pau?

Él asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Lo intentaré —repuso.

Andy se permitió bromear al respecto.

—Entonces, seguro que está hecho. Según tengo entendido “tú no eres de los que lo intentan”.

A Pau se le subieron los colores. Recordaba perfectamente haberle dicho a Tina esa misma frase hacía muy poco. Claro, qué esperaba, eran amigas... Seguro que Andy conocía todo lo que él había hablado con Tina, palabra por palabra. Intentando sobreponerse al apuro que le daba que su faceta de hombre estuviera en conocimiento de su sobrina, Pau asintió.

—Gracias por el voto de confianza —repuso.

Francesc esperó a que Andy se hubiera marchado para hablar con su

hijo. Porque desde luego, pensaba hacerlo. Entre lo que le había contado Lucía el día anterior y lo que acababa de escuchar, había tema para rato.

—Tienes a tu asistente con un ataque de nervios —empezó a decir al tiempo que se desabrochaba la chaqueta del traje y se ponía cómodo en el sofá de tres plazas, frente a su hijo—. Me gusta que seas innovador, pero esta idea tuya de que tu oficina esté en cualquier parte menos en el despacho, trae complicaciones, hijo.

Desde que Pau había sustituido a su padre en la dirección del grupo, apenas había pasado tiempo en las oficinas centrales de la empresa en la capital menorquina. No era de la clase de directivo que se pasaba el día recluido en su despacho.

—Ya te lo he dicho, padre. Mientras no resuelva la gerencia del restaurante, no voy a ir a trabajar a la capital. Necesito el tiempo que me tomaría sólo el desplazamiento en ir y volver de Mahón. Además, ese es tu asiento, no el mío —señaló con un punto de humor que hizo gracia a su padre.

—Lo último que me faltaba por oír era que a estas alturas del partido, todavía pienses que mi sillón te queda grande.

—No te subas a la parra, Francesc —repuso Pau, sonriendo—. Soy bueno, mejor que tú en la gestión del negocio, y tu sillón me queda perfectamente, pero es tu sillón... A mí me gustan más las sillas ergonómicas.

—Me parece bien... —concedió Francesc en un tono bromista, pero enseguida cambió de tema—. Lo que no me parece tan bien es que sigas metiendo tus narices en la relación de esa muchacha y su novio.

Fantástico, pensó Pau. Hoy los rapapolvos venían a pares.

—Alguien tiene que prestar atención y ocuparse de estos asuntos, padre. Ya sé que tú formas parte del grupo de encandilados por Dylan Mitchell, pero yo sigo pensando que el movimiento se demuestra andando. Y hasta que no lo vea...

—El movimiento lleva moviéndose desde hace dos meses, hijo, y empieza a parecerme que eres tú el que está ciego y no lo ve —lo interrumpió Francesc—. Está clarísimo que a ese hombre sólo le interesa mi nieta por lo que es, y no por nosotros. No tiene el menor interés en nuestros asuntos. Y además, si me lo permites, no le hace falta. Gana una fortuna.

Pau respiró hondo. Como si eso fuera suficiente para alguien ambicioso y sin escrúpulos.

—El dinero no le hace falta, eso está claro. Pero es un tío de contactos, y los Estellés tenemos muchos. En cualquier caso, a mí no me parece tan evidente lo que para vosotros está tan claro...

—Sí, eso ya lo veo. Pero también veo que si sigues por este camino, lo único que vas a conseguir es crearnos problemas. Andy sabe cuidar de sí misma. Y si por una de esas casualidades de la vida, Dylan demostrara ser alguien diferente de lo que hoy creo que es, siempre estaremos a tiempo de ajustarle las clavijas. Ahora no es el momento, Pau. Ahora es momento de dejarlos tranquilos de una vez.

—No era así como había planeado las cosas, padre. No me importa que Andy siga su camino si ese camino es un camino voluntario. Pero no era así como estaba previsto, ella es parte de esta familia, y aunque no lleve nuestro apellido, tiene la capacidad y el talento suficiente para triunfar dentro del grupo Estellés. No quiero que se vaya. Y me da igual cuál sea el proyecto que se trae entre manos, es de la familia. Y si no trabaja con nosotros, trabaja con la competencia.

—Si no quieres que se vaya, ofrécele que se quede. Ayúdala con ese proyecto. Hay mil formas de conseguir que ese gimnasio también forme parte de las empresas del grupo —repuso Francesc mirando a su hijo a los ojos—. Como tú, pienso que el mejor lugar para Andy es aquí, entre nosotros. Pero gracias a la tozudez de su madre y al orgullo de su abuelo, no ha crecido entre nosotros. No nos conoce. Y no nos necesita. Está acostumbrada a la independencia, a hacer y deshacer a su antojo, un derecho que, por otra parte, se ha ganado y bien ganado. Si quieres conservarla, tendrás que demostrarle que estar con nosotros es mejor, más seguro y más bueno para todos, que ir por libre. Y eso no lo vas a conseguir con imposiciones.

Pau bajó la cabeza, exhaló un suspiro. Mientras, su padre continuó cada vez más animado.

—Mira, hijo, sé que tus intenciones son buenas, pero debes ser realista. Es joven, es emprendedora y es pujante. Y no necesita nuestro dinero. Dejando aparte que cualquier banquero de esta isla la financiaría sin más sólo por pertenecer a la familia, tiene a Dylan. Si quieres que su gimnasio forme parte del grupo, tendrás que darle algo diferente: confianza y mano libre para hacer lo que le plazca. Esa es la forma. Si no, la perderemos.

Pau asintió. Andy no necesitaba a los Estellés, ahí residía la clave de todo aquel asunto. Con lo cual, seguir entre ellos o no hacerlo, sería una decisión basada en cosas diferentes que el interés o la familia.

—Sí, supongo que tienes razón, padre.

Francesc asintió complacido.

—Bien, y que dejes de meter tus narices en los asuntos de tu sobrina, tiene la ventaja de que te dejará tiempo libre para dedicarte a tus propios asuntos. Ya me ha dicho tu madre que las cosas no van muy bien en ese sentido.

Pau alzó la vista hasta su padre.

—Creo que os voy a quitar las llaves. Esto de que entréis como si tal cosa y escuchéis mis conversaciones a escondidas, empieza a resultar muy incómodo... —repuso, haciendo sonreír a su padre.

—En eso también tengo algo que decirte —señaló Francesc—. Espero que no te importe, pero si te importa me da igual, lo diré de todas formas.

Pau exhaló un suspiro. Miró a otra parte sintiéndose como si acabara de quedarse desnudo delante de una multitud.

—Me gusta Tina. Y como tu madre, pienso que es la horma justa de tu zapato.

—¿Así que eso es lo que piensa mi madre? —dijo Pau. Quiso sonar recriminatorio, pero estaba bastante seguro de que no había sonado de esa forma. En realidad, era un alivio que viera a Tina con buenos ojos.

—Sí, eso piensa. Y como he dicho, yo también. Ahora bien, precisamente porque es la horma de tu zapato y ella aún no lo sabe, tendrás que prestar mucha atención a lo que dices y a cómo lo dices.

—Te aseguro que no necesito consejos sentimentales, padre.

—No, no son consejos sentimentales. Vivís en países diferentes y si estás interesado en que la relación prospere, tendrás que ser más explícito. Y también tendrás que medir muy bien lo que haces en relación a Dylan. Te va a resultar muy difícil llegar a Tina si además de interferir en los asuntos de su mejor amiga, atacas directamente a alguien que ella ve con agrado. Son tus asuntos, lo sé, pero yo que tú me andarías con ojo.

—No voy a fingir que pienso lo que no pienso, padre. No es mi forma de ser —repuso Pau un tanto confuso. De pronto, un tipo que toda su vida había hecho lo que le había dado la gana, sin ninguna clase de miramientos, le aconsejaba que “se anduviera con ojo”. ¿Pero de qué demonios iba todo aquello?

—Nadie te pide que finjas, pero eres muy frontal, Pau. Y eso no sé hasta qué punto es bueno en los inicios de una relación romántica.

—Creí que habías dicho que no eran consejos sentimentales —señaló

él, cáustico.

—Y no lo eran, ahora sí. —Francesc Estellés esbozó una gran sonrisa que denotaba lo mucho que estaba disfrutando de la incomodidad de su hijo —: Si quieres tener algo con esa mujer, y no tengo la menor duda de que es así, tendrás que afinar muchísimo tu puntería. No es como las mujeres de las que te has rodeado hasta el momento y cuanto antes lo entiendas, mejor para ti.

Episodio 8

Martes 5 de enero de 2010.
En un hospital,
Londres.

Conor no había querido desayunar y había seguido entre el sopor y el sueño hasta la hora de la comida que tampoco había tocado. Su madre continuaba allí, perenne, desde que había abierto los ojos por la mañana y eso lo ponía nervioso. Más nervioso de lo que ya estaba con todo lo que se le venía encima. Haber visto a Nikki lo había removido profundamente, trayendo a la superficie no sólo una renovada necesidad de estar con ella, sino la certeza de que tenían que intentar resolver sus problemas. La medicina que le daban rigurosamente cada cuatro horas, lo tenía pendulando entre la somnolencia y las náuseas, confundiéndolo más. Y lo peor era que no conseguía aliviar completamente el dolor. Tenía la piel hecha jirones, la herida de la pierna le obligaba a mantenerse en la misma posición poniéndole muy difícil conciliar el sueño, y le ardía todo el cuerpo... Y dado que también sus manos estaban heridas, ni siquiera podía enviarle un mensaje a su padre para pedirle que viniera. Estaba pendiente el asunto de la joyería y necesitaba hablar con él a solas.

Pero para alivio del motero, el primero en abrir el turno de visitas fue precisamente su padre.

—¿Ves? Aquí lo tienes. Por Dios, hombre, parece que fueras tú el que lo hubiera parido... —se quejó Susan de mentirijillas. Owen la miró preocupado. Ella se apresuró a quitarle importancia al asunto—. No pasa nada, cariño, supongo que es lo que hay cuando los hijos varones se hacen

mayores... Ya no necesitan a mamá, sino a papá —añadió con retintín dejando una caricia sobre la cabeza de su hijo—. Me voy a por un café.

Owen se quitó la chaqueta que dejó sobre el respaldo de la silla, y se acercó a su hijo sonriendo.

—¿Qué le pasaba a tu madre? Te dije que vendría más tarde...

Conor intentó incorporarse un poco, pero el dolor lo obligó a pedir auxilio. Owen le acomodó mejor las almohadas.

—Gracias, papá... Tenemos que hablar y también necesitaba un respiro... La adoro, pero cuando está preocupada es pesadísima...

Owen esbozó una sonrisa. Susan era muy protectora con sus hijos y con este en particular siempre había sentido una necesidad especial de cuidar de él.

—Bueno, tu madre se ha marchado así que ya no tienes que preocuparte. Te aseguro que yo no voy a insistirte para que comas.

—Te lo agradezco. Entre ella y las enfermeras me han dado la mañana.

—Bueno, cuéntame... ¿De qué querías hablar conmigo?

A Owen lo había ilusionado mucho el viaje relámpago de Nikki y sabía por Susan que a Conor también. Ahora confiaba en que fuera de eso de lo quería hablarle.

—¿Qué sabes de mi Harley?

Que costaría unos cientos de libras volver a ponerla en forma, algo que no pensaba decirle en aquel momento.

—Necesitará unas pocas reparaciones, pero ya la tiene tu jefe. La llevaron al taller anoche mismo.

—Ah, bueno... Mamá me ha dicho que llamó Milo. Hablaremos por videoconferencia esta noche así que... Necesito que vayas a mi casa a por mi portátil... —repuso el motero exhalando un suspiro. Si un puñado de palabras lo dejaban tan exhausto, la videoconferencia duraría lo que un suspiro.

Owen le dio a beber un poco de agua pensando que algo no estaba funcionando bien en aquella extraña conversación. Entendía la preocupación de Conor por su moto, pero esa información podía habérsela dado su madre por la mañana. Más aún, podía haberle pedido a ella que fuera a buscar el portátil y de esa forma también se habría librado de su insistencia.

—Sí, no te preocupes. En cuanto vuelva Susan, me ocupo del portátil.

Después de beber varios sorbos pequeños con la pajita, Conor se sintió preparado para acometer la parte delicada de sus peticiones.

—Necesito que hagas algo por mí... Cuando tuve el accidente, iba

camino del distrito joyero...

Owen frunció el ceño. Estaba al tanto del verdadero regalo de Navidad que Conor le había preparado a Nikki, pero pensaba que eso ya estaría resuelto.

—Tú dirás...

—Bueno, tenía una reunión por el asunto del anillo...

—¿Todavía está en la joyería? —preguntó Owen, cada vez más confuso.

Conor respiró hondo y apartó la mirada. Finalmente, asintió.

—Sí, no fui a recogerlo...

—A ver, hijo, me he perdido... La última vez que hablamos del tema, me dijiste que estaba pagado... ¿Qué es lo que ha pasado?

Que *no* había pasado habría sido una pregunta más adecuada, pensó el motero. Dudas, enfado, confusión, ira... Había pasado de todo, hasta le había dado tiempo de estamparse contra una marquesina.

—Es que con el tema de la pelea, no me preocupé de ir a buscarlo... Y ayer me llamaron por la mañana... Quedé en ir a hablar con ellos. Necesito que llames y expliques lo que ha pasado. Iré a verlos cuando me den el alta.

—¿Hablar de qué?

La expresión en el rostro de Conor fue suficiente respuesta para Owen.

—¿Ibas a devolverlo? —preguntó asombrado.

Que Conor no respondiera a la pregunta hizo las veces de respuesta a las mil maravillas.

—¿Pero por qué? —continuó Owen, sin poder evitarlo.

Conor tampoco respondió esta vez. Cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

—Dioss... Me duelen hasta las pestañas, papá, ¿sería mucho pedir que hicieras lo que te digo, sin más?

Owen se tragó su disgusto y mostró las manos en un gesto de rendición.

—Como quieras, Conor.

—Gracias —repuso el motero, que exhaló un suspiro y cerró los ojos, agotado.

En Ginebra...

Nikki apenas dio un sorbo al café y de inmediato, lo vertió por el sumidero de la máquina. Entre el susto, la noche sin dormir, y las exigencias del nuevo trabajo se sentía completamente superada. Hasta el agua le provocaba náuseas. Lexi, que estaba al tanto de los sucesos acaecidos en la vida de su amiga, había aprovechado la hora de la pausa para el café para acercarse a ver qué tal seguía. Le bastó con verla a distancia para saber que estaba incluso peor que cuando la había visto por última vez esa mañana, al llegar al trabajo.

—Te preguntaría qué tal estás, pero me da miedo conocer la respuesta —dijo Lexi al tiempo que besaba la mejilla de su amiga.

Nikki esbozó una sonrisa de compromiso.

—Hola, Lexi... ¿Qué haces aquí?

—He venido a tomar un café con mi amiga y a ver qué tal está...

—No sé, el café no te lo recomiendo, y en cuanto a la amiga... Creo que está tan mal como el café.

—¿Has sabido algo más de Conor?

Se mantenía al tanto de cómo evolucionaba el paciente a través de su padre, al que estaba volviendo loco a llamadas y mensajes, porque aunque lo que se moría de ganas de hacer era hablar con Conor, sabía que no podía ceder a la tentación.

—Está mejor. Dolorido, pero parece que las heridas están bien y los estudios que le han hecho no muestran más daños... Por lo visto, si sigue así, el lunes lo dejarán volver a casa.

Lexi apretó cariñosamente la mano de su amiga.

—Eso es bueno. Me alegro mucho de que todo se haya quedado en un susto, aunque el pobre debe estar superdolorido... Esas abrasiones que se hacen los motoristas son muy dolorosas...

Nikki asintió, pero no añadió nada más.

—¿Y aparte de muerta de sueño y medio descompuesta, como estás, cielo? —le preguntó Lexi con cariño.

—En resumidas cuentas, hecha un lío. Ese es el problema.

—¿Y eso por qué?

—Porque a nivel emocional es como si hubiera retrocedido una semana —admitió Nikki con la voz quebrada, provocando que Lexi le tomara una mano y la apretara cariñosamente—. Y lo sabía... Sabía en el momento en el que me subí a ese avión, que el regreso sería muy malo. Y quise hacerme la

dura, de hecho, le dije a mi padre que no viajaría a Londres... Pero se me venía el mundo encima pensando en que podía pasarle cualquier cosa y que yo estaba a miles de kilómetros... —la muchacha exhaló un suspiro y guardó silencio.

—Pero él está bien, Nikki. Ya ha pasado el mal trago...

—Para mí, no. Para mí, no... Volver a verlo lo ha removido todo... Todo. Lo echo muchísimo de menos y ahora con esto, más... Pero también sé que nuestros problemas son reales y que es mi amor por él lo que me hace sentir de esa manera. En realidad, no ha cambiado nada... Si cedo y lo llamo, volveremos a estar igual que antes, y eso ya no me vale. Pero la verdad es que aquí me estoy volviendo loca...

Lexi estrechó a su amiga.

—Cálmate, *cari*, se te pasará. Sea lo que sea que decidas, bien decidido está, pero ahora es mejor que no pienses en nada... Estás sin dormir, sin comer, con los nervios de un trabajo nuevo y el susto que te has llevado con el accidente... Déjalo estar, ya verás como todo se va a resolver...

Nikki, al borde del llanto, recibió con alivio el cariño que le ofrecía su amiga.

—Ahora concéntrate en lo más inmediato. Te quedan dos horas por delante para acabar el día de hoy. Y cuando llegue la hora, yo te estaré esperando en la puerta y nos iremos para casa. Chris está trabajando y hoy el plan es noche de sofá y peli para chicas, de esas bien lacrimógenas —Lexi buscó la mirada de su amiga—: ¡Recuérdame que paremos a comprar Kleenex?

A Lexi la alivió ver que su ocurrencia hacía sonreír a su amiga.

En el hospital donde estaba internado Conor, mientras tanto...

Amy y Niilo se habían pasado toda la mañana enviándose mensajes. El accidente de Conor suponía un importante retraso en la atención de los pedidos, que Dakota había venido a ayudar a resolver. Y aunque no lo hacía tan bien como Conor, Niilo tenía que reconocer que el tipo era muy apañado. Amy había tenido un día tranquilo, con papeles y gestiones telefónicas que se habían quedado retrasadas por el viaje a Estados Unidos. Pero el hecho de que la cosa fluyera entre los dos, los animaba a ambos. Él, definitivamente,

había conseguido acaparar la atención de Amy, que ahora estaba decidida a descubrir si él era tan bueno en realidad como parecía

El móvil de Niilo volvió a sonar indicando que tenía un mensaje. Suponiendo que sería de Amy, lo agarró con una sonrisa. Leyó:

"¿Qué haces, motero?"

"Estoy a punto de ir a buscarte", tecleó Niilo con rapidez. Dejó el móvil sobre la máquina, echó la moneda en la ranura, hizo su selección, y se quedó esperando que la máquina le dispensara el café, al tiempo que espiaba la pantalla del móvil con una sonrisa.

La respuesta, sin embargo, no le llegó en forma de un mensaje.

—Mmm... Café, qué rico, ¿me puedo pedir uno? —dijo Amy, asomando su cabeza por el costado del motero, que se echó a reír.

—Vaya, qué sorpresa... Claro que te puedes pedir uno, ¡marchando un café!

Se miraron sonrientes, expectantes. Ninguno de los dos se preocupaba ya por disimular lo mucho que disfrutaban sorprendiéndose mutuamente.

—¿Con que ibas a buscarme, eh?

Niilo le entregó el café que iba a ser para él, y volvió a meter una moneda en la ranura.

—Sí, iba a buscarte después de tomarme el café, para ir bien espabilado...

Amy lo miró por encima del borde del vaso, su mirada pícaro lo hizo sonreír y menear la cabeza.

—¿Qué, anoche no pudiste dormir pensando en la estupidez que habías hecho marchándote sin subir e intentar seducirme? —lo pinchó ella.

Mejor que no se lo recordara. Todavía ahora tenía ganas de darse la cabeza contra la pared.

—Fue muy estúpido, ¿a que sí? —admitió Niilo, y la vio asentir con una sonrisa que acabó en carcajada.

—Ayyyyy, motero... Eres un caso clínico.

—Pero te gusto. Y en el fondo, también te gustó que no subiera —dijo él, tanteándola.

Mientras Niilo sacaba su café de la máquina, ella aprovechó para mirarlo a gusto. Tenía esa expresión divertida, como el que está siempre a punto de sonreír. Y sí, claro que le había gustado. Era la primera vez en toda su vida que un hombre declinaba una invitación para subir a su casa, en vez de echarse encima, como hacían todos. Admitirlo en voz alta era otra

cuestión.

—Anda, tómate el café y vámonos a cenar, que estoy muerta de hambre... —Fue la respuesta evasiva de Amy, que a Niilo le confirmó que, en efecto, estaba en lo cierto.

Tras acabar sus respectivos cafés y despedirse de los amigos que estaban allí visitando al accidentado, la pareja puso rumbo al centro de la ciudad a bordo de la moto Niilo.

—Me disculpo por haberte traído a un italiano, con todo lo que hay para elegir en esta ciudad, pero tantos años junto a Abby me han aficionado a la comida italiana. Hasta el punto que cuando tengo mucho hambre, lo primero que aparece en mi mente es una lasaña... Es que no sabes lo bien que cocinan la madre de Abby y sus tías. Esas mujeres tienen una mano...

—Sí, lo sé. La he probado.

—¿En serio?

Niilo asintió.

—Si, Abby también cocina muy bien.

—Pues yo no, a mí la cocina se me da fatal.

—¿Por qué tendría que dársete bien? Yo también soy horrible en la cocina, pero habiendo restaurantes o sitios de comida para llevar, ¿dónde está el problema?

—Me gustas, chico —dijo ella sonriendo.

—A pesar de que no haya intentado seducirte...

Ella continuó sonriendo, pero no respondió a la pregunta.

—Lamento haberte seguido hasta tu casa y también lamento que el motero que te siguió fuera la mitad de lo que normalmente es...

La mirada de Amy se tornó interesada. No esperaba que él volviera a sacar ese tema y no pudo evitar preguntarse por qué lo estaba haciendo.

—Estabas preocupado por Conor. Es normal. No tienes que disculparte. Por no intentar seducirme sí, eso no fue nada normal, pero ya tendrás tiempo de ganarte mi perdón en ese tema —Amy le obsequió una sonrisa *sexy*—. Espero...

Los ojos del motero brillaban como dos antorchas en la oscuridad. Los de Amy no se quedaban atrás. Intercambiaron miradas intensas durante un momento y él decidió sincerarse con ella.

—Mi padre murió hace poco más de un año... Pasó en ese hospital cerca de dos semanas, en las últimas —explicó—. Me removiό que a Conor lo llevaran justamente ahí... Otra estupidez, está claro.

—Ay, lo siento —dijo Amy al tiempo que se llevaba la mano a la boca, lamentando haber tomado a broma algo que, en realidad, tenía razones mucho más profundas.

Él se apresuró a quitarle hierro al asunto.

—No, qué va, no lo sientas. Ahora estoy perfectamente. Dispuesto a ganarme tu perdón —dijo, haciéndole un guiño.

Y le encantó ver como aquellos labios rojo carmín se curvaban en una sonrisa hermosa y muy, muy cómplice.

Madrugada del miércoles 6 de enero de 2010.

Casa de Pau Estellés,
Ciudadela, Menorca.

Incapaz de dejar vueltas en la cama, Pau se repantigó en el sofá frente al gran ventanal que daba al casco antiguo, a oscuras. Sin darse cuenta, un instante después seguía dándole vueltas al mismo tema que le estaba impidiendo dormir. Su mente, obsesivamente, volvía una y otra vez a la última conversación que había mantenido con Tina, provocándole sentimientos que no deseaba tener.

Según su madre, Tina era la horma de su zapato. Y ya tenía mérito viniendo de alguien que jamás había visto con buenos ojos a ninguna de las mujeres que se le habían acercado a lo largo de los años. Su padre también opinaba lo mismo. Y ambos estaban convencidos de que era él quien no estaba manejando bien el asunto. “Eres muy frontal”, le había dicho su padre. Pau no entendía a qué se refería. Le había fastidiado sobremanera lo que ella le había dicho. Y todavía más, las formas que había empleado para hacerlo. Su tono, sus palabras, haberlo interrumpido... ¡Si hasta le había colgado! Sencillamente, le parecía inaceptable y cada vez que lo pensaba, su indignación subía un poco más alto.

Para seguir, lo que decía no era cierto. Posiblemente, estuviera falto de entrenamiento en las lides amorosas, pero seguía siendo un hombre capaz de darse cuenta cuando despertaba el interés de una mujer. Y como a toda mujer, a Tina le agradaba recibir sus halagos y sus atenciones. Pero era amiga de Andy, seguramente estaría al tanto de su monumental metedura de pata, y había respondido de esa manera.

Craso error.

Pau se puso de pie decidido y fue a su habitación a buscar el móvil.

“No puedes tratarme así”, pensó el menorquín, “y si has creído que te lo voy a permitir, estás muy equivocada”.

Episodio 9

Miércoles 6 de enero de 2010.
En un centro de negocios,
Mahón, Menorca.

Dylan todavía no acababa de creer que aquella reunión estuviera teniendo lugar. Desde la mañana temprano, que se había levantado harto de dar vueltas en la cama, tenía la sensación de que en cualquier momento iba a sonar su móvil para anunciarle que algún problema de última hora cancelaría la reunión. O la pospondría indefinidamente. Intentaba restarle importancia al asunto diciéndose que si las cosas no salían bien, daría igual; él continuaría con su vida, media semana en un país y el resto en otro, hasta mediados de marzo.

Pero no había habido cancelación ni retraso y, en cambio, sí había habido una asistencia inesperada; con quince minutos de adelanto, tres limusinas se habían detenido frente a la entrada del centro de negocios de las que Dylan, que miraba desde la ventana del primer piso, había visto salir un nutrido grupo de túnicas blancas escoltando al jeque Mukhtar al-Alabbar, cuya presencia en Menorca no había sido anunciada. Entre la comitiva estaba el único hombre vestido al estilo europeo, que reconoció al instante. Se trataba del representante legal del grupo, el abogado Zaquib Abdul Wahid, una de las personas con las que había mantenido la reunión en Barcelona, el domingo siguiente a la boda de Dakota.

Tampoco había habido malos entendidos, ni reticencias por ninguna de las partes. La reunión, que se desarrollaba en inglés sin la intervención de intérpretes, estaba exponiendo en detalle el proyecto balear de los saudíes en un ambiente distendido en el que fluían las preguntas y las respuestas. El

jeque Mukhtar al-Alabbar seguía con atención las distintas exposiciones, y de tanto en tanto, hacía consultas en voz baja a su secretario personal, otro hombre de gran envergadura ataviado al estilo árabe, sentado a su lado.

Tal como le había avanzado Clinton, el proyecto saudí en suelo español reproducía a pequeña escala el que Dylan había conocido durante la reunión en Barcelona, y dado que él ya le había dado el visto bueno desde un punto de vista técnico, en esta ocasión las consultas habían versado sobre aspectos legales y de logística.

Había habido gentileza en todo momento, alguna que otra broma por parte del equipo español representado por Lucía Oriol Martí y dos de sus hermanos, directivos del Grupo Inmobiliario Martí, respecto a que las dimensiones en Baleares no eran ni de cerca las habituales en Arabia Saudí. Clinton Rowley, por su parte, había intervenido en los momentos adecuados para evitar que la conversación se desviara del propósito principal —que saudíes y españoles llegaran a un acuerdo lucrativo ya que eso aseguraría sus propios beneficios—, y con su elegancia habitual había sido el moderador perfecto.

Excepto por el traje con chaleco que no veía la hora de quitarse, Dylan se había sentido en su salsa. Lo que allí se exponía era de la clase de proyectos que le interesaban porque suponían un desafío tecnológico y, además, sucedería en Baleares, lo cual implicaba que si salía adelante, lo tendría todo: a su chica y a su trabajo ideal en el rincón más fabuloso del mundo.

—Sugiero que nos tomemos un mes para estudiar a fondo la propuesta y su viabilidad legal en territorio español —propuso Lucía Oriol.

—Por supuesto. Mientras tanto seguiremos en contacto. Estoy a su disposición para cualquier consulta —dijo el abogado, extendiéndole su tarjeta de visita.

—Lo mismo por mi parte —añadió Clinton Rowley.

Dylan decidió en aquel momento que no se arriesgaría dejando en el aire un asunto tan importante para él. Confiaba en el padre de Evel, pero quería oírlo con sus propios oídos.

—A mí me gustaría decir algo antes de que todos los implicados se pongan a trabajar...

Notó de inmediato que la mirada del jeque, que lo había seguido intermitentemente durante toda la reunión, volvía a centrarse en él, esta vez sin pausas.

Y no fue la única; las miradas de todos los presentes en la sala confluyeron en Dylan ya que sabían que, a pesar de haber intervenido en contadas ocasiones, el hombre de cabeza rasurada y gran envergadura era una pieza clave en las negociaciones.

—El proyecto original me interesó en cuanto supe de él, hace unos meses, en Barcelona. El que Zhaquib nos ha presentado hoy es casi idéntico, así que también me interesa y me gustaría tomar parte en él siempre y cuando se desarrolle aquí, en las Islas Baleares. No tengo previsto cambiar de residencia ni ahora ni en el futuro. Si esto queda claro y ambos grupos llegan a un acuerdo, por mi parte podemos seguir hablando. De otra forma, les ayudaré a encontrar otro ingeniero que se encargue de la domótica.

—Por supuesto, Dylan, me pediste que lo dejara claro y lo he hecho, ¿verdad? —intervino Clinton Rowley, mirando al representante legal del grupo saudí quien asintió con la cabeza. A pesar de su sonrisa, Dylan tuvo la certeza de que al padre de Evel no le había gustado que sacara ese tema a relucir.

“Lo lamento, colega, pero para mí la pasta no es lo único que cuenta”, pensó el irlandés.

—En efecto. Clinton nos lo ha dejado muy claro, pero, imagino que usted contará con el hecho de que intentaremos hacerle cambiar de idea —repuso Zaquib Abdul Wahid amablemente.

—No soy de los que cambian de idea, pero allá ustedes. Les deseo suerte —señaló el irlandés con humor.

Cuando ya había sonrisas entre los asistentes y el ambiente había empezado a relajarse nuevamente después del comentario de Dylan, se oyó, por fin, la voz del jeque.

—¿Por qué?

La pregunta tomó a todos desprevenidos. El hombre a la cabeza del grupo inversor más importante de Arabia Saudí acababa de formular la pregunta más directa y, a la vez, más simple de todas cuantas se habían hecho aquella mañana.

Dylan no tuvo que pensarse su respuesta. En otros tiempos se habría reído de sí mismo ante la idea de decirlo en voz alta, pero ya no.

—Por la mejor razón del mundo, una mujer —repuso, y presenció como el asombro iba pasando de unos a otros. El jeque, en cambio, sonrío.

—Ay, el amor... —dijo el anciano.

Dylan asintió.

—Por cuestiones familiares, ella no podría acompañarme, aunque seguro que le encantaría, y ni todo el oro del mundo conseguirá hacerme cambiar de idea. Quiero que este tema quede absolutamente claro desde el principio.

Entre los hombres había sonrisas y alguna mirada pícaro. También alguna molesta, como la de Clinton Rowley para quien los negocios y el dinero ocupaban dos de los tres lugares más importantes de su vida. Pero la mayor asombrada, con mucho, había sido la única mujer presente en la sala de reuniones. Lucía Oriol Martí pertenecía al mundo de los negocios y aunque esa posición que Dylan defendía la había visto en algunas ocasiones, siempre habían sido mujeres las que la defendían. Altos cargos directivos, empresarias, mujeres que se esforzaban por conciliar su vida profesional y su vida personal, haciendo grandes sacrificios y renunciando. Pero en sus cuarenta años como empresaria, esta era la primera vez que lo veía en un hombre. Y que se tratara de aquel hombre en particular había supuesto una gran sorpresa.

Dylan fue totalmente consciente de su mirada. Pensó que de haber sabido antes el efecto que tenía en ella que él reconociera indirectamente que no había nada más importante que Andy, lo habría dicho mucho antes, sólo con tal de ahorrarse problemas.

Sin embargo, la nota final volvió a correr a cargo del jeque, quien tras ponerse de pie, obligando a que todos los demás hicieran lo mismo al instante, estrechó la mano de Dylan.

—En ese caso, voy a pedirle algo. Quiero conocerla. Quiero conocer a esa persona que es tan importante para usted —sentenció el anciano.

Dylan pasó de la sorpresa a la carcajada en un momento sólo con imaginar la cara que se le quedaría a Andy cuando se enterara.

Neus siguió con la mirada a su sobrina de la puerta que comunicaba con la cocina a la puerta que conectaba con las habitaciones, y vuelta. Llevaba así desde hacía hora y media.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de ir de aquí para allá como un pollo sin cabeza?

Andy paró en seco, se dio la vuelta con cara de circunstancias y fue a tomar asiento junto a su tía y su madre en el sofá.

—Ay, lo siento... Es que estoy tan nerviosa...

Anna le pasó un brazo alrededor de los hombros y la estrechó contra ella.

—No estés nerviosa, cariño. Verás como todo sale bien.

—¿Cómo no voy a estar nerviosa? ¿Te has dado cuenta de lo que has dicho? Es fundamental que esa reunión vaya bien, mamá... Es la forma de que deje de sentirme culpable por ser la causa de que Dylan tire por la borda la oportunidad de su vida...

—Eh, ¿qué dices?... —la reprendió su madre—. De eso nada. No tienes por qué sentirte culpable, porque él, está claro, no tiene ningún problema con la decisión que tomó. Además, si no es esta ocasión, será cualquier otra. Cuando hay talento, más tarde o más temprano, las oportunidades llegan. Así que, por favor...

Andy exhaló un suspiro, y justo en ese momento el móvil vino a rescatarla de su desesperación.

—Ay, calvorotas, por favor, dime que todo ha ido sobre ruedas...

Todavía en el centro de negocios, y todavía con la sonrisa en la cara, Dylan tranquilizó a su chica.

—*Sí, de momento la cosa marcha...* —Un ataque de alegría en forma de exclamaciones y risas lo interrumpió. Dylan esperó hasta que ella se calmó para volver hablar—. *Pero hay un problemita.*

—Ya estamos... ¿qué *problemita*?

Dylan ya estaba sonriendo antes de decirlo.

—*Quiere verte.*

Andy se quedó en blanco. Frunció el ceño y dijo lo primero que le pasó por la cabeza:

—¿A quién?

Las carcajadas le anunciaron que su novio se estaba partiendo de risa en su oreja.

En efecto, el irlandés se estaba tronchando porque aunque no la estaba viendo, podía haber descrito con lujo de detalles lo que estaba sucediendo a dos horas en coche de donde se hallaba.

—*¿Cómo que a quién? A ti. El jeque quiere conocerte a ti* —vocalizó Dylan, haciendo las debidas pausas.

—¿Estás de broma? ¿Quién quiere verme? —logró decir Andy al tiempo que saltaba del asiento ante las carcajadas de Anna y Neus.

—*El jeque en persona, preciosa. Admito que es una petición de lo más*

rara para hacerla en una reunión de negocios, pero no es ninguna broma. Quiere conocerte.

—Joder. —Fue todo lo que salió de la boca de Andy antes de que Dylan empezara carcajearse otra vez.

Los siguientes veinte minutos fueron una locura. Mirarse como iba vestida, correr a su habitación seguida por su madre y su tía, abrir el armario y darse cuenta de que seguía igual de perdida que antes. Al final, Anna se había ocupado de poner sobre la cama unos vaqueros, un jersey coqueto y unas botas de caña alta, prendas con las que al final había aparecido en el restaurante Sa Badia, lugar propuesto para el encuentro.

Pero no lo hizo sola, las mujeres de la familia fueron con ella. En el intermedio habían llegado Danny y Roser de pasear a Luz y se les habían unido. La comitiva de empresarios menorquines y saudíes lo hicieron poco después, acompañados de Dylan y Clinton Rowley.

Habían comenzado las presentaciones mientras Andy planeaba con su tío cómo hacer frente a un grupo de dieciséis invitados en un restaurante que todo el año tenía la agenda de reservas al completo. Pau demostró nuevamente que era el verdadero hacedor de milagros del grupo Estellés, decidiendo habilitar la terraza climatizada para cuyo servicio organizó rápidamente al personal. Andy se dirigía al baño a dar rienda suelta a su nerviosismo en privado, cuando se cruzó con Danny.

—¿Dónde estabas? Dylan lleva rato buscándote —El muchacho le entregó a Luz—. Quédatela un momento que tengo que ir al baño.

—¡Hola, hola, hola, ¿cómo está la cosa más preciosa del mundo?! ¿Vamos a buscar a Dylan? ¿Te vienes conmigo? —le dijo a la pequeña que enseguida enseñó sus encías.

Cuando Andy regresó al salón, Dylan fue a su encuentro.

—Te daría un morreo en condiciones, pero a estos árabes no les gustan los tocamientos públicos —bromeó, intentando quitarle tensión al momento.

Andy estaba pálida, parecía a punto de desmayarse de los nervios. Acarició la cabecita de Luz y ella intentó agarrarle la mano.

—Dios mío, Dylan... Creo que tengo hasta taquicardia... ¿Estoy bien? —le preguntó en voz baja.

A la mierda el sentido del pudor saudí, pensó él, que se inclinó y la besó en los labios.

—Preciosa, creo que no se lo preguntas a la persona indicada. Para mí, siempre estás para comerte.

Luz estropeó el momento romántico intentando darle un manotazo a la calva del irlandés.

—¡Eh!, ¿tan pequeña y ya zurrando a los pretendientes? —dijo Dylan tomando la pequeña manita y depositando sobre ella un beso que hizo reír a Luz.

—Venga, pasemos ya por el mal trago y quitémoslo del medio, preséntame a tu jeque —lo animó Andy.

La pareja se dirigió hacia donde estaba el jeque conversando con Pau y con Lucía Oriol, rodeado por su séquito. Andy lo distinguió al instante. Además de su edad, era el de aspecto más mayor, vestía un sobre-abrigo color crema con ribetes dorados encima de su impecable túnica blanca.

Tan pronto Dylan se acercó al grupo, la mirada del anciano se centró en la joven que le acompañaba portando una niña en brazos.

—Quería conocerla y aquí la tiene, ella es Andy —Dylan no se molestó en disimular el orgullo que lo llenó en aquel momento—. Él es el jeque Mukhtar al-Alabbar, preciosa.

—Encantada de conocerlo —dijo ella. El anciano inclinó la cabeza en una reverencia gentil.

Y como solía suceder cuando había niños de por medio, fue Luz quien puso el momento de distensión, manoteando el pañuelo de la cabeza del jeque, esta vez con éxito.

El “momento pañuelo del jeque” había sido violento en un primer momento, y sumamente divertido los siguientes, ya que el anciano había acabado riéndose el primero mientras acomodaba su *ghutra* con la ayuda de su secretario. El siguiente momento de tensión lo produjo el nerviosismo de Andy que, a pesar de su sentido del humor, se sentía bastante superada por la situación. Tenían a doce árabes en la planta terraza, todo el servicio alborotado, una cocina de autor especializada en platos mediterráneos y sin la menor idea de qué comían y bebían los árabes ya que no eran la clientela habitual.

—Joder, es que hoy no hay nada vegetariano en la carta... El plato del chef es de ternera, ¿no es eso lo que no pueden comer los árabes? —dijo Andy, totalmente atacada de los nervios.

Dylan soltó una carcajada y la abrazó sin poder evitarlo.

—Oye, no te rías, que esto es un problema... Vienen a comer al restaurante más icónico de la isla, y se van a ir a base de cacahuetes y patatas fritas de bolsa... ¡Vamos a hundir el prestigio del Sa Badia en una sola comida!

—Que no, preciosa, que lo que no pueden comer es el cerdo.

—¡Ah, Dios, menos mal! —exclamó Andy—. Vale. Que no cunda el pánico... Me voy a la cocina a decirles que vayan sacando los aperitivos.

Al final, los árabes habían comido, habían bebido, la conversación había fluido como si no existieran diferencias sociales tan grandes entre un grupo y otro, y a los postres, el jeque y su representante legal en Europa, se las habían arreglado para monopolizar a Andy.

A Dylan también lo habían monopolizado. En su caso, los Martí y el propio Clinton Rowley que se habían puesto a comentar diversos aspectos del proyecto saudí. Él estaba ansioso por encontrar el momento de apartarse de la conversación.

—Si me permites, voy a rescatar a Andy —dijo Dylan en cuanto vio la ocasión al tiempo que señalaba con la vista al grupo que todavía sentado a la mesa le daba conversación a su chica.

—Sí, claro, ve —dijo Clinton.

Lucía esbozó una sonrisa. La primera que Dylan recordaba haber visto en aquel rostro dueño de tanto carácter como belleza.

—Yo que tú no me preocuparía mucho. Si algo sabe hacer muy bien nuestra querida Andy es desenvolverse con la gente. Es una artista en ese tema.

Dylan agradeció el comentario con un gesto de la cabeza y puso rumbo hacia al extremo de la mesa donde estaba Andy. Ella no disimuló su alivio al verlo aparecer.

—Hola, Dylan... Ya te echaba de menos... —le dijo con una sonrisa nerviosa.

—Sí, lo siento, es que estaba resolviendo unas dudas técnicas... —Y dirigiéndose al jeque, añadió—. Bueno, y ahora que ya la ha conocido, ¿qué opina?

Andy pasó de la palidez al color rojo gamba cocida.

—¡Pero Dylan, cómo haces esa pregunta!

El anciano esbozó una sonrisa paternal. Asintió repetidas veces con la cabeza.

—No, no se apure... Si yo estuviera en su lugar, también querría conocer la respuesta... —El jeque miró a la pareja con una sonrisa pícar—. Es una muy buena razón, sin duda. Y ahora, si me lo permite, voy a aclararle a su novia a qué me refiero.

Desde luego, no le vendría nada mal que alguien le aclarara de qué iba todo aquello, pensó la muchacha. Vio que Dylan asentía con la cabeza.

—¿Sabía usted que le hemos ofrecido una fortuna por ir a Dubái para hacerse cargo de un proyecto que le daría renombre internacional, y que él ha declinado? —Los ojos de Andy se desplazaron, visiblemente afectados, a Dylan que le hizo un guiño. El jeque continuó—: Lo ha hecho, señorita. Lo ha hecho por usted. Por eso quería conocerla. Le aseguro que no es nada frecuente que recibamos este tipo de respuestas, así que imaginé que debía tratarse de una razón muy importante. Sin duda, lo es.

Los ojos de Andy brillaban de forma perceptible. De pronto, se le había cerrado la garganta y la emoción subía en oleadas sin que ella pudiera evitarlo. Sus ojos ya estaban vidriosos cuando se posaron sobre los de él.

“Te amo”, decía el mensaje que Dylan leyó en ellos.

Episodio 10

Sábado, 9 de enero de 2010
Restaurante Sa Badia
Ciudadela, Menorca.

Ciro se dirigió a la barra en la que Andy y Dylan disfrutaban de una cerveza como si fueran un cliente más, dejó caer la cabeza hacia adelante, al tiempo que exhaló un suspiro.

—Os juro que cuando llegue el lunes estaré de vacaciones sí o sí. Ya no puedo más. Menuda semanita, menudo mes de diciembre, menudo año... — exclamó el chef, haciendo que Andy le frotara cariñosamente la cabeza.

En efecto, la semana de vacaciones previstas se había truncado en Año Nuevo debido a la persistente gripe de su primer chef, lo que lo había obligado a viajar a Barcelona con urgencia para sustituirla. Y ahora, que el restaurante catalán volvía a la normalidad, su querido tío viajaba a Barcelona para cumplir la promesa que le había hecho a su hija Alba de ir a visitar a sus abuelos maternos a quienes echaba mucho de menos. Eso, unido a que había dejado a su padre a cargo del restaurante menorquín, completaba un cuadro desesperante.

—Bueno, no te quejes, te ha dejado a tu abuelo supervisando el restaurante —se burló Andy, que sabía que la relación de Ciro y Francesc no era buena, sobre todo a nivel laboral. Según Francesc Estellés, Ciro Montaner era un gran chef pero, como la mayoría de los creativos, carecía de ímpetu empresarial.

Ciro le echó una mirada a Dylan.

—Mírala, qué divertida está hoy tu novia.

—Es una broma, Ciro, no te lo tomes a mal... —dijo Andy.

Mientras el chef se servía una cerveza, recordó que había oído algo en la cocina.

—Oye, ahora que me acuerdo, ¿sabes tú de qué van las entrevistas de Pau?

Dylan y Andy intercambiaron miradas, pero ella prefirió jugar a hacerse la desentendida a ver si averiguaba lo que sabía su primo sobre el tema.

—¿A qué entrevistas te refieres?

—No lo sé. Por lo visto, le ha pedido a Pere que doble turno la semana que viene mientras yo estoy de vacaciones y lo sustituya en la barra porque él estará ocupado haciendo entrevistas.

—Bueno, quizás esté intentando sustituirme a mí —dejó caer Andy al tiempo que le hacía un guiño a Dylan.

Ciro volvió a apoyar la jarra de cerveza y miró a su prima fijamente.

—Si es una broma, te advierto que es de muy mal gusto —sentenció el chef para quien aquel restaurante sería sencillamente una casa de locos si no fuera por las dotes organizativas de su prima.

La expresión en el rostro de la muchacha le informó que no se trataba de una broma.

—Acabas de joderme las vacaciones —dijo el chef con cara de desesperación—. Porque me las pasaré pensando en el desastre que encontraré cuando regrese y tú ya no estés. ¿Lo dices en serio, te vas?

Andy asintió con una sonrisa porque, a pesar de que para su primo supusiera un sufrimiento, para ella era un sueño.

—Sí, tengo mi propio proyecto, y aunque recién he empezado con él, la cosa marcha. Nos hemos pasado toda la mañana pidiendo presupuestos, ¿no, Dylan?

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —dijo Ciro, apoyando los codos sobre la mesa, sumamente interesado.

Andy le relató en qué consistía el gran proyecto que la tenía ilusionada desde hacía varios días. El chef, que no salía de su asombro, seguía cada vez más interesado el relato de aquella noticia inesperada.

—¿Un gimnasio? ¡Me parece una idea fantástica! Aunque... no puedo imaginarme cómo se lo habrá tomado Pau —dijo, como si hablara consigo mismo, pero al instante se corrigió—: Qué digo, claro que puedo imaginármelo... Seguro que organizó un show.

—Bueno, sí, está claro que no fue una buena noticia para él, pero todos somos reemplazables. Seguro que encontrará a alguien mucho más capaz y

deseoso de ocupar ese puesto que yo.

—Me tienes alucinado, chica. Si te digo la verdad, pensé que te dejarías seducir por las ventajas de ser miembro de una familia tan importante como la nuestra. Especialmente, después de lo dura que fue tu vida en Londres...

—Ciro apretó la mano de Andy. Vio que Dylan asentía enfáticamente, mostrando su acuerdo—. Mira, al margen de cómo se lo tome el tío Pau, creo que haces muy bien abriéndote paso por ti misma. Es una idea fabulosa lo del gimnasio y aunque no lo fuera, da lo mismo. La cuestión es hacer lo que a uno le apasiona. Me alegro un montón por ti, Andy... —Hizo un mohín tristón—. Pero no por mí, esto se convertirá en una locura cuando no estés...

—Seguro que quien escoja para sustituirme lo hará genial, Ciro.

—¿Y cómo planeas financiarte?

—Según Dylan hasta las lagartijas conocen mi abolengo, así que algún banquero encontrará que quiera financiarme.

—Seguro que sí —concedió Ciro—. Y seguro que al tío le interesa estudiar tu plan de negocio.

La joven torció la boca en un gesto dudoso. En su opinión, a ninguno de los dos le quedaban ganas de tener que vérselas con el otro. Ella, de hecho, seguía teniendo impulsos asesinos cada vez que se cruzaba con él. Sin embargo, dado que nadie de la familia estaba al tanto de lo sucedido en casa de Dylan, se guardó las reticencias para sí misma.

—¿Tú crees?

—Sí, deberías dárselo cuando lo tengas. Primero, eres de la familia y para él eso es sagrado, y segundo, un gimnasio encaja con el tipo de negocios que interesan al grupo.

Andy miró a Dylan.

—Estoy de acuerdo —dijo él. En aquel momento su móvil empezó a sonar.

—Bueno chicos, os dejo, vuelvo a mi cárcel particular. Sed buenos. Que hoy está el gran cacique aquí. —Ciro echó una mirada a su abuelo que conversaba animadamente con un cliente antes de volver a perderse entre sartenes.

Dylan le enseñó el móvil a Andy con una sonrisa al descubrir que se trataba de su hermana. Ella lo celebró dando palmitas, feliz de que los hermanos siguieran en contacto.

La hermana de Dylan estaba tan ansiosa por compartir su noticia, que apenas oyó que él la saludaba, la soltó de carrerilla:

—*¿Estás sentado, hermanito? Porque la noticia que tengo que darto es de las que tumban.*

Dylan puso la llamada en manos libres para que Andy pudiera escuchar lo que decían.

—*¿Una noticia de las que tumban? Uy, qué miedo me das... Venga, suéltalo.*

—*¡Estoy en Londres!* —exclamó Shea.

—*¿Cómo que estás en Londres?, ¿quieres decir por trabajo?*

Shea le dijo que en efecto así era, y empezó a relatarle los acontecimientos de la semana. La última vez que habían hablado, aunque la familia estaba al tanto de sus planes, el tema todavía estaba en una nebulosa ya que la oposición era fuerte. Pero con el comienzo del nuevo año, ella había tomado la decisión de seguir adelante. Así se lo había comunicado a la familia e, inesperadamente, su hermana Erin se había subido al tren por lo que a su padre no le había quedado más remedio que dar el visto bueno. Cuarenta y ocho horas más tarde, las dos hermanas estaban en Londres y los papeles de constitución de la filial ya estaban en mano de los abogados.

—*Chica, esto sí que es una sorpresa* —dijo Dylan, animado. En realidad, él no tenía claro que su hermana lograra sobreponerse a la falta de consenso, menos aún que se lanzara en solitario. De alguna forma, siempre había tenido la impresión de que a sus dos hermanas les costaba tomar decisiones si no contaban con el apoyo paterno.

—*Ya lo creo, y te diré que haber estado contigo tiene mucho que ver en esta decisión. A mí desde el principio me ha parecido un plan perfecto, los asesores dicen que lo es, y cuando estuve contigo, a ti también te lo pareció... Creo que es hora de dar el salto y ver dónde nos lleva.*

—*¡Muy bieeeeeen! Se supone que yo no estoy escuchando, pero lo estoy, ¡me alegro mucho por ti, Shea!* —exclamó Andy.

—*Ya sabía que estabas escuchando... ¡Gracias, Andy!*

—*Pero ¿donde estáis? ¿En un hotel?* —preguntó Dylan.

—*Sí, de momento, sí. Esta semana nos pondremos a buscar algún piso o, quizás, una casita...*

—*¿Os acordáis de que tenéis un hermano?* —dijo Dylan.

—*Claro que nos acordamos, tonto... Pero no hace falta que invadamos tu casa... Es cierto que no me gustan los hoteles, pero no estoy sola, estoy con Erin.*

—*Lo que no hace falta es que estéis en un hotel cuando mi casa está*

disponible. Hablaré con mi vecina para que os haga una copia de la llave.

—*Te lo agradezco mucho, hermanito... Gracias.*

—Vais a necesitar contactos —continuó Dylan—. A ver, ¿tienes dónde apuntar?

—*Ahora no, estoy conduciendo... Pero en cuanto pueda, te llamo y me das los datos. Me vendrán de perlas.*

—¿Está Erin contigo?

—*No, ella se quedó hablando con los asesores, yo me he ido a recoger el coche de alquiler. A ver si luego podemos pasear un poco por la ciudad...*

—Perfecto. Te va a encantar pasear por Londres.

—*Bueno, antes de dejaros, ¿me puedes pasar con Andy? Necesito consultarle una cosita en privado* —dijo Shea.

Dylan le hizo un guiño Andy.

—¿Tramando cosas a mis espaldas con mi chica?

—*Que no, hombre, no te preocupes...* —Se rió Shea.

Andy tomó el teléfono y quitó el altavoz. Se alejó unos cuantos pasos para que él no pudiera oírla.

—Ya estamos a solas, cuéntame.

—*Hola, cuñada. ¿Todavía sigue en pie vuestro viajecito a Londres para Semana Santa?*

—Por supuesto. No pienso perdérmelo por nada. No sabes las ganas que tengo de volver a mi ciudad.

—*Genial. He estado pensando... ¿Qué tal si convenzo a mi padre para que venga a pasar la Semana Santa con nosotras y arreglamos, secretamente, claro, para que padre e hijo vuelvan a verse las caras? ¿Qué te parece? Voy a necesitar vuestra agenda al minuto porque se trata de darles una sorpresa... Seguro que si se lo decimos, alguno intentará evitarlo.*

Andy era todo una sonrisa. Le encantaba la idea de que padre e hijo volvieran a verse, especialmente después de saber cómo había sido su separación. Y estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en su mano para que el encuentro tuviera lugar.

—¡Me parece una idea perfecta, Shea! ¡Ay, qué ganas...!

Tras acabar la conversación, Andy regresó junto a su chico a aprovechar las últimas horas que le quedaban con él, ya que al día siguiente Dylan regresaba a Niza para reincorporarse al trabajo.

Él le pasó el brazo alrededor de la cintura, acercándola a su cuerpo, y la besó ligeramente en los labios.

—Supongo que será perder el tiempo intentar averiguar de que habéis estado hablando, ¿no?

Andy asintió varias veces con la cabeza, se puso de puntillas, y le dio un beso en toda regla tras el cual, mirándolo a los ojos, añadió: “pero te va a encantar”.

Casa familiar de los Estellés,
Ciudadela, Menorca.

Mientras Andy y Dylan intentaban animarle el día a Ciro Montaner, Anna también había tenido su sorpresa. Estaba sola en casa cuando sonó el timbre de la calle. Que tocaran el timbre descartaba que fuera alguien de la familia, pero lo último que Anna esperaba era encontrar a Jaume al otro lado de la puerta. Entre otras cosas, porque si no recordaba mal, él le había dicho que no regresaría hasta el domingo por la noche o el lunes. Y era sábado por la mañana.

—¿Me he perdido dos días y he amanecido en lunes sin darme cuenta?
—Fue el recibimiento de Anna.

Al hacerse a un lado para dejar entrar a Jaume, vio el vehículo que estaba parcialmente subido a la vereda.

—¿Es tuyo?

Él asintió, pero en vez de responder a la pregunta, se inclinó y depositó un beso en su mejilla.

—Vaya... Hola —dijo Anna un poco cortada.

—Dios, ¡qué ganas tenía de verte! —exclamó él y acto seguido, continuó con total normalidad—: Hola, sí es mi coche... Son mis cosas, y no, no te has perdido días, soy yo el que ha salido huyendo, desesperado por volver a Menorca.

Todo eso lo había dicho mientras entraba, volvía a cerrar la puerta y, tomando del brazo a Anna, empezaban a dirigirse hacia el interior de la casa bajo la mirada sorprendida de su dueña, que se preguntaba qué habría desayunado él para mostrarse tan locuaz y tan decidido.

—Hombre, dicho así, casi es una obligación que te diga que yo también tenía ganas de verte.... Sería una descortesía de mi parte no hacerlo —apuntó Anna con una sonrisa.

—¡Una descortesía imperdonable! —bromeó él.

Llegaron a la cocina, donde Anna se disponía a preparar café y él se quitó su elegante cazadora y la colgó del respaldo de una silla.

—Bueno, cuéntame cosas —Y con esas, se apoyó contra la pared que formaba ángulo con la cocina mientras la miraba totalmente interesado.

—¿Que te cuente cosas? ¡Si llevamos hablando toda la semana! —dijo Anna riendo.

Se inclinó a buscar el café en el armario que había junto a la cajonera, pero no estaba allí. Continuó abriendo puertas hasta que al fin lo encontró en uno de los estantes de la hilera de muebles colgantes, donde lo había dejado su hijo que era quien se había ocupado del desayuno esa mañana.

Jaume, que no había apartado sus ojos de ella en ningún momento, se acercó y estiró el brazo para agarrarlo. Y Anna, de pronto, se sintió rodeada por aquel aroma inconfundible que la transportó treinta años atrás, trayendo a su recuerdo las emociones de entonces. Quiso disimular, quiso apartar sus ojos de aquel brazo fuerte, cuyos músculos se perfilaban a través del tejido de algodón. Él llevaba uno de sus polos de manga larga de estilo marinero, que realizaban el gran atractivo de un cuerpo que había ganado en fortaleza y en solidez con los años. Pero no pudo, y él se dio cuenta.

Jaume esbozó una ligera sonrisa cuando depositó el tarro de café sobre la superficie de fórmica, junto a la mano de Anna. La rozó deliberadamente, y los dos se estremecieron.

—Tu tarro —murmuró y al ver aquellas mejillas arreboladas y el brillo en los ojos de ese ser hermoso que llevaba media vida amando en la distancia, no pudo evitarlo. Se inclinó y besó su frente con ternura—. Eres una mujer increíble.

Ella no hizo el menor ademán de apartarse y durante un instante sus miradas se encontraron. Los dos fueron conscientes de que el tiempo había retrocedido, que no eran este Jaume y esta Anna, sino los de entonces. Él empezó a inclinarse lentamente hacia aquellos labios con una delicada capa de brillo rosado, que siempre lo habían atraído poderosamente. Anna no habría podido apartarse aunque hubiera querido. Y la verdad era que tampoco deseaba hacerlo. Los recuerdos habían regresado con tal fuerza que simulaban perfectamente la realidad. Hasta el punto de que Anna empezaba a pensar que era este Jaume, el de ahora y no el de entonces, quien estaba haciendo palpar su corazón.

Pero en esa casa, la del presente, Anna nunca estaba sola mucho

tiempo. Las voces de Danny y de las hermanas se oían cada vez más claro a medida que se acercaban. Algo los había hecho regresar pronto.

Anna apretó cariñosamente la mano que se posaba sobre la suya.

—Ya vienen —murmuró un tanto incómoda.

Él respondió con una sonrisa tierna tras lo cual los dos volvieron a sus posiciones originales justo antes de que los recién llegados entraran en la cocina.

Mientras tantos, a muchos kilómetros de Menorca...

Pau se echó un vistazo en la vidriera del edificio antes de continuar hacia el interior. Atravesó la gran recepción decorada con grandes pósters enmarcados de mujeres y hombres en plena forma, y fue directamente hacia la joven recepcionista, tan en forma como las mujeres de las fotos, que alzó la vista del teclado y le dio la bienvenida con una sonrisa.

—Buenos días, me llamo Pau Estellés, ¿podría avisarle a Tina Murphy que he llegado? —dijo el menorquín en su perfecto inglés.

—Sí, por supuesto. Si no le importa esperarla unos minutos, está acabando su clase, el señor también la espera —repuso la joven con mucha más amabilidad de la requerida para su trabajo al tiempo que señalaba a un hombre corpulento, entrado en años y en kilos, que de pie a escasos metros, lo miraba con interés.

Pau agradeció a la joven. Y vio que el hombre se acercaba.

—¿Estellés de los Estellés de Menorca? —le preguntó.

—Sí, soy Pau Estellés, de los de Menorca —repuso amablemente, ofreciéndole su mano al hombre—. ¿Nos conoce? ¿A quién tengo el gusto de saludar?

El hombre le estrechó la mano con fuerza.

—Claro que los conozco. Usted es el tío de Andy. Yo soy el padre de Tina, Ron Murphy, encantado.

Pau tuvo que esforzarse para mantener su asombro a niveles tolerables. Desde luego, era providencial que él se hubiera presentado en el gimnasio para encontrarse, nada más y nada menos, que con el padre de la entrenadora. Casi no podía aguantar las ganas de ver qué cara se le quedaría a Tina, cuando acabado su entrenamiento, llegara a recepción y los viera

conversando animadamente. Qué pequeño era el mundo.

—Encantado de conocerlo, señor Murphy. Vaya coincidencia. ¿Ha venido a buscar a su hija? La semana pasada la tuvimos con nosotros en Menorca.

—Ya lo creo. Aunque parezca increíble, todavía no nos hemos podido ver más que un rato. Mi hija trabaja muchas horas los fines de semana. La pobre, no da abasto para organizar el resto de las cosas en su vida. Así que mi mujer y yo hemos venido para llevarla a comer.

—También mi sobrina me comentó que trabaja muchas horas... Pero eso puede estar a punto de cambiar muy pronto, ¿no? —El hombre asintió sonriendo—. Aunque a la hora de la verdad, cuando uno se convierte en empresario trabaja mucho más. Es duro, pero tiene muchas ventajas.

Al ver que el hombre fruncía el ceño, Pau se dio cuenta que Tina aún no le había dicho nada a su padre de la propuesta de Andy.

—Yo me refería a que a principios de semana fue a hablar con sus jefes y les dijo que ya basta de horas extraordinarias y de sustituir todas las bajas. Era hora de que se plantara, porque desde hace seis meses la están volviendo loca... Pero ¿a qué se refiere usted con lo de convertirse en empresaria? —dijo Ron, intrigado.

—Por lo que veo, su hija todavía no se lo ha contado... En tal caso, por favor, no le diga que se lo he dicho —repuso Pau y comenzó a relatarle someramente la propuesta que Andy había hecho a Tina.

Justo cuando Ron Murphy, gratamente interesado por el tema, había lanzado su primera pregunta, intentando saber más, apareció su hija.

Tina venía vestida de calle y acompañada de la nueva esposa de su padre. Se quedó cortada al ver quién estaba con él. Pau le regaló su mejor sonrisa y fue Ron quién hizo los honores.

—¡Hola, cariño, ¿pero has visto a quien tienes aquí?! —dijo el hombre alegremente.

Pau disfrutó como nunca de ver cómo aquellos preciosos ojos negros echaban chispas y el rostro de la entrenadora perdía la sonrisa. Casi pudo leer sus pensamientos y, en efecto, adivinó correctamente:

"Sí, mira qué suerte... Dadme un minuto que voy a vomitar y vuelvo".

Episodio 11

Sábado, 9 de enero de 2010.
En un gimnasio de la ciudad,
Londres.

Después de dejar a su padre esperando en recepción, Tina condujo a Pau a un despacho vacío. Él no había perdido en ningún momento su papel de caballero, abriendo puertas y dejándola pasar primero, calentando el humor de la entrenadora.

Era su forma de ser, pero además Pau sabía que el efecto que causaba en ella era solo aparente. En el fondo, le gustaba. Era solo cuestión de tiempo que se diera cuenta. Ninguno de los dos era inmune a los encantos del otro. Tampoco a los sentimientos que despertaban en el otro. Se había presentado en Londres dispuesto a ponerle los puntos sobre las íes y había sido verla y aplacarse como por encanto. Lo que había sentido al tenerla ante sus ojos lo había desbordado. Y, en cierto sentido, lo había desarmado comprender que lo que en realidad deseaba con todas sus fuerzas era disfrutar de su compañía.

A Tina le había sucedido algo similar. Pero en su caso, le provocaba confusión. De ahí su reacción de llevarlo a un lugar donde estuvieran a solas. Llevaba deseando matarlo desde que se había enterado de lo que él le había hecho a Dylan. Sus sensaciones físicas al volver a verlo, sin embargo, no se habían correspondido con el ambiente hostil de su mente. Había reparado en el innegable atractivo del menorquín, en su elegancia en el vestir, y en lo bien que le quedaba el cabello algo revolucionado por el aire de aquella mañana. Cosas que no había esperado sentir y a las que no sabía cómo enfrentarse. Se suponía que estaba enfadada con él, pero en aquel preciso momento lo estaba

mucho más consigo misma.

Cuando Pau cerró la puerta y se quedaron a solas -y libres de gritarse a la cara lo que les viniera en gana sin que nadie los oyera-, en cambio, Tina se cruzó de brazos y permaneció en silencio.

Algo que él encontró de lo más divertido.

—¿Me cedés la palabra? ¿Así, sin más?

—Todo lo que tenía que decirte lo dije hace días.

—Muy bien. Entonces, empiezo yo —dijo Pau con una sonrisa que a Tina no le hizo la menor gracia—. Lo que pasó con Dylan fue un error, pero él nunca me pareció trigo limpio. Hice lo que hice porque lo que a Andy se le venía encima iba a ser muy duro y lo último que necesitaba era enamorarse de un mujeriego. No conté con la insistencia de Dylan y reconozco que me sigue resultando demasiado sospechosa. De un adolescente, no me extrañaría tanto, pero tiene casi cuarenta y mucha vida a sus espaldas para hacer algo así.

La expresión de Tina no reveló asombro porque no quería darle ninguna ventaja, pero lo sentía. Escucharlo admitir un error le parecía increíble; que a su cacareada inteligencia se le estuviera escapando algo tan evidente, mucho más increíble todavía.

—¿No se te ha pasado por esa cabeza... —iba a decir “de chorlito”, pero se contuvo a tiempo— *tan llamativa* que la culpa de que Dylan se comporte así la tiene tu sobrina, y no él? ¿No crees que ella es la clase de mujer de la que un hombre con “muchísima vida a sus espaldas” se enamoraría como un loco? Porque yo creo que sí. Andy es divina. Es divina como mujer y como ser humano. Quizás seas tú el que tiene un problema si ya no sabes reconocer una joya cuando la ves, si te parece *sospechoso* que otro hombre lo tenga tan claro como para dejarlo todo por estar junto a ella. ¿No lo has pensado?

—Reconozco una joya cuando la veo. Por eso estoy aquí. En cuanto a Dylan, ¿de verdad es esa la impresión que te da cuando lo ves? Convengamos en que tiene el aspecto y la actitud de alguien a quien todo le importa un pimiento. Cuando le vi por primera vez, estaba borracho y en medio de una pelea que ocasionó daños al local por miles de euros. Imagínate encontrarte a semejante espécimen seis meses después tonteando con tu sobrina veinteañera. ¿Qué habrías hecho tú?

—¿No meter las narices donde nadie me llama?

Pau negó con la cabeza.

—¿Es eso lo que hiciste cuando tu padre te dijo que había conocido a alguien especial?

Los ojos de Tina brillaron de enfado y también de incomodidad. Detestaba que él intentara comparar situaciones que no eran comparables para justificar su argumento, y mucho más aún, que sacara ese tema a colación. Ignoraba que estuviera al tanto.

—Me aseguré de que no fuera una viuda negra, nada más. No son situaciones comparables ni en el fondo ni en la forma.

Él frunció el ceño.

—A ver, explícame eso.

—No intentaba proteger mis intereses, sino los de mi padre. Lorraine no necesitó mi aprobación en ningún momento y jamás he intervenido ni en su noviazgo ni en su matrimonio. Tú no puedes decir lo mismo.

—No protejo mis intereses. —Al ver que la entrenadora le volvía a obsequiar una mirada cargada de ironía, matizó—: Somos una familia importante que tiene negocios en común. Eso supone que, a veces, la frontera entre lo personal y lo comercial se difumina, pero existe una frontera. Intervine por razones personales, no comerciales. Lo del lunes, en cambio, fueron cien por ciento negocios. Creí que él estaba detrás, intentando alejarla del negocio familiar. Porque sí, si Andy no trabaja para las empresas del grupo, lamentablemente, trabaja para la competencia. Es lo que hay. En ese momento, no sabía lo del proyecto de abrir un gimnasio, Tina. Andy no me lo dijo cuando vino a hablar conmigo. ¿Qué habría sucedido si lo que averiguabas de la segunda esposa de tu padre hubiera despertado tus sospechas?

Tina no lo sabía. Nadie podía decirlo a ciencia cierta, pero algo estaba claro; habría sido muy malo. Dado que seguía sin estar por la labor de conceder, guardó silencio.

—No me gusta Dylan Mitchell —continuó él con sus modos seguros—. Sé que te cae bien y que a mi sobrina, evidentemente, la obnubila, pero me marcan las primeras impresiones, y la suya no ha podido ser peor.

—¿Y qué es lo que ha cambiado para que alguien cómo tú admita que fue un error?

Algo que todavía Pau no sabía bien cómo catalogar: que Dylan hubiera rechazado públicamente una oferta que nadie en su sano juicio descartaría.

—Pudo haberse ido a Dubai con un contrato millonario, y lo declinó. Por tercera vez, según tengo entendido. Dice que no tiene previsto cambiar de

residencia.

—¿Y eso no te convence de que de verdad besa el suelo que pisa Andy?

¿Con tantos millones en juego? En absoluto.

—Por el momento, de lo que me convence es de que no piensa irse, lo cual implica que me tocará lidiar con él, me guste o no. Como empresario me habla de que no le importa el dinero ni el prestigio que ese contrato traería consigo. Eso lo convierte en alguien diferente, no sé si muy tonto o muy lúcido. Como hombre respeto que tenga claras sus prioridades y lo demuestre, aunque, la verdad, no acabo de creerme todavía que son las que él dice que son.

—Qué típico —repuso ella.

—Como ya te dije una vez, cuando se trata de mi familia, prefiero equivocarme por exceso que por defecto. Si me equivoco, pediré perdón e intentaré subsanar mi error, pero no me quedaré de brazos cruzados, Tina. Es lo que hay. Protejo a los que quiero. Lucho por ellos y siempre voy hasta el final. Con todas las consecuencias.

—Aunque te equivoques —precisó ella.

—Aunque me equivoque.

Tina respiró hondo. Él continuó.

—Y ahora te toca a ti el rapapolvo. —Ella alzó una ceja, gesto que no pareció tener el menor efecto sobre él ya que continuó como si tal cosa—. Que seas amiga de Andy no tiene nada que ver con la forma en que reaccionaste. Es mi sobrina, mi familia, y tan seguro como de que me llamo Pau Estellés, habrá más problemas que ella y yo nos ocuparemos de resolver sin tu intervención. No me gustó lo que me dijiste ni el tono que empleaste ni, por supuesto, que me colgaras el teléfono, y he venido para aclarártelo mientras te miro a la cara y...

—Ya lo veo —lo interrumpió ella, molesta.

Él no se dio por aludido de su molestia.

—...Y para que sepas que no soy de los que se sienten intimidados cuando una mujer con un buen par de ovarios les pone, equivocadamente o no, las cosas difíciles. Y ya que estamos, aprovecho para decirte que, por más que te empeñes, tú tampoco eres de la clase de...

—¿De las que te dan calabazas? —volvió a interrumpirlo, desafiante.

—De las que evitan hacerle frente a lo que sienten por un hombre, recurriendo al genio para intentar alejarlo de su vida. No eres así.

—Y eso lo sabes porque me conoces mucho, ¿verdad?

Él avanzó un paso que ella retrocedió por puro instinto. Ambos continúan mirándose sin apartar la vista.

—Hay cosas en mí que disparan un mecanismo de rechazo visceral en ti. Estamos bien y, de pronto, digo o hago algo que, no sé por qué, te pone en posición de ataque. Y pasas de estar a gusto conmigo a querer matarme.

Él intentó avanzar nuevamente, pero una mano perfectamente situada a la altura de su pecho le comunicó sin necesidad de tocarlo ni de acudir a las palabras que no debía continuar. Exactamente el mismo mensaje le comunicaron sus ojos.

Pau permaneció donde estaba, cautivado por la situación, por su proximidad, por lo que sentía junto a ella.

—No sé qué es —continuó el menorquín con un tono íntimo—, pero te prometo una cosa; lo voy a averiguar.

Y acto seguido, en vez de ceder al remolino de emociones que lo agitaban por dentro, dio un paso atrás y concentró toda su energía en recuperarse.

—La pregunta ahora es ¿me atenderás cuando te llame o tendré que seguir dándome paseítos hasta Londres día sí y otro también?

Pau sacó el móvil y marcó su memoria. El de Tina sonó varias veces en el bolsillo de su abrigo sin que ella hiciera ademán de atenderlo.

—Es la típica situación en la que el supuesto castigo es tan apetecible que resulta imposible resistirse a la tentación, ¿verdad? Reconozco que mi pregunta no ha sido nada caballerosa. Discúlpame, por favor —y ya se había alejado el móvil de la oreja cuando ella atendió.

Se miraron intensamente. Él con una gran sonrisa desafiante; ella con una expresión muy seria.

—Con atender no basta. —Pau intentaba pincharla, hacerla reaccionar. Sacarla de sus casillas, si hacía falta.

—Tendrá que bastar —espetó ella—. Puede que te hable o puede que no. Incluso puede que ni siquiera te atienda.

—No esperes que me conforme —dijo él con decisión.

—Y si vuelves a darte otro paseíto a Londres sin haber sido invitado —continuó ella, recortando la distancia que los separaba como él había hecho antes—, es bastante posible que en vez de tomarlo como un flirteo lo tome como un acoso y vaya más allá de ponerme en posición de ataque. No vengas a dártelas de “matador” conmigo. Tumbo a tíos como tú en el *ring* todos los

días.

—Como yo, no. No hay nadie como yo, y lo sabes.

Apenas los separaban veinte centímetros y a los dos les resultaba increíble la cantidad de cosas que estaban sucediendo en un espacio tan pequeño. Se medían y a la vez se deseaban, al tiempo que, conscientes de la talla del adversario, movían ficha con extrema cautela.

—Si quieres mi atención, demuéstrame que eres alguien digno de tenerla.

Sus miradas continuaron enganchadas durante algunos instantes y cuando la tensión parecía a punto de arrojarlos a los brazos del otro, Pau respiró hondo. Lentamente una sonrisa fue abriéndose paso en su rostro varonil de la que ella tuvo serios problemas para apartar sus ojos.

—Tomo nota —se limitó a decir él en un murmullo, y tanteó el pomo de la puerta para abrirla.

Cuando ella pasó a su lado, tan visiblemente afectada como él mismo lo estaba, pero con aquella dignidad de campeona, Pau le hizo un gesto caballeroso con la cabeza y la siguió hasta la recepción donde Ron Murphy y su esposa estaban esperándolos.

La intención de Pau era marcharse, pero el padre de Tina había insistido y a él le pareció una descortesía no aceptar al menos acompañarlos a un aperitivo, algo a lo que finalmente y de mala gana Tina había dado su conformidad. Si podía tomarse como tal que ella mirara a otra parte y exhalara un suspiro, claro.

Y allí estaba, pensó el menorquín con humor, en el típico pub inglés de mediados del siglo pasado, con la mujer que le tenía el coco sorbido enviándole mensajes asesinos con la mirada a cada rato mientras hacía relaciones públicas nada menos que con su padre y la esposa de éste.

Una de las razones que Ron Murphy había argumentado para insistir en que Pau se quedara era que siempre había querido conocer a la familia española que acogía a su hija todos los veranos cuando Sonia y Tina eran niñas.

—Siempre le digo a Lorraine que tenemos que ir a Menorca uno de estos veranos, ahora que toda la familia está allí.

—Así es —repuso Pau—. Me ha costado lo mío reunirlos, pero ya está.

Mi hermana Neus es la que sigue yendo y viniendo de Barcelona. Dos de sus hijos están allí, a la cabeza de la empresa de su padre que también pertenece al grupo, y el tercero, Ciro...

—El chef —precisó Ron. Pau intercambió miradas con la entrenadora, y asintió—. Tina habla mucho de él... Bueno, habla mucho de todos vosotros...

—Sí, el chef... Bueno, él adora Barcelona. Dudo que alguna vez lograra convencerlo de que se quede definitivamente en Menorca.

—Pero no dejarás de intentarlo —apuntó el padre de Tina, sorprendiendo a Pau que volvió a asentir.

—No dejaré de intentarlo, no. Soy muy apegado a los míos. —Sus ojos acariciaron los de Tina con disimulo cuando dijo—: A las personas de mi vida quiero tenerlas cerca.

Ron palmeó el hombro de Pau más que satisfecho, lo cual no hizo sino confirmarle a Tina que el alfa entre los alfas acababa de llevarse de calle también a su padre.

—Eres exactamente como te imaginaba.

—¿Me imaginaba? —preguntó Pau, riendo.

—Uy, claro... Sonia, que en paz descanse, y mi hija vivían hablando de ti cuando eran adolescentes. Eras su príncipe azul.

El codazo que recibió de Lorraine lo tomó por sorpresa y miró disimuladamente a su mujer con cara de “¿qué he hecho?”.

—Calla, cariño —dijo la mujer en voz baja, y al ver la incomodidad del rostro de Tina y la forma en que la miraba su marido, recurrió a una artimaña para desviar el tema—. No hables de Sonia, pobrecilla.

El menorquín no se dio cuenta de nada. Estaba demasiado concentrado en su propio mundo. ¿Era su príncipe azul? Tuvo que echar mano de todo su saber estar para contener las ganas de ponerse a bailar en el medio del pub. Su mirada risueña se posó apenas un instante en la tormentosa mirada de Tina.

—Y del hijo del pescadero —aclaró ella—, y de Nick Carter, de los *BackStreet Boys*, que nos traía loquitas... ¿Te acuerdas cuando tuviste que esperarnos hora y media en Wembley Arena a que nos firmara la camiseta? A esa edad, cuando todavía crees en cuentos de hada, ves príncipes azules por todas partes. Por suerte, pasa —sentenció la entrenadora.

—Bueno, ahora que Andy y Tina tienen un proyecto entre manos, seguro que podré hacer ese viaje a Menorca —dijo Ron mirando a su hija con

un punto de regañina—. ¿Cómo es que no me has dicho nada de eso, cariño?

Tina acribilló con los ojos a Pau que hizo un gesto de dolor e intentó aclarar las cosas.

—Lo siento... Fue un malentendido. Creí que estábamos hablando de lo mismo, pero tu padre se refería a la conversación que mantuviste con tus jefes.

—No te lo he dicho porque no he tenido tiempo más que de respirar desde que he llegado, papá. Además, el proyecto es de Andy, no mío. Quiere que sea su socia, pero yo aún me lo estoy pensando.

—¿Por qué? —dijo Ron asombrado.

Tina bebió un sorbo de su refresco con evidente disgusto. Sacudió la cabeza. Odiaba que el tema saliera de esa forma y en aquel preciso momento.

—¿Alguna vez me has visto tomar una decisión sin sopesarla largo y tendido?

Él esbozó una sonrisa.

—No te enfades, cariño. Es que te conozco e intuyo que los tiros no van por ahí. Y, ¿sabes?, estoy bastante seguro de saber por dónde van, y si estoy en lo cierto me va a dar mucha pena. Si hay algo que un padre no desea es convertirse en una carga para sus hijos.

Pau no entendía por qué razón el hombre había dicho aquello. Creía recordar que se había jubilado anticipadamente y no sabía hasta qué punto el matrimonio era libre de cambiar su residencia, pero aquella situación estaba resultando muy incómoda, especialmente para Tina, y decidió dejar caer la idea.

—Es natural. Son decisiones importantes y hay que meditarlas bien. De todas formas, no tienes que comprometerte a nada de antemano; puedes hacer una prueba. Un mes o dos por ejemplo, y ver qué tal —esbozó una sonrisa—. Y así, tu padre y su esposa tendrán la ocasión de ir a Menorca y conocer a mi familia, ¿no?

El primer pensamiento de Tina fue de naturaleza violenta; unas ganas irreprimibles de saltar por encima de la mesa y estrangularlo, pero entonces, notó la sonrisa de Lorraine y la expresión de “¡Eureka!” de su padre. ¿Estaría dispuesto a cambiar de residencia e irse con ella a Menorca? Hasta el momento era una alternativa que no se le había cruzado por la cabeza.

Al final, acabaría teniendo que agradecerle a Pau su indiscreción. Eso decían sus ojos cuando lo miraron. Él acusó recibo con un leve asentimiento de la cabeza y decidió que había llegado el momento de irse.

—Bueno, será mejor que corra o perderé el avión —dijo el menorquín al tiempo que empezaba a despedirse.

Cuando le llegó el turno a Tina, él no hizo el menor ademán de acercarse.

—Nos hablamos, ¿de acuerdo?

Ella no dijo ni que sí ni que no, pero el brillo de aquellos enormes ojos negros le informaron a Pau que la próxima vez que la llamara era bastante posible que lo atendiera.

Ese mismo día.

En un hospital de la ciudad,
Londres.

Como todos los días desde el accidente, Niilo había ido a visitar a Conor al hospital después de salir del trabajo. Le sorprendió encontrarlo solo. Su madre, especialmente, no se separaba de su cama, algo que al enfermo conseguía sacarlo de sus casillas.

—Qué raro que estés solo.

—No lo digas en voz alta, colega, por favor —repuso el enfermo y para asombro de Niilo coronó la frase con una ligera sonrisa que le confirmó que su ánimo mejoraba por días. No había vuelto a ser el tipo alegre de siempre - de antes de que su novia se fuera del país-, pero estaba repuntando.

Niilo se acercó a inspeccionar a su amigo.

—Te veo mucho mejor —dijo, sentándose sobre la cama—. ¿Qué dicen los médicos?

—El lunes me dan el alta.

—¡Qué bien! No veo la hora de que vuelvas al trabajo, tío. Dakota se las apaña, pero no es como tú.

—Para eso tendrás que esperar dos semanas más, mínimo —repuso Conor con un suspiro—. Me dejan volver a casa, pero no me dan el alta para trabajar. Quince días más para subirme por las paredes, qué suerte la mía.

En otros tiempos, Conor le habría respondido con un “por supuesto que Dakota no es como yo. Yo soy único, chaval”, y que no lo hubiera hecho, confirmaba que todavía distaba mucho de ser el mismo de siempre.

—O para idear una estrategia que resuelva tu situación con Nikki —

sugirió Niilo, consciente de que quizás estuviera tensando demasiado la cuerda.

—Ja. Como si fuera tan fácil...

—Es tan fácil o tan difícil como tú te propongas que sea.

Conor volvió a mirarlo, esta vez con un gesto malhumorado.

—¿Tú me has visto bien? Doy pena, Niilo. Apenas puedo pararme derecho, me tiran todas las costuras. Y donde no hay costuras, estoy en carne viva... —miró el antebrazo izquierdo y soltó un bufido—. Me va acostar un riñón que reconstruyan los tatuajes y eso sin contar con que tendrán que pasar meses hasta que la zona se recupere y puedan hacer algo.

—Sí, claro. No olvidemos que a tu novia lo que de verdad le gusta de ti son tus tatuajes... Si te ve así, seguro que huye despavorida y no vuelves a cazarla en tu vida.

—Capullo.

—Capullo, tú. ¿La has llamado o le has enviado un mensaje?

Conor negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No quiere hablar de lo nuestro.

—Normal.

—¿Normal? Tenemos que hablar de muchas cosas y vivimos en países distintos, tío —exhaló un suspiro—. Aunque, si te digo la verdad, no puedo culparla. Yo tampoco creo que esté preparado para hablar de... —En lugar de completar la frase, volvió a suspirar.

Niilo sacudió la cabeza.

—Ha tomado el primer avión y ha venido a verte. ¿Todavía tienes alguna duda de lo que siente por ti? ¿Qué más da lo que haya pasado? ¿Qué más da todo? Has estado a punto de no contarla, joder. Haced borrón y cuenta nueva... Conor, en serio, lo que tienen que hacer dos personas enamoradas es intentar pasar juntas el mayor tiempo posible. Lo demás no importa, se resolverá por sí mismo.

Conor bajó la vista. No tenía nada claro que intentar restablecer el contacto tuviera la acogida que Niilo sugería por parte de Nikki. La conocía muy bien y lo que había dicho el día que había ido a visitarlo, no había sido ningún farol. Hablaba en serio. En realidad, no tenía ni siquiera claro que fuera una buena idea. Probablemente, él acabaría haciéndose ilusiones y estrellándose contra la realidad al descubrir que seguía siendo el mismo imbécil de siempre, que lo echaba todo a perder en el último momento.

Defraudándola. *Otra vez.*

Niilo tomó el móvil que había sobre la mesilla y lo puso en la mano de Conor.

—Sabía que había algo más detrás de tanta rabia, pero no pensé ni por un momento que fuera... Bueno, lo que es. Y ojo, no creas que justifico tu cabreo. Ni mucho menos. Lo que intento decir es que encargaste ese regalo y no estabas borracho ni drogado, estabas feliz de la vida. Vuelve a ser ese hombre, tío. Como mínimo, inténtalo.

Conor respiró hondo y tomó el móvil.

—Así me gusta —dijo Niilo poniéndose de pie superanimado—. Te dejo hablando con tu chica, que yo voy a darle una sorpresa a la mía.

—¿Ya es tu chica? ¿Tanto camino has hecho mientras yo me debatía entre la vida y la muerte? —bromeó el motero de las rastas.

—No te debatías, hombre. Qué exagerado. Y no, todavía no es mi chica oficialmente —le hizo un guiño—. Pero de este *finde* no pasa.

Cuando la puerta se cerró y Conor se quedó a solas, volvió a respirar hondo. Notó que le temblaba la mano que sostenía el móvil. Después de tantos años, seguía sintiéndose como un adolescente enamorado. Con esfuerzo, seleccionó la memoria de Nikki, puso el sistema manos libres y dejó el móvil sobre su pecho, esperando con el corazón acelerado que ella respondiera.

Rogando que al comprobar que era él quien llamaba, no lo dejara hablando con su buzón de voz.

Deseando intensamente que Dios, o quien fuera que estaba Allí Arriba, le diera otra oportunidad.

Episodio 12

Sábado, 9 de enero de 2010.
Casa de Lexi y Chris,
Ginebra, Suiza

Nikki recriminó a Lexi con la mirada al descubrir que había un comensal del que no le había hablado sentado a la mesa. Su amiga salió al paso haciendo algo que se le daba muy bien.

—¿No te lo había comentado? ¡Perdón! Qué cabeza la mía...

—Hola, Nikki ¿qué tal? —la saludó Xavier—. No he vuelto a verte estos días, y eso que he estado varias veces por el barrio. Cuéntame, ¿qué tal es trabajar para la ONU?

La joven dudó un instante entre quitarse el abrigo y entregárselo a su amiga para colgarlo en el armario, o dar media vuelta y largarse por donde había venido. La compañía de Lexi y de Chris siempre era de su agrado, pero la encerrona no le había gustado nada. Y en cuanto a Xavier... El pobre tenía razón, sus ojos jamás habían reparado en él.

Y seguían sin hacerlo.

Que él estuviera allí solo conseguía enrarecer el ambiente y ponerla de mal humor. Pero la otra alternativa era estar sola y pensar en Conor... Y debatirse trescientas cincuenta veces por día entre llamarlo para escuchar su voz, a sabiendas de que eso era una malísima idea, o no hacerlo, y seguir conformándose con las noticias que recibía a través de su padre, que solo le servían de consuelo los primeros treinta segundos.

—No me quejo —se limitó a responder al tiempo que le entregaba su abrigo a Lexi.

Tenía mucho que contar acerca de la experiencia de trabajar en la ONU,

pero no quería dar lugar a ninguna clase de malentendido con quién se lo estaba preguntando intentando darle conversación. No tenía ojos para Xavier -ni para nadie, por lo visto-, y lo último que deseaba era tener que lidiar con más corazones rotos aparte del propio.

Nikki se las había arreglado para mostrarse sociable a secas durante la comida hasta que finalmente dejó de ser el centro de atención. Recién entonces empezó a relajarse y a disfrutar de la reunión. El excelente vino con el que habían regado la comida había ayudado lo suyo, todo había que decirlo. Se le había subido un poco a la cabeza y se sentía floja. Pensó que le vendría bien refrescarse la cara y fue al baño.

—Me parece que tu idea de no contarle que me habías invitado, no le ha caído muy bien —dijo Xavier en voz baja, a pesar de que Nikki ya había desaparecido del salón.

Chris le hizo un gesto de “te lo dije” a su prometida que ésta se apresuró a descartar.

—Si se lo digo no viene. Y no por ti —mintió, haciendo que Chris se concentrara en su solomillo para evitar que su rostro lo delatara—, es que está con el ánimo bajo y no quiere hacerte pasar un mal rato. Pero ya ves, le hace bien estar con gente. Además, no puede pasarse toda la semana del trabajo a casa y de casa al trabajo. Tiene que salir y empezar a relacionarse. De otra forma, no lo va a aguantar y es una pena. Sueña con este puesto desde que era una adolescente. Hay que tenerle un poco de paciencia, nada más. *Tú* —dijo señalándolo con un dedo— tienes que tenerle paciencia, guapo.

Xavier levantó las manos como si se rindiera.

—A la orden, señora —bromeó.

En ese momento, sonó uno de los móviles que estaba sobre la mesa. A Lexi se le iluminaron los ojos al ver de quién se trataba y atendió sin pensárselo dos veces, a pesar de que no se trataba de su móvil, sino del de Nikki.

—Hombre, qué sorpresa... No te pregunto como estás porque ya me he enterado de que has liquidado una de tus siete vidas —dijo Lexi. No se molestó en disimular lo que sentía.

—*Me alegra que te alegre* —repuso Conor. Él tampoco se molestó en disimular lo que sentía; a saber, ningún deseo de hablar con ella. Y no porque no la quisiera, ni porque ese sentimiento no fuera correspondido, sino porque tanto como ella lo había defendido durante años, su último mensaje a Nikki,

el día que se marchó a Ginebra, había herido a Lexi casi tanto como a la destinataria. Hasta el punto de que lo había llamado para ponerlo verde—. ¿Anda Nikki por ahí?

—Claro que está aquí, pero...

Chris puso su mano sobre el brazo de su prometida, haciéndola desistir en el acto de la idea de darle alguna excusa para no pasarle la llamada.

Muy bien, pensó Lexi, no haría eso, pero de alguna forma tenía que desquitarse. Miró al tercero en discordia y sonrió cuando la idea perfecta apareció en su mente.

—Xavier, por favor, ¿te ocupas de servir más vino mientras yo voy a por Nikki? Gracias, eres un cielo—. Se encaminó hacia el baño y cuando nadie podía oírla, se desquitó—: Por cierto, ¿te acuerdas de Xavier, ese que era tan gordo cuando éramos niños?

¿Ese que babeaba solo con ver la sombra de Nikki? Sí, lo recordaba perfectamente.

—*Vagamente* —repuso Conor.

—Sí, hombre, el que no veía una vaca en un baño... Menudos culos de botella llevaba... Bueno, da igual. Le diré a Nikki que te mande una foto y ya verás que lo reconoces enseguida. Se lo encontró el sábado cuando venía del supermercado. Ya no está gordo, claro. Ni lleva gafas. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Bueno, chico, hasta otra. Te paso con Nikki —dijo con una sonrisa que no le entraba en la cara.

Nikki entreabrió la puerta. Tenía el rostro húmedo, una toalla en la mano y gesto de no entender qué hacía su amiga allí.

—Conor —dijo Lexi al tiempo que le ponía el móvil delante de la cara. Le dio rabia ver cómo se iluminaban los ojos de su amiga y su boca se abría en una expresión de asombro.

—¿Es él? —preguntó moviendo los labios sin emitir sonido.

Un segundo después, Nikki ya le había quitado el móvil de las manos.

—De nada —respondió Lexi a la puerta cerrada.

Y regresó al salón.

Mientras tanto, en el baño...

Nikki se echó un vistazo en el espejo y al tomar conciencia de lo que estaba haciendo, respiró hondo intentando calmar los nervios. Tras una pausa, se sentó en el banco que había junto a la bañera.

—Hola, Conor... ¿Estás mejor? —dijo, iniciando el diálogo con el tono

más tranquilo que fue capaz de poner.

En un primer momento, él solo atinó a cerrar los ojos, aliviado. Era ella, se había puesto al teléfono, lo cual quería decir que la vía de comunicación estaba abierta y su voz le había sonado dulce.

—*Hola, preciosa... Sí, sí, gracias, estoy mejor... El lunes me dan el alta...*

Nikki también se sentía aliviada. No solo porque él estuviera recuperándose, también porque oírlo la había devuelto a su ser, de alguna manera extraña, la hizo sentir en casa.

—¿Tan pronto? Qué bien, Conor. Me alegro mucho de que todo haya quedado en un disgusto y unos cuantos moretones.

—*Tampoco exageremos...* —intentó reír, pero el intento se quedó a medias cuando sus costuras le recordaron al unísono que todavía no estaba de una sola pieza, aunque lo pareciera—. *Soy un morado con piernas que está lleno de remiendos y necesita ayuda para ponerse de pie. Cada vez que intento enderezarme veo las estrellas.*

Ella sonrió. Todo su cuerpo se relajó bajo el calor de la primera sonrisa auténtica que aparecía en su rostro en días.

—Quejica.

—*Mira quién fue a hablar... Te recuerdo que la única vez que tu precioso trasero mordió el asfalto, tuve que cargarte durante una semana porque según tú no podías ni subir un escalón* —repuso Conor y al oír las risas femeninas se olvidó de todo... El dolor, la incomodidad, la incertidumbre... Todo desapareció en un solo instante.

—¡Me dolía mucho! —se defendió Nikki entre risas.

—*O te encantaba que te llevara en brazos a todas partes y nunca has querido admitirlo* —matizó él.

—Bueno, tampoco exageremos —repuso ella, imitándolo, y los dos rieron.

—*¿Puedes hablar ahora o quieres que te llame más tarde? Me pareció que había más gente allí* —tentó Conor.

Nikki ignoraba la jugada de Lexi y, aunque era cierto que no estaba sola, le daba igual. Quería quedarse tal cual estaba, hablando con él.

—Claro que puedo. Estoy en casa de Lexi y Chris, pero seguro que pueden seguir sin mí por un rato.

—*Perfecto. Entonces, cuéntame, ¿qué tal tu primera semana en la ONU? ¿Impone tanto como en las películas?*

Nikki sonrió, ilusionada.

—¿Quieres que yo te cuente cosas? ¿Qué hay de ti?

—*Llevo una semana encerrado entre estas cuatro paredes, ¿estás de broma? Lo más excitante de mis días es el dolor que me provoca la enfermera que viene a limpiarme las heridas por la mañana. Y tranquila, que NO es de las que pasaría la audición para una peli porno, así que...* —Ella soltó una carcajada. —*No me hagas reír que me duele todo...*

—Bueno, a ver, te cuento cosas... —empezó a decir Nikki.

Conor se puso lo más cómodo posible, preparado para disfrutar a fondo de los siguientes minutos. Era cierto que deseaba saber cómo le estaban yendo las cosas. Más cierto aún era que necesitaba tanto oír su voz que le habría dado igual si le hablaba en ruso.

En el pasillo, Owen descartó la idea de mostrarse y volvió a cerrar la puerta sin hacer ruido. Con una sonrisa, puso rumbo a la cafetería mientras sacaba el móvil del bolsillo. Tenía que hablar con su consuegro sin demora.

Mientras tanto, en algún lugar del sureste de Inglaterra...

La noche de la cena en el italiano, Niilo y Amy se habían despedido en el aparcamiento donde ella tenía su coche. Había habido mucha complicidad, pero ningún acercamiento. Ella le había dejado un beso en la mejilla diciéndole en plan de broma que por favor no la siguiera, a lo que él había negado con la cabeza sonriendo.

—Tranquila, la locura sólo me duró un día.

—Qué alivio. Porque ya que hemos estado compartiendo confesiones, te diré que los hombres protectores no me van nada de nada.

—Me lo imagino.

Cuando ella ya había cerrado la puerta del coche, él le había hecho un gesto de que bajara la ventanilla para hablar.

—¿Y si te pido que me mandes un mensaje cuando llegues a casa para quedarme tranquilo...? ¡Es broma! —le había dicho, riendo.

Y ahora lo tenía allí, frente a sus ojos, después de volver a sorprenderla otra vez.

Él estaba echando el resto y de qué manera. Amy volvió a mirar a Niilo y sacudió la cabeza con incredulidad, exactamente igual que había hecho las diez veces anteriores. Había conocido a locos de todas las clases, pero a ninguno que echara el resto una y otra vez por estar con ella y alardeara tan poco de ello.

Niilo se había presentado en medio del trabajo, una galería de arte con algo de pub y bastante de discoteca, que dos horas antes de la hora señalada, se parecía a cualquier cosa menos a un negocio a punto de ser inaugurado, con empleados moviendo bultos de aquí para allá y ella intentando, infructuosamente, aclarar con el equipo de relaciones públicas cómo se iban a desarrollar los sucesos de aquella noche en la que su jefe era uno de los invitados principales.

A las dos de la tarde todavía seguía con el café del desayuno como único alimento en el estómago, viendo pasar el tiempo sin que aquello lograra enderezarse. Luchando contra sus ganas de ponerse a gritar o, peor aún, de arremeter a martillazos contra todas aquellas sensuales esculturas. Y, de pronto, allí estaba él: su brillante Caballero Jedi, con un café del Starbucks en una mano y una bolsa de papel en la otra, avanzando en medio del caos. No sólo no lo había esperado, horas después continuaba con la misma sensación cada vez que sus miradas se encontraban; la de que aquello, en realidad, no estaba sucediendo. Era un producto de su imaginación.

—He visto a hombres hacer las cosas más locas que te puedas imaginar, pero es la primera vez que uno consigue dejarme con la boca abierta.

Niilo, que se había arrellanado en la silla junto a ella mientras hacían una pausa, se encogió de hombros.

—¿Llevarte un café y un *brownie*? Me sorprendería mucho que me dijeras que a ninguno se le había ocurrido... Es lo primero, ¿no?

—Es el café, es el *brownie*, que estaba buenísimo y no sabes lo bien que le cayó a mi hambriento estómago, son los kilómetros que has hecho para venir a verme, las horas que llevas esperándome mientras yo organizo este desastre y apenas te atiendo... Nunca un hombre había hecho algo así por mí antes, y me has dejado alucinada.

—Pensé que te apetecería un café... Bueno, en realidad, pensé que a lo mejor te apetecía verme; el café fue una excusa.

—Pensaste bien, y me sorprendiste, Niilo. En serio, hoy has anotado diez tantos en una sola jugada —admitió ella.

—No puedo imaginármelo. Para mí, eres de esa clase de chica por la que un tío hace locuras. Muchas y muy locas.

—Quizás no escogía a los hombres idóneos, a los que hacen este tipo de cosas... O, quizás, no sabía que existieran hombres capaces de hacerlas.

—¿En serio?

Amy reconsideró lo dicho y cayó en la cuenta de que, en realidad, conocía a un hombre detallista; el que se había casado con su mejor amiga. Así que, claramente, la cuestión tenía que ver con la clase de hombres con los que ella se relacionaba.

—No sé... —empezó a decir—. Supongo que tiene mucho que ver conmigo. Mi vida ha cambiado tanto en los últimos meses... Antes vivía de fiesta, no paraba en casa... Y ahora tampoco, pero por trabajo. Esto es nuevo para mí y creo que todavía no sé encajar bien las piezas.

Niilo la observaba atentamente mientras ella hablaba. La escuchaba con todo su ser y eso también era algo nuevo para Amy.

—¿Ves? Tampoco estoy acostumbrada a esto.

—¿A que te miren? Eso no me lo creo. —Era la mujer más mirable del universo, la miraban todos y a todas horas. Mujeres y hombres. Y, especialmente, él.

Amy le agradeció la galantería con un ligero movimiento de la cabeza.

—De esta forma, no. Los de tu especie van a lo que van, lo cual está muy bien, pero cuando una mujer les habla, realmente, no la están escuchando... Sólo están pensando de qué manera pueden utilizar lo que oyen para llevársela a su terreno. Lo tuyo es diferente.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te interesa lo que digo, me analizas. Me gusta.

—Pero no te gustó desde el principio...

Amy se removió incómoda en el asiento. Podía darle mil excusas, cosas que probablemente tendrían parte de verdad, pero sólo parte.

—No estoy acostumbrada a que me dejen. Tampoco a que el mismo hombre ocupe mis pensamientos durante más de dos días.

Niilo captó de inmediato que no se refería a él, sino a otro motero; Dylan.

—Y como todo tiene una primera vez en la vida, esto también lo tuvo —continuó ella—. Me costó asimilarlo porque creo que nos parecemos mucho. Hay quien dice que los polos opuestos se atraen, pero la cuestión es que también se repelen... Y justo coincidió con muchos cambios en mi

vida... Mi mejor amiga se casó y me quedé sola. Por ser testigo de su boda, me quedé sin trabajo, y luego, empecé a trabajar para el tipo más creativo y más loco que he conocido en toda mi vida, pero que, increíblemente, ha visto en mí todas esas actitudes que sé que tengo, pero que nadie había valorado hasta el momento. Él no sólo las hace salir, las paga a precio de oro... Es la primera vez desde que soy independiente, que dedico más energía a trabajar que a pasarlo bien, la primera vez que tengo un trabajo que realmente me apasiona y que me deja un montón de dinero... Supongo que me ha costado asimilar tantas cosas.

—¿Quieres decir que no lograbas saber cómo alguien como yo, tan diferente a Dylan, podía encajar en tu plan de vida?

Amy alzó la vista hasta Niilo. No había habido acritud en su voz y tampoco la había en su rostro. Se trataba de una pregunta sin segundas intenciones, sólo buscando conocerla mejor, acercar posiciones. De modo que no había lugar para una mentira.

Amy asintió.

—Supongo que estábamos en frecuencias diferentes, y cuando apareciste con el *Manhattan* en la mano esa noche, me tomaste completamente desprevenida. No voy a decir que no me hubiera fijado en ti, no eres de los que pasan desapercibidos y seguro que lo sabes, pero no creí que yo fuera tu tipo...

—Ni que yo fuera el tuyo —apuntó él, librándola de tener que ser quien lo decía.

Amy respiró hondo al tiempo que sonreía.

—Digamos que me tomó tiempo darme cuenta de lo que me estaba perdiendo —repuso y vio que una gran sonrisa iluminaba el rostro el mortero.

—Casi estoy a punto de poner la grabadora y pedirte que lo repitas —bromeó el, encantado.

—Y ahora te toca ti... No creas que vas irte de rositas... —dijo Amy, dando inicio a lo que sería un largo interrogatorio sobre la vida y obra del Caballero Jedi.

—No hay mucho que contar. Lo que ves es lo que hay.

Niilo no era de los que gustaban de hablar sobre sí mismos. Pero en aras de acercar posiciones con ella, estaba dispuesto a explicar lo que hiciera falta.

Durante los siguientes minutos, las preguntas llovieron sobre Niilo, de las más generales a algunas de naturaleza más personal, pasando por dónde

había nacido y por qué lo llamaban “Niilo”. En apenas un rato, había recopilado buena información acerca del motero.

—Así que Nicholas... —dijo Amy, sonriendo—. A mí me parece un nombre bonito, muy varonil.

—Prefiero la versión finlandesa.

—También es bonito —repuso Amy y apoyándose sobre los codos, se inclinó más hacia él, a través de la mesa—. ¿Y qué hay de las novias?

—Tampoco hay gran cosa que contar... Nunca he tenido novia.

—¡Qué modesto! Ánimo, yo te he abierto mi corazón... Esto no funciona si no es en los dos sentidos... Venga, cuéntame, te juro que no se lo diré a nadie.

—Lo digo en serio. Nunca he tenido una novia. Vamos, a menos que cuente la que tuve en el colegio... Fuimos novios un mes. Es mi relación más larga —repuso el motero, riendo.

En realidad, se reía de la expresión de Amy.

—¿Lo dices en serio? —dijo ella al ver la naturalidad con que él negaba algo que a todas luces no podía ser cierto.

Niilo asintió repetidas veces con la cabeza.

—¿Pero dónde has estado todo este tiempo? ¿En Marte? ¡No te creo! —sentenció. Y se quedó mirándolo, esperando a que dejara de bromear.

—No he dicho que sea célibe, solo que nunca he tenido una relación sentimental.

—¡¿Y te parece poco?!

—¿Por qué te sorprende tanto, Amy?

—¿Pero tú te has mirado al espejo?

Niilo se puso rojo y, aunque salió al paso echando mano de su sentido del humor, la procesión fue por dentro.

—Qué remedio. La única vez que intenté afeitarme sin mirar, me dejé la cara como un mapa... —La miró con los ojos brillantes y una sonrisa algo tímida—. Será que cubierto de espuma no me encuentro muy cautivador que digamos...

Si la imagen de aquella barbilla ideal cubierta de espuma ya le resultaba inspiradora, la de él desnudo sobre una cama mientras ella, con un bote de espuma en la mano, decoraba aquel cuerpazo a placer, directamente despertó todos sus sentidos al unísono.

—¿No? ¡No sabes lo que dices, chico! —exclamó sin ocultar el doble sentido de su frase.

Tras una pausa en la que los dos se miraron con complicidad mientras Amy se desternillaba, Niilo le ofreció la verdadera razón.

—Soy un friki de los motores, del diseño industrial, de la customización. Es algo que me enloquece y me llena... Estoy metido en ese mundo desde que era un crío y para colmo, trabajo en el paraíso de los amantes de los motores, así que... Es complicado atraer mi atención, ya no digamos mantenerla. Si no me mueve por dentro, para mí no tiene sentido ir más allá.

—Y a ti ninguna chica "te ha movido por dentro" —bromeó ella. Claramente, una broma a medias.

Él la miró a los ojos intensamente.

—Hasta que te conocí, no —fue su respuesta.

Episodio 13

Domingo, 10 de enero de 2010.
Casa de la familia Estellés,
Ciudadela, Menorca.

Las hermanas ya estaban en el pasillo de salida cuando sonó el timbre. Neus se adelantó a Anna y abrió la puerta. La visión era digna de una sonrisa y ella no se resistió.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —exclamó, y tras abrir la puerta de par en par para que su hermana pudiera ver lo que había al otro lado, añadió —: Míralo qué guapérrimo luce, y eso que no son ni las nueve.

A la sorpresa de que él hubiera vuelto a presentarse en su casa, había que añadir, en efecto, "lo guapérrimo" que lucía. Puede que su hermana no fuera la persona más objetiva cuando se trataba de Jaume Mayol -siempre había militado en su equipo, incluso después de que Anna y él rompieran-, pero en este caso no se equivocaba. La preferencia de él por los colores oscuros y su estilo elegante con un toque informal, contrastaba a las mil maravillas con las canas que plateaban su cabello y su barba, logrando el curioso efecto de quitarle años. Muchos. De hecho, podía pasar perfectamente por alguien que acababa de inaugurar los cuarenta.

—¡Hola, qué tempranero!, ¿sabes que es domingo, el día de remolonear en la cama hasta más tarde, no?

—¿Y perderme tu paseo matutino? Ni hablar —repuso él y en esta ocasión no guardó las distancias; se inclinó hacia Anna y depositó un beso en cada mejilla con total naturalidad—. Estoy preparado así que si tú también lo estás, la ciudad es nuestra.

Anna que se había quedado cortada con los dos besos (aunque, claramente, le habían gustado) no tuvo ni que pensárselo, ya que Neus intervino rápidamente para zanjar la cuestión.

—Estupendo. Entonces, Luz y yo nos vamos a buscar a Roser. No es que hayamos quedado ni nada, pero para una vez que puedo fastidiarle el domingo sacándola de la cama a estas horas, no pienso desaprovechar la oportunidad. ¡A más ver, pareja! —dicho lo cual, salió de la casa empujando el carrito de paseo.

Jaume miró a Anna con picardía, pero no hizo comentarios acerca del súbito rubor que se había adueñado de sus mejillas, ni de la forma en que ella había intentado disimularlo, preocupándose de quitar una pelusilla imaginaria del precioso abrigo color piedra que vestía.

—¿Me permite, señorita? —dijo él, ofreciéndole su brazo.

Su galantería le había hecho cosquillas en el corazón, tanto o más que la ingenuidad de llamarla por ese nombre que Anna había dejado atrás hacía tanto tiempo que ya ni siquiera lo recordaba.

Ella aceptó su brazo y se pusieron en marcha. Callejearon por el casco antiguo de la ciudad mientras conversaban. Siempre le había gustado pasear, pero en este caso lo hacía por prescripción médica. Dicha actividad -y su constancia- habían conseguido detener en gran medida el deterioro de su capacidad motriz, pero no era un beneficio gratuito. Había sufrimiento implícito en algo que antes era solo ocio, se cansaba y por la mitad del recorrido empezaba a acusar el esfuerzo de una forma que resultaba imposible de disimular. Ahora, Jaume iba con ella y lo que sucediera, sería en su presencia. Disimular resultaría imposible y se vería obligada a hablarle de su salud, algo que detestaba con todas sus fuerzas. Lo cual era una auténtica tontería, pero allí estaba, intentando parecer lo que hacía mucho tiempo había dejado de ser, frente a un hombre que había sido mucho más importante para ella de lo que jamás había estado dispuesta reconocer. Ironías de la vida.

—¿Nos sentamos allí un rato? —propuso Jaume, señalando un banco en pleno casco antiguo.

Anna no se lo hizo repetir.

—¿Cansado tan pronto?

—Estoy falto de entrenamiento. En Estados Unidos no vas a pie ni a comprar el periódico. Es imposible —sonrió—. Pero seguro que tú me entrenas enseguida.

—Claro, pero para eso tendrías que acompañarme a menudo.

—¿Es una invitación? —bromeó él.

—Podría ser, pero has dejado claro que no necesitas invitaciones —dijo ella riendo.

La vista de Jaume se perdió en el paisaje, pero su sonrisa no lo abandonó.

—Esta isla se te mete en la piel. Puedes irte a ver mundo y estar en los lugares más idílicos, pero una parte de ti sigue echándola de menos, convencida de que no hay un sitio igual en todo el universo.

Anna asintió.

—Será por eso que los que hemos tenido la fortuna de nacer en esta tierra, siempre hablamos de ella con tanta pasión. Y siempre la echamos tanto de menos —reconoció—. Nunca se lo dije a mis hijos, siempre intenté que no se dieran cuenta de cuánto extrañaba todo esto, pero a ti puedo decírtelo porque lo entiendes.

—Bueno, ahora estás aquí... Por suerte —enfaticó—. Y a ellos parece que también les gusta, ¿no?

—Si no tenemos en cuenta los dos meses largos que Danny me hablaba en plan telegrama, creyéndome la culpable de alejarlo de sus amigos para traerlo a esta “cáscara de nuez”... —comentó Anna, y coronó la frase con un gesto de dolor a cuenta de lo mal que se lo había hecho pasar a su hijo.

—Es natural, pero es muy joven y seguro que acabará adaptándose. Mira, tu padre —dijo señalando al septuagenario que acababa de doblar la esquina y se dirigía hacia ellos con paso decidido.

—Qué raro a estas horas. Desde que se retiró, suele amanecer más tarde —comentó Anna.

—No, no te levantes —dijo Francesc, inclinándose a besar a su hija tras lo cual estrechó la mano de Jaume—. ¿Qué tal, disfrutando de la mañana en buena compañía?

Por segundo vez en el día, Anna volvió a quedarse cortada. La relación padre hija había mejorado mucho aunque, todo había que decirlo, antes era inexistente con lo cual que se hablaran ya suponía una mejoría, pero recordaba a un Francesc Estellés bastante más cáustico con los acompañantes masculinos de sus hijas, fueran quienes fueran.

—Sí, señor. Hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan —respondió Jaume, consiguiendo que Anna lo mirara asombrada. ¿Era cosa suya o Jaume había sonado a soldado raso hablando con su superior? Tuvo que esforzarse para que los músculos de su cara se mantuvieran firmes.

—Así me gusta. Me alegro de veros, pero no me entretengo que tengo que ir a abrir el restaurante —dijo cuando ya se estaba alejando.

—¿Y Pau?

El gran cacique Estellés sacudió la cabeza en un gesto irónico.

—La versión oficial es que tu hermano está en Barcelona con su madre y su hija porque le había prometido a la pequeña princesa que vería a sus otros abuelos este fin de semana. Pero me ha contado un pajarito que su avión hizo una escala “no oficial” en Londres —apuntó con comicidad, y a continuación hizo el gesto de ponerle cremallera a su boca—. Yo no he dicho nada.

El ceño de Anna permaneció fruncido unos instantes hasta que juntó las piezas y el resultado fue obvio, entonces abrió la boca.

—¡Ahhhhhhh... ! —exclamó y se echó a reír—. ¡Yo tampoco he dicho nada!

Cuando Francesc era una silueta lejana, Anna le explicó en confidencia a Jaume a qué se había referido su padre.

—Te voy a decir una cosa, Anna... Al verlos en la cena de Nochevieja, pensé que eran pareja... No se lo digas a tu hermano, ¿eh? Que no quiero que piense que me meto en sus asuntos, pero sí, esa fue mi primera impresión.

Ella asintió varias veces con la cabeza.

—Mi hermano es un buen hombre, se merece que la vida le sonría en el amor porque ha tenido muy mala suerte en eso. Y ella... Bueno, ¿qué puedo decirte de Tina? La quiero como si fuera una hija. Pero no, no son pareja —sonrió con picardía—. De momento, al menos.

Jaume esbozó una gran sonrisa al notar que a Anna se le había iluminado la cara. Era evidente que estaba deseando que Tina se convirtiera en un miembro de la familia.

—Oye —dijo Anna—, a lo mejor me equivoco, pero hace un momento parecía que estabas hablando con el Rey de España.

Casi, pensó el menorquín con humor. Francesc Estellés era el hombre más importante de la isla además del “padre de la chica”; podía hacer que su cabeza rodara después de besar el filo de la guillotina.

—Pasados los setenta sigue imponiendo muchísimo respeto con su sola presencia.

—Ya veo.

—Respeto... —repitió él—. Por no decir, pánico.

Jaume empezó a reír hasta que acabó haciendo que ella también riera a

pesar de no saber por qué.

—¿Seguimos paseando? —volvió a proponer él al cabo de un rato y cuando ella se incorporó añadió—: ¿Puedo llevarla del brazo, señorita?

—Será una pérdida de tiempo intentar que dejes de llamarme así, ¿verdad?

Sus ojos de mirada cálida la acariciaron lentamente halagándola sin necesidad de palabras, haciéndola sentir como entonces, como siempre se había sentido cuando estaba a su lado: venerada.

Mensaje recibido, pensó Anna emocionada, y le ofreció una sonrisa.

Entonces, él tomó la mano que descansaba sobre su brazo y depositó sobre ella un beso tan cálido como lo había sido su mirada.

Ese día, por la tarde.
Casa de Dylan Mitchell.
Cala Morell,
Ciudadela, Menorca.

Andy apretó el jersey de Dylan contra su nariz y aspiró aquel aroma tan familiar que ya estaba echando de menos. Acto seguido, se lo puso y se dejó caer en el sofá abatida. Le quedaban cuatro largos días por delante para soportar su ausencia y en aquel preciso momento le parecía una eternidad.

Después de acompañarlo al aeropuerto, y de la consiguiente despedida romántica, Andy no había regresado a su casa, sino a la de Dylan. Lo habían dejado todo manga por hombro y la idea original era ordenar un poco antes de cerrar la casa hasta el fin de semana siguiente, pero había sido entrar y que la ausencia del irlandés le cayera encima como una loza. De modo que allí seguía, con la casa igual que estaba hacía una hora, porque cada sábana que estiraba y cada prenda que recogía la devolvían a la calidez de su cuerpo y a la añoranza de los momentos compartidos.

Reuniendo todo su valor, Andy se trasladó a la mesa donde habían estado trabajando en su proyecto. Abrió la carpeta y hojeó las primeras páginas cargadas de tachones y notas marginales hechas por Dylan. Sonrió ante la brevedad de sus comentarios. Su lenguaje escrito era mucho menos florido que su lenguaje hablado, que ya era decir. Muy pronto, se encontró sumergida otra vez en el plan de negocio de su futuro gimnasio y la idea que

la había traído hasta allí, quedó en el olvido. Había montones de datos que aportar, cifras que precisar y cálculos para los que necesitaría la ayuda de un experto. Notó que varias notas acababan con un nombre: “Tina”, y decidió que era el momento de llamarla. En realidad, quería aportar su granito de arena para convencer a su amiga de que abandonara el gimnasio donde trabajaba y abriera uno propio en Menorca, pero las notas de Dylan le servirían de excusa para involucrarla.

El móvil apenas había sonado un par de veces cuando oyó la voz de la entrenadora.

—*¿Y ahora que te codeas con la aristocracia emiratí, cómo te sienta saber que tus vacaciones han acabado y mañana vuelves al trabajo igual que el resto de los mortales?*

—No me lo recuerdes... La cuestión será cómo me mirarán los compañeros y los clientes después del espectáculo. Sus caras de alucine al ver entrar la procesión de túnicas blancas era de foto —repuso la muchacha riendo. Pero enseguida su mente regresó a Dylan y a lo que había sentido al saber que era la razón de que los árabes se hubieran presentado en Sa Badia, y empezó a derretirse de amor—. Que va... *La cuestión* es que ahora estoy mucho más loquita por Dylan que antes y él ha vuelto a Niza y yo... —exhaló un suspiro—. No sé qué hacer conmigo misma, te lo juro. ¿Puedes creer que me he puesto su jersey? Ni que tuviera quince años...

—*Claro que puedo imaginarte. También puedo imaginarme cómo se pondrá "tu máquina" cuando se lo digas. ¡Piensa en lo inspirado que volverá de Niza y en lo calentito que será tu próximo fin de semana! Seguro que eso te ayudará a sobrellevarlo con ilusión* —repuso Tina, divertida.

Andy miró el auricular espantada.

—¡Cómo se lo voy a decir! ¿Te has vuelto loca? La diferencia de edad es bastante grande ya para quitarme años con estas tonterías de cría. ¡Pensaré que su novia ha vuelto a los dulces dieciséis y se sentirá como un asaltacunas!

—*Tú díselo, hazme caso. Ya me lo agradecerás después.*

Las dos amigas festejaron risueñas la ocurrencia de Tina y pronto, en un intento de desviar la conversación del ataque de amor que estaba sufriendo, Andy volvió sobre el tema del gimnasio, planteándole los distintos asuntos en los que Dylan había escrito “Tina” en sus notas marginales.

—Chica, tendría que haber pensado en llamarte antes en vez de romperme la cabeza yo sola con temas que no controlo para nada —dijo

Andy al comprobar que con una llamada telefónica había resuelto asuntos en los que llevaba toda la semana dando vueltas—, pero, claro, no quería me tomaras por una pesada que no entiende las palabras “tengo que pensármelo”.

—*Y ahora es cuando viene la pregunta del millón: “¿Te lo has pensado, Tina? Vengaaaaa, di que sí”* —repuso la entrenadora, imitando la voz de su amiga que no tardó en empezar a reír.

—No, esta vez estás equivocada. De mis labios no saldrán esas palabras... —hizo una pausa dramática que ambas mantuvieron con una sonrisa aunque no se estuvieran viendo, y Andy finalmente añadió—: ¡Todavía!

—*Ya decía yo que no me libraría... Me lo sigo pensando, ¿de acuerdo? Es todo lo que puedo decirte por el momento.*

—De acuerdo —repuso Andy satisfecha. No era la respuesta que quería oír, pero era una respuesta esperanzadora. Cada día que Tina pasaba “pensándose”, inclinaba la balanza a su favor—. ¿Y de mi tío... has vuelto a saber algo?

—*¿Por qué hablamos de él, nena?*

—¿Y por qué no? ¿Te parece que no me muero por saber qué sigue después del “chica manda a hacer puñetas a chico”? ¡Has mandado a la mierda a Pau Estellés, Tina! ¡Por favor, necesito saber!

—*Yo no he mandado a la mierda a nadie.*

Mandarlo a la mierda, cerrarle la boca, colgarle el teléfono... Daba igual qué, lo que importaba era *a quién*. Nadie trataba de esa forma a Pau Estellés, y, tan seguro como de que se llamaba Andrea Avery, su tío no se habría quedado de brazos cruzados.

—¡Llámallo como quieras, pero suelta por esa boquita ya!

Tina inspiró profundamente, pero si Andy hubiera estado frente a ella, viéndola, habría notado cierto brillo extraño en sus ojos que hablaba de una emoción diferente de la que comunicaba su bufido.

—*Y tanto que he vuelto a saber de él. Estuvo aquí ayer.*

—¿Aquí, dónde?

—*¿Y dónde va a ser, Andy? Estoy en Londres, ¿no? Se presentó en el gimnasio.*

Durante un instante Tina solo oyó el sonido del silencio; al siguiente, las carcajadas de su amiga y un “¡woooooooooooooooooow!” tan apasionado que obligó a la entrenadora a apartar el móvil de su oreja.

—¡Lo tienes coladito por ti! —exclamó Andy.

—*¡Pero qué dices!* —se defendió Tina por puro instinto—. *Le pierden los desafíos, especialmente si encuentra resistencia.*

—¿En serio? ¡Ni tú te crees eso, Tina!

—*Mira, es tu tío, como empresario será el no va más y no quiero que tomes a mal lo que te digo, pero como hombre en lo que a mí respecta sigue siendo el mismo imberbe impulsivo que...* —Tina consiguió morderse la lengua en el último instante. Aún así, no pudo evitar que Andy se preguntara qué estaba sucediendo.

—El mismo imberbe impulsivo que ¿qué?

Tina respiró hondo.

—*Que nada. Disculpa, es tu familia, Andy, y no soy quien para criticarlo. Perdóname, por favor.*

Las disculpas solo sirvieron para confirmarle que a Tina también le importaba Pau y que, tal como siempre había intuido, algo había sucedido en el pasado cuando Tina era adolescente.

—¿No tiene ninguna esperanza contigo? —Una pregunta cargada de toda la ternura que Tina le inspiraba y la ilusión que le provocaba la idea de que ella tuviera su propio final feliz, nada menos que con su tío.

Tina, en cambio, se revolvió rabiosa por dentro y por fuera; se puso de pie y se dirigió a la cocina con pasos enérgicos.

—*Eso ni se pregunta* —respondió a quemarropa. Llenó el vaso con tanto brío que parte del contenido se derramó sobre la mesa de la cocina. Tina elevó la vista al cielo, soltando maldiciones mentales—. *Dame un momento, que necesito las dos manos.*

Limpió el desastre con una bayeta y a continuación bebió un buen trago de su batido. Luego, regresó al salón.

—*Ya. Sigamos... ¿Podríamos cambiar de tema? De verdad, Andy, no me apetece tu tío como tema de conversación.*

—Vale, solo una cosa más... Es que tiene que ver con el gimnasio y me gustaría saberlo... ¿Puedo?

—*Vaaaaaaale. Una cosa más.*

—Ya has dejado claro lo que piensas como hombre, pero como empresario tu opinión es diferente, ¿no? O eso deduzco con lo de “es el no va más”.

—*No soy una experta en el tema, cari, pero todo el mundo cree que es un as de los negocios así que...* —Tina sonrió en un intento de relajarse consciente de que en un segundo se había puesto tensa— *le concederemos el*

beneficio de la duda. ¿A dónde quieres llegar con esto?

—Es que tanto Dylan como Ciro me han aconsejado que le presente el plan de negocios cuando esté listo. Según ellos, si a mi tío le parece un buen negocio y decide financiarlo, tendría grandes ventajas, sobre todo en el arranque. Los primeros cinco años de cualquier empresa son duros y más si es la primera vez que ejerces de empresaria...

—*¿Y por qué me lo preguntas? ¿En plan quiero conocer tu opinión de amiga o...?* —dejó caer Tina.

—Como amiga y como socia.

—*Andy...*

—Oye, que te lo sigas pensando no cambia nada. En mi mente eres mi socia, la persona junto a quien quiero sacar esto adelante, y vale, puede que estés tan loca como para decirme que no y puede que tenga que acabar saltando a la piscina en solitario. Pero insistiré.

Ya, cómo no.

—*Viene de familia, ¿eh?*

Andy se echó a reír imaginando la cara de Tina al ver al “insistente” de su tío en la recepción del gimnasio.

—No te vayas del tema.

Tina consideró la alternativa de que el proyecto no fuera totalmente independiente, sino que estuviera integrado en un gran grupo comercial. A priori, todo eran ventajas, excepto por la cuestión del control. ¿Sería Andy libre de hacer y deshacer a su antojo, o sus decisiones tendrían que pasar por el filtro del consejo de dirección del Grupo Estellés?

—*Con probar no pierdes nada. A lo mejor, lo que te dijo el día del terremoto iba en serio y conservar tu talento dentro de la marca comercial que dirige es lo bastante importante para que te haga ciertas concesiones a la hora de la toma de decisiones.*

—*¿Y si llegamos a un acuerdo?*

—*Mejor para ti.*

Andy puso los ojos en blanco.

—Quiero decir si sería un obstáculo para nuestra sociedad, Tina. ¿Me dirías que sí igual si el gimnasio fuera un negocio más del Grupo Estellés?

Tina volvió a exhalar un suspiro.

"Todos los caminos conducen a Roma", pensó. O a Pau Estellés. Últimamente se lo encontraba hasta en la sopa.

—*Mientras no me toque a mí lidiar con él...* —concedió.

Y a mil kilómetros de ella, Andy lo celebró con un baile de la victoria, feliz de la vida.

Tina soltó un bufido y dejó caer sobre el sofá, a su lado, el libro en el que llevaba media hora intentando concentrarse. Había tenido tiempo de aprenderse el primer párrafo de memoria de tantas veces que lo había leído. Su mente volvía obsesivamente sobre los dos mismos temas, a saber: el asunto gimnasio y el asunto Pau. No deberían estar relacionados, pero el más alfa entre los alfas había conseguido, con la brillantez que caracterizaba sus movimientos últimamente, que ambos temas se volvieran inseparables. Como dos amigos del alma.

Después de que Pau se marchara, el padre de Tina y su nueva esposa habían vuelto sobre el asunto. Ron Murphy no solo estaba encantado de que Andy le hubiera ofrecido convertirse en su socia en un "proyecto tan bonito y lucrativo", sino que incluso la había reprendido por no contárselo de inmediato y que él hubiera tenido que enterarse por el bocazas mayor de Menorca. Insistía en que era "la oportunidad de su vida", que no debía dejarla pasar y que él mismo estaba dispuesto a considerar un cambio de residencia, si con eso le facilitaba las cosas. Solo con recordarlo Tina volvía a alucinar. ¿Su padre, pensando en disfrutar de su retiro en España? Verlo para creerlo.

Lo que más le preocupaba era la forma en que se estaban dando las cosas: la propuesta de Andy, su discusión con los dueños del gimnasio a principios de semana, y ahora, su padre que, de pronto, se había convertido en un aventurero... Todo parecía conducirla inexorablemente al momento de hacer los petates y marcharse a Menorca.

Pero ella, cauta por naturaleza, seguía resistiéndose.

La entrenadora sacudió la cabeza ante lo incomprensible que estaba resultando todo aquello, a sabiendas de que no tenía ningún sentido mentirse a sí misma. Era de las que gustaban de analizar las cosas detenidamente antes de tomar una decisión, pero, en este caso, había más razones para tanto comecocos. Concretamente una, que tenía nombre y apellido: Pau Estellés.

A Tina no le gustaba el cariz que estaban tomando los acontecimientos. No le agradaba que hiciera movimientos inesperados que la ponían en un brete. No le seducía la idea de tener que plantearse la posibilidad de que él estuviera flirteando con ella y qué hacer al respecto, porque, aunque hablando

con Andy lo hubiera calificado de juego, que él se hubiera presentado en Londres había servido para quitarle las telarañas de los ojos. No estaba jugando al desafío; estaba flirteando. Y lo hacía abiertamente, casi con descaro. Así que la cuestión de qué hacer al respecto estaba sobre la mesa, mal que le pesara, y de ahí que no dejara de darle vueltas al tema.

Hablando del Rey de Roma, pensó al ver que era su nombre el que parpadeaba en la pantalla de su móvil. Después de comprobar lo que había sucedido la última vez que no había atendido su llamada, no dudó en hacerlo. "¿Ves?", pensó, "esto tampoco me gusta".

—No me apetece hablar, pero puedes tomar el que te haya atendido como una muestra de buena voluntad —se adelantó ella.

—*No te llamo para eso, me están esperando. Solo tenía curiosidad por saber si con un paseo a Londres había sido suficiente, o tendré que planear más. Veo que ha bastado, así que te dejo seguir con lo que estabas.* —Hizo una pausa deliberada tras la cual añadió—: *Me ha encantado hablar contigo.*

Tina sonrió y, un instante después, al darse cuenta, puso los ojos en blanco. Detestaba que él fuera tan ocurrente, que siempre se las arreglara para robarle una sonrisa cuando lo último que quería era mostrarse agradable. Le fastidiaba sobremanera.

—Dudo que alguna vez te vaya a responder lo mismo, pero, ya sabes, la esperanza es lo último que se pierde. Sigo con mis cosas. Adiós. —Y acto seguido, se dio el enorme gusto de colgarle por segunda vez.

En Barcelona, Pau volvió a guardar el móvil con una sonrisa.

Qué peligro, pensó. Esa mujer le gustaba cada día más.

Episodio 14

Domingo, 10 de enero de 2010.

En algún lugar al sureste de Inglaterra.

Amy estaba comprobando que todos los implementos de trabajo de su jefe estuvieran dispuestos y perfectamente ordenados de la forma que él quería. Su mente, sin embargo, no dejaba de darle vueltas al asunto “Niilo”. Ya no conseguía dejar de pensar en él. Y había muchas razones para que eso fuera así. La primera y más evidente de todas era que, a pesar de las confidencias que habían compartido, y de la evidente conexión que sentían, ella había vuelto a irse a la cama sola, sin siquiera un beso. Lo curioso del caso era que no lo había echado de menos hasta que llegó a su habitación y tomó conciencia de cómo se estaban desarrollando las cosas.

Lo más normal en la Amy de siempre habría sido pasar la noche con él. Y la expectación acerca de algo que sabía positivamente que estaba a punto de suceder, le añadía más pimienta al asunto. Si lo que había ocurrido hasta el momento era diferente de todo lo que había vivido, seguir invicta con él era algo que la asombraba tanto como la excitaba. Esa lentitud de movimientos por parte de Niilo tenía un efecto definitivo sobre ella, porque llegados a ese punto, Amy tenía muy claro que él no querría que fuera ella quien tomara la iniciativa. Y ella, desde luego, tampoco quería hacerlo; lo que deseaba intensamente era verlo suceder ante sus ojos en todo su esplendor.

En aquel momento, un vaso de humeante y apetitoso café se materializó frente a su nariz. Amy aspiró profundamente y su mente se regodeó en el doble placer al alcance de la mano; el café que estaba a punto de tomar y su portador, a quien también degustaría muy pronto.

Se trataba de un movimiento de ficha muy estudiado por parte de Niilo,

quien con la excusa del café, encubría lo que realmente estaba sucediendo en esos momentos, a saber: que una de sus manos, concretamente la que no estaba ocupada sosteniendo el vaso de café para que Amy pudiera olerlo, se hallaba estratégicamente situada sobre la cintura femenina, y que en el espacio que separaba sus cuerpos no cabía ni una hoja de papel de liar.

Nunca habían estado tan cerca antes y los dos cuerpos respondieron al estímulo, antes incluso de que las palabras tomaran el relevo. A Amy se le erizó la piel; a Niilo se le aceleró el corazón. Ambos eran plenamente conscientes de lo que estaba sucediendo, aunque bromearan.

Amy volvió a aspirar el aroma a café y exhaló un suspiro. A continuación, bebió un pequeño sorbo y tras dejar el vaso sobre la mesa, volvió a su antigua posición, solo que esta vez se reclinó contra el cuerpo de Niilo, apoyando la espalda contra su pecho. Él respondió estrechando el abrazo. Continuaba siendo en apariencia un brazo que rodeaba parcialmente la cintura femenina, pero ahora estaban aún más cerca y, aunque sonreían, hablaban en murmullos.

—Te gusta, ¿eh? —le dijo Niilo al oído rozando su piel al hablar. Aquel roce casual lo dejó cautivado y deseoso de repetir.

Evidentemente, no hablaba del café, aunque lo siguiera usando como excusa.

—Ya lo creo —respondió Amy, y apoyó su mano sobre la mano masculina, confirmándole que ella tampoco se refería al café.

Niilo volvió a buscar su oído y antes de hablar, lo besó suavemente, haciendo que un estremecimiento la recorriera de la cabeza a los pies.

—Entonces, lo tendré en cuenta. Ya sabes, para repetir.

Amy giró su rostro hacia él. Los dos se miraron, se sonrieron y se estudiaron.

—Repíte siempre que quieras —murmuró ella.

—¿Siempre que quiera, en serio? ¿No será mucho café?

Teniéndolo tan cerca era difícil decidir sobre preferencias. Sus ojos, grandes y vivaces, que a veces eran azules y otras verdes, siempre habían puntuado alto. Pero su boca... Le parecía perfecta, casi femenina, y no podía dejar de mirarla y hacerse un millón de preguntas.

—Nunca es mucho café. —Los ojos de Amy abandonaron los ojos del motero y regresaron a aquel punto cautivante que suscitaba en ella tantas preguntas.

—Entonces, repetiré —murmuró él, y esta vez acarició la barbilla

femenina con sus labios.

Y a los dos les encantó. Y la siguiente parada estratégica fue la comisura de la boca de Amy, que respondió humedeciéndose los labios y, de paso, rozando los del motero con la lengua tras lo cual murmuró un “perfecto” que lo puso a cien.

—¿Siempre me lo vas a agradecer así? —ronroneó Niilo sobre los labios de Amy.

—Todavía no te he dado las gracias —repuso ella en un suspiro, y separó sus labios invitándolo a seguir.

Se miraron, encendidos, y él aceptó la invitación. Tal como esperaba Amy, no fue al grano. Continuó volviéndola loca de deseo con sus caricias furtivas y sus exploraciones superficiales hasta que al fin, la lengua del motero se internó en su boca brevemente, seguida de otra incursión más profunda y más larga, que la llevó a pensar que como hiciera igual con cierta otra parte de su cuerpo, compartirían noches muy largas y muy, muy calientes.

La mano que le había llevado un café, ahora le acariciaba el vientre y Amy, decidida a no darle más juego, usó una de las suyas para fijar la posición del rostro de Niilo exactamente donde lo quería; su boca a dos centímetros de la suya, preparada para devorarla.

Y sucedió.

Los labios del motero se abrieron sobre la boca femenina. Amy lo recibió apasionadamente, forzándolo a abrirla al máximo para contener la suya. Haciendo que esta vez fuera él quien se debatiera entre el placer de tener el control del momento, o ceder y averiguar qué sentía cuando era ella quien lo besaba a él. Antes de que consiguiera decidirse, su lengua arremetió. Entró con fuerza hasta el fondo de la boca de Amy, quien se retorció de placer contra el cuerpo del motero, buscando que él profundizara aún más el beso. Algo que él se moría por hacer...

Pero la voz del anfitrión del evento los dejó con las ganas.

“¡Ya está aquí nuestra estrella! ¡Por favor, recibamos con un gran aplauso al maravilloso artista ecléctico, el mundialmente aclamado Dios de la Tinta, BBCox!”.

Tras el primer instante de inmovilidad y de sorpresa, Niilo exhaló un suspiro, y siguió jugueteando como quien sabe que tiene que dejarlo, pero se resiste. Ella no se quedó atrás en jugueteos.

—Con lo rico que estaba ese beso... No puedo creer que tengamos que

parar —y dado que no quería hacerlo, su lengua volvió a colarse entre los labios del motero.

—Tranquila, repetiremos.

—Eso espero —repuso ella, tomando el rostro del motero con las dos manos—. Que sepas que ahora mismo *odio* a mi jefe.

—Que sepas que yo también—. Niilo retiró las manos de Amy de su rostro, instándola a que volviera al trabajo. Ella torció la boca en un gesto de desánimo que lo hizo sonreír—. Vamos, vete y no te lo pienses más.

Amy siguió a BBCox a corta distancia a través del gentío que se abría a su paso, lamentando que quedaran horas por delante antes de que pudiera volver a saborear los besos del Caballero Jedi.

La mirada de Niilo no se apartó de ella. Siempre la había encontrado adictiva, como ella al café, pero descubrir lo bien que se sincronizaban en las distancias cortas, había disparado su interés a niveles insospechados. Amy no solo lo movía por dentro, lo agitaba, intensamente.

Y lo enamoraba sin remedio.

Tal como Niilo había advertido, repitieron. Esta vez, de madrugada, en la puerta de la casa de Amy. Los besos de película, sin embargo, no fueron lo más sonado de la noche, sino que él volviera a marcharse después de quedar en ir al cine al día siguiente, sin hacer la menor insinuación de subir.

Esa dosis de normalidad que el motero traía a su vida era peligrosamente adictiva, pensó Amy mientras lo miraba alejarse a bordo de su *Harley*. No solo había conseguido que todos los demás hombres le pasaran completamente desapercibidos; se las había arreglado para acaparar su tiempo y su interés incluso cuando no estaba de cuerpo presente.

Simplemente, ya no podía dejar de pensar en él.

Miércoles 20 de enero de 2010.

Casa de la familia Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Había sido una reacción instintiva. Tanto como la que había impulsado a Ana en primer lugar y seguidamente a Jaume a apartarse como si quemaran, al oír que alguien se acercaba por el corredor. Sin embargo, y por más que los

labios masculinos apenas habían llegado a rozar la comisura de los de Anna, el proceso se había puesto en marcha. Ese proceso que se había iniciado tres semanas atrás sin que ninguno de los dos fuera consciente de ello, reflatando emociones de hacía tres décadas, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

La pareja intercambió miradas incómodas, la de ella más que la de él, y Jaume regresó a su sitio original, en el sillón contiguo, a distancia prudencial de Anna.

Ninguno de los dos tuvo tiempo de decir nada y, en realidad aunque lo hubieran tenido, probablemente tampoco lo hubieran hecho. La emoción y las sensaciones vibrantes de haber estado tan cerca del primer beso eran imposible de explicar.

El primero en aparecer en el salón fue Danny con su despiste habitual. Últimamente estaba más atento a lo que sucedía en su móvil —léase, a comprobar si había recibido algún nuevo mensaje de su novia—, que a lo que sucedía a su alrededor. Pero al ver quién acompañaba a su madre, otra vez, su expresión cambió de Limbo a disgusto.

—Hola —saludó. Sabía que si no lo hacía, su madre lo regañaría. Por suerte, había conseguido parar a tiempo la pregunta que estaba en su mente cada vez que veía al constructor de barcos: “¿otra vez aquí?”.

Enseguida, aparecieron las hermanas de Anna, una empujando el carrito de paseo de Luz mientras la pequeña, en brazos de Neus, jugaba a tirarle del cabello.

—Hombre, Jaume, buenos días —y acto seguido se dirigió a su hermana—: Esta niña me va a dejar calva, ¿has visto la fuerza que tiene en los puños?

Roser aparcó el carrito en el rincón de siempre y se limitó a saludar con un gesto al antiguo novio de su hermana. Lo tenía tan visto ya, que a veces tenía la impresión de que era como si él se hubiera mudado de casa.

—Buenos días, chicas —repuso Jaume poniéndose de pie—. Ahora que ya venís a relevarme en el cuidado de la enfermita, puedo irme tranquilo.

Roser miró a la pareja con ironía.

—¿Esa es tu excusa? Tiene un resfriado, Jaume. Que enfermita ni enfermita.

Anna se puso roja. Si ya se sentía incómoda después de aquel intento fallido de beso, el comentario de su hermana vino a completar el cuadro.

—No, era una broma. No necesito excusas para venir a ver a Anna, ¿verdad que no? —repuso el menorquín con una sonrisa amable.

Probablemente fuera la única persona en todo el planeta que toleraba bastante bien la ración extra amarga que Roser ofrecía a todo el mundo.

—Puedes irte tranquilo —dijo Neus—, pero si prefieres quedarte, por nosotros no hay problemas...

Jaume tomó su parka marinera color azul marino y la cerró hasta arriba con una sonrisa varonil que no se molestó en ocultar y que logró que la paleta de rojos en la que se había convertido la cara de Anna añadiera una tonalidad más.

—Muchas gracias, me alegra saberlo. Y me quedaría de mil amores, ya sabes que tu hermana me tiene cautivado —añadió sin cortarse, y vio que Anna directamente bajaba la cabeza como diciendo “tierra, trágame”—, pero hoy que tengo a mis dos socios en tierra los voy a hacer trabajar, a ver si conseguimos lo que nos hace falta para ponernos en marcha.

Danny no esperó a que él se marchara para ocupar su sitio en el sillón junto a su madre, algo que al menorquín le provocó ternura. El muchacho no sólo se había sentado en su sitio, sino que además estiraba la manta sobre las piernas de su madre.

—Así me gusta, Danny. Que estés pendiente de tu madre, aunque ella diga que no le hacen falta mimos, no le creas... —dijo Jaume.

Danny miró al hombre con la misma cara de pocos amigos de siempre.

—Ya lo sé. Es mi madre, la conozco desde que nací —dijo en un intento de hacerle frente, que acabó provocando sonrisas compasivas entre sus tías.

—Es que sería un poco difícil que la conocieras de antes, cariño —dijo Neus despeinando la cabeza de su sobrino cariñosamente—. Pero me encanta que la mimes.

—Y a mí también —dijo Anna pasando un brazo alrededor del hombro de su hijo, que como siempre intentó librarse.

—Bueno, señoras y señores, me marchó. Luego te llamo, Anna. —Los ojos de Jaume acariciaron el rostro de ella, que después de aquel intento de beso furtivo, todavía seguía con la emoción a flor de piel.

—Muy bien, hasta luego entonces —se despidió.

Poco después, Anna y Neus se quedaron a solas en el salón. Anna intentaba seguir la conversación de su hermana, pero su mente divagaba. Lo que había empezado como una reunión de amigos hacía tres semanas, se había ido volviendo cada vez más íntimo. Aquellos paseos, aquellas charlas,

aquellos momentos de silencio compartido... Se estaban acercando demasiado y lo que se abría ante sus ojos era incierto. No podía negar lo que sentía estando a su lado, eso que él definía como que “seguían siendo los mismos y el tiempo no había pasado”, era muy real en su piel. Sin embargo, sus circunstancias habían cambiado y mucho. Eso por no mencionar la realidad más dramática de su vida, que él ignoraba. ¿Qué iba a hacer al respecto? No podía engañarlo. Pero, al mismo tiempo, se resistía a estropear los buenos momentos que pasaban juntos trayendo a colación una realidad que era irrelevante para dos amigos. El problema era que siempre habían sido más que dos amigos.

—Me fastidia que no me escuches, hermana, pero en tu defensa diré que si tuviera la atención de un bombón como Jaume, también estaría en las nubes —dijo Neus, sondeándola una vez más sobre ese asunto del que su hermana se negaba en redondo a hablar.

—Disculpa, cariño... Tengo la cabeza en otra parte, es cierto. ¿Qué decías?

Neus se cambió de lugar y fue a sentarse junto a su hermana.

—Olvídate de lo que te decía y cuéntame lo que yo quiero saber. ¿Qué es lo que te preocupa, Anna?

Ella abrió su no-discurso con un suspiro que arrancó una sonrisa a Neus.

—No es evidente... —se limitó a decir.

—Sé en dónde tienes la cabeza, lo que no entiendo es tu preocupación. Eres libre. Puedes hacer y deshacer a tu antojo. ¿Qué es lo que te preocupa?

Anna volvió a suspirar. En realidad, no era así. No era libre porque tenía una familia, dos hijos hermosos de los que ocuparse, y una nieta recién nacida que necesitaba la atención de todo el mundo. No era libre porque sus circunstancias ya eran lo bastante duras para la gente que la quería como para añadir nada más. ¿Pero cómo explicarle eso a su hermana?

—Hoy, cuando llegasteis, estaba a punto de besarme —reconoció en un murmullo. Ver la enorme sonrisa que se dibujó en el rostro de su hermana no consiguió sino hacerla sentir aún más incómoda.

—¿He dicho ya que adoro a ese hombre? —dijo Neus—. ¿Por qué te sonrojas, cuál es el problema? Ni que te besara todo el mundo todos los días...

—Precisamente. Hace años de la última vez. La verdad, no sé si estoy preparada para este giro de los acontecimientos.

—¿De qué giro hablas? A otro perro con ese hueso. Tú, señorita, has tenido meridianamente claro cuáles eran sus intenciones desde que él volvió aparecer con su formidable figura frente a tus ojos. Y perdona que te lo diga, pero también creo que todos tenemos claro que Jaume no te es indiferente.

Anna sacudió la cabeza. Por supuesto que no le era indiferente. Nunca lo había sido. Él había sido su primer amor, su primer novio formal. Y seguía siendo, igual que entonces, un hombre perfectamente capaz de robarle el aliento. No sólo por lo evidente, al fin y al cabo, la belleza física se iba desdibujando con el tiempo y a esta altura de la vida, pasaba a un segundo plano; era él y su permanente atención, su ternura, la forma en que la tocaba, casi como si tuviera miedo de romperla, esa forma sencilla y sin ostentación de demostrarle lo importante que era para él. Nadie había conseguido hacerla sentir de la misma manera. Ni siquiera Chad Avery.

—Es que esto es un problema, Neus. Danny no lo soporta, ya ves cómo se pone cada vez que lo ve. Así que, aunque fuera una mujer libre como tú dices, no sería nada fácil mantener una relación con él. Los últimos años han sido muy duros para mis hijos y ahora que parece que todo se está encarrilando, no quiero ser yo y una supuesta relación romántica, la que venga a dar por traste con todo. Y ese es el menor de mis problemas.

—¿Te refieres a tu enfermedad?

—Claro que me refiero a mi enfermedad... No es justo. Él ha perdido un hijo, ¿qué va a suceder si seguimos adelante con esto? Me parece una locura.

Neus apretó cariñosamente la mano de su hermana. Podía entender sus preocupaciones, pero, objetivamente, siempre apostaría por la felicidad; ya que nada podía evitar el avance de su enfermedad, por lo menos, que disfrutara el tiempo que le quedara.

—Así es la vida, Anna. Y lo que hay que hacer es vivirla a fondo, aprovechar cada minuto de felicidad. Deja de preocuparte y disfruta. Tus hijos no tendrán nada que decir, quieren ver a su madre feliz, y Jaume tiene un peso muy importante en tu felicidad. De hecho, en tu mejoría... ¿Has visto lo bien que estás ahora? ¿Crees que son las medicinas? Esas, ya las tomabas antes —aseveró Neus consiguiendo que su hermana, al menos, la escuchara.

—Mira, cariño —continuó Neus—. Es tu vida, y harás lo que te parezca oportuno, pero que sepas que, en lo que a mí respecta, tienes todas mis bendiciones. Me encantaría que salgas con Jaume, no sabes lo feliz que me hace veros juntos.

Anna le ofreció una sonrisa tristona a su hermana a modo de agradecimiento. Se sentía muy confusa y, por una vez en su vida, no sabía qué hacer al respecto.

Bar The MidWay,
Hounslow, Londres.

—¿Es cosa mía o en este bar empieza a haber más mujeres que de costumbre? —le dijo Evel a Dakota.

La que respondió fue su esposa, a quien él se había ofrecido gustoso a hacer de taxista mientras en el taller ponían a punto su preciosa Triumph Thunderbird negra y plateada.

—Qué observador, motero —dijo ella—. A ver si me tengo que poner celosa.

El comentario de Abby había dado lugar a una de las habituales sesiones de arrumacos que a Dakota le daban risa.

—No creo que haga falta que te pongas celosa, cuñada. Desde que tenemos a Elvis sirviendo birras detrás de la barra, no nos miran ni las moscas.

—No te mirarán a ti —precisó Evel espiando con picardía a Abby por el rabillo del ojo, quien respondió dándole un pellizco en la cintura.

Dakota soltó una risotada.

—Sí, claro... Anda, no me hagas hablar que no quiero dejarte en mal lugar delante de tu *bomboncito*.

—Es increíble. ¿Cómo se las arregla para llevarse de calle a todo el mundo? —comentó Evel después de que Abby y él ocuparan sus respectivos taburetes en la barra.

—Pues hay distintas teorías. Está quien dice que el secreto es su cortesía, algo que ya sabemos que al gremio de moteros en general no se nos da muy bien. Y hay otra teoría, con la que yo estoy más de acuerdo, que dice que no se queda sólo en cortesías.

Abby carraspeó de forma ostensible. Sabía cómo había empezado aquella conversación, pero tratándose de Dakota, lo último que le apetecía era escuchar el final. Evel le pellizcó la nariz cariñosamente.

—¿Y con Cheryl? —preguntó su socio en un tono más bajo.

Desde que el barman le había dado calabazas, ella lo trataba con frialdad premeditada. De palabra era deliberadamente cortante sin llegar a ser descortés. Pero cada vez que lo miraba, sus ojos le lanzaban misiles imaginarios. Él, por su parte, procedía como si nada hubiera ocurrido. Mantenía las distancias, era amable sin pasarse, y se dedicaba a llevarse de calle a todos los clientes, especialmente si eran mujeres, procediendo como si Cheryl no estuviera allí. Lo cual, era evidente, sentaba fatal a la camarera, cuyo interés por Maverick ya nadie ponía en duda.

—Pues creo que la tiene a pan y agua —dijo Dakota, haciendo que Abby se pusiera de pie después de echarle una mirada de disgusto.

—Bueno, motero, me voy a ver a mi hermana. —Depositó un beso sobre los labios de su marido. —Te dejo con tu socio, espero que no se te pegue nada —añadió en un susurro para que solo Evel la oyera, lo que originó otra sesión de mimos.

A Dakota le divertía espantar a Abby porque, aunque la relación con ella había mejorado desde que se había disculpado con su hermana, para él seguía siendo una mujer irritante. Pero su socio la adoraba, y eso le daba ocasiones de meterse con él, que Evel solía soportar con bastante humor.

—¿Has visto que fácil? —comentó Dakota—. Ya sabes lo que tienes que hacer cuando quieras quitártela de encima.

Evel miró a su socio de mala uva al tiempo que sacudía la cabeza.

—Tío, uno de estos días te la vas a ganar...

Dakota le sirvió una cerveza.

—Anda, Romeo, bebe.

—Y tú, ¿no decías que me ibas a echar una mano, colega? —intervino Mav, pasando veloz a su lado con tres pintas en cada mano.

Cuando el aludido giró la cabeza dispuesto a responder, el barman estaba en la otra punta de la barra con un nutrido grupo de clientes (de sexo femenino) y ya se había puesto el traje de “encantador de moteras”.

Evel y Dakota se dedicaron a observarlo con genuino interés. El tipo era todo un personaje. Resultaba imposible no reparar en él ya que era el único ser humano de aquel espacio dominado por el cuero y las tachuelas plateadas, que no lucía ni lo uno ni lo otro. Lo suyo eran las camisetas ceñidas de colores chillones a juego con las deportivas y los vaqueros lavados a la piedra. De tanto en tanto, cambiaba las camisetas por camisas vaqueras con las mangas arremangadas hasta el codo y las deportivas por botas de cowboy, pero lo que nunca se dejaba en casa era el pañuelo de la cabeza,

puesto al estilo pirata, que después de varios meses en el MidWay, se había convertido en una seña de identidad.

Sin embargo, a esas alturas, todos tenían claro que no era su atuendo, ni su evidente buen estado físico, ni siquiera su gran juventud lo que resultaba tan atractivo al público femenino. Era su *sexappeal*, esa combinación de modos de niño bueno y descarado de estriper cuando la ocasión lo permitía, lo que las atraía irremediabilmente. Desde que Maverick se había unido a las filas del MidWay, la clientela femenina se había duplicado, convirtiéndose en un gran reclamo para la clientela masculina que había aumentado en consecuencia. Y dado que el barman, que además de vistoso era hábil en los negocios, había diversificado la carta de aperitivos y tentempiés que ahora incluía una gran variedad de dulces, e incluso se había atrevido con los cócteles los fines de semana, el bar estaba generando dinero a mansalva.

Maverick acababa de arrancar aplausos femeninos con uno de sus movimientos de caderas en los que las bailarinas de la danza del vientre eran expertas y que el resto de la humanidad, moteros del MidWay incluidos, eran totalmente incapaces de imitar sin parecer un muñeco (mal) articulado. Cerca, Cheryl contemplaba el espectáculo con la misma cara de desdén que los moteros con los que conversaba, y bastante más recelo.

—¡Baila para nosotras, Mav! ¡Vamos, sé bueno y mueve esas caderas! —exclamó la treintañera del pelo violeta.

A su petición no tardaron en unirse otras, cada vez más animadas, que el barman descartó con un gesto de “luego”. En realidad, rara vez había un “luego” y, aunque ellas lo sabían, lo celebraron con gritos y aplausos.

—¿Veis por qué no necesito vestirme de cuero? —dijo Mav al pasar nuevamente junto a Dakota y Evel con una bandeja repleta de canapés— ¡Ni siquiera voy en moto, tíos! ¿No es genial? Cuando queráis os doy unas clases —y se alejó, tronchándose de risa.

—Este cabrón nos va a destronar —comentó Evel, risueño.

Dakota soltó una risotada.

—Como si alguna vez hubieras estado en el trono... En todo caso, me destronará a mí, ¿y sabes qué? Con la pasta que nos está haciendo ganar, por mí como si decide reemplazar las actuaciones musicales por él bailando en gayumbos.

Evel asintió enfáticamente.

—O sin gayumbos —apuntó con su corrección habitual, y enseguida se echó a reír cuando la imagen del barman revoleando sus calzoncillos frente a

un público en éxtasis acudió a su mente.

—¡Joder, tío, qué idea más buena! —exclamó Dakota— ¡Entonces sí que nos forramos!

Episodio 15

Miércoles 20 de enero de 2010.
En un gimnasio de la ciudad,
Londres.

La vida de la entrenadora de *kickboxing* se había normalizado bastante después de la última conversación con sus jefes. Excepto un par de días en los que había tenido que sacarles las castañas del fuego, los horarios de Tina eran aceptables. Ahora, llegaba a casa en días de diario con tiempo suficiente para ocuparse de sus cosas, y por segundo fin de semana consecutivo había podido ir a visitar a su padre y quedarse a comer con él.

Los estudios que le habían hecho confirmaban la mejoría que ya había notado Lorraine. No se cansaba tanto, ni se quedaba dormido en cualquier parte, y no era raro que se presentara por sorpresa en el gimnasio para llevarla a tomar un café. Por lo que Tina sabía de su segunda familia, las cosas también iban bien en Menorca. Anna se encontraba mejor desde que había empezado lo que su hermana Neus llamaba “tratamiento romántico”, refiriéndose a los paseos diarios que daba junto a Jaume Mayol. Ciro finalmente se había visto obligado a cancelar su asistencia a la convención de chefs por lo que no habían podido verse, pero aparte de agobiado y falto de vacaciones, parecía estar bien. Según Andy, su vida iba camino de convertirse en “perfecta”. Metida de lleno en intentar sacar adelante su proyecto, era una mujer feliz.

Y en cuanto al tío de su mejor amiga... No había vuelto a saber de él.
—Me parece que te buscan en recepción —dijo el nuevo monitor de fitness al pasar junto a Tina, sacándola de sus pensamientos.

—¿Te parece o lo sabes? —repuso la entrenadora desde el banco de

pesas donde ejercitaba sus bíceps.

—Es un guaperas y escuché algo de fitness.

Una sensación extraña recorrió el cuerpo de Tina, que depositó las pesas en los soportes y se incorporó.

—¿Preguntaban por mí?

—Sí, me pareció que decían tu nombre...

En aquel momento, una llamada por megafonía le confirmó que, en efecto, era ella a quien buscaban.

Se dirigió hacia la recepción con paso rápido. Se ajustó la coleta y se echó un vistazo para comprobar que todo estaba en orden con su equipo de deporte. Durante los instantes que el individuo permaneció de espaldas, el corazón de Tina se disparó. Y mientras su cerebro se negaba a reconocer nada de lo que estaba sucediendo en su cuerpo, una parte diminuta de ella, secretamente, deseó algo que no le convenía desear.

—¿Me buscaba? —dijo Tina.

En aquel momento, el hombre se dio la vuelta y aunque ella jamás lo reconocería ni siquiera a la otra mitad de su propio cerebro, un punto de decepción la recorrió entera.

—Edward Hurt, encantado —dijo el hombre ofreciéndole su mano—. Quiero ponerme en forma y mis amigos me han dicho que tengo que hablar con usted.

—¿Sus amigos?

El treintañero, casi cuarentón, asintió.

—Son alumnos suyos, o lo eran —precisó con una sonrisa seductora.

Los amigos sin nombre de siempre, pensó ella. Otro imbécil que venía a ligar.

Tina le indicó con un gesto que la acompañara y se encaminó hacia el sector de prácticas. Durante todo el camino, fue plenamente consciente de que tenía los ojos del individuo pegados a cierta parte de su anatomía. La misma que todos miraban sin ningún disimulo, un pensamiento que la llevó a reconocer que “todos”, no; había un hombre que no la miraba de esa forma. El que había esperado ver en la recepción.

“Bien está lo que bien acaba”, se dijo, y tras apartar aquel desconcertante pensamiento de su mente, empezó a explicarle al ligón de turno el programa que le proponía.

Casa de Nikki Campbell,
Ginebra, Suiza.

Lexi se sorprendió al llegar a casa de su amiga y, en vez de encontrarla en la cocina preparando las cosas para la cena con amigos que habían programado, la encontró en el sofá, con una caja llena de recuerdos sobre la falda y un puñado de pañuelos de papel arrugados sobre la mesilla. Nikki intentó disimular, guardó a prisa el contenido dentro de la caja, la cerró y la puso a un lado al tiempo que saludaba a su amiga, a quien no había oído entrar.

—Lexi, ya estás aquí... Me vas a matar, no he hecho nada —dijo Nikki y se puso de pie con la intención de ir a la cocina. En realidad, pretendía tener el tiempo suficiente para recuperarse y que no se diera cuenta de que había estado haciendo algo: llorar como una magdalena.

Pero una mano la detuvo.

—Un momento, no vayas tan rápido... —Lexi tomó a su amiga por el codo y la hizo girar hasta tenerla de frente. Al ver sus ojos enrojecidos y su nariz de payaso, sacudió la cabeza—. Pero será posible... ¿Has estado hablando con Conor otra vez?

Nikki asintió. Desde que había ido a verlo al hospital aquella noche, las llamadas se habían sucedido cada vez con más frecuencia. Siempre acababa de la misma manera, ella pidiéndole que no volviera a llamarla porque aquello no tenía ningún sentido, y él disculpándose y mostrando su acuerdo para al día siguiente volver a llamar o a enviarle un mensaje que ella atendía sin dudarle un instante... Era como si ninguno de los dos encontrara la forma de poner fin a aquella historia.

—Me ha llamado para contarme que ya puede ponerse de pie y mantenerse derecho —explicó Nikki con la voz entrecortada, como si aquel parte médico fuera a modificar en algo lo que sabía que su amiga estaba pensando.

—Pero vamos a ver, *cari*, ¿hasta cuándo vas a seguir con esto? No es sano, Nikki. Fuiste lo bastante fuerte para aceptar este puesto de trabajo sabiendo lo que implicaría y, a pesar de todo, y por todo quiero decir Conor, seguir adelante y venir a Ginebra. ¿Por qué quieres estropearlo ahora manteniendo estas conversaciones de medio amigos medio pareja que no conducen a nada?

Nikki asintió. No había nada que añadir porque todo cuanto Lexi estaba diciendo eran verdades del tamaño de templos. La cuestión era que él volvía a llamarla y ella se sentía incapaz de no atender la llamada cuando veía su nombre parpadeando en la pantalla del móvil. Era como una adicción mortal, algo que sabes que te perjudica, que acabará contigo, pero a lo que no puedes resistirte.

—Tienes razón. Esto tiene que acabar... —Sin embargo, fue decirlo y su voz quebrarse otra vez. Las lágrimas comenzaron a rodar incontroladamente sobre sus mejillas, y la joven dio media vuelta y salió corriendo hacia el baño, incapaz de pronunciar una palabra más.

Lexi exhaló un suspiro. Le parecía muy cruel por parte de Conor que, sabiendo lo difícil que estaba resultando para Nikki adaptarse a sus nuevas circunstancias, él insistiera en seguir adelante con aquella historia. ¿Acaso se proponía una relación de eterna amistad viviendo cada uno en un país distinto? Era de locos.

Llevada por la rabia, Lexi buscó el número de Conor y lo llamó. Salió a la calle para evitar que su amiga oyera la breve pero contundente conversación que pensaba mantener con él.

Lunes, 25 de enero de 2010.
Casa de la familia Murphy-Finley
Londres.

Conor llevaba con el portátil encendido, esperando a que Milo se conectara, desde hacía un buen rato cuando al fin vio que la pantalla se activaba y oyó la voz de su hermano dándole las buenas noches. Dejó lo que estaba haciendo y se dedicó esos minutos que compartían a diario desde que él había tenido el accidente y que aquel día, especialmente, necesitaba más de lo habitual. Hacía casi una semana que había dejado de llamar a Nikki, y no tenía noticias de ella. Y eso que según Lexi era lo mejor, a él lo estaba destrozando. No había querido decírselo a su padre, su madre estaba descartada desde el principio y el rato que Niilo pasaba a verlo después del trabajo, su madre lo pasaba con la oreja pegada a la pared, así que nadie lo sabía, y necesitaba soltarlo.

—¿Qué tal las cosas por ahí? ¿Dispuesto a comenzar el día? —lo saludó Conor. Milo estaba en la otra punta del mundo.

—Qué remedio. Todavía me quedan dos meses para convertirme en un ciudadano normal y corriente, así que habrá que aguantarse —fue la respuesta de Milo, que encendió el que seguramente no era el primer cigarrillo del día. —Bueno, ¿qué te cuentas, chaval?

—No mucho, la verdad. Mamá me sigue agobiando igual que siempre, papá intenta hacer de mediador y casi nunca lo consigue, también como siempre, y yo estoy harto de estar atado a un sofá, haciendo nada. No veo la hora de volver a mi casa y empezar a trabajar

—Sí, tienes cara de mustio —repuso Milo, haciendo sonreír a su hermano—. No te rías, lo digo en serio. Tienes una cara de mustio increíble... A ver, Conor, tómatelo con calma, son solo unos días más. Pronto, estarás dando por saco como siempre.

—Ya. —Eso deseaba con una desesperación rayana en la locura, pero aunque volviera a su vida normal, al taller, a los colegas, a su piso, seguiría viviendo a kilómetros de Nikki.

—Oye, llevas unos días más mustio que tras el accidente, cuando no podías ni rascarte solo si te picaba, ¿ha pasado algo?

—Han pasado cosas, sí. —El suspiro le indicó a Milo que dichas “cosas” eran muchas y complicadas.

—Bueno, si quieres contármelo, los próximos cuatro minutos son tuyos. —Conor vio a su hermano ponerse cómodo contra el respaldo de la silla de su oficina, aspirar el humo del cigarrillo y soltarlo haciendo volutas.

Se removió incómodo en el sofá. No le había hablado de sus conversaciones con Nikki porque, de partida, no le había explicado lo sucedido en Navidad. De hecho, ni siquiera le había contado que ella estaba en Ginebra, con un nuevo trabajo al que no pensaba renunciar. Y como desde el principio había sido una historia de locos, y se lo seguía pareciendo, le daba cierto reparo contárselo. Por otra parte, si no hablaba con alguien, iba a reventar. Estaba solo en casa, sus padres habían salido y no tardarían en volver, así que era entonces o nunca.

—Nos peleamos.

—¿Lo dices en serio? Hermanito, hasta ahí llega mi perspicacia.

Tenía razón. El humor de perros, que no había sabido esconder ni siquiera en Año Nuevo, dejaba claro que había una tormenta en el paraíso.

—Sabes que ella es intérprete. —Vio que Milo asentía con la cabeza y continuó—. La llamaron para un puesto en la ONU.

—Joder con tu chica. ¿Está trabajando en la ONU? —Tras una pausa,

pensativo, añadió—: ¿Pero la sede no está en Ginebra?

Conor asintió varias veces con la cabeza.

—Acabáramos... —dijo Milo—. Así que los tortolitos están uno en cada país.

—Ex tortolitos —precisó él con disgusto.

Eso no sólo le aclaraba el panorama a Milo, también hacía que todas las impresiones que había tenido últimamente sobre su hermano encajaran a la perfección.

—¿Por eso habéis peleado?, ¿porque a ella le salió un trabajo en Ginebra?

—No. Las cosas venían calentitas desde Navidad —y no hizo más aclaraciones porque no le daba el ánimo para remover el tema en cuestión—, pero no fue por el puesto. Fue porque lo aceptó sin decírmelo, por puro despecho, y eso me puso frenético —repuso Conor. Por una vez, decirlo en voz alta no trajo consigo esa sensación de obviedad de otras veces. Ahora, le sonaba a excusa, no a razón.

—Vaya, vaya —fue todo lo que salió de la boca de Milo.

Conor asintió repetidas veces con la cabeza. Desde luego, era toda una historia.

—Yo me pasé muchísimo, ni siquiera fui a despedirla cuando se fue y ella me escribió muy dolida y yo le respondí igual de frenético que el día que me contó lo de Suiza. Total, que la cosa acabó muy mal. —Hizo una pausa—. Pero vino a verme el día del accidente.

—¿En serio, tomó un avión y se presentó en el hospital?

—Sí... Volver a verla fue... —Conor sacudió la cabeza—. No sé. La adoro y lo que quiero es estar con ella, eso fue lo que sentí al verla... Y ya sé que suena ridículo teniendo en cuenta que llevamos juntos media vida, pero no es algo que pienso, ¿sabes? Es como...

—Una certeza.

—Sí, eso; una certeza.

—Bueno, yo estoy en el culo del mundo y hablamos todos los días...

—Ya. Nos seguimos hablando después del accidente. Bueno, ella sigue dolida conmigo, así que era yo quien la llamaba.

—Pero ya no lo haces...

—No, ya no lo hago. Desde hace una semana, concretamente. Y me estoy volviendo loco —dijo en un ataque de sinceridad.

Milo no pudo evitar sonreír.

—¿Y qué te lo impide?

—Lexi, su amiga. Bueno, no ella sino lo que me dijo.

Conor relató en grandes titulares la última conversación que había mantenido con la mejor amiga de Nikki.

—Lexi tiene razón, pero Nikki y yo tenemos que arreglar las cosas, ¿y cómo vamos a hacerlo si nos separan miles de kilómetros? ¿Con señales de humo? Me mata darme cuenta de que, a pesar de quererla con toda el alma, la estoy haciendo sufrir. Si hablamos, sufre. Y si no hablamos, estoy seguro de que también sufre y yo, además, me vuelvo loco... Joder, qué difícil es todo...

—¿La echas de menos?

—No sabes cuánto —concedió él.

—Bueno, en unos días te darán el alta médica. Podrás ir a buscarla, y seréis felices y comeréis perdices —dijo Milo, sonriendo afectuoso.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Ahora sabes que no quieres estar sin ella. El siguiente paso es encontrar la forma de resolver ese insignificante detalle de los kilómetros que os separan. Pero como eres un tipo muy inteligente, darás con ello. Tranquilo, no pasa nada.

—Sí pasa. Está muy dolida conmigo, Milo. Los dos estamos dolidos. Tenemos que hablar, *tengo que hablar*, pero... —Exhaló un suspiro—. A veces, te juro que quisiera ser como tú.

—¿Moreno y bien parecido? —bromeó Milo.

—Seguro de cada paso que das, aunque te equivoques.

Conor lo había puesto en un pedestal y lo consideraba un superhéroe, pero la realidad, como suelen serlo todas, estaba mucho de lo que creía, algo que él y el resto de la familia no tardarían en descubrir.

—¿Y qué hay de malo en dudar? Mira, yo tengo una teoría sobre el tema de las dudas. Aparecen cuando intentas hacer caso a esa vocecita de tu cabeza que te dice que lo normal y lo que se espera de ti es que hagas equis, lo que sea, y tus entrañas responden que “ni hablar”. No tiene que ver con el coraje, ni con la determinación, ni con algún gen atrofiado. Tiene que ver con la lucha entre tu deseo inconsciente de tener la aprobación de las personas que quieres y esa parte de ti, que se resiste a vivir según otras pautas que no sean las tuyas... Eres buena gente, Conor, y las buenas personas siempre tenemos razones de peso para hacer o no hacer, pero también tenemos la malísima costumbre de preocuparnos más por no defraudar al mundo, que

por defraudarnos a nosotros mismos.

—¿Y si la persona a la que no quieres defraudar es la misma con la que quieres arreglar las cosas? Nikki espera cosas de mí y yo quiero dárselas, pero al mismo tiempo me... —Soltó un bufido cargado de frustración—. Joder.

Te asusta no estar a la altura, ser un fiasco y que todos lo descubran. Ver la decepción en sus ojos. Bienvenido al club, hermanito.

—No quieras ser yo ni ninguna otra persona en el mundo, ficticia o real. Sé tú, Conor. Contra viento y marea. Con tus certezas y tus dudas, con tus zonas de luz y tus sombras. Respeta lo que sientes. Cuando llegue el momento, tendrás las respuestas que necesitas. Tiempo al tiempo, chaval.

Milo siempre conseguía despejar los nubarrones, infundirle confianza, hacer que se sintiera poderoso. Era un tipo increíble, al que por suerte pronto tendría a este lado del mundo en carne y hueso.

—Ser yo mismo. O sea, desordenado, cabeza hueca y coladito por una “niña caprichosa”. Ja. Menos mal que mamá no te está oyendo, que si no... ¡menuda charla nos tragaríamos los dos!

—¡Ya lo creo! —repuso Milo, aliviado de volver a ver una sonrisa en el rostro de su hermano.

En Ginebra, Nikki apagó la televisión y se fue a la cama. Cinco días, pensó. Cinco días sin saber de él. Sin oír su risa, sin oírlo llamarla “preciosa”.

Por momentos le parecía un castigo divino que su mejor etapa a nivel profesional coincidiera con su peor etapa a nivel personal. La peor, de lejos. Era como si fuera una cosa o la otra, como si no le estuviera permitido en esta vida tener el trabajo de sus sueños sin renunciar al hombre de sus sueños. Se preguntó si Conor se sentiría igual de perdido, de hueco por dentro.

Puso un brazo debajo de la cabeza y fijó la vista en el techo de la habitación. Las cosas no podían ir mejor en el trabajo. El tiempo que pasaba allí conseguía sobrellevar su patética vida sentimental. A ratos, el recuerdo de sus tiempos felices con Conor volvían a su mente mientras hacía cualquier cosa. A veces, cuando iba sacar un café de la máquina; otras, cuando salía del trabajo y veía al permanente e incombustible Xavier esperándola en la puerta. Le recordaba que no era él a quien quería ver y, de inmediato, su mente regresaba a Conor. A sus momentos juntos. A sus risas. A sus besos. Seguir en contacto con él había demostrado no ser bueno; la entristecía y la frustraba. Pero desde hacía cinco días era como un zombi.

Nikki sintió que empezaban a arderle los ojos, indicio de que se acercaba otra llorera. Estaba harta de llorar, de echarlo de menos, y mucho más harta todavía de su ausencia; era como una loza que no la dejaba respirar.

Apagó la luz y cerró los ojos con fuerza deseando que el sueño la envolviera pronto y pusiera en pausa su tristeza, al menos, durante unas horas.

Episodio 16

Martes, 26 de enero de 2010.
Ciudadela, Menorca.

Andy salió del banco y esperó a torcer la esquina para ponerse a dar saltitos de alegría. No solamente los bancos le respondían en tiempo récord, sino que además le daban todas las facilidades. A todos les había parecido un proyecto interesante, bien planificado, le aseguraban que tenía el préstamo concedido. Le parecía tan increíble que, por momentos, tenía la sensación de que no era ella a quien le estaba sucediendo. Conseguir plasmar sobre un papel la idea que estaba en su cabeza no había sido fácil. Cuando se trataba de poner un sueño en términos fiscales y financieros, las cosas se complicaban. La ayuda de Tina en este caso había sido providencial. Dada su larga experiencia en establecimientos de esa clase, la había dirigido exactamente a los lugares y contactos idóneos. Andy estaba satisfecha, pero, a pesar de lo que dijera Dylan, ella albergaba dudas de que los bancos, que sólo entendían de pérdidas y beneficios, consideraran que su propuesta tenía la suficiente credibilidad estando a la cabeza alguien tan joven y carente de experiencia.

Pero había funcionado a la perfección; las dos entidades a las cuales había presentado su proyecto en busca de financiación, habían respondido con rapidez y de forma positiva. Casi se sentía tentada de dejar de buscar y escoger alguna de las dos. Pero, ya que las personas más importantes de su vida le habían sugerido que hablara con su tío antes de tomar una decisión, lo haría.

Cuando consiguió regresar al planeta Tierra, Andy echó un vistazo al

reloj. Todavía le quedaba una hora por delante antes de incorporarse al turno de comidas y lo aprovecharía para ir a hablar con su tío. Volvió sobre sus pasos al recordar que *Lola* estaba aparcada frente a la entidad bancaria. Estaba a punto de ponerse el casco cuando el móvil empezó a sonar. Se anticipó con una sonrisa.

—Parece que supieras que tengo buenas noticias.

—*La verdad es que no, te llamaba porque... Bueno, aparte de por las razones de siempre, o sea, que estoy contando las horas que me quedan para volver a comerte a besos, me acaba de llamar Clinton.*

—¡No! —exclamó Andy, que en un segundo se había olvidado de su propia novedad

—*Sí, ya lo creo que sí* —dijo Dylan—. *¿Estás sentada? Porque es un notición de los que tumban.*

—¡Venga, venga, cuenta! ¡No me tengas en vilo!

—*Espanoles y saudíes acaban de dar luz verde al proyecto* —y no acabó de decirlo que empezó a oír los gritos de alegría de Andy—. *Espera, espera, que eso no es todo... ¿Preparada?*

—¡Que sí, por favor, dímelo! ¡Ay, qué nervios! —exclamó ella al tiempo que reía.

Dylan se tomó unos instantes para disfrutar de la algarabía feliz de su chica sabiendo que no era nada comparado con lo sucedería cuando se enterara de la segunda noticia.

—*Mi labor en Niza acaba con un mes de antelación a lo previsto; en veinte días me tienes en Menorca definitivamente.*

Andy no se había sentado, pero sabiendo que la emoción sería fuerte, había tenido el tino de acercarse hasta la pared del edificio para aprovechar el solecito matutino. Y, a pesar de tener algo que la sostenía detrás, sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Durante unos instantes, sencillamente, no fue capaz de articular una palabra. Llevaba tanto tiempo deseando que llegara el momento en que Dylan no tuviera que marcharse, de que pudieran dejar de verse a cuentagotas... Veinte días más y ya no tendrían que volver a separarse.

—*¿Sigues ahí, Hermosa? Al señor Bola de Billar empieza a preocuparle tanto silencio...*

—Dame un momento —pidió Andy.

Respiró hondo varias veces, intentando que el corazón regresara a su sitio y que su mente pudiera volver a funcionar con normalidad.

—Es que de todas las noticias que podrías darme, ¡esta es la mejor de todas...! —exclamó emocionada—. ¡Este día es perfecto! ¡Perfecto, perfecto, perfecto! —y acabó, tal como esperaba Dylan, dando rienda suelta a su alegría.

—*Sí, que lo es... En realidad, hace un buen rato de la llamada, pero es que me he puesto tan eufórico... He esperado a calmarme un poco para llamarte...*—reconoció, riendo—. *Pero bueno, cuéntame tus noticias.*

Andy se explayó a gusto contándole la conversación que había mantenido con el director de la entidad bancaria. En este caso, las condiciones eran incluso mejores que los de la primera entidad, pero tanto una como la otra tenían enormes ventajas y realmente daba igual con cuál se quedara.

—*¿Te lo dije o no te lo dije? Es un buen proyecto, Andy. Y no porque lo diga yo, está muy bien planteado. Además, eres hija de quien eres y eso cuenta.*

—Ninguno de los banqueros mencionó siquiera a mi familia... Y yo tampoco hice hincapié en eso.

—*¿Te acuerdas lo que te dije la primera vez, ese día que volvimos a vernos? Todos saben quién eres.*

Andy sonrió. Estaba demasiado feliz para no hacerlo. Le daba igual si las entidades conocían a su familia y esa era la razón que estaba detrás, o sí, sencillamente, habían estudiado el proyecto, lo consideraban una buena inversión, y querían financiarla. Lo que verdaderamente le importaba era que su vida y la de Dylan empezaba a ser como ambos deseaban.

“Solo veinte días más”, pensó eufórica.

—*¿Y ahora qué? ¿Qué va a decidir al respecto la jovencísima y hermosísima directora del centro de fitness?* —quiso saber Dylan.

—Todavía nada. Me has dicho que estaría bien que hablara con mi tío, Ciro opina lo mismo, y Tina... Bueno, creo que ella también, así que es lo que haré en un rato. A ver con qué se despacha ahora el imprevisible hermano de mi madre —repuso Andy.

Dylan entendía perfectamente sus reticencias. Andy había quedado muy afectada tras la última metedura de pata del menorquín y, aunque pretendía manejar aquel asunto como una cuestión de negocios sin más, estaba claro que le costaba. No obstante, sabía que no debía saltarse ese paso. Él estaba convencido de que Pau Estellés conocía la gran capacidad de su sobrina y que haría lo imposible por mantenerla dentro del grupo. Sólo

esperaba que alguna estupidez por exceso de celo del menorquín no volviera a echarlo todo a perder.

—*Me parece perfecto, Andy. ¿Me llamas cuando acabes? No hace falta que te diga lo nervioso que voy a estar hasta que te oiga...* —dijo el irlandés.

—Sí, calvorotas, no te preocupes; en cuanto acabe de hablar con mi tío, te llamo. Un beso. Y Dylan..

—*¿Qué, preciosa?*

—Te adoro. Te quiero tanto, tanto, tanto... Voy a tener que inventar palabras nuevas, porque, ¿sabes?, siento que las que hay ya no me valen. Se quedan muy cortas...

Dylan, que había cerrado los ojos dedicando hasta la última de sus neuronas a deleitarse en la intensidad de lo que aquellas palabras le hacían sentir -poderoso, afortunado, locamente enamorado por primera vez en su vida-, necesitó tiempo para recuperarse del huracán emocional. Lo primero que salió de su boca fue un largo suspiro que derritió el corazón de Andy.

Lo segundo, en cambio, fue una expresión muy al estilo de Dylan que la derritió mucho más:

—*Aishhhhhhh, preciosa...*

Después de hablar con Dylan, Andy había ido directamente a casa de su tío, pero él ya estaba en el restaurante, en una de las habitaciones del fondo que originariamente dedicaban a guardar trastos y que ahora hacía las veces de oficina fuera de las horas de apertura.

Pau sirvió dos cafés con leche y puso un plato con pequeños sandwiches variados sobre el escritorio tras lo cual la invitó a tomar asiento con un gesto.

—Todavía no he tenido tiempo de desayunar así que estoy muerto de hambre... —explicó el menorquín a modo de introducción después de darle un bocado a un mini sandwich—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? Tu turno no empieza hasta dentro de una hora...

—Negocios —respondió Andy que antes ocupó la silla de enfrente y y se dedicó a su café. De comer, pasaba. Tenía el estómago cerrado de los nervios. Estar con él seguía despertando en ella cierto enfado, y quería mantenerse serena porque el tema que se traía entre manos era sumamente

importante para ella. Quería que las cosas salieran bien.

Pau miró de reojo la gruesa carpeta que Andy había dejado sobre el escritorio.

—¿Es para mí?

Ella asintió.

—Es una copia de lo que he presentado a los bancos. Ya tengo sus respuestas y las dos son positivas.

—¿Y por qué me lo das?

A Andy le costaba reconocer a lo que había ido allí. Y él no se lo estaba poniendo nada fácil.

—Me dijiste en su momento que antes de aceptar una propuesta, hablara contigo porque el Grupo Estellés siempre estaría interesado en mejorarla. Ya sé que entonces creías que me refería a trabajar para otra empresa, pero esto es mucho más importante que un trabajo cualquiera. Imagino que el grupo tendrá algo que decir al respecto y me gustaría saberlo antes de tomar una decisión.

—Me parece muy bien lo que has hecho, pero no necesito estudiarlo.

—Y al ver que Andy fruncía el ceño, hizo las aclaraciones pertinentes—: ya estoy al tanto del contenido. Ferrán González me hizo llegar una copia. Fui yo el que le recomendé que te financiaran. Así que si quieres escuchar mi contraoferta, te la cuento.

Andy no salía de su asombro, ¿cómo era posible que el director de una entidad financiera le enviara información confidencial a otro empresario de la isla por más Pau Estellés que fuera? Empezaba a entender el nivel de poder que manejaba la familia en esa isla.

—Disculpa, estoy alucinando. ¿Es que aquí no se puede dar un paso sin que tú te enteres? —Su tono de voz denotó más asombro que molestia, pero Pau consideró oportuno dejar las cosas claras.

—Puedes hacer lo que quieras, Andy. Fui yo el que pedí que me enviaran el plan de negocio. Si tengo que recomendar que se te dé un tratamiento especial como miembro de la familia, necesito saber que el proyecto reúne las condiciones idóneas. Has hecho un trabajo excelente y tengo una contraoferta, si quieres escucharla...

Andy le indicó con la mirada que continuara. Pau dio un sorbo a su café y otro bocado al sandwich, tras lo cual consultó varias páginas. Al fin, se limpió la boca con una servilleta.

—OK. El grupo financiará el proyecto. Hay dos opciones y tú escoges.

La primera, financiamos el cien por cien de la inversión y durante los primeros cinco años tú mantendrás el diez por ciento de las acciones. Para entonces, el gimnasio debería haber amortizado los gastos de puesta en marcha y dar beneficios. Si este es el caso, tu porcentaje de acciones subirá al treinta y tres por ciento, e irá aumentando cada año en positivo, después del quinto, hasta alcanzar el cincuenta y uno por ciento. Si no es el caso, es decir, si no hay beneficios tras el quinto año, el grupo será libre de replantear el proyecto acudiendo a la incorporación de nuevos inversores si fuera necesario, o de liquidar la empresa. ¿Está claro hasta aquí?

Andy asintió y el menorquín continuó después de comer otro mini sandwich.

—Bien. Segunda opción. El grupo financia el sesenta y seis por ciento de la inversión y tú, el treinta y tres por ciento restante. Tras el quinto año, si el gimnasio ha amortizado gastos y empieza a dar beneficios, tu porcentaje de acciones subirá al cincuenta y uno por ciento. En caso contrario, negociaríamos el futuro de la empresa sometiendo las propuestas a votación de los socios como en cualquier sociedad anónima. ¿Te parece bien hasta aquí?

Andy estaba alucinando. Lisa y llanamente. Tenía un millón de preguntas, porque, de partida, cualquiera de las dos opciones le parecía demasiado buena para ser real, pero la más importante de todas es la que formuló a continuación.

—¿Y qué hay del control? Las decisiones deben ser mías.

Pau asintió repetidas veces con la cabeza.

—Te daremos total libertad en cuanto a la dirección técnica del gimnasio. Las decisiones económicas requerirán aprobación del Consejo.

—¿Libertad total? ¿Y qué pasa con las contrataciones, serían decisiones económicas?

—No. En este plan de negocios has desarrollado todo lo necesario para poder gestionar la empresa en el arranque. Aquí has establecido la gente que vas a necesitar, las herramientas, los horarios de funcionamiento... Mientras te manejes dentro de lo estipulado en esta carpeta, tus decisiones no necesitan pasar por el Consejo. Si hay algún requerimiento extra no contemplado en lo que aquí has desarrollado, en ese caso, estaría sujeto a la aprobación del Consejo. En todo lo demás tienes vía libre. Entendemos que tú eres la persona idónea para gestionar el proyecto, no vamos a cuestionar tus decisiones —dijo el menorquín para mayor asombro de su sobrina.

—Vaya... Gracias por el voto de confianza, y por la oferta. Es mucho mejor de lo que esperaba —concedió la muchacha sin ocultar su asombro.

—Te dije en su momento cuánto valoro tu capacidad de trabajo. Dejando a un lado que seas mi familia, eres inteligente y capaz. No bromeaba cuando te dije que haríamos lo que estuviera en nuestra mano para mantenerte dentro del grupo. Y yo cumplo mi palabra. Así que, piénsatelo, y ya me dirás algo...

—Sí, gracias... Voy a estudiar lo que me has propuesto... Quiero hablarlo con Dylan y también con Tina.

Pau dudó si preguntarlo o no. Intuía que su sobrina estaba al tanto de los últimos acontecimientos entre Tina y él, eran amigas, pero Andy, además, era su sobrina, por lo que le resultaba un poco violento sacar el tema.

—¿Qué pasa con ella? ¿Te ha dicho algo sobre el proyecto?

Tina había dicho muchas cosas. Acerca del proyecto, acerca de su padre, y aunque no se había explayado hablando de lo sucedido con Pau, Andy sabía que estaba muy revuelta con ese asunto.

—Digamos que se lo sigue pensando —concedió Andy.

El menorquín asintió con la cabeza como si estuviera hablando de negocios, y no de un tema que le tocaba de lleno. Sabía lo que su sobrina estaba pensando y le resultaba muy incómodo dejar traslucir que su interés por la decisión de Tina no era sólo de tipo empresarial. Pronto, sin embargo, se dio cuenta de que no le hacía falta añadir nada más, que Andy ya se había dado cuenta.

—¿Sabes, tío? —dejó caer la muchacha—. Creo que mi amiga necesita un empujón.

Y Pau se lo dio aquella misma tarde. Después de varios días sin saber de él, cuando Tina regresó del gimnasio, se lo encontró junto a la puerta de su piso, apoyado contra la pared.

Le habría gustado desquitarse con él, no sabía muy bien por qué, pero la primera sensación al verlo había sido de enfado. Sin embargo, en cuanto sus ojos repararon en su llamativa cabellera, en su abrigo azul marino con el cuello subido, y en su enorme bufanda que le daba dos vueltas alrededor del cuello, el enfado pasó a un segundo plano, y ella se regodeó en las vistas.

Él hizo otro tanto. Tina no vestía ropa deportiva, pero aquella cazadora

corta con relleno de corderito y sus calzas embutidas dentro de unas botas de caña alta mantenían su aire de mujer en plena forma física. Lo que le resultó más notable, sin embargo, fue que llevara el cabello suelto y un gorro blanco de lana calado hasta las cejas. Pau adoraba el exotismo de aquel rostro de rasgos afilados.

—Te gusta sorprender —dijo Tina procurando que su voz sonara natural. Puso la llave en la cerradura y abrió la puerta con la misma naturalidad.

Él sonrió para sus adentros y aceptó la tácita invitación de la entrenadora, que se había limitado a entrar y dejar la puerta abierta.

—Sorprenderte —precisó.

De eso nada. Era un alfa, su posición de dominio dependía de su capacidad para mantenerla fuera de toda discusión, lo cual implicaba hacerse valer. Sorprender a sus adversarios con la guardia baja era su táctica favorita.

Tina le dedicó una mirada irónica, tomó el abrigo que él acababa de quitarse y la bufanda, y los guardó en el armario. Hizo lo mismo con el suyo y, por último, se quitó el gorro. Tras acomodarse el cabello con los dedos, tomó asiento en el sillón frente a él sin hacer el menor comentario, esperando que ya que estaba allí sin mediar invitación, continuara con lo que había venido a hacer, sin más. El punto irónico continuaba reluciendo en el fondo de sus ojos y el menorquín esbozó una sonrisa.

—Quizás sería bueno que te dijera que cuando haces estas cosas me gustas mucho más. Lo que ya es decir, porque me gustas muchísimo sin necesidad de hacer nada. —Una frase de apertura categórica que recibió otra aún más categórica por parte de la entrenadora.

—Lo sé —y al ver que él asentía divertido, matizó—: Pero no lo hago por ti, quédate tranquilo. Soy así.

—Vaya... Y yo que creía que esa era tu forma de darme a entender que te encanta que un hombre recorra la milla extra por ti... Menudo chasco —repuso él con la misma clase de naturalidad que ella había empleado.

Acto seguido, tomó asiento frente a ella.

—¿Es eso lo que haces, recorrer la milla extra por mí?

—¿No es obvio? He recorrido las que separan Menorca de Londres dos veces para ser exactos.

Ella asintió y entró directamente al meollo de la cuestión con sus modos seguros.

—En ese caso, quizás sería bueno que te aclare un par de cosas.

Primero, esta Tina que ves hoy es la que saco del armario cuando un hombre que conozco y que alardea de conocerme tan bien, hace algo que me sienta como una patada en la boca del estómago, y a quien no puedo ignorar -o tumbar de un puñetazo- porque resulta que es el tío de mi mejor amiga, el hermano de una mujer a quien considero mi segunda madre. No me halaga que estés aquí, me jode y mucho que te tomes atribuciones que yo no te he dado como presentarte en mi casa o en mi trabajo, intentando aprovecharte de los lazos que me unen a las Avery, que no a ti. Segundo, no sé qué esperas que suceda entre tú y yo, aunque evidentemente algo esperas, y eso tampoco me gusta. Si me ves como una aventura, deberías saber, ya que dices tenerme tan calada, que ni borracha escogería correrme una juerga contigo. Ni aunque fueras el último hombre del planeta. Eres el tío de Andy y para mí llevas un rótulo inmenso en la frente con las palabras “no tocar”. Y si lo que pretendes es que crea que me ves como una prometedorá candidata a tu segunda esposa... —Tina respiró hondo, sintiendo como una columna de fuego ascendía por su cuerpo, desparramando ira a diestra y siniestra—. Bueno, por ponerlo en palabras amables, no me interesa el puesto.

Pau mantuvo la mirada y el talante a pesar de que acababa de recibir una seguidilla de directos a la mandíbula que no lo habían tumbado de puro milagro. Aunque la herida no fuera evidente, estaba sangrando a raudales.

Pero el menorquín la conocía mucho mejor de lo que Tina estaba dispuesta a admitir, y, en cualquier caso, él sabía reconocer una contraofensiva cuando la veía, aunque en este caso, hubiera preferido otra clase de bienvenida. Pau tenía muy claro lo que esperaba que sucediera entre ellos, lo que quería y cómo quería que sucediera. Tina, fiel a su instinto combativo, se resistía.

—Me gusta sorprenderte, *me encanta*, pero, en realidad, he venido a hablar de negocios.

—Existe algo llamado teléfono.

—Yo no hablo de negocios por teléfono, Tina. Además, no quería arriesgarme a que atendieras, me pidieras que lo tomara como un gesto de buena voluntad, y volvieras a colgarme, ¿o esperabas que cayera en la misma trampa dos veces?

¿Acaso intentaba decirle que esa era la razón de que llevara días sin dar señales de vida? ¿Era por eso que había desaparecido del mapa? ¿Porque aunque lo hubiera tomado con aparente deportividad, en realidad, le había sentado como un tiro? A veces, le costaba descifrar al menorquín.

Las cejas de Tina se curvaron y Pau casi pudo sentir como el ejército imaginario obedecía a la voz de “¡alto!”. Sintió sus ojos examinándolo con desconfianza unos instantes hasta que, al fin, ella se puso de pie.

—En ese caso, supongo que no me quedará más remedio que ofrecerte un café —se limitó a comentar.

Pau tenía ganas de dedicarse un “¡toma ya!” por todo alto -bien merecido se lo tenía-, pero juzgó más conveniente mantener su alegría bajo control. Manejarse con ella era como ir a ciegas por un campo minado sin saber en qué momento oiría el “click” y saldría volando por los aires.

—Gracias, me encantaría —repuso con una sonrisa.

Los ojos de Pau siguieron con sumo interés a la entrenadora hasta que desapareció de la vista.

La conversación se reanudó poco después, café mediante.

—Bueno, soy toda oídos —dijo Tina después de que los dos tuvieran sendas tazas de café.

—¿Por qué te lo sigues pensando?

Ella lo miró un tanto desconcertada.

—Te diría que porque soy de las que se piensan las cosas con calma, pero creí entender que eras tú quien venía a hablar. De negocios, no de mí.

—Sé que sabes que Andy ha venido a presentarme su proyecto y que estás al tanto de lo que hablamos. Por mi parte, podemos ponerlo en marcha mañana mismo, pero ella prefiere tenerte a bordo y tú te lo sigues pensando, así que la pelota está en tu tejado.

—Y tú quieres bajarla del tejado, ya entiendo —Tina respiró hondo—. Hablaré con ella... de nuevo y aclararemos este asunto. No te preocupes.

—No me preocupo, me ocupo. Es diferente. Algo te está impidiendo involucrarte en un proyecto que te enamoró tan pronto supiste de él. Y es normal que te enamore, lo que ha parido la cabecita de mi sobrina es fabuloso, el sueño dorado de cualquier profesional del fitness. Y sé que varias ideas recogidas en esa carpeta son tuyas porque me lo ha dicho.

Tina apartó la vista y volvió a ponerla sobre tu taza de café, pero no hizo el menor ademán de cogerla de la mesilla donde la había dejado.

—Sé que haríais un equipo fenomenal —continuó Pau— porque lo sois a nivel personal y también sé que tienes las bendiciones de tu padre, que incluso ha llegado a decirte que iría contigo a Menorca. Así que solo se me ocurren dos motivos para que sigas sin tomar una decisión: uno es de naturaleza económica y otro es de naturaleza sentimental.

Los ojos de Tina se desviaron de la taza del café a los de Pau, brillantes. Que alguien le recordara que tenía que cerrarle la boca con una cremallera a su querida amiga y, de paso, también a su tío.

Pau continuó como si tal cosa.

—Si es por el dinero, pon la cifra. Sabes lo que vales, yo también lo sé, y Andy no dejaría jamás que esa fuera la razón que os separe.

Tras una pausa premeditada durante la que la entrenadora permaneció tan callada como hasta el momento, el menorquín abordó el tema que sabía que estaba en la raíz del problema.

—Si es sentimental... No voy a mentirte, me interesas. Mucho. Y aunque pueda haberte dado esa impresión, no he perdido de vista en ningún momento ni quién eres tú ni quién soy yo. Lo que sucede es que soy un hombre intenso con lo que me interesa. “No es no”, sin ninguna clase de discusión ni de matiz. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero, corrígeme si me equivoco, yo no he sentido en ningún momento que tú me rechazabas.

Otra pausa deliberada que obtuvo la misma respuesta que antes; ninguna.

—Tú también eres una mujer muy intensa, Tina. Somos dos personas de carácter, que si pueden elegir, prefieren llevar la voz cantante, pero que también saben aflojar la cuerda cuando está demasiado tensa. La verdad es que me siento muy a gusto contigo, algo que llevaba años sin sentir junto a una mujer. No voy a negar que la cabeza se me va cuando te miro... Se me va, y no sabes cuánto, pero ya no soy un crío. Tengo una vida complicada, un montón de responsabilidades y una hija preciosa que al fin está conmigo y a quien jamás haría daño permitiendo que se encariñara con alguien que solo está de paso. Juego fuerte, es mi forma de ser, pero soy muy consciente de que no lo tengo fácil contigo.

Esta vez algo cambió en la actitud de la entrenadora: sonrió. De todo lo que el menorquín había dicho, lo último era lo único que le chirriaba y la sonrisa salió sola.

—No te lo esperabas, ¿eh? —dijo él, complacido. Y muy aliviado de ver alguna reacción distinta de aquel rostro neutral después de haber puesto sus cartas sobre la mesa.

—Es un farol.

—¿Tú crees?

—No creo, lo sé. Y tú sabes que lo sé.

Siempre había sido un gran candidato a futuro marido, dentro y fuera

de Menorca. Reunía todo lo necesario para ello, sin añadir la posición social que ostentaba como miembro de una gran familia y, por supuesto, su innegable atractivo.

Pau la miró largamente y decidió poner su última carta sobre la mesa.

—No hablamos de lo mismo, Tina. Las cualidades, las ventajas... Eso solo cuenta si significa algo para la persona a quien quieres deslumbrar. A ti no te impresiona lo que represento, te da igual. Y por contra, lo que no te da igual es la actitud protectora, digamos, que tengo hacia mi familia, hacia la gente que quiero. Te saca de quicio. Si hacemos las cuentas, podría decirse que te he cabreado mucho más de lo que te he deslumbrado.

A Tina no le quedó otra alternativa que asentir con la cabeza. Era tan cierto lo que decía, que si no fuera porque no quería hacerle concesiones, habría tenido que reconocerle que ningún hombre había conseguido enfadarla tanto en tan poco tiempo como él. Jamás.

—¿Y sabes lo peor? Seguiré cabreándote. Porque aunque meta la pata un millón de veces más, si creo que alguien que quiero va a sufrir, siempre elegiré intervenir a quedarme de brazos cruzados. Y también seguiré echando mano de la única baza que tengo contigo.

Ella lo miró con una mezcla de interés e ironía.

—Te da igual mi apellido, mi familia, mi dinero —aseveró Pau—, pero tengo la suerte de ser el único hombre que has conocido al que no le asusta lo que eres. Al contrario, le encanta. Respetas eso. *Te gusta*. Aunque por momentos quieras matarme.

Tina respiró hondo y apartó la mirada. Pau rubricó su declaración con una advertencia que consiguió que a ella le palpitará el corazón.

—Me parece justo que sepas ahora, antes de que decidas -o no- probar suerte en Menorca, que seguiré usando esa baza a discreción.

El corazón de Tina hizo más que solo palpar; experimentó intensamente un aluvión de sentimientos y emociones, a cual más conmovedor, a cual más alarmante.

Como era de esperar su lenguaje corporal no mostró apenas lo que sucedía en su interior cuando alzó la vista y lo miró directamente.

—¿Hemos acabado?

Pau no había esperado un discurso, pero tampoco una invitación a marcharse tan irreprochable. Permaneció mirándola en silencio unos instantes consciente de que su admiración por ella acababa de atravesar la estratosfera e iba camino de Marte. Sentía el corazón latiendo desafortunadamente y unas

ganas locas de fundirse con ella y hacerle el amor. De derretir a base de pasión esa bellísima caparazón de acero con la que Tina se protegía y dejar al descubierto el ser aún más hermoso que había en su interior. Por Dios, pensó, cuánta locura conseguía despertar en él sin mover un dedo. Siendo ella misma, simplemente.

El menorquín sacudió la cabeza ligeramente y, al fin, sonrió.

Episodio 17

Miércoles, 27 de enero de 2010.
Casa de la familia Estellés,
Ciudadela, Menorca.

Todo el asunto del astillero de Jaume se había desarrollado con celeridad. Sus dos socios capitalistas, uno de los cuales además era socio de trabajo, llevaban una semana en Menorca y la empresa había pasado de ser un sueño dorado a un proyecto realizado y firmado sobre el papel. Tanto era así que habían logrado cerrar un buen trato por un inmueble próximo al puerto de Mahón que sería ahora el hogar de su proyecto y los tres socios estaban tan eufóricos, que habían planeado celebrarlo dando una gran fiesta en un par de semanas.

Jaume se había presentado en casa de Anna tan excitado, que nada más verla la había tomado por la cintura y la había levantado en volandas, arrancándole un quejido a cuenta de sus doloridos huesos por la enfermedad.

—Pero, hombre, que me matas... —dijo Anna, sorprendida.

—Vaya, perdona, ¡es que estoy tan contento!

—Ya lo veo —murmuró ella, consciente de las manos que todavía le rodeaban el talle; él había vuelto a dejarla en el suelo con delicadeza, pero no la había liberado.

—¡Tenemos sede social y vamos a montar una fiesta por todo lo alto! Ay, Anna, te va a encantar cuando la veas. Y hemos conseguido un trato buenísimo. ¡Buenísimo, de verdad! —y con esas volvió a pegarse a ella, estrechándola fuerte, pero cuando volvió a hablar, a pesar de su alegría, su voz fue como un susurro—. Estoy que no me lo creo, te lo juro.

Ni ella. Anna no podía creer que estuviera entre sus brazos. Ni tampoco el huracán de emociones que su proximidad le hacía sentir.

—Eso hay que celebrarlo. Neus ha hecho tarta —dijo Anna, intentando poner fin a aquella situación que no sabía cómo manejar.

Pero Jaume ni se movió del lugar ni permitió que ella lo hiciera.

—¿Vamos a la cocina? —invitó Anna cada vez más nerviosa hasta el punto de no poder sostenerle la mirada.

Por toda respuesta, él empezó a inclinarse hacia ella.

—Jaume... Deberíamos... —murmuró, apartándose un poco, en un último intento de evitar lo que a todas luces era inevitable.

Primero fue su nariz, internándose en su cabello y aspirando profundamente. Después, su aliento calentando la delicada piel de su cuello, junto al oído, extendiéndose a través de las terminaciones nerviosas de su cuerpo como una deflagración. Por último, sus labios, firmes y a la vez delicados, abriéndose sobre los suyos...

Retrocediendo el tiempo treinta largos años.

Un minuto o un siglo, ninguno de los dos lo supo a ciencia cierta, pero cuando abrieron los ojos y se miraron, tuvieron la certeza de que seguían sintiendo lo mismo que entonces.

Él volvió a la carga. La empujó suavemente contra la pared y se impuso con su cuerpo, buscándola nuevamente. Ella, al principio, respondió, pero un segundo de cordura le hizo tomar conciencia de dónde estaban -en pleno pasillo de entrada- y de lo que implicaba.

—Para. Por favor, para —murmuró Anna, al tiempo que lograba colar sus manos entre la casi inexistente distancia que los separaba y usarlas a modo de barrera.

—No quieres que pare —dijo él, lloviendo besos en su cuello mientras intentaba vencer la resistencia femenina.

—Sí que quiero —se las arregló para responder y exhaló un suspiro cuando los labios masculinos dejaron una huella húmeda debajo de su barbilla—. Vale, no quiero, pero para, por favor —rogó.

—Te haría el amor ahora mismo, aquí, sin importarme nada más. Por favor, no me pidas que pare. Bastante hago con solo besarte —y volvió a adueñarse de su boca.

La besó con toda el alma y ella se dejó besar, embriagada por lo que sentía, por él, por los recuerdos que regresaban al presente con fuerza inusitada.

Cuando la mano de Jaume bajó por el perfil de la silueta de Anna, acariciando cada centímetro que tocaba con la avidez de un quinceañero, ella abandonó toda idea de resistirse y le pasó los brazos alrededor del cuello.

Todo su cuerpo despertó de golpe, ardiendo, deseando intensamente y él respondió a su silencioso llamado pegándose a ella, dejándole sentir que no estaba sola en su arrebató. Que, como siempre les había sucedido, eran almas afines.

—Dios, ¿sabes los años que hacía que...? —murmuró ella con los ojos cerrados.

Él volvió a besarla una vez y otra y otra más mientras sus manos la acariciaron ya sin ningún límite.

—¿Sabes los años que llevo imaginando este momento, soñando despierto? Fui un imbécil. Fui un imbécil y llevo treinta años lamentándolo, Anna.

Se miraron a los ojos intensamente, conscientes de que el deseo iba de la mano de los sentimientos que resurgían del pasado como si el tiempo se hubiera detenido.

—Voy a morirme de un infarto aquí mismo si no puedo hacerte el amor... —admitió él en un susurro, totalmente encendido.

Pero cuando se miraban devorándose mutuamente y Anna se debatía entre hacer lo que le pedía el cuerpo o poner fin a aquel momento, la voz de Danny llamando a su madre los dejó helados.

Durante unos instantes cundió el pánico. Se apartaron y comenzó una carrera frenética para arreglarse la ropa y acomodarse el pelo, procurando disimular lo que acababa de suceder entre los dos.

—¡Sí, estoy en la puerta, conversando!—exclamó Anna, sobreponiéndose a su nerviosismo.

“Ah, vale. Nada, ya lo encontré” —lo oyeron decir, y a continuación oyeron que se ponía a hablar por el móvil.

La atención de Anna regresó a Jaume justo cuando él apoyaba la nuca contra la pared y exhalaba un suspiro larguísimo.

—Por Dios... —susurró él, casi sin aire.

Anna se apoyó contra la pared, a su lado, y apretó los párpados, roja como un tomate.

Mientras tanto en el bar The MidWay, en Londres...

Después de disculparse por milésima vez con Shea Mitchell por llegar tarde a la cita, Tess, que acababa de salir de la consulta del médico, subió al taxi que la esperaba en la puerta para llevarla a casa. Era exasperantemente puntual, pero la circunstancia y la gran noticia que había traído aparejada, bien merecía haber pasado por el bochorno de tener que disculparse por ser impuntual por primera vez en toda su vida.

En Hounslow, Shea Mitchell guardó el móvil y miró a través del cristal el interior del bar donde la editora Theresa Gibb-Taylor le había sugerido que la esperara. Era el típico establecimiento que tendría a su hermano como cliente habitual, pero, desafortunadamente, no era el estilo de sitio en el que a ella le apetecía sentarse a tomar un café. Dado que por los alrededores no había visto ningún otro, Shea decidió entrar.

Había varios clientes en la barra, y un grupo de cuatro en una de las mesas junto a la ventana. Todos hacían juego con el local: vestían de negro, llevaban alguna clase de ornamento metálico decorando sus prendas y calzaban botas de motorista. Desde luego, no eran su tipo. Aunque quedaba claro que ella sí que era el suyo, ya que en su camino hacia la barra la acompañaron varios pares de ojos. Pensó que quizás no eran ganas de ligar, sino genuino interés en un espécimen de una clase tan diferente a la suya lo que justificaba dichas miradas. Seguramente, no habían visto a una mujer con traje de ejecutivo en toda su vida.

Shea ocupó uno de los taburetes que hacía esquina en la barra, desde la cual tenía una visión amplia de la puerta de entrada. Mientras esperaba que la atendieran, sacó la agenda electrónica de un elegante bolso de cuero en color burdeos que simulaba la piel de una serpiente, a juego con los zapatos.

Pero no sólo los ojos de los moteros la habían seguido con interés, los de Cheryl también. Sin ningún género de dudas, era la primera vez que veía a alguien (distinto de Tess) entrar en un bar de moteros con esas pintas. El traje de chaqueta y pantalón estilizaba su figura alta y esbelta, y le daba un aire interesante. Con su melena corta rubio plateado, sus altos tacones y sus enormes ojos claros cargados de rímel, no pasaba desapercibida. Al acercarse para atenderla, algo en su rostro le resultó extrañamente familiar.

—¿Sirven café aquí?

Cheryl asintió con amabilidad.

—Sí, de máquina o instantáneo, lo que prefiera.

—Un *espresso* estará bien

—Marchando un *espresso* para la señorita, entonces —dijo Cheryl que en aquel momento estaba sola en la barra.

Shea había llegado hasta Tess gracias a la lista de contactos que le había dado su hermano hacía un tiempo. Era, según le había contado, una editorial de nueva creación con alguien interesante a la cabeza, lo cual la convertía en un cliente ideal para una imprenta ya establecida en Irlanda que intentaba abrir una filial en la capital inglesa. Apenas llevaba un mes en la ciudad, y había abierto varias líneas de comunicación con posibles futuros clientes, de modo que Shea estaba bastante satisfecha de cómo se estaban desarrollando las cosas hasta el momento. Todo lo demás en su vida iba cuesta abajo después de que su ex marido decidiera que, a pesar de haberle sido infiel desde siempre, aún seguía queriéndola y que intentaría por todos los medios recuperarla.

Recuperarla, qué gracia le hacía esa palabra. Jamás le había prestado la menor atención, y ahora no paraba de llamarla y enviarle mensajes que, básicamente, insistían sobre la misma cuestión: “por favor, perdóname”.

No le daba la gana perdonarlo. Nunca pensó que llegaría el momento en el que sentiría algo semejante, pero realmente había acabado con Ian. Durante muchos años había estado a su lado, convencida de que él era el amor de su vida. Ahora, empezaba pensar que si eso era todo lo que se podía esperar del amor, entonces prefería estar sola el resto de su vida.

Cheryl le trajo su café acompañado de unas pastas que Shea devoró sin darse cuenta mientras hacía anotaciones en su agenda electrónica.

En el interior de la bodega, Maverick, que había dedicado gran parte de la mañana a poner orden en esa madriguera de conejos, apiló la última caja de *whisky*. Se sacudió el polvo de las manos y al hacerlo se dio cuenta de que tenía la camiseta y los pantalones manchados. Soltó un taco pensando que la próxima vez que se le ocurriera dedicarse a la limpieza, se traería una muda para poder cambiarse.

Salió de la bodega con la idea de ir al baño a adecentarse un poco, y en cuanto se dio la vuelta, su mirada quedó cautiva de una visión totalmente inusual. Dudó de si no se habría colado por un agujero negro y reaparecido en un universo paralelo, ya que la preciosa mujer del cabello plateado no encajaba para nada en aquel entorno dominado por el cuero y las tachuelas.

¿Quién sería?

De pronto, se sintió como un estúpido, allí, clavado al suelo, totalmente

incapaz de apartar la mirada, sin entender lo que estaba sucediendo.

Pero en aquel momento, como si hubiera presentido que él la observaba, ella alzó la vista, y sus ojos se encontraron por primera vez.

Tess pagó al taxista y entró en el bar con paso rápido. Reconoció a su cita al instante y se dirigió hacia ella con una sonrisa.

—¿Es Shea Mitchell? —preguntó la editora con suavidad.

La mujer asintió con la cabeza.

—Sí, la misma.

—Encantada de conocerla... Lamento haberla hecho esperar. Me surgió un compromiso. Pero vamos, si ha acabado su café, ya podemos subir — ofreció Tess.

Shea se puso de pie y miró a Cheryl.

—¿Cuánto es?

Tess se apresuró a intervenir.

—No, por favor, invito yo.

—Muchas gracias. En ese caso, ya estoy lista —dijo la irlandesa con amabilidad.

Las dos mujeres se dirigieron hacia la puerta de uso sólo para empleados que conectaba el bar con el pasillo de entrada al edificio donde vivía Tess. Al comprobar que no estaba abierta, la editora se volvió a mirar hacia la barra dónde Maverick continuaba igual que antes, con la mirada clavada en la elegante rubia, sin atinar a nada.

Cheryl lo miró con desdén, y estirándose de forma ostensible por delante de él, apretó el botón que estaba frente a su jefe.

—Despierta, ¿quieres? Pareces un idiota —no pudo evitar decir, airada.

El sonido de la apertura de la puerta devolvió a Maverick a la realidad de sopetón justo en el momento en el que Tess y la preciosa rubia desaparecían del bar.

No muy lejos del MidWay, ese mismo día por la noche...

La idea era cenar en un restaurante pequeño de un barrio londinense.

Pero allí estaban, tirados en mitad de la nada, donde los había dejado el Mini Morris de Amy antes de exhalar su último aliento.

Y allí estaba él, el Caballero Jedi, manchado de grasa después de intentar en vano que aquel trasto centenario los condujera, al menos, hasta Rowley Customs donde Amy había ido a buscarlo, para así poder recoger su moto.

Amy, por su parte, había lamentado el suceso durante los primeros cinco minutos. Ver aquella espalda de cine mientras el motero husmeaba en el motor, bien merecía la pena haberse quedado tirados, e incluso, sin comer.

—¿Llevas alguna herramienta en el coche? —dijo Niilo desde debajo del capó.

Amy inspeccionó la guantera. Quizás, en otro momento de su vida que no recordaba, algún alma caritativa o ella misma hubiera dejado algo que le sirviera al motero para hacer un apaño.

—Herramientas, lo que se dice herramientas de mecánico, no —dijo ella asomando la cabeza por la ventanilla y ofreciéndole lo único que había encontrado—. Pero si te sirven, puedo ofrecerte estas dos cosas.

Niilo se acercó a la ventanilla y tomó lo que ella le daba. Uno, era claramente una lima de uñas y lo otro, una especie de brocha con mango largo.

—¿Quieres que le haga la manicura a tu motor?

—Hombre, la lima es de acero del bueno... Seguro que algo puedes hacer con ella.

Niilo se puso a reír. Detestaba estar allí pringado y sin esperanzas de salir de la situación medianamente rápido, pero su compañía, no. Cada momento que pasaba con Amy era mejor, más valioso, más divertido... Y su desparpajo, junto con sus ocurrencias, siempre se las arreglaban para arrancarle una carcajada.

—Gracias, pero no. Me refería a herramientas. Un destornillador, una pinza... No tienes de eso en tu coche, ¿verdad?

Amy sonrió como si él estuviera hablando en algún idioma desconocido.

—Las tendría, seguro, si supiera cómo usarlas...

Niilo se agachó e introdujo la cabeza por la ventanilla, robándole un beso.

—Entonces, lamento informarte de que no puedo hacer nada por tu enfermito —murmuró sobre sus labios.

Ocasión que Amy aprovechó para servirse de sus besos a placer.

—¿Se va a morir?

La respuesta demoró en llegar porque la pareja se enredó en uno de sus toma y daca que cada vez eran más largos.

—No, qué dices, en mecánica todo tiene arreglo, pero no será esta noche ni aquí. ¿Llamas a un taxi mientras yo acabo en el capó?

Amy lo dejó apartarse de mala gana e hizo lo que le pedía.

Después de cerrar el coche, mientras esperaban que el taxi los recogiera, Amy se pegó a él con la excusa de que "estaba muy frío aquella noche". Niilo la rodeó con los brazos.

—Voy a necesitar asearme un poco. Me he puesto perdido, así que propongo que pasemos por mi casa y así, de paso, nos llevamos mi coche. ¿Te parece una buena propuesta?

El corazón de la joven había empezado a latir a destajo en cuanto él había pronunciado las palabras "mi casa". Probablemente, y a pesar de lo diferente que había demostrado ser a otros hombres hasta el momento, para él también llevar a una chica a su casa significara lo mismo que para el resto de los mortales.

Amy esbozó una sonrisa sensual.

—¿Me vas a llevar a tu casa? Uy, qué excitante suena eso...

La pareja se miró largamente mientras sonreían cada cual festejando a su manera aquel momento. Amy, que llevaba esperándolo desde hacía semanas, no pensaba poner ninguna clase de objeciones. Todo lo contrario. Niilo, que no le había dedicado muchos pensamientos a su propuesta antes de decirla en voz alta, tuvo que concentrarse para no soltar una carcajada y estropearlo todo.

—¿A que sí? —murmuró él, y la pareja volvió a enredarse en un nuevo intercambio de besos apasionados.

Amy creyó reconocer el barrio por el que el taxi los llevaba. Habían rodeado los jardines Kew haciendo la misma ruta que Abby y ella solían hacer cuando salían del colegio e iban estudiar a casa de Abby. ¿Eran vecinos?

El taxi se detuvo frente a un edificio de poca altura, corriente en la zona. Después de pagar la carrera, el motero la tomó de la mano y juntos se

dirigieron hacia la puerta frente a la cual el taxi los había dejado, intercambiando sonrisas insinuantes. Niilo la abrió permitiéndole pasar primero, pero no se apartó del marco. Los dos sabían que no había espacio suficiente para que ella entrara sin rozarlo, pero Amy se las arregló para que el roce se convirtiera en algo más.

Continuaron intercambiando sonrisas mientras él la tomó de la mano nuevamente y se dirigió hacia las escaleras. Cuando estaban subiendo el segundo tramo, Amy, que había tenido la ocasión de comprobar que el edificio contaba con un ascensor, soltó una pulla.

—¿Esta es tu manera de mantenerte en forma, o es que tienes miedo de meterte en un ascensor conmigo?

Él la miró de reojo, sonriendo, y al llegar al rellano de la primera planta, entró en el hall y continuaron andando hasta la puerta identificada con la letra “b”.

—Es sólo un par de escaleras, vivo aquí. El viaje sería demasiado rápido para darnos tiempo a nada... —Echó una mirada a Amy que se había puesto a su lado, apoyada contra la pared—. Aunque, quizás, la próxima vez podemos aprovechar y tocar el botoncito que pone “stop”. A ver qué pasa.

—Es una idea —concedió ella sin dejar de mirarlo. Su sonrisa seguía presente pero ya no era una sonrisa pícaro. Había insinuación y sensualidad, como siempre que lo miraba últimamente.

—Y digo yo... ¿No te preocupa que quizás nos entretengamos mucho dentro y nos perdamos esa cena sorpresa que habías preparado para hoy? —la tanteó Niilo, que se puso frente a ella y le rodeó la cintura con un brazo.

—Depende de lo largo que sea el entretenimiento... —murmuró ella jugando con los labios del motero—. ¿Cuánto te propones que nos demoremos?

La pareja se enredó en otro beso apasionado. Últimamente, era su deporte favorito cada vez que se veían. Ella encontraba adictivos los besos del motero. Y él la encontraba a ella adictiva, hiciera lo que hiciera.

—Podemos entretenernos lo que tú quieras. Soy todo tuyo.

—Ay, chico, creo que diciéndome eso te has metido en un problema...

—¿Sí?

—Ya lo creo —concedió ella, resistiéndose a abandonar los labios masculinos—. Podría convertirte en mi esclavo y no dejarte salir en una semana...

—Perfecto. Pero, es mi casa; en todo caso, la esclava serías tú... —Se

miraron con intensidad y los dos supieron que era el momento de abrir la puerta—. ¿Preparada para entrar en tu prisión?

Amy asintió enfáticamente. Si él tuviera la menor idea de cuánto tiempo hacía que ella esperaba ese momento...

—Preparadísima.

El motero abrió la puerta y se hizo a un lado para cederle el paso.

Entre las muchas cosas sobre las que Amy había tenido tiempo de fantasear en las eternas semanas que llevaban en el estadio "solo besos", estaba precisamente esta, su casa. Cómo sería, dónde estaría, qué impresión se llevaría al conocerla. Estaba claro que él no era de la clase de hombres que había conocido hasta el momento, pero, precisamente porque era único, se había hecho mil ideas distintas y todas, a su manera, encajaban.

Lo primero que notó fue que había un orden inusual, no ya para un hombre, sino en general; todo brillaba como una patena y no parecía haber nada fuera de su sitio. El mobiliario era claro, el espacio diáfano, las paredes de un blanco refulgente, todo estaba impoluto. No parecía la casa de un hombre. Durante un instante, Amy barajó la posibilidad de que todo aquello fuera un montaje, algo prefabricado con algún fin que ella aun desconocía, y se volvió a mirarlo con cara de "esto no me lo creo". Pero entonces una voz de mujer dándoles la bienvenida, la devolvió a la realidad completamente anonadada.

—Pero Niilo, ¿qué ha pasado?, ¿qué haces aquí otra vez? —La voz se oía cada vez más cerca y enseguida apareció una mujer delgada, alta y de aspecto más joven que sus casi cincuenta años—, ¡pero si vienes acompañado! ¿Es Amy?

Niilo disfrutó de esos instantes intensamente. La cara de su chica era un poema. Era una mezcla de asombro, "quiero salir corriendo", y "te voy a matar", todo al mismo tiempo.

—Claro, mamá ¿quién va a ser? Amy, te presento a mi madre.

Ella miró alternativamente a uno y a otro, y enseguida se dirigió hacia la mujer que le apretó la mano cariñosamente.

—¿Tu madre? ¡Pero si podría pasar por tu hermana! —dijo echando mano de su espontaneidad para disimular el shock del primer momento—. ¡Me tiene que dar la receta! Encantada de conocerla, señora.

—Ay, muchas gracias... Por favor, llámame Agnes.

—¡Hermanito, pero si nos has traído a tu chica! —dijo en aquel momento una segunda voz femenina, que a Amy le sonó a quinceañera. De

inmediato se encontró entre sus brazos cuando la muchacha se acercó a darle un beso como si la conociera de toda la vida—. ¡Bienvenida a casa, Amy!

—Ella es mi hermana Lea —explicó Niilo a Amy, quien lo miraba con un punto de desesperación en la mirada—. No te preocupes, enseguida nos vamos, ¿vale? Me aseo, cojo las llaves y nos vamos...

—De eso, nada —intervino su madre tomando a Amy por el codo con suavidad—. Llegáis justo a tiempo, estábamos poniendo la mesa para cenar...

—Mamá, tenemos una reserva, es que el coche nos ha dejado tirados. No nos podemos quedar.

—Claro que os podéis quedar, ¿le has preguntado a Amy si prefiere quedarse o irse? —dijo la mujer.

Niilo miró a Amy y luego a su madre.

—Mamá, quizás no te hayas dado cuenta, pero Amy tiene ganas de salir corriendo de aquí... —dijo riendo—. Me temo que se la he jugado, no le he dicho que vosotras estabais aquí...

Agnes se tapó la boca y Lea empezó a reír, haciendo imposible que nadie se mantuviera serio.

—Hombre, tanto como querer salir corriendo... —intervino Amy con una sonrisa de desesperación—. Parecen muy agradables, seguro que no me quieren comer,

—¿Ves? —dijo Agnes, tomando a Amy del brazo—. Venga, Niilo. Cámbiate que estás horrible con esas manchas, y luego ven a la cocina.

Episodio 18

Miércoles, 27 de enero de 2010.
Piso de Amy,
Londres.

La cena sorpresa había sido cancelada y, en su lugar, la pareja disfrutó de una cena casera con una cocinera de excepción, Agnes Jarvi, una inglesa de Manchester, que antes de cumplir los veinte se había enamorado perdidamente de un finlandés con quien acabó mudándose a Londres donde tuvo a sus dos hijos.

Amy lo había pasado bien. Superado el shock del primer momento, había disfrutado de la cena y de la compañía. Se notaba que la familia estaba muy unida, lo cual resultaba toda una novedad para ella. Única hija de un matrimonio de clase media alta, ambos ejecutivos que dedicaban mucho tiempo a sus negocios y poco tiempo a la vida familiar, nunca se había llevado bien con ellos. De hecho, había acabado marchándose de casa antes de acabar la educación secundaria.

Sin embargo, además de lo novedoso de la situación, también el mensaje encerrado en la botella era digno de destacar. Niilo volvía a sorprenderla, haciendo con total naturalidad algo que la mayoría de los hombres postergaban hasta que la situación era insostenible: presentarle a su familia. Algo que también añadía una nota cómica a su historia con Niilo; la de haber conocido a la familia del chico, antes de conocer (carnalmente) al propio chico.

Tras una larga sobremesa, la pareja había puesto rumbo a casa de Amy. Después de aparcar, como siempre, él la había acompañado hasta el portal.

—Porque el coche es mío y sé que no tuviste nada que ver, pero la

noche te ha salido tan redonda que durante un momento no pude evitar pensar que lo habías planeado todo —reconoció Amy.

—Nunca planearía algo así. No estoy tan loco como para estropear tu cena sorpresa de esta forma. Espero que no te haya importado...

—Bueno, quitando el primer momento en el que quise matarte... Y el siguiente en el que quise salir corriendo y que me duró como un cuarto de hora... —admitió Amy, risueña.

Ahora podía reírse, el mal trago había pasado y, por suerte, las otras dos mujeres de la vida de Niilo eran encantadoras, se habían desvivido por hacer que se sintiera a gusto, y lo habían conseguido. Pero los primeros instantes habían sido horribles.

—Lo siento, de veras... Es que no aguanto estar pringado. Tenía que cambiarme.

—No te disculpes, lo he pasado muy bien. Una vez que me sobrepuse a la sorpresa de averiguar que mi chico, al que todavía no conozco íntimamente, vive con sus padres... Eso sí que me resultó de lo más inesperado. Supongo que será porque yo abracé mi independencia antes que mi mayoría de edad... —dijo Amy, ya que no pensaba mentirle.

Niilo era del tipo de hombre que daba la sensación de tener una vida independiente, y haber descubierto que todavía vivía con su familia la había hecho sentir algo confusa.

—Bueno, es que, en realidad, son ellas las que viven conmigo.

El rostro de Amy adquirió seriedad inmediata.

—¿Qué quieres decir? No entiendo...

—Vivo sólo desde los veintidós, pero... ¿te acuerdas que te comenté que mi padre murió tras una larga enfermedad? —Amy asintió sin dejar de mirarlo con suma atención—. Fue terrible para mí, para todos, pero mi madre quedó desolada y mi hermana no levantaba cabeza. Hubo que ponerla en tratamiento psicológico y supongo que la situación sobrepasó a mi madre. Una tarde vinieron a casa, estaban fatal. A Lea le dimos un somnífero y la metimos en la cama. Mi madre me dijo que había que vender la casa familiar, que esas paredes cargadas de recuerdos se le venían encima, que se estaba asfixiando y no podía seguir adelante... Les pedí que se quedaran a pasar el fin de semana conmigo... Y allí siguen, un año después... Ninguno nos propusimos que fuera algo definitivo, pero la verdad es que nos hacemos falta. La ausencia de mi padre sigue pesando mucho, ¿sabes? Juntos estamos mejor.

Amy permaneció mirándolo en silencio. Niilo había vuelto a hacerlo. Con esa magia rara que tenía, acababa de transformarse ante sus ojos *otra vez*. Acababa de abrirle su corazón, hablándole de lo que había supuesto para él y su familia la muerte de su padre, de cómo ese suceso había cambiado sus vidas. Los hombres que había conocido se desentendían de la familia cuando se independizaban, la mayoría mucho antes. Se dedicaban a vivir su vida sin mirar atrás. El ejemplar único que tenía frente a sus ojos, en cambio, sacrificaba una independencia que había conquistado hacía años, abrazando a su familia y acogiéndola en su espacio personal porque “juntos estaban mejor”. Verlo para creerlo, pensó. Se sentía absolutamente deslumbrada por Niilo Jarvi. Por el ser, no solo por el hombre.

Él esbozó una ligera sonrisa, se inclinó a depositar un beso sobre la frente femenina.

—Está fresco aquí —murmuró—. ¿Me invitas a subir?

Amy exhaló un suspiro. Sacudió la cabeza, inundada por un cóctel de emociones intensas y nuevas. Muy diferentes de las que había experimentado en otros momentos cuando el sexo era inminente.

Su respuesta no hizo sino confirmar lo especial y único de *este* momento.

—Pensé que nunca ibas a pedírmelo, Niilo.

Pero si Amy había esperado, de alguna manera, que el Caballero Jedi continuara con su ritmo pausado de las últimas semanas, se equivocaba de medio a medio.

Niilo empezó a besarla tan pronto atravesaron el umbral del edificio, y continuó haciéndolo mientras avanzaban a trompicones hasta llegar a la puerta del piso. Allí continuó besándola sin liberarla más que el tiempo suficiente para permitirle buscar la llave. Amy lo dejó hacer, tan entregada a aquel momento como el motero.

—Por mí, podemos seguir aquí toda la noche, pero si quieres entrar vas a tener que dejarme que abra la puerta... —murmuró sobre sus labios.

La respuesta le llegó en forma de una embestida, no demasiado fuerte pero si lo bastante para comunicarle el mensaje, que estimuló a tope todos sus sentidos. Esta vez fue ella quien rodeó los labios masculinos y lo besó ardientemente.

—Por mí, puedes seguir besándome así el resto de la noche, pero te advierto que si sigues, no vas a poder abrir la puerta —se las arregló para

decir el motero, mientras continuaba robándole besos entre palabra y palabra.

Amy exhaló un suspiro. Aquello empezaba ser una auténtica locura de la que no quería liberarse.

—Vaya, Caballero Jedi, esto sí que no me lo esperaba...

—¿Qué es lo que no te esperabas? —dijo él reanudando las incursiones en su boca—. ¿Que te empotrara contra una pared? Como ves, soy perfectamente capaz de hacerlo.

Y tanto que lo era, pensó Amy. Estaba alucinando con la nueva faceta que él le estaba dejando conocer. Porque aunque en el fondo nunca hubiera acabado de creerse del todo ese ritmo lento y esos modos caballerosos, a fuerza de constancia, el motero había conseguido que aceptara que formaban parte de su personalidad. Pero este hombre, que la devoraba y la tocaba y se rozaba contra ella, insinuándose, no tenía nada que envidiarle a ninguno de los otros hombres que ella había conocido en su vida, Dylan incluido. Lo cual ya era mucho decir.

—Si te digo la verdad, podría quedarme exactamente así el resto de la noche... —reconoció Amy, con la voz entrecortada por la excitación.

Niilo respiró hondo, apoyó su barbilla sobre la frente femenina, e intentó recuperar la compostura.

—Dos minutos, no creo que pueda reprimirme mucho más —concedió y volvió a mirarla. Sus ojos se encontraron durante un instante y Amy se apartó de él como si quemara, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. A continuación, lo tomó por las solapas y se lo llevó consigo al interior, al tiempo que volvía a adueñarse de su boca.

—Estamos a tope —murmuró él.

La pareja ni siquiera había encendido las luces. Avanzaba a trompicones, quitándose la ropa, y era ella quien guiaba el camino a oscuras a través de su diminuto piso.

—Estamos a tope —reconoció ella.

Las prendas continuaron volando por los aires hasta que los dos estuvieron completamente desnudos. Entonces, ella lo empujó, arrancándole un grito de sorpresa.

—¡Eh... ¿qué haces?! —Niilo no acabó de decirlo, que rebotó contra el colchón y empezó a reír—. Tu piso es una caja de cerillas, ¿no?

—Es muy pequeño, sí —murmuró Amy, reptando sobre el cuerpo masculino—. Pero creo que es lo único pequeño que hay por aquí —añadió, insinuante, al tiempo que encendía la luz.

La pareja se miró largamente, regodeándose en su mutua desnudez, disfrutándola. Y cuando Amy había acabado de consolidar su posición dominante, situándose a horcajadas sobre él, Niilo la sostuvo por las nalgas y se puso de pie.

—Vaya... —murmuró, sorprendida.

Él solo tuvo que avanzar dos pasos para alcanzar la pared. Entonces, hizo que ella apoyara la espalda y le abrazara las caderas con sus piernas, consolidando su posición dominante.

—Vaya, vaya —volvió a decir Amy. Un gesto de agradable asombro a la par que de total aprobación.

—Donde haya una buena pared... —murmuró Niilo, insinuante.

—Y que lo digas...

Amy exhaló un suspiro ardiente y la pareja dio rienda suelta a su locura.

Jueves 28 de enero de 2010.

Casa de Tina Murphy.

Londres.

Tina miró su móvil con desconfianza. Era una especie de tic que cuando sonaba y ella tenía el día libre, el primer pensamiento era que sus jefes volvían a las andadas. Sin embargo, no eran ellos quienes llamaban, sino Andy. Y dado que sabía la razón de la llamada, tampoco se sentía muy inclinada a atenderla. Pero debía resolver ese asunto cuanto antes.

—Hola, cari, ¿que tal te trata tu máquina?

—*Mi máquina me trata muy bien, como siempre. ¿Que tal tú? ¿Estás en casa, o estás en el gimnasio comprobando una vez más que esos jefes que te has echado no te valoran nada?* —repuso Andy.

—No mentes al diablo. De momento, siguen firmes con las promesas que me han hecho. Vamos a ver cuánto les dura el bienestar.

—*Yo que tú, no me haría muchas ilusiones. ¿Cuántos años llevas en ese gimnasio? ¿Y cuántas veces has tenido la misma conversación con tus jefes?*

Era cierto. Tina llevaba muchos años trabajando para el gimnasio y los primeros meses la cosa había funcionado muy bien. Pero se había añadido un

tercer socio al negocio con una visión muy diferente, mucho más enfocada hacia el aspecto económico.

—Bueno, espero que esta vez haya sido la definitiva porque les he dejado claro que si tenía que volver a quejarme, me buscaría otro trabajo.

Andy sonrió para sus adentros y aprovechó la ocasión que Tina le servía en bandeja.

—*Tienes una oferta que te permitiría no tener que buscarte otro trabajo...* —dejó caer.

También era cierto, pensó la entrenadora. Después de hablar con su tío, Andy la había llamado para contarle la oferta que le había hecho y habían hablado durante un rato largo. Su familia y Dylan le habían aconsejado que la aceptara, pero ella había querido consultárselo, y dado que se trataba de una oferta realmente interesante, Tina había acabado recomendárselo también. Lógicamente, Andy había aprovechado la ocasión para volver a recordarle que la oferta seguía en pie. Pero aquella propuesta, que de provenir de otra persona habría sido algo a considerar muy seriamente por ella, en este caso había perdido todo atractivo. Las circunstancias habían cambiado entre Pau y ella. Él se había ocupado de dejarlo claro en su última visita a Londres sin invitación.

Y eso lo había cambiado todo.

La naturaleza de la oferta había venido a completar el cuadro, convenciendo a Tina de que lo mejor para todos era dejarlo estar. La cuestión era cómo explicárselo a su amiga del alma sin hierirla y, al mismo tiempo, evitar los rumores que tendrían lugar en cuanto abriera la boca. Todo un problema. Por eso no la había llamado para comunicarle su decisión.

—Las cosas no son tan fáciles como parecen —empezó a decir la entrenadora y Andy tuvo la primera sensación de que aquella conversación no acabaría como ella esperaba—. No digo que la idea de que seamos socias además de amigas no me encante, sabes que sí, pero implica cosas que, por el momento, veo dudosas. Así que mi recomendación es que aceptes esa oferta y sigas adelante como te lo habías planteado originariamente. Es tu sueño, Andy, tu gimnasio. Nada impide que cuando las cosas se aclaren, podamos plantearnos algún tipo de asociación, pero ahora, no. Lo siento, *cari*.

—*Joder, Tina. No puedes estar hablando en serio.*

La entrenadora hablaba muy en serio. No estaba preparada para enfrentarse a la posibilidad de regresar a Menorca sabiendo que el interés del tío de su amiga no era de puro desafío, sino de algo mucho más importante.

Había demasiadas cosas en juego, entre ellas su corazón, aunque hasta el momento Tina nunca se hubiera atrevido a mencionarlo.

—Me hiciste una propuesta, te dije que me lo pensaría y lo he hecho, *cari*. Por favor, no hagas que las cosas sean más difíciles de lo que ya son para mí.

El tono de Tina denotó que lamentaba estar haciéndole pasar ese mal rato a alguien que quería tanto, y enseguida cambió de tema.

—Venga, dime, ¿elegirás que tu treinta y tres por ciento lo cubra el grupo o pedirás un crédito personal?

Andy no estaba sola, parte de la familia estaba en el salón, junto a ella. También Dylan, que hasta entonces programaba códigos en su portátil y al oír su última frase había levantado la vista de la pantalla para comprobar que, en efecto, su mejor amiga, había declinado la oferta. Sentía la mirada de todos sobre ella y mucha desilusión. Sin embargo, el drástico corte que Tina había impuesto a la conversación, le había dejado claro, como tantas otras veces, que aquella era su última palabra y que no tenía sentido regresar sobre el tema. Así pues, se limitó a responder la pregunta.

—*Aún no lo he decidido... Antes quiero hablarlo con mi chico* —dijo apretando cariñosamente la mano de Dylan que le dedicó una de sus sonrisas ladeadas, intentando animarla.

—Bien pensado, Andy —dijo Tina—. Dale saludos de mi parte. Bueno, ya que estamos, dale dos besos. Es un tío genial y se los merece.

—*¡Marchando dos besos para mi chico de parte de Tina!* —repuso Andy riendo y se inclinó a besar la mejilla de Dylan. Él los recibió de muy buen grado.

A pesar de la risa, Andy tenía la sensación de que habían sucedido más cosas de las que Tina le estaba diciendo. Abandonó el salón para escapar de las miradas curiosas de su familia y se dirigió a la cocina.

—*Tina, tengo que preguntártelo. Y luego, si quieres, enójate, pero necesito saberlo.*

—¿Qué es lo que quieres saber, Andy?

—*¿Tus razones son de tipo familiar o están relacionadas con mi tío?*

Tina puso los ojos en blanco. No deseaba hablar del asunto, pero la pregunta había sido directa y conociendo a Andy, sabía que no lo dejaría estar.

—Tiene que ver con tu tío, ¿contenta?

—*Vale. ¿Y tiene que ver con mi tío a nivel personal o a nivel*

profesional?

—Mucho preguntas tú —fue la respuesta de la entrenadora.

—*Mira, Tina, si te sirve, jamás me creí que tus razones para no querer ni verlo estuvieran relacionadas con su forma de ser. Y márame si quieres, pero apostarí la cabeza a que él no te es indiferente. Por mi tío no apuesto; tengo clarísimo que tú le interesas. La cuestión es...*

Tina no la dejó continuar. Hasta ahí podían llegar las cosas.

—A ver, Andy, me da igual lo que tú creas sobre este tema. Sólo necesitas saber una cosa y es que vosotros sois mi segunda familia. No voy a asumir ningún riesgo. *Ninguno*. Y es todo lo que voy a decirte al respecto.

Cuando las amigas se despidieron, Andy regresó al salón. Había puesto muchas expectativas en que Tina aceptara ser su socia. Había soñado despierta con todas las ideas que sacarían adelante teniendo una empresa en común.

Y ahora, esa parte del sueño quedaba en suspenso, quizás para siempre.

Viernes 29 de enero de 2010.

Casa familiar de la familia Mayol.

Ciudadela, Menorca.

Después de aquel primer beso entre Jaume y Anna había habido más. Era como si aquel primer contacto hubiera quitado las cadenas a una necesidad de amar y ser amado que llevaba prisionera demasiado tiempo. Los pensamientos de preocupación y culpa ya no la abandonaban.

Por más que Jaume insistiera en que seguían siendo los mismos de antes, la realidad era muy diferente. En el hipotético caso de que su salud no fuera motivo de preocupación, exponer a sus hijos a que su madre mantuviera una relación con otro hombre era, por sí mismo, lo bastante serio como para plantearse.

Pero además, *su salud era una preocupación*.

El traslado a Menorca, la cercanía con la familia, la mejoría de su estado anímico, junto con el tratamiento de medicina china utilizado como complemento del tratamiento médico, habían logrado enlentecer el avance de la enfermedad, pero el deterioro físico, aunque lento, sucedía día a día.

Y ahora Jaume esperaba que ella acudiera a su fiesta de inauguración

del astillero y todo el mundo se daría cuenta de que volvían a ser pareja. ¿Cómo iba a exponer a sus hijos a una situación de la que ni siquiera les había hablado? Más aún, ¿qué pensaría Jaume cuando se enterara de que ella sufría ELA y que no se lo había contado? Seguir adelante era tremendamente injusto, cruel. Ese pensamiento le había dado el ánimo suficiente para presentarse en casa de Jaume, y aclarar las cosas.

Era la casa familiar de los Mayol, donde al fin y después de mucho darle vueltas, Jaume había decidido instalarse de forma definitiva. Llevaba veintitantos años en desuso, ya que la familia rara vez estaba allí más que un fin de semana de tanto en tanto. Los recuerdos de los días pasados allí en su adolescencia, regresaron a Anna al atravesar el pequeño jardín de la entrada. Lucía muy descuidado, lleno de hierbajos y matas secas. Él le había comentado que la semana siguiente iría un jardinero para adecentarlo. Anna tocó el timbre y esperó con las manos heladas por los nervios.

Jaume la miró sorprendido y enseguida le ofreció su mejor sonrisa.

—Pero mira a quién tenemos aquí... —dijo y ya la había rodeado con sus brazos al tiempo que reía.

Anna se lo quitó de encima con suavidad y se acomodó la ropa con aquel pudor que a él lo enternecía.

—Ven, pasa —invitó Jaume abriendo la puerta de par en par.

Ella entró en aquella casa intentando sobreponerse a su creciente nerviosismo. Conocía el camino, así que continuó hasta el salón mientras él comentaba que con tantas habitaciones necesitaría meses para ponerse al día en lo que él llamaba “las tareas de rehabilitación de la vieja casa de su niñez”.

—Jaume... Tenemos que hablar —dijo Anna interrumpiendo aquel monólogo feliz, en aras de poder aclarar las cosas cuanto antes y quitarse el enorme peso que sentía.

El rostro masculino se tornó algo más serio. Le mostró con un gesto el sofá para que tomara asiento y se acomodó a su lado, mirándola atentamente.

—Creo que esto que tenemos tú y yo se nos está escapando de las manos —empezó a decir con suavidad.

Un brillo pícaro iluminó los ojos del constructor de barcos haciendo que ella sacudiera la cabeza.

—Estoy hablando en serio. Hay muchas más implicaciones de las que crees en esos besos maravillosos que nos damos. Cosas que ignoras y que no deberías ignorar... Por eso estoy aquí.

Él esbozó una sonrisa tierna. Apoyó el codo sobre el respaldo del

asiento y se sostuvo la cabeza con una mano, mirándola con la misma ternura que la miraba siempre.

—Entonces, cuéntame eso que dices que no puede esperar.

Anna bajó la vista. Toda la energía y la determinación que la habían llevado a casa de Jaume se habían evaporado en un instante.

—Nunca imaginé que volveríamos a vernos y que pasaríamos tan buenos momentos juntos. Así que lo primero que quiero decirte es que para mí este tiempo ha sido un regalo, de los más preciosos que he tenido. Ya sé que para ti somos los mismos de entonces...

—Es que lo somos —la interrumpió él, su voz rezumando dulzura.

—No, no lo somos. Yo tengo dos hijos que todavía están recuperándose del giro dramático que dio nuestra vida hace unos meses, que nos trajo a este país y nos hizo conocer el dolor tan inmenso de perder a un hijo, a un hermano. Su padre, desgraciadamente, no ha sido un buen padre, pero ellos se han acostumbrado a vivir con su ausencia y exponerlos, de pronto, a que su madre tenga a otro hombre en su vida... Ya ves lo mal que lo está llevando Danny, y eso que cree que sólo somos amigos... No sé si estoy preparada para que ellos vean esa faceta de mí, Jaume. Para ellos soy su madre, no una mujer. Y también está Luz, no sé cómo cuadrar esto que tenemos con el mundo de responsabilidades que supone este ser pequeñito en mi vida. Todo lo que necesita, todo el camino que necesitará que recorra a su lado cuando a mí ya me deja sin aliento una caminata hasta el puerto... — Anna bajó la cabeza, el sentimiento de culpa la estaba asfixiando—. Lo que me lleva a algo que debí decirte desde el principio...

Jaume tomó la mano de Anna, la acarició suavemente. La acercó hasta sus labios y depositó sobre ella un beso.

—Sé todo lo que necesito saber, créeme.

—Esto no.

—Sí, eso también. Tienes ELA, lo sé, Anna —repuso Jaume con ternura.

Ella se quedó helada. No podía entender cómo lo sabía. Tampoco que sabiéndolo jamás le hubiera dicho nada. Ni un comentario, ni una mirada compasiva. Nada.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde antes de volver a verte.

La consternación de Anna creció ante su respuesta. Porque, de pronto, tomó conciencia de que el hecho de que Jaume se hubiera involucrado en su

vida a pesar de saber que ésta tenía fecha de caducidad, constituía una prueba irrefutable de sus sentimientos hacia ella. Y como le había sucedido en innumerables ocasiones con el mismo hombre, la sensación de sentirse adorada por él volvió a invadirla, llenándole los ojos de lágrimas.

—Dios... No puedo... —Anna se cubrió los ojos con una mano y sollozó en silencio, mientras él la rodeaba con sus brazos, acunándola con ternura.

—No te preocupes, amor. A mí no me preocupa. A tu lado me siento poderoso y sé que tú también te sientes igual.

—¿Y el futuro, Jaume? No quiero ser yo la causa de que vuelvas a sufrir. Tu pérdida ya es demasiado grande para añadir otra. No quiero ser yo.

—¿Qué tonterías dices, mujer? ¿Cómo puedes llamar pérdida a lo más grandioso que me ha pasado después de mi hijo? Prefiero una hora contigo, a una vida sin ti.

Anna quiso contener el llanto, pero aquellas palabras habían calado demasiado hondo en un corazón necesitado de esa clase de amor, una que jamás había recibido de parte de Chad Avery. La emoción la embargó y durante un rato no pudo sino llorar en silencio mientras Jaume la acunaba entre sus brazos.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Quién te lo dijo? —quiso saber Anna, al cabo de un rato, cuando el llanto cesó. Se sentó mejor en el sofá y se acomodó la falda bajo la atenta mirada masculina que ya no se apartaba de ella.

—Me lo dijo tu hermano cuando nos encontramos en el almacén de materiales. Y tu padre volvió a decírmelo después. Ya sabes, para asegurarse de que me quedaba claro —repuso él, divertido.

Anna lo miró asombrada.

—¿Mi padre?

—Sí, señorita, tu padre. Entenderás ahora por qué me inspira tanto respeto... —Jaume se echó a reír.

—No me lo puedo creer. De verdad que me asombra saberlo.

—Tienes a un ejército de gente custodiando tus preciosas espaldas. No debería asombrarte; es lo que te mereces. Que te adoremos y te cuidemos y te demos cada día lo importante que eres para nosotros. —La emoción volvió a hacer acto de presencia en Anna y Jaume se apresuró a aquietarla—. No, no, no, no... Basta de lágrimas, señorita. Ahora que te tengo en mi territorio, sin moros en la costa... —y añadió un sugerente movimiento de cejas que consiguió cambiar el tono del momento.

Los ojos de Anna, cargados de emoción y de agradecimiento, recorrieron las facciones masculinas.

—Abrázame fuerte —le pidió en un susurro.

Él no se lo hizo repetir y Anna se acurrucó contra su pecho.

—¿Podrías hacer que el tiempo se detenga en este minuto, por favor? Quiero quedarme exactamente así el resto de mi vida —volvió a decir ella.

Jaume buscó su mirada y sus labios ya acariciaban los de Anna cuando susurró: “Amor, haría cualquier cosa por ti”.

Episodio 19

Viernes 29 de enero de 2010.
Casa de Pau Estellés,
Ciudadela, Menorca.

La noticia del rechazo de Tina había circulado con rapidez en la familia. Cuando Francesc Estellés fue a recoger a Alba para acompañarla durante la excursión del colegio programada para aquella mañana, la expresión del rostro de su hijo le informó alto y claro que él ya estaba al tanto.

Pau le había ofrecido un café, como de costumbre, que él había preferido declinar. Habían hablado de las novedades de la empresa y hasta habían tenido tiempo de comentar acerca del nuevo proyecto inmobiliario que acometerían los Martí con los emiratíes como socios. Su hijo pretendía hacer parecer que era el de siempre, pero no consiguió engañarlo.

—Así que el grupo tiene un nuevo proyecto en vista... —comentó Francesc, decidido a sacar el tema.

—Sí, la verdad es que es un buen proyecto. En cualquier caso, era eso o perder a Andy. Y no estaba dispuesto —repuso Pau, al tiempo que se sentaba frente a su padre con un *espresso*.

—Por supuesto, Andy es demasiado valiosa. Había que intentar retenerla entre nosotros —concedió Francesc, que cada vez que hablaba de Andy no podía ocultar su orgullo de abuelo.

Pau asintió y bebió otro sorbo.

—Ciro ha estado entrevistando a algunos de los candidatos que yo le he pasado. A ver si alguno lo convence y conseguimos contratar a un sustituto lo antes posible. De otra forma, como llegue la primavera y no hayamos

resuelto este tema, va a ser un problema.

—Sí, acabo de pasar por el restaurante y he echado un vistazo a un par de expedientes. Hay uno que a Ciro le interesa.

—¿El alicantino que entrevistó anoche? —preguntó Pau interesado.

Francesc asintió con la cabeza varias veces.

—Sí. Es un poco joven, pero también lo es Andy, para el caso. A Ciro le gustó y a mí me pareció que tiene un buen currículum.

Pau volvió a asentir.

—Sí, a mí también me gustó. Tiene muy buena experiencia y es alguien inusualmente desenvuelto en el trato directo.

—Ya sé lo de Tina —dijo Francesc, entrando directamente al tema que le interesaba. Vio que su hijo volvía a tomar un sorbo de café tras lo cual permanecía mirándolo, sin más—: ¿Y ya está? ¿Es todo?

—¿Desde cuando mis asuntos personales son de tu incumbencia?

—Desde siempre —repuso Francesc con desparpajo.

—Hace mucho que dejé la adolescencia atrás, padre. No pienso hablar de mi vida privada contigo.

—Me da igual si hablas conmigo de tu vida privada o no. Lo que quiero es que hagas algo al respecto.

—¿Algo como qué?

—Luchar —fue la respuesta de su padre.

Tenía gracia. “Luchar”.

—Ya lo hago.

—Parece que no muy bien.

Pau pasó de la incomodidad a la mala uva sin solución de continuidad. Era sorprendente viniendo de alguien que se había pasado la vida dándole toda su energía a los negocios y negándose a la gente que, supuestamente, le importaba.

—¿Qué sugieres, padre, que me instale en Londres y me dedique a perseguirla hasta que diga que sí?

Francesc volvió a sorprenderlo.

—Si hace falta...

Pau resopló. Dejó la taza de café sobre la mesilla. Era lo que le faltaba por oír.

—No sé si es porque te estás haciendo mayor, o qué. Mi realidad no es como tú supones. Tengo una hija, un millón de responsabilidades. No puedo hacer eso. Suponiendo que quisiera hacerlo, no puedo —repuso, dando la

conversación por acabada.

Francesc vio como su hijo se levantaba y abandonaba el salón. Sabía lo que Pau pensaba al respecto, pero el transcurso de los años se había ocupado de poner las cosas en su justo contexto. Seguía siendo un hombre que le concedía mucha importancia a los negocios, en ese sentido Pau y él se parecían mucho. Sin embargo, ahora que toda la familia volvía a estar en Menorca, permitiéndole mantener una relación cercana con sus nietos más jóvenes, ahora que su carrera profesional había pasado a un segundo plano, las cosas simples de la vida que antes había desdeñado, se habían vuelto mucho más importantes. Y tenía tan claro que Pau necesitaba rehacer su vida como que su hija necesitaba a alguien que ocupara el lugar que su madre biológica nunca había ocupado. Tina era la primera mujer en casi una década que había conseguido despertar el interés de Pau y no quería que su hijo cometiera los mismos errores que él había cometido, centrándose en sus responsabilidades, en sus ambiciones, a costa de las relaciones personales. Al fin y al cabo, no sólo de dinero vivía el hombre.

Pero esa conversación que los hombres pensaron que mantenían a solas, había sido presenciada por la benjamina de la familia. Con apenas seis años, Alba no entendía lo que realmente estaba sucediendo, pero comprendía el lenguaje de las emociones. Su padre estaba triste y, de alguna manera, la pequeña sintió que tenía que ver con ella.

Cuando Pau regresó al salón, la niña, que se había quedado detrás de la puerta sin acabar de decidirse a entrar, fue directamente hacia su padre.

—¡Eh, qué abrazo más bueno! ¿Repetimos? —dijo Pau meciéndola como hacía siempre. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la niña lloraba.

—¿Qué pasa, princesa?!

—No quiero que estés triste, papi —dijo la pequeña entre sollozos.

—¿Pero de dónde has sacado eso? ¿Cómo voy a estar triste si tú estás conmigo? Venga, mírame, Alba. Por favor, mírame.

Y cuando la pequeña al fin mostró su rostro, y él vio sus mejillas bañadas en lágrimas, comprendió que la niña los había escuchado hablar.

—No quiero que te preocupes, Alba. Papá está perfectamente.

—¿Me lo dices en serio?

Los hombres intercambiaron miradas preocupadas.

—Claro, princesa, totalmente en serio. Venga, vamos a por el abrigo, que el abuelo te está esperando y os lo vais a pasar genial en esa excursión.

—¿No vas a venir con nosotros? —el rostro de la pequeña volvió a oscurecerse.

—Ahora no puedo, pero en un par de horas cuando hagáis la pausa para el tentempié, os alcanzo, ¿de acuerdo?

—Te quiero mucho, mucho, mucho, papi.

—Y yo a ti, princesa.

La niña esbozó una sonrisa un poco tristona, pero para alivio de su padre el sol pronto volvió a brillar en su rostro.

Bar The MidWay
Hounslow, Londres.

Ike miró la pinta que Maverick acababa de servirle y luego a él.

—¿Desde cuando bebo *guinness*? Ese era el irlandés, lo mío es la cerveza rubia, pero a estas horas, café, gracias.

Maverick regresó al planeta Tierra de golpe.

—Disculpa, tío, tengo la cabeza en otra parte...

“Sí, efectivamente, la tienes en otra parte, pero no es de ahora”, pensó Cheryl que sirvió el pedido de Ike y lo puso delante del motero con un pequeño sandwich de aperitivo.

—Discúlpalo, el jefe lleva en Babia un par de días. ¿Me pregunto si la llegada de cierta rubia tuvo algo que ver? —dijo la camarera con retintín.

El asunto interesó inmediatamente a Ike, no solo porque le ofrecía la ocasión de meterse con el socio más reciente del bar, sino por de quién venía. Dejar de tener el coco sorbido por Chelsea le había ayudado a abrir los ojos y ver que había cosas muy interesantes que se estaba perdiendo en ese bar, a pesar de que acudía allí todos los días.

—No me digas... ¿Una rubia? —se interesó el motero, y fijó sus ojos en el barman.

Ya estaban con las bromitas otra vez, pensó Maverick.

—Que rubia ni rubia. Ojalá... Estaba despistado, nada más, ¿a ti no te pasa? —comentó el barman, alejándose de la pareja en un intento de dar por terminada la conversación.

No le gustaban las bromas, pero tenía que reconocer que de haber estado en su lugar habría hecho lo mismo. Estaba en Babia. Intentando dejar

de pensar en la mujer preciosa que había acaparado toda su atención, a la que no había vuelto a ver, y de la que no sabía absolutamente nada. Se sentía un estúpido, un crío en plena pubertad, incapaz de dejar de pensar en la chica de sus sueños.

“La chica de sus sueños”, pensó con sorna. Menos mal que los pensamientos no podían oírse, que si no se libraría de las bromas hasta el final de sus días.

Desde que la había visto, no había podido dejar de pensar en ella. Era como un pensamiento recurrente. Se hacía mil preguntas porque, en el fondo, buscaba una razón que explicara por qué alguien como él, más concentrado en el trabajo que en ninguna otra cosa, de pronto se había quedado paralizado como si acabara de ver un ser de otro mundo.

No había encontrado ninguna razón que explicara el porqué. No tenía la menor idea de qué había sucedido en esos instantes en que sus ojos habían descubierto su atractiva figura sentada a la barra. No había vuelto a verla, no sabía nada de ella y quería, *necesitaba*, saberlo todo. La cuestión era cómo.

Dakota apareció en el bar con el habitual sonido de cadenas que lo precedía y se dirigió a la barra saludando moteros a su paso. A Maverick se le encendió la bombilla.

—Pásame el casco, anoche me lo dejé en el despacho —pidió Dakota y notó que Ike estaba al final de la barra conversando con la camarera—. ¿Otra vez ese tío aquí?

El barman depositó el casco del motero sobre la barra.

—Te lo dejaste en la barra, tío. Últimamente tienes la cabeza en cualquier lado. Y sobre el otro asunto... Dijiste que no querías verlo con Chelsea y ha roto con ella hace unos días. Y sí, es él, el tesorero de Los MidWay Riders y este es el bar donde se gasta la pasta. A mí me parece bien. Espero que a ti también.

Dakota le regaló una de sus miradas sardónicas.

—Me vale que se deje aquí la pasta. Pero él no. Nunca me ha gustado. Y para tu información, a Evel tampoco.

—Tranquilo, tío... No tiene que gustarnos, sólo tiene que gustarnos su billetera, y por si no te has dado cuenta, es abultada.

Dakota se limitó a asentir. Ike no era de su agrado y nunca lo sería, pero estaba forrado. Y mientras no trajera a esa zorra al bar le parecía perfecto. Además, él ya rara vez servía cervezas detrás de la barra con lo cual le resultaba más fácil ignorar a los infaltables gilipollas que aparecían por el

bar.

—Por cierto, ya que has venido... Quizás puedas echarme una mano con algo...

Dakota miró a su socio con cara de “no me fastidies, tío”. Desde que el motero de las rastas se había dado un leñazo con su moto a principios de año, él llevaba trabajando a destajo en el taller. Como le dijera que la mano tenía que echársela detrás de la barra iba a haber un terremoto.

Maverick leyó entrelíneas y sonrió.

—Tranquilo, tío, es facilito... El miércoles, Tess tuvo una entrevista sobre las once y media de la mañana.

Dakota miró al barman con expresión divertida.

—¿Y qué? ¿Se supone que tengo que saberlo?

—Venga ya, hombre... Te sabes de memoria la agenda de tu mujer —bromeó Mav, aunque por dentro la ansiedad se lo estaba comiendo vivo.

—Bueno, que la sepa de memoria no quiere decir que quiera compartirla contigo. ¿Qué interés tienes tú en saber con quién estaba mi mujer anteayer a las once y media, si se puede saber? —preguntó Dakota. Ya no había sonrisas en su cara.

El barman soltó un bufido. No obtendría lo que deseaba a menos que ofreciera cierta información a cambio.

—Es la mujer más bestial que he visto en mi vida, tío, y quiero saber quién es —admitió después de acercarse a Dakota para que la conversación fuera privada.

—¿Me estás preguntando por una tía? —preguntó el motero asombrado.

Maverick asintió varias veces con la cabeza

—Si la hubieras visto, lo entenderías.

Dakota conocía la agenda de su esposa al dedillo. Aunque no hubiera sido así, habría sabido a quién se refería el barman porque Tess le había hablado de dicha visita. Habían hecho buenas migas y, de hecho, era bastante posible que acabaran haciendo negocios juntas.

—¿Y qué es lo que quieres saber?

—Lo que puedas decirme.

—Dependerá de cuánto estés dispuesto a pagar por esa información.

—El precio que sea —repuso él dejando a Dakota más asombrado que antes.

—Sí que te ha dado fuerte —siguió bromeando el motero, pero

entonces se dio cuenta de que Maverick ya no lo hacía. Le resultaba increíble y, a la vez, divertido que un tipo que vivía concentrado en lo que sucedía en el bar, de pronto, tuviera semejante interés en algo que no estaba relacionado con esas cuatro paredes.

—Se llama Shea —empezó a decir Dakota y vio como la expresión de su socio cambiaba completamente—. Dirige una imprenta, me pareció oír que está disponible, y...

El motero dejó de hablar a propósito.

—¿Y...? —repitió Mav, ansioso por oír el final de la frase.

—¡Es la hermana de Dylan, tío!

Dakota disfrutó al ver cómo la expresión del barman volvía a cambiar, esta vez a consternación.

—¿Es la hermana del irlandés?

El motero asintió con la cabeza sin poder parar de reír.

—Jo-der —dijo Maverick, alucinado.

Un poco más tarde ese mismo día.

Zona de Piccadilly Circus,

Londres.

Tenía que estar loco de remate, pensó el barman del MidWay al tomar conciencia de lo que estaba haciendo. Un momento fugaz de realidad durante el cual sintió unas intensas ganas de dar la media vuelta y salir corriendo de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Después de su conversación con Dakota, Maverick se había lanzado a la aventura. Creer saber dónde encontrarla había disparado sus ganas de verla. Así que después de convencer a Dakota de que aquella mañana se ocupara de la barra del bar durante una hora y de pedirle a Ike que le prestara su moto, estaba allí, en pleno Piccadilly, frente al edificio donde Dylan vivía cuando estaba en Londres. Juntando coraje para cruzar la calle, tocar el timbre y salir de dudas.

Era una auténtica estupidez lo que estaba haciendo. Que ella fuera hermana del irlandés, no implicaba en absoluto que estuviera viviendo en su casa. Por otra parte, y suponiendo que viviera allí, ¿qué iba a decirle? ¿Cómo iba explicar su presencia?

Maverick sacudió la cabeza. Era un asunto de locos. Al fin, cruzó la calle y tocó el timbre sin darle más vueltas al tema. Tenía que verla, eso era todo lo que sabía.

Transcurrieron varios segundos y nadie respondió. Él volvió a tocar pensando que la falta de respuesta no era más que una confirmación de la tamaña estupidez de desatender el trabajo para intentar ver a la chica en la que no había podido dejar de pensar, como si fuera un quinceañero.

Pero justamente en ese momento, cuando la estrepitosa sensación de vergüenza y de sentirse un extraño para sí mismo, se estaba adueñando de él, la puerta se abrió y Mav se quedó helado.

Era ella, la mujer más preciosa de la galaxia.

Shea lo reconoció, aunque en un primer momento, no tuvo claro dónde lo había visto antes. Enseguida, la imagen del hombre de patillas al estilo Elvis Presley y los ojos impresionantes que la miraban con inusual insistencia, regresó a su mente trayendo consigo la misma familiaridad y, por qué negarlo, la misma sensación de halago que entonces.

Durante unos instantes ninguno dijo nada. Shea, porque todavía no acababa de entender qué estaba sucediendo. Mav, porque lo entendía demasiado bien; volver a verla había confirmado que, en su presencia, hasta el cerebro se le convertía en gelatina.

Sin embargo, era él quién había tocado el timbre. Gelatina o no, le tocaba a él abrir fuego.

—Soy Maverick McCrae, Mav, nos conocimos anteayer, en ese bar de moteros de Hounslow...

Shea asintió con la cabeza, pero no añadió nada más. Maverick se puso las manos en los bolsillos y volvió a respirar hondo.

—Bueno, en realidad, no tuvimos la ocasión de conocernos, así que la palabra “coincidimos” lo describe mejor... Tú estabas allí, tomando un café mientras esperabas a Theresa Gibb-Taylor y yo salí de la bodega y te vi... — Mav hizo un gesto gracioso con las cejas al darse cuenta que había hecho bastante más que verla—. No te quité los ojos de encima y seguro que pensaste qué bicho me había picado...

Maverick hizo una pausa porque realmente no sabía cómo continuar. Esa situación era de lo más incómoda. Lo peor era soltar toda esa parrafada procurando no mirarla porque como lo hiciera... Esos inmensos y preciosos ojos grises de pestañas tupidas eran adictivos.

—Discúlpame, venir ha sido una estupidez por mi parte. Soy amigo de

tu hermano y lo último que quiero es que te sientas acosada —dijo él pensando “vaya mierda de presentación”.

Shea, en cambio, ni se sentía acosada ni tenía nada que objetar a su presentación. Él la había impresionado desde el primer momento. No sabía muy bien por qué. El persistente interés del barman la halagaba.

—¿Así que eres amigo de Dylan? —preguntó—. ¿Os conocéis del bar?

Maverick sintió que el alma regresaba a su cuerpo. Volvió a respirar a todo pulmón mientras pensaba que la vida daba unas vueltas increíbles.

—No, en realidad, no nos conocemos del bar. Fue en una fiesta. Tu hermano intentaba arreglar el audio, que se había estropeado, y yo... —No había otra forma de decirlo así que la verdad pura y dura tendría que valer—. Yo salía de dentro de una tarta.

Mav disfrutó al ver cómo aquellas cejas tan rubias, que coronaban los ojos más hermosos que había visto jamás, se curvaban.

—¿De una tarta? ¿Eres estriper?

Había sido estriper. Para él era una profesión como cualquier otra, pero, en aquel momento, tuvo la sensación de que algo había cambiado en la mirada femenina.

—Sí, bueno, era estriper. Ya sabes, en mis locos años adolescentes...

Shea analizó aquel rostro varonil con interés. Era joven, muy joven, a pesar de esas enormes patillas y esa barba recortada al máximo que le quedaban tan bien.

—De eso no hace tanto tiempo...

—Qué dices. No soy tan crío como parezco. Ahora soy uno de los dueños del bar —dijo Maverick.

Y le encantó ver cómo aquel rostro precioso se iluminaba con una sonrisa.

Episodio 20

Viernes 29 de enero de 2010.

Bar The MidWay,
Hounslow, Londres.

—Míralo qué contento viene —dijo Dakota.

Se refería al nuevo socio del bar a quien, por lo visto, las cosas le habían ido bien.

Cheryl echó un vistazo de soslayo al individuo que avanzaba hacia la barra como si viniera dispuesto a comerse el mundo (o de habérselo comido ya), y no pudo evitar que el estómago se le retorciera de rabia. Primero, se había quedado como un pasmarote mirando a esa tía estirada y blanca como un papel, y ahora, se había ido a por ella sin saber más que su nombre.

Hombres.

—Menos mal que me dijiste que volvías en una hora —se quejó Ike, atrapando al vuelo las llaves de su moto—. Un poco más y echo raíces aquí.

—Si, tío, lo siento... Me he retrasado un poquito. Pero no me lo tengas en cuenta, te invito a un café.

Dakota, con los codos apoyados sobre la barra, miraba la interacción de los dos moteros con sumo interés. A su socio le habían crecido hasta las patillas de la alegría. Estaba claro que las cosas le habían ido mejor que bien y se moría por averiguar los detalles. En cuanto a Ike, seguía pensando que era de la clase de personas a la que había que ponerle de comer aparte, pero le había gustado el gesto que había tenido con Maverick de dejarle las llaves de su Kawasaki. Era el primer gesto de Ike que veía en años que le gustaba. Para tenerlo en cuenta.

—Mientras lo pagues de tu bolsillo y no lo cargues a la cuenta del bar

—dijo Dakota mirando de reojo a Ike—. Yo a este no le invito ni a un vaso de agua.

—Ni falta que hace —repuso Ike. Bromeaba, por supuesto, porque viniendo de alguien que apenas le dirigía la palabra, esa observación tan al estilo Dakota, le resultó una novedad.

A Maverick normalmente no le sentaban bien las observaciones excesivamente sinceras de su socio, pero esta vez estaba demasiado contento para tenérselo en cuenta.

—Claro, hombre, no te preocupes... Lo que gano aquí me da para invitarle a un café. Más, no —bromeó.

—Por tu buen humor deduzco que a ella le han gustado esas patillas tan Elvis que llevas —dijo Dakota, que ya no podía aguantar las ganas de saber.

Maverick pasó al otro lado de la barra con un salto atlético, y se dirigió hacia la máquina a servirle un café al alma caritativa que le había librado de los atascos londinenses, cediéndole su moto durante un rato. Por el camino se cruzó con Cheryl, quien se limitó a dedicarle un parco "hola".

—Me ha ido mucho mejor de lo que esperaba —reconoció en cuanto la camarera estaba lo bastante lejos para oírlo—. Hasta nos tomamos un café.

—Con razón me has tenido aquí dos horas...

—Si hoy tocó café, lo siguiente será mojar. Ya era hora, tío. Nos tenías bastante preocupados —se burló Dakota.

Maverick controló con la vista lo que hacía Cheryl. La relación laboral con ella era un poco tensa todavía, pero había mejorado las últimas semanas. Ahora, claramente, empezaba a ir cuesta abajo. Y eso iba a ser un problema porque, después de haber estado con Shea, tenía mucho más claro que antes que seguiría viéndola. Todo lo que pudiera, cuanto más mejor.

—¿A quiénes te refieres? —preguntó Mav.

Se refería a Evel, y no por las razones que había expuesto, sino por lo que había sucedido la fiesta de Nochevieja. Los dos sabían que Cheryl estaba interesada en Mav y aquella noche él había demostrado que no era recíproco.

—Tranquilo, hombre, era una broma. Con esos estriptis que gastas de tanto en tanto, tienes el suministro femenino asegurado. Si te las follas o no es tu problema. Como no entra en el contrato, no tenemos nada que decir.

—¿Como eres tan bestia, tío? —se quejó Mav—. De verdad, Dakota, lo paso fatal cuando te oigo hablar así.

El motero pelilargo le palmeó el hombro al pasar a su lado. No era el primero ni sería el último en decirlo.

—Ya te acostumbrarás —repuso. Ike y Maverick intercambiaron miradas mientras Dakota se alejaba hacia el otro extremo de la barra donde estaban las escaleras que conducían al ático.

—Así que la hermana de Dylan... —dijo Ike con cara de “ve con cuidado”.

A pesar de lo feliz que se sentía, Maverick no pudo evitar asentir con la cabeza.

Tenía gracia, pensó Dakota, que de todas las mujeres del mundo el nuevo socio del bar hubiera ido a poner sus ojos justamente en la hermana del irlandés. Grande tenía que haber sido el impacto que ella le había causado para que, a pesar de saberlo, Maverick no hubiera dudado en seguir adelante con su locura. Qué rabia que el día en cuestión, él no estuviera en el bar para ver su momento “pasmado”. Por lo que le habían contado, se había quedado como si lo hubieran clavado al suelo. Le habría encantado ver como alguien que era capaz de hacerle la pelota hasta a una monja se quedaba mudo.

El motero llegó al pie de la escalera y abrió la puerta de su casa. Para entonces Maverick y su aventura habían quedado atrás. Ahora, su interés se centraba exclusivamente en la preciosidad con piernas de infarto que había conseguido hacerle sentar la cabeza, a quien pensaba darle un morreo en condiciones antes de poner rumbo al taller.

Dakota avanzó por el ático llamando el nombre de Tess en voz alta, al tiempo que miraba hacia cada estancia que pasaba a izquierda y derecha, buscándola. La falta de respuesta le hizo fruncir el ceño. Miró la hora y la cotejó con la imagen mental que guardaba de la agenda de su mujer. Tenía que estar en casa, ¿por qué no respondía?

Dakota empujó la puerta de la habitación que, al final del ático, habían dedicado a la sede social provisional de la editorial, y allí estaba ella. Sentada frente al escritorio, rodeada de papeles, con el teléfono en la mano...

Y llorando a mares.

El motero pasó de la alegría al pánico en fracción de segundos. Se arrodilló frente a Tess.

—Eh, bollito, ¿pero qué pasa? —dijo mientras intentaba calmarla—. Oye, nena, me estoy acojonando...

Tess intentó explicar lo que sucedía, pero la emoción se había adueñado

de ella y no le permitía articular una sola palabra. A Dakota empezó a írsele la cabeza, y dado que siempre que había habido crisis, su suegra estaba en medio, sus sospechas apuntaron en esa dirección.

—¿Qué pasa, Tess? No me digas que tu madre está dando por culo otra vez porque te juro que me voy a tu casa ahora mismo y monto la de Dios — advirtió.

—No... no....

Al fin, la editora empezó a calmarse y lo primero que dijo le devolvió el alma al cuerpo al motero.

—No... No pasa nada... —dijo Tess de forma entrecortada. Tragó saliva, intentando dejar de llorar—. Estoy bien... No pasa nada... O mejor, pasa algo fa... fabuloso...

La voz de Tess volvió a quebrarse y sus lágrimas rodaron nuevamente mientras ella se abanicaba con una mano como si aquel movimiento tuviera alguna conexión secreta con sus glándulas lagrimales. Él tomó su rostro entre las manos, cada vez más nervioso.

—¿Has dicho “fabuloso”? ¡Joder, bollito, por favor deja de llorar y dime lo que pasa!

Dakota la ayudó a ponerse de pie, ocupó el sitio de Tess, y acto seguido la hizo tomar asiento sobre sus piernas.

—Uno de estos días me vas a matar de un infarto, nena... A ver, por favor, cálmate y cuéntamelo.

—Es que estoy tan contenta... —consiguió decir la editora y volvió a quedarse muda de la emoción—. ¡Dios, no puedo parar!

Tess se cubrió la boca con una mano y respiró profundamente intentando serenarse.

—¿Contenta? Te juro que no se nota... ¡Menudo susto...! —Dakota la estrechó entre sus brazos cariñosamente al tiempo que reía.

—Verás... —empezó a decir la editora, que hizo otra pausa para respirar profundamente. Tras secarse las lágrimas, continuó—: el miércoles tuve un sueño, no me preguntes qué, no lo recuerdo bien, solo sé que cuando me desperté tenía que hacer algo. Busqué una clínica de ginecología que me quedara cerca de dónde iba a estar esa mañana, llamé y pedí cita para una ecografía.

—¿Has ido a hacerte una ecografía y no me has dicho nada? —Fue todo lo que consiguió decir Dakota, asombrado.

—Sí, lo sé, lo sé... Pero es que fue un palpito. Me daba miedo

decírtelo, que te ilusionaras, y que luego las cosas siguieran igual, que no hubiera cambios...

El corazón de Dakota se saltó un latido. ¿Quería decir que las cosas *no* seguían igual?

—Pero han cambiado —dijo el motero en un susurro.

Tess asintió con una sonrisa inmensa.

—Mi tumor está por debajo del límite de seguridad. —Una frase que la pareja había acuñado para referirse a un estadio en el que un embarazo bajo estricta supervisión médica empezaba a ser factible.

Dakota estrujó a Tess entre sus brazos, concediéndose unos instantes para procesar aquella noticia que lo había sacudido hasta lo más recóndito de su ser. Después de meses de tortura presenciando el sufrimiento de Tess, su frustración y su desesperanza, de pronto, convertirse en padres volvía a ser una posibilidad.

—Vaya sorpresa te he dado, amor —murmuró ella al ver su reacción. La emoción lo había dejado mudo.

Él asintió con la cabeza al tiempo que sonreía, todavía turbado por la emoción.

—Estaba tan sorprendida —continuó Tess—, y tan ilusionada, que quise asegurarme el siguiente paso antes de decírtelo. Ya sabes que el médico no es partidario de esta idea que para nosotros es tan importante, así que en cuanto salí de la clínica, fui a su consulta. Me colé en su despacho —admitió, riendo sorprendida de sí misma y al ver que Dakota abría los ojos desmesuradamente, asintió con la cabeza—. Como lo oyes, ¡qué vergüenza! Pero no podía esperar y, claro, él tuvo que salir para atenderme.

—¿Y?

Tess río de pura alegría.

—No le gustó nada. Ni que le interrumpiera, ni que me hiciera una ecografía por mi cuenta, ni, por supuesto, que apareciera de forma tan intempestiva en su consulta con la clarísima intención de obligarlo a replantearse el tratamiento. Supongo que me vio tan desesperada que conseguí arrancarle un “me lo pensaré” —Tess esbozó una sonrisa triunfal—. Quedamos en que él estudiaría la posibilidad de dar luz verde al tema embarazo, y me llamaría.

Para Dakota había dejado de existir todo lo demás, sólo estaban él, esa mujer a la que amaba con locura, y el hijo que ahora los dos deseaban tan intensamente.

—¿Y? —murmuró él, ansioso.
—¡Ha dicho que sí! —exclamó Tess—. ¡Ha dicho que sí!
La pareja volvió a abrazarse, dando rienda suelta a su alegría.
—Nos espera el lunes a las diez de la mañana para hablar del tema “nuestro hijo”.
—O hija —matizó Dakota, robándole besos.
Tess sonrió enternecida.
—O hija. Claro, amor. ¿Podrás acompañarme? —pidió con su vocecita dulce.
Él se coló en su boca en un beso pleno.
—No me lo perdería por nada del mundo —murmuró.
El “proyecto bebé” estaba a punto de ponerse en marcha y él era el tipo más feliz del mundo.

Casa de Conor Finley.
Londres.

"Hogar, dulce hogar", pensó Conor. Cómo sería lo hartito que estaba de los cuidados maternos, que hasta volver a aquella casa que olía a Nikki, le resultaba un alivio.

Le habían dado el alta del hospital el lunes siguiente al accidente, y desde entonces, había estado en casa de sus padres. Había intentado convencerlos por activa y por pasiva de que estaba lo bastante bien para irse a su propia casa, sin éxito.

Pero ya estaba en sus dominios otra vez, listo para que las paredes y el techo volvieran a caérsele encima, algo que no tardaría mucho en suceder.

Con una cojera ostensible y sujeto al hombro de su padre, Conor se las arregló para llegar al sofá donde Owen lo ayudó a tomar asiento.

—Tú insistes en que estás bien, pero yo creo que deberías haberte quedado en casa otra semana más.

Conor se movió en el sofá con cuidado buscando una posición en la que el dolor fuera más tolerable. Tenía prescritas una serie de medicinas que debía tomar respetando los horarios y, en este caso, llevaba casi tres horas aguantando el dolor.

—El médico me ha dado el alta. Me incorporo al trabajo el próximo

lunes. Es lo que hay, papá.

—Pero los dos sabemos que no estás bien para volver al trabajo. No va a pasar nada porque hables con tu jefe y lo retrases otra semana más.

¿Y quedarse en casa subiéndose por las paredes mentalmente, ya que su físico no estaba para mucho movimiento? Ni hablar.

—No puedo hacer eso. Y no porque Evel vaya a decirme que no, es que tenemos trabajo, me necesitan... Niilo me ha contado que Dakota está ayudando y que se apaña muy bien, pero soy su ingeniero de montaje, tengo que estar ahí... No te preocupes, por favor, que para eso ya me basto solito...

—Deberías haberte quedado en casa. Ya sé que no te gusta que te lo diga, ya se que no te gusta que tu madre te esté encima, pero lo necesitas, hijo. Mira cómo andas, mira cómo te mueves, no te imagino yendo hasta la cocina a prepararte la comida.

—Hay restaurantes de comida rápida. En serio, no te preocupes. Esto es más aparatoso de lo que parece, en cuanto tome el analgésico, estaré como nuevo...

No estaría como nuevo a base de medicinas. Sólo había algo en todo el universo capaz de devolverlo al hombre risueño que siempre había sido y, lamentablemente, no estaba en Inglaterra.

—Bueno, aquí te dejo tus cosas. —dijo Owen, y sacando la pequeña caja de terciopelo del bolsillo, añadió—: Y aquí te dejo el anillo.

Conor desplazó su mirada del televisor que acababa de encender a su padre y de ahí a la pequeña y elegante caja de terciopelo rojo que él acababa de depositar sobre la mesa. Sintió que el estómago se le tensaba en una mezcla de recuerdos, rabia, y nervios.

—Te pedí que les dijeras que iría a verlos cuando me dieran el alta.

—Sí, pero yo no lo hice —repuso Owen—. Te conozco mejor de lo que crees y sé lo que pensabas hacer. Ibas a devolverlo.

Vio que Conor volvía a cambiar de posición en el sofá por enésima vez al tiempo que sacudía sus rastas, disgustado. El maldito anillo no le había traído más que desgracias. No quería ni verlo.

—¿Y piensas que de esta forma conseguirás hacerme cambiar de opinión?

—¿Pero por qué, Conor?

—¿Porque soy incapaz de comprometerme, quizás? —respondió el motero con ironía.

—No digas tonterías... Que hayáis discutido, que os hayáis separado

temporalmente, no cambia lo que sentís el uno por el otro. Y sí que eres capaz de comprometerte. Fuiste tú el que me dijo lo que pensabas hacer, el que me pidió consejo, el que escogió la joyería... Claro que eres capaz de comprometerte.

Conor se removió en el sofá todo lo que le permitió el dolor, que fue poco, porque al menor movimiento su cuerpo le recordaba lo resentido que había quedado después del accidente.

—Déjalo, papá... Si de mí dependiera seríamos novios eternamente, esa es la verdad. Y algo va muy mal conmigo si queriéndola como la quiero, siempre me las arreglo para echarla de mi vida cada vez que escucho la palabra “compromiso” —reconoció ante la mirada estupefacta de su padre.

—No me gusta lo que dices... ¡Eso no es así en absoluto, Conor!

—Claro que es así. Hizo falta que Nikki se fuera lejos y yo me estrellara contra una marquesina para darme cuenta, pero... Así soy yo. Por lo visto, nunca aprendo por las buenas... Supongo que lo que se hereda no se roba.

Owen salió de la perplejidad al instante. Se inclinó hacia él, enfrentándolo directamente.

—De eso, nada. Mírame Conor —Owen no esperó a que él obedeciera y empujó su barbilla con la mano obligándolo a hacerlo—. No te pareces a tu padre en nada, ¿me oyes? En nada.

La mirada del motero centelleó en una mezcla de vergüenza y de rabia.

—No lo llames así. Tú eres mi padre, el único que he tenido. Él no es nadie.

Owen se pasó los dedos por el pelo de pura desesperación. Apoyó la mano en el hombro de Conor, mirándolo muy serio.

—Crear que tienes algo que ver con él es el problema, ¿acaso no te das cuenta? Estás permitiendo que eso controle tu vida y la verdad es muy diferente. El parecido con él acaba en lo físico. Soy yo el que ha estado aquí, junto a ti, todos estos años. Te he visto crecer y convertirte en la persona que eres. Alguien noble, generoso, fiel, que siempre ha estado al lado de la gente que quiere. Por dentro, que es lo que cuenta, no tienes absolutamente nada que ver con tu padre biológico, Conor. Nada.

Susan irrumpió en el salón como si allí se hubiera declarado un incendio y su hijo, el pequeñín desvalido, hubiera quedado atrapado dentro. Había ido a hacer la compra para llenar la despensa, pero al llegar a la tienda había comprobado que con las prisas no había cogido más que las llaves.

Llevaba unos instantes en el pasillo de la entrada, con el corazón en un puño al conocer la existencia de un anillo que, sabía, más tarde o más temprano, devolvería a esa niña caprichosa a la vida de su hijo y, de pronto, otro terrible descubrimiento había tomado forma ante sus ojos.

—¿Padre biológico?! ¿De qué diablos estáis hablando vosotros dos?!
—exclamó, mirándolos alarmada.

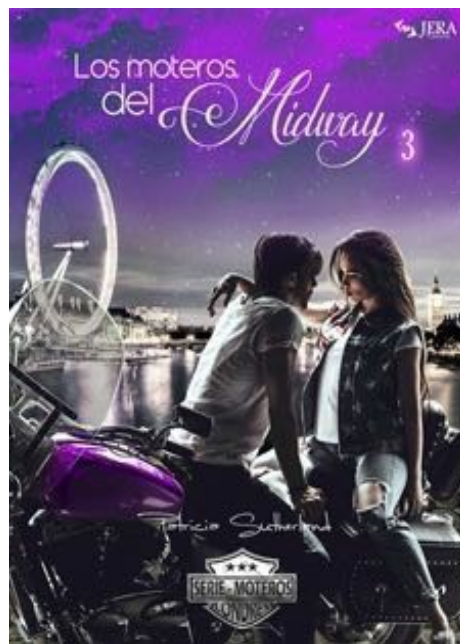
<<< >>>

Espero que hayas disfrutado mucho de esta segunda temporada de tus moteros favoritos. Si es así, me ayudarías mucho dejando tu opinión en la tienda donde hayas adquirido el ebook. ¡Gracias!

<<< >>>

¿Y ahora qué?

¡La tercera temporada, por supuesto!



[Clic aquí para más información.](#)

O escribe esta dirección en la ventana de tu navegador:

<http://jeraromance.com/ESM3>

<<< >>>

Agradecimientos

Esta página está íntegramente dedicada a mis lectoras beta: Verónica, Laura y Claudia con un GRACIAS en mayúsculas por su plena y permanente disponibilidad, por su capacidad de crítica y por las sonrisas que siempre consiguen robarme con sus comentarios. Sois geniales, niñas.

Patricia Sutherland
Madrid, marzo de 2018

Sobre la autora

Su estreno oficial en el mundo romántico español tuvo lugar en abril de 2011, de la mano de *Princesa*, una novela que aborda el controvertido asunto de la diferencia de edad en la pareja, y que ha enamorado a las lectoras. Han sido sus apasionadas recomendaciones y su permanente apoyo, las que han convertido a *Princesa* en un éxito.

En noviembre de 2012, *Princesa* obtuvo el I Premio Pasión por la Novela Romántica. En dicho mes, asimismo, fue nominada en tres categorías, Mejor Novela, Mejor Autora Chicklit y Mejor Portada en el marco de los I Premios Chicklit España.

Un año más tarde, en noviembre de 2013, salió *Harley R.*, la segunda entrega de la Serie Moteros de la que *Princesa* es ahora el primer libro, una novela sobre el amor después del desamor y las segundas oportunidades. En febrero de 2014, *Harley R.* resultó ganadora del II Premio Pasión por la Novela Romántica y más tarde fue nominada al Premio Rosas Romántica'S 2013 y a los Premios RNR (Rincón de la Novela Romántica) 2013. Posteriormente, en abril de 2015, salió *Harley R. Entre-Historias*, un apasionado "spinoff" de *Harley R.*, en diciembre de ese mismo año, lo hizo *Lola*, la tercera entrega de la Serie Moteros y en junio de 2016, le llegó el turno a *Lola Entre-Historias*.

El último mejor lugar, la única novela independiente que la autora ha publicado hasta el momento, vio la luz en Septiembre de 2016.

Su último trabajo publicado es la primera temporada de *Los moteros del MidWay*, una serie de ficción romántica que relata las historias de los

personajes secundarios más importantes de la Serie Moteros.

También es autora de la serie romántica Sintonías, compuesta por *Volveré a ti* (2014) *Bombón* (2007), *Primer amor* (2007), *Amigos del alma* (2008) y *Simplemente perfecto* (2014) que quedó segunda finalista de los Premios RNR (Rincón de la Novela Romántica) 2014.

Patricia Sutherland nació en Buenos Aires, Argentina, pero está radicada en España desde 1982.

Página oficial:

Jera Romance

www.jeraromance.com